

C. L. TAYLOR

LOS CONFINES DEL SILENCIO

Lectulandia

Susan Jackson es una mujer satisfecha: tiene una familia que la hace feliz, un marido con una sólida carrera política, una casa hermosa. Pero cuando su hija Charlotte, que acaba de cumplir quince años, entra en coma tras un extraño accidente, toda su felicidad se rompe en pedazos, especialmente cuando descubre que el accidente no fue tal: fue, quizá, un intento de suicidio.

Susan, desesperada (a diferencia de su marido, que se niega a creer que su hija haya tratado de quitarse la vida), hará lo posible para comprender el acto de Charlotte. Para ello, revisa sus diarios en busca de algún indicio, un rastro que la ayude a entender lo que su hija estaba viviendo. Pero lo que se encuentra, en lugar de tranquilizarla, la inquieta. «Esconder este secreto me está matando», escribe Charlotte en una página. ¿Averiguará Susan los secretos de su hija? ¿Podrá adivinar a través de sus palabras el rostro de alguien a quien realmente no conoce? Susan descubrirá, sin embargo, aspectos que no son de su hija solamente, sino también propios. Cosas que ha querido apartar de su vida pero que, en un lento proceso de descenso a los infiernos, la arrastran en medio de un dolor profundo que amenaza con devorarlo todo.

Lectulandia

C. L. Taylor

Los confines del silencio

ePub r1.0

SoporAeternus 19.07.15

Título original: *The Accident*
C. L. Taylor, 2014
Traducción: Antonio-Prometeo Moya Valle
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Chris Hall

Capítulo 1

22 de abril de 2012

Coma. Hay algo inocuo en esta palabra, casi tranquilizador por el hecho de evocar la imagen de un sueño sin sueños. Solo que no me da la impresión de que Charlotte esté durmiendo. No hay ningún peso suave en sus párpados cerrados. No veo su mano cerrada contra su sien. De sus labios levemente entreabiertos no sale ningún aliento cálido. No hay nada apacible en la inmovilidad de su cuerpo postrado en la cama sin edredón; de su garganta brota un tubo transparente de traqueotomía y tiene el pecho tachonado de electrodos multicolores.

El electrocardiógrafo del rincón emite pitidos rítmicos, señalando el paso del tiempo como un metrónomo médico. Cierro los ojos. Si me concentro con fuerza suficiente puedo transformar estas palpitaciones antinaturales en el tictac tranquilizador del reloj de péndulo que tenemos en la sala de estar. En un instante desaparecen quince años y vuelvo a tener veintiocho, acuno a Charlotte sobre mi hombro, su cara soñolienta hundida en el hueco de mi cuello, su diminuto corazón latiendo más aprisa que el mío, incluso cuando duerme. Entonces era mucho más fácil cuidarla.

—¿Sue? —Siento una fuerte mano en el hombro que me devuelve a la desnuda habitación del hospital. Entre mis brazos ya no hay nada, solamente el bolso de mano que aprieto contra el pecho—. ¿Te apetece un té?

Niego con la cabeza pero cambio de idea inmediatamente.

—En realidad sí. —Abro los ojos—. ¿Sabes qué me sentaría bien? —Brian dice que no con la cabeza—. Uno de esos panecillos de frutos secos que venden en Marks & Spencer.

Mi marido parece confuso.

—No creo que tengan en la cafetería.

—Ah. —Desvío la mirada, finjo estar desilusionada y me lo reprocho al instante. No es propio de mí manipular a los demás. Eso creo, por lo menos. Hay muchas cosas que ya no sé.

—No te preocupes. —Vuelvo a sentir su mano. Esta vez hay además un apretón de seguridad—. Puedo acercarme a la ciudad. —Sonríe mirando a Charlotte—. ¿No te enfadarás si te dejo un rato sola con tu mamá?

Si nuestra hija hubiera oído la pregunta no habría dicho lo que sentía. Me esfuerzo por sonreír y respondo por ella.

—Estará perfectamente —digo.

Brian vuelve a mirar a Charlotte y luego otra vez a mí. La expresión de su cara es inequívoca: es la misma expresión de desdicha que puede verse en la mía desde hace seis semanas cada vez que me aparto de Charlotte: es terror a que muera en el instante mismo en que salimos de la habitación.

—Estará perfectamente —repito, esta vez con más suavidad—. Yo estoy aquí.

Brian relaja un poco la tensión de los músculos y asiente con la cabeza.

—No tardaré.

Lo miro mientras cruza la habitación y cuando se va cierra la puerta despacio, produciendo un leve clic. Dejo de abrazar el bolso y me lo apoyo en el regazo. Sigo mirando la puerta durante lo que me parece una eternidad. Brian nunca ha sido capaz de salir sin volver corriendo para recoger las llaves, el teléfono o las gafas de sol, o para hacer una «pregunta rápida». Cuando me convenzo de que se ha ido, vuelvo a mirar a Charlotte. Espero a medias ver un temblor en sus párpados, un movimiento en sus dedos, un indicio cualquiera de que se da cuenta de lo que voy a decir; pero no ha cambiado nada. Aún sigue «dormida». Los médicos no saben cuándo despertará, ni siquiera si despertará. La han sometido a multitud de pruebas —tomografías, resonancias magnéticas, toda la pesca— y aún habrá más, y parece que su cerebro funciona normalmente. No hay ninguna razón clínica para que no despierte.

—Cariño. —Saco del bolso el diario de Charlotte, lo abro y vuelvo a la página que ya me sé de memoria—. Por favor, no te enfades conmigo, pero... —Miro a mi hija para escrutar su expresión—... encontré tu diario mientras ordenaba tu habitación ayer.

Nada. Ni un sonido, ni un parpadeo, ni un tic, ni la menor contracción. Y el electrocardiógrafo sigue emitiendo pitidos, bip, bip, bip. Naturalmente, es mentira lo de haber encontrado su diario estos días. Lo encontré hace años, mientras le cambiaba las sábanas. Lo había escondido debajo del colchón, exactamente donde guardé mi diario de adolescente, hace muchísimos años. No lo había leído entonces, no tenía ningún motivo para ello. Pero ayer sí.

—En la última anotación —digo, deteniéndome para humedecerme los labios, ya que la boca se me ha quedado repentinamente seca— hablas de un secreto.

Charlotte no dice nada.

—Decías que esconderlo te estaba matando.

Bip, bip, bip.

—¿Por eso...

Bip, bip, bip.

—... te pusiste delante del autobús?

Nada todavía.

Brian llama accidente a lo sucedido y ha inventado varias teorías para apoyar esta convicción; Charlotte vio a una amiga al otro lado de la calle y la cruzó corriendo, sin mirar; quiso ayudar a un animal herido; tropezó y cayó cuando enviaba un mensaje por el móvil o quizá estaba en su propio mundo y no se dio cuenta de adónde iba.

Todo muy verosímil. Pero el conductor del autobús había contado a la policía que Charlotte lo había mirado a los ojos y entonces había echado a andar para ponerse en el camino del vehículo, deliberadamente. Brian cree que miente, que se cubre las espaldas porque perderá el empleo si lo culpan de imprudencia temeraria. Yo no.

Ayer, mientras Brian estaba en el trabajo y yo vigilando junto a la cama de Charlotte, pregunté a la médico si le habían hecho una prueba de embarazo. Me miró con suspicacia y me preguntó por qué: ¿tenía algún motivo para creer que lo estaba? Respondí que no lo sabía, pero pensaba que aquello podía explicar un par de cosas. Esperé mientras consultaba sus notas. No, dijo, no estaba embarazada.

—Charlotte. —Acerco la silla para pegarla a la cama y enlazar los dedos con los de mi hija—. Nada de cuanto digas o hagas impedirá que siga queriéndote. Puedes decírmelo todo. Absolutamente todo.

Charlotte no dice nada.

—No me importa si se trata de ti, de alguna amiga tuya, de mí o de tu padre. —Hice una pausa—. ¿Tiene que ver con tu padre ese secreto? Apriétame los dedos si es así.

Contengo la respiración, rezando para que no los apriete.

Viernes, 31 de agosto de 1990

Son las seis menos veinte de la mañana, estoy sentada en la sala de estar con un vaso de tinto en una mano y un cigarrillo en la otra, preguntándome si es verdad todo lo que me ha ocurrido en las últimas ocho horas.

Finalmente llamé a James el miércoles por la noche, después de pasar una hora intentándolo en vano y bebiendo varios vasos de vino. El teléfono sonaba sin parar y pensaba ya que a lo mejor estaba fuera cuando respondieron.

—¿Sí?

Estaba tan nerviosa que apenas pude decir nada, pero entonces:

—Susan, ¿eres tú? Jolín. Menos mal que has llamado.

Su voz parecía distinta, más débil, entrecortada, como si también él estuviera nervioso y bromeé diciendo que parecía aliviado por tener noticias mías.

—Pues claro que sí —dijo—. Pensé que no ibas a llamarme después de lo que hice. Perdona, normalmente no soy tan gilipollas, pero es que me alegró tanto verte sola entre bastidores que yo... De todos modos, perdona. Fue una estupidez. Y debería haberme limitado a pedirte que salieras conmigo, como hacen las personas normales...

Lleno de confusión, dejó la frase sin terminar.

—La verdad —dije, sintiendo un súbito brote de afecto por él— es que me pareció divertido. Nadie hasta ahora me había arrojado una tarjeta comercial y gritado: «Llámame». Casi me sentí halagada.

—¿Halagada? Yo debería sentirme halagado. ¡Me has llamado! Es increíble. —Hizo una pausa—. Me llamas para quedar y tomar una copa, ¿no? ¿No me llamas para decirme que soy un cretino total?

—Consideré esa posibilidad —dije riendo—, pero no, da la casualidad de que hoy tengo más sed de lo habitual y quería saber si me llevarías a cualquier parte a tomar una copa.

—Naturalmente que sí. Cuando quieras y a donde quieras. Y yo pago todas las consumiciones, incluso las caras. —También él se echó a reír—. Quiero demostrarte que no soy..., bueno, dejaré que lo averigües tú misma. ¿Cuándo estás libre?

Sentí la tentación de decirle AHORA, pero me hice la indiferente, como me había ordenado Hels, y le sugerí el viernes por la noche (esta noche). James accedió inmediatamente y quedamos en encontrarnos en el Dublin Castle.

Antes de salir me probé docenas de vestidos y descarté inmediatamente cualquier cosa que me hiciera parecer o sentir gorda y sosa, pero no tuve necesidad de preocuparme. En cuanto estuve a su alcance, James tiró de mí y me susurró al oído: «Estás preciosa». Iba a responderle cuando me soltó, me cogió la mano y dijo: «Hay algo sorprendente que quiero enseñarte», y me condujo fuera del pub, entre la multitud de jueguistas de Camden, luego por una travesía y finalmente al interior de un establecimiento donde vendían kebab. Lo miré con ojos interrogadores, pero

murmuró «confía en mí», cruzamos una puerta y llegamos a la parte trasera del establecimiento. Esperaba ver la cocina o los lavabos. Por el contrario, estábamos en una sala oscura, llena de humo y con un ruido ensordecedor. James me señaló la banda de jazz de cuatro músicos que tocaba en el rincón de la sala y gritó: «Son los Grey Notes, el secreto mejor guardado de Londres». Me llevó a una mesa del rincón y me invitó a sentarme en una desvencijada silla de madera.

—Whisky —añadió—. No puedo escuchar jazz sin él. ¿Quieres otro?

Asentí con la cabeza, aunque no soy ninguna entusiasta, y encendí un cigarrillo mientras James se acercaba a la barra. Había tanta seguridad en su forma de moverse que resultaba casi hipnótica. Me había fijado en eso la primera vez que lo había visto en el escenario.

James no podía ser más diferente de Nathan, mi ex novio. Mientras Nathan era delgado, con cara infantil y apenas unos dedos más alto que yo, James medía uno noventa y tenía una solidez que hacía que me sintiera pequeña y delicada a su lado. Tenía la barbilla hendida como Kirk Douglas, pero su nariz es demasiado grande para ser un guapo tradicional; el pelo, de un rubio apagado, le caía continuamente sobre los ojos, en los que había algo inconstante, algo que me recordaba a Ralph Fiennes; en cierto momento eran fríos y distantes y antes de que te dieras cuenta sonreían y bailaban de excitación, formando arrugas en los rabillos.

En cuanto James volvió de la barra supe que pasaba algo. No dijo nada, pero cuando puso los vasos de whisky en la mesa, sus ojos corrieron al cigarrillo que tenía yo en la mano y lo comprendí al instante.

—Tú no fumas.

Negó con la cabeza.

—Mi padre murió de cáncer de pulmón.

Trató de excusarse, de decirme que si yo fumaba o no fumaba no era asunto suyo, pero el frunce de su frente desapareció en cuanto apagué el cigarrillo y la atmósfera se distendió en al acto. La banda tocaba tan fuerte que nos costaba oírlos por encima de los chillidos de la trompeta y de las improvisaciones del cantante. James acercó su silla a la mía para poder hablarnos con susurros al oído. Cada vez que se inclinaba hacia mí, su pierna se pegaba a la mía y sentía su aliento en mi oído y en mi cuello. Fue una tortura sentir su cuerpo contra el mío, oler su punzante loción para después del afeitado y no tocarlo. Cuando ya creía que no iba a soportarlo ni un segundo más, puso la mano encima de la mía.

—Vamos a otra parte. Conozco el lugar más mágico de todos.

Antes de que tuviera tiempo de decirle «de acuerdo», saltó de su asiento y se dirigió a la barra. Un instante después volvía con una botella de champaña en una mano y dos copas y un paño en la otra. Arqueé una ceja, pero se echó a reír.

—Ya lo verás —dijo.

Anduvimos una eternidad, esquivando a las muchedumbres de Camden, hasta que pasamos por delante de Chalk Farm. Yo no hacía más que preguntar adónde íbamos,

pero James, que caminaba a mi lado, se limitaba a reír por toda respuesta. Finalmente dejamos de andar en la entrada de un parque y me puso una mano en el hombro. Pensé que iba a besarme. Pero me dijo que cerrase los ojos porque quería darme una sorpresa.

No estaba segura de qué podía ser tan asombroso en un parque a oscuras a las tantas de la madrugada, pero en cualquier caso cerré los ojos. Entonces sentí que algo pesado y lanudo me caía sobre los hombros y me sentí envuelta por algo cálido y de olor picante. James se había dado cuenta de que tiritaba y me había puesto su abrigo. Dejé que me condujera por la entrada y por la cuesta de la loma. Era un poco aterrador confiar en una persona a la que apenas conocía, pero también resultaba estimulante y extrañamente sensual. Cuando por fin nos detuvimos, me dijo que me estuviera quieta y esperase. Un par de segundos después me ayudó a sentarme en el suelo y sentí bajo los dedos la suavidad de una gastada manta de algodón.

—¿Preparada? —Noté que se movía y se agachaba detrás de mí. Sus dedos me tocaron la cara y me acariciaron ligeramente los pómulos cuando adelantó las manos para taparme los ojos. Sentí un cosquilleo por la columna y me estremecí, a pesar del abrigo.

—Preparada —dije.

James apartó las manos y abrí los ojos.

—¿Verdad que es hermoso?

Fue inevitable decir que sí con la cabeza. En la base de la loma, el parque era un damero de cuadrados negros de hierba sin luz y charcos de luz verde-amarilla proyectada por las farolas. Era como un mosaico mágico de luces y sombras. La ciudad se extendía al otro lado del parque, ventanas parpadeantes y edificios chispeantes. El cielo era de un azul oscurísimo, moteado por nubes de un naranja apagado. Era el paisaje más sobrecogedor que había visto en mi vida.

—Tu reacción cuando has abierto los ojos... —James me miraba fijamente—. Nunca he visto nada tan hermoso.

—¡Basta ya! —Quise reírme, pero me atraganté.

—Parecías muy joven, Suzy, como bajo los efectos de un encantamiento, como una niña en Navidad. —Cabeceó—. ¿Cómo es que una mujer como tú sigue soltera? ¿Cómo es posible?

Abrí la boca para responder, pero aún no había terminado.

—Eres la mujer más asombrosa que he conocido. —Me cogió la mano—. Eres divertida, amable, inteligente y hermosa. ¿Qué haces aquí conmigo?

Quise gastarle una broma, preguntarle si estaba demasiado borracho para recordar que había sido él quien me había llevado cuesta arriba, pero fui incapaz de decirle nada en ese sentido.

—Estoy aquí porque he querido estar —dije—. Y no querría estar en otra parte.

La cara de James se iluminó como si acabara de hacerle el cumplido más maravilloso del mundo y me encerró las mejillas entre sus manos. Me miró durante

una eternidad y entonces me besó.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, tendidos en una manta, en la cima de Primrose Hill, abrazados como pulpos y con las manos en todas partes, atenazando, tirando, apretando. No nos desnudamos ni practicamos ningún acto sexual, pero fue el momento más erótico de mi vida. No podía estar separada de James y en cuanto se apartaba un segundo lo estrechaba contra mí otra vez.

Empezó a hacer más frío y sugerí marcharnos del parque e irnos a su casa.

James negó con la cabeza.

—Buscaremos un taxi y tú te irás a la tuya.

—Pero...

Me abrochó el abrigo que aún llevaba sobre los hombros.

—Ya habrá tiempo para eso, Suzy. Mucho tiempo.

Capítulo 2

Espero hasta que Brian se va a trabajar y entonces me pongo a revolver sus cosas. Hace frío en el cuarto ropero, voy descalza y siento el contacto de las baldosas en los pies, los grandes ventanales están empañados, pero no me detengo a coger unos calcetines del radiador que hay en el vestíbulo. Lejos de ello, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta favorita de Brian. El perchero se balancea violentamente conforme paso de un bolsillo a otro, sacando el contenido y arrojándolo al suelo, ávida de encontrar pruebas.

Termino con la chaqueta y acabo de hundir las dos manos en los bolsillos de una sudadera de chándal cuando oigo un *crash* en la cocina.

Me quedo petrificada.

Tengo la mente en blanco, apagada, como si hubieran accionado un conmutador en mi cerebro, y estoy tan tiesa como el palo del perchero que hay a mi lado, respirando superficialmente, escuchando, esperando. Sé que debería moverme. Debería sacar las manos de la prenda de Brian. Debería dar un puntapié al contenido de la chaqueta para esconder la prueba de que soy una esposa desconfiada, pero no me atrevo.

El corazón me late con tanta fuerza que el ruido parece llenar la habitación y en un instante me siento catapultada a veinte años antes. Tengo veintitrés, vivo en North London y estoy encogida en el armario; en la mano izquierda tengo una mochila llena de ropa y en la derecha un juego de llaves que he cogido de la chaqueta de otra persona. Si no respiro no me oirá. Si no respiro no sabrá que estoy a punto de...

—¿Brian? —La impresión de haber repetido una situación pasada desaparece cuando oigo un leve arañazo—. Brian, ¿eres tú?

Arrugo la frente y me esfuerzo por distinguir algo más que el rítmico pum–pum–pum de mi corazón, pero la casa ha vuelto a quedar sumida en el silencio.

—¿Brian?

Resucito como si me hubieran accionado otra vez el conmutador del cerebro y saco las manos de la sudadera del chándal.

La alfombra del pasillo está cálida y mullida bajo mis pies cuando avanzo lentamente hacia la cocina, deteniéndome a escuchar cada dos segundos. Percibo olor a lejía y entonces me doy cuenta de que tengo una mano en la boca y de que mis dedos huelen aún al desinfectante que he utilizado antes, al fregar el cuarto de baño. Vuelvo a detenerme y procuro normalizar la respiración. Trago aire a bocanadas pequeñas, breves y bruscas, como si fuera presa de un ataque de pánico, pero ya no tengo miedo de que mi marido haya vuelto para recoger una cartera olvidada o una llave que no encuentra. Lo que temo es...

—¡Milly!

Casi pierdo el equilibrio cuando una gigantesca golden retriever llega corriendo por el pasillo y se lanza sobre mí, poniéndome las zarpas delanteras en el pecho y

lamiéndome la barbilla con la lengua mojada. Normalmente la castigo por dar estos saltos, pero me sentí tan aliviada al verla que la abracé y le froté la cabeza grande y suave. Como sus lengüetazos de alegría no cesan, la dejo en el suelo.

—¿Cómo te has escapado, niña mala?

Milly me «sonríe» y de su lengua gotean hilos de baba. Tengo una idea más o menos clara de cómo ha conseguido escaparse.

En efecto, cuando llego a la cocina, con la perra siguiéndome en silencio, veo abierta la puerta del porche.

—Deberías haberte quedado en la cama hasta que mami fuera a buscarte —digo, señalando el montón de mantas sobre las que duerme por la noche. *Milly* aguza las orejas al oír la palabra «cama» y deja caer la cola entre las patas—. ¿Dejó abierto el tonto de papi cuando se fue a trabajar?

Nunca había imaginado que sería de las mujeres que hablan a sus mascotas diciéndole «mami» y «papi» para referirse a sí mismas y a sus maridos, pero *Milly* forma parte de nuestra familia, tanto como Charlotte. Es la hermana que no hemos podido darle a nuestra hija.

Dejo a *Milly* en el porche con el corazón dolorido cuando veo que me mira con actitud suplicante con sus ojos grandes y castaños. Son las ocho. Deberíamos estar paseando por el parque de la parte trasera de la casa, pero necesito proseguir lo que he empezado. Necesito volver al cuarto ropero.

Los objetos que contenían los bolsillos de Brian están donde los he dejado, esparcidos alrededor del perchero. Me arrodillo, deseando haberme llevado un cojín de la sala de estar cuando las rodillas se me quejan, y me pongo a inspeccionar los despojos. Hay un pañuelo de hilo, blanco, con un golfista bordado en una punta, sin usar, doblado limpiamente en cuatro (un regalo navideño de uno de los chicos), tres pañuelos de papel, usados, un cordel, de los que Brian utiliza para atar las tomateras de su huerto, un recibo del supermercado local por 40 libras de gasolina, una pastilla de menta envuelta en pelusa, calderilla y una entrada de cine arrugada. Mi corazón se acelera cuando la toco, pero se tranquiliza cuando leo el título de la película y la fecha. Es de una comedia que fuimos a ver juntos. No me gustó nada, la encontré grosera, vulgar y llena de payasadas, pero Brian rio a mandíbula batiente.

Y eso es todo. Nada extraño. Nada fuera de lo normal. Nada acusador.

Solamente... cosas de Brian.

Arrastro los enseres con el canto de la mano para formar un montón, los recojo y los distribuyo cuidadosamente entre los bolsillos, cuidando de que cada objeto vuelva a su lugar de procedencia. Brian no es quisquilloso; no recordará, ni le importará, en qué bolsillo tenía el cambio ni en cuál la entrada de cine, pero no quiero correr riesgos.

Puede que no haya pruebas de ninguna clase.

Charlotte no me apretó la mano cuando le pregunté si su secreto tenía que ver con su padre. Ni siquiera contrajo un músculo. No sé en qué estaba yo pensando al

suponer que me respondería, o, para el caso, al hacerle la pregunta. En realidad sí. Me dejaba guiar por una corazonada; una corazonada que me murmuraba que mi marido había vuelto a engañarme.

Hace seis años Brian cometió una equivocación; una equivocación que casi dio al traste no solamente con nuestro matrimonio, sino también con su trabajo; tuvo una aventura con una meritoria del Parlamento de veintitrés años. Me puse furiosísima, grité y chillé. Pasé dos noches en casa de mi amiga Jane. Habría debido quedarme más tiempo, pero no quería que Charlotte sufriera. Aunque tardé mucho, al final perdoné a Brian. ¿Por qué? Porque la aventura se produjo casualmente poco después de uno de mis «episodios», porque mi familia es para mí más importante que nada en el mundo y porque Brian tendrá muchos defectos, pero en el fondo es un buen hombre.

En el fondo «Un buen hombre»... se diría que es un motivo muy cursi para perdonar la infidelidad de un cónyuge, ¿verdad? Puede que sí. Pero es infinitamente preferible que vivir con un mal hombre, y cuando Brian y yo nos conocimos, yo lo sabía todo sobre eso.

Fue en el verano de 1993 y los dos vivíamos en Atenas. Yo daba clases de inglés y él era un empresario viudo en busca de un buen negocio. La primera vez que me saludó, en una cochambrosa taberna a orillas del río Cefiso, no le hice caso. La segunda vez me cambié de asiento. La tercera vez se negó a que yo siguiera haciendo como que él no existía. Me pagó una bebida y me la sirvió con una nota que decía: «Un británico saluda a una británica», y se fue del bar sin mirar atrás. No tuve más remedio que sonreír. Después de aquello siguió insistiendo civilizadamente, un «hola» aquí, un «¿qué está usted leyendo?» allí, y poco a poco nos hicimos amigos. Tardé mucho en bajar las defensas, pero al final, casi un año después de conocernos, me permití enamorarme.

Era una noche cálida y perfumada y paseábamos junto al río, observando cómo las luces de la ciudad temblaban y parpadeaban en el agua. Brian empezó a hablarme de Tessa, su difunta esposa, y lo devastador que había sido para él que ella perdiera la batalla contra el cáncer. Me contó la conmoción que había sufrido —la enfermedad había avanzado muy aprisa—; luego la furia que había experimentado. Había esperado a que su hijo se instalara en casa de su abuela; ese día había destrozado su coche con una pala de críquet, para desahogar la cólera que sentía. Tenía los ojos llenos de lágrimas al decirme cuán desesperadamente había echado de menos a su hijo Oliver (lo había dejado con sus abuelos en el Reino Unido para poder cumplir él un contrato en Grecia), pero no hizo el menor movimiento para secárselas. Le toqué la cara, la recorrí con los dedos, le limpié las lágrimas y le cogí la mano. No se la solté durante tres horas.

Abro la puerta del estudio de Brian y me acerco a su mesa, sintiendo inmediatamente que he ido demasiado lejos en mi intrusión. Lavo la ropa de mi marido, la plancho, le compro algunas prendas, pero su estudio representa su trabajo,

una parte de su mundo que mantiene al margen de la vida familiar. Brian es parlamentario. Decirlo en voz alta me enorgullece, pero no siempre ha sido así. Hace diecisiete años me sentí desconcertada cuando fue a manifestarse contra la «escoria conservadora», las «divisiones de clase» y una «Seguridad Social deficiente», pero Brian no era de los que se contentaban con quejarse desde la barrera. Cuando volvimos de Grecia, todavía radiantes de felicidad por la improvisada boda que habíamos celebrado descalzos en una playa de Rodas, estaba decidido. Nos instalamos en Brighton y se dedicó a algo distinto —estaba convencido de que reciclar tenía futuro—, y entonces, cuando la empresa ya estaba en marcha y rendía beneficios, se presentó a las elecciones al Parlamento. Sabía menos economía que un estudiante de bachillerato, pero estaba seguro de ganar. Y ganó.

Nunca he dejado de creer en él, todavía creo en muchos aspectos, pero ya no me impresiona. Quiero a Brian, pero sé demasiado bien hasta qué punto se ha vuelto inútil e inseguro por culpa de la ocupación que ha elegido. Las personas se vuelven muy sensibles a la adulación cuando se tienen cuarenta y tantos años, cien kilos de peso y poco pelo, y en particular cuando la persona que adula es joven, ambiciosa y está a su servicio. Brian ha cambiado desde el accidente de Charlotte. Los dos hemos cambiado, pero de diferente manera. En vez de unirnos, el estado de nuestra hija nos ha separado y la distancia no hace más que crecer. Si Brian tiene otra aventura, no volveré a perdonarlo.

Doy otro paso hacia la mesa de mi marido y mis dedos recorren el limpio marco de plata de una fotografía en blanco y negro. Estamos con Charlotte en una playa de Mallorca; nos la hicimos el primer día de vacaciones. Aún llevábamos puesta la ropa de viaje, las perneras del pantalón subidas para chapotear en el agua. Yo me protejo del sol con una mano en la frente y con la otra cojo la manita de mi hija. Charlotte tiene la cabeza vuelta para mirarme, la barbilla levantada, los ojos muy abiertos. La foto debe de tener por lo menos diez años, pero aún siento una cálida llamarada de amor cuando miro la expresión de su cara. Es de felicidad pura y sin adulterar.

Oigo crujir una tabla del suelo del pasillo, aparto los dedos de la foto y suspiro. ¿Desde cuándo soy tan neurótica que me paralizan de miedo los crujidos y gruñidos de una casa de doscientos años de antigüedad?

Vuelvo a quedarme mirando la mesa. Es de pesada caoba, con tres cajones a la izquierda, tres a la derecha y uno más largo en el centro. Cojo el tirador del cajón central y lo abro despacio. Cruje otra tabla, pero esta vez no hago caso, aunque ha sonado más cerca que el anterior. En el cajón hay algo, algo escrito a mano, una postal, una carta quizá, y alargó la mano para cogerla, procurando no mover los montones de clips y gomas elásticas que hay a cada lado...

—¿Sue? —dice una voz masculina a mis espaldas—. ¿Qué haces?

Domingo, 2 de septiembre de 1990

James y yo hemos tenido relaciones sexuales.

Ocurrió el sábado por la noche.

Me llamó por la tarde y lo primero que dijo fue: «He dormido muy poco pensando en ti».

Yo sabía exactamente cómo se sentía. Tampoco yo había dejado de pensar en él. Había despertado el sábado por la mañana con un miedo tremendo a no volver a verlo. Estaba convencida de haber dicho algo imperdonable el viernes por la noche, y a la fría luz de la mañana él se había dado cuenta de que yo no era la mujer que le convenía.

Tan segura estaba que cuando llamó para decirme que no dejaba de pensar en mí, me quedé de una pieza.

—Claro que sí —dijo cuando dijo que tenía que verme cuanto antes—. Si me meto ahora mismo en la ducha y luego corro al metro, estaré en Camden en...

—En realidad estaba pensando en vernos esta noche para cenar.

¿Qué pensaría de mí, que yo no tenía vida propia y ningún dominio sobre mí misma? Por suerte, en vez de echarse a reír me preguntó si había estado alguna vez en un restaurante de lujo de St. Pancras. Nunca había oído hablar de él y se lo dije, y James me explicó que se lo había recomendado especialmente un amigo suyo.

Como era de esperar, volvió a planteármelo el dilema de la ropa (que al final se resolvió optando por el probado y testado vestidito negro). Habíamos quedado a las ocho y llegué al restaurante a las 8.20. Hice un esfuerzo para no devorar con los ojos la fascinante decoración, los manteles que cubrían las mesas de cristal ni al jefe de comedor, inmaculadamente vestido, que me acompañó a la mesa. James se puso de pie cuando nos acercamos. Vestía un terno gris con corbata malva y elegantes gemelos de plata en los puños de la camisa. Me sentí una hortera con aquel vestido de tres años de antigüedad y los raídos zapatos de tacón alto, pero cuando James me miró de arriba abajo con los ojos dilatados de admiración, me sentí la mujer más atractiva de todo el restaurante.

—No puedo dejar de mirarte —dijo cuando el maître me sentó, nos alargó la carta y se fue—. Siempre estás preciosa, pero esta noche pareces... —cabeceó como si alucinara— increíblemente sexy.

Sus ojos se desviaron hacia mi escote y me ruboricé.

—Gracias.

—Hablando con sinceridad, Susan, no creo que te des cuenta del efecto que produces en mí y en todos los demás hombres que hay en este lugar.

Pensé que se estaba pasando un poco, pero cuando miré de reojo a dos hombres que hablaban de asuntos laborales en la mesa contigua, me miraron asintiendo con la cabeza, como quien encuentra las cosas en su punto.

—Bueno. —James alargó la mano en busca de la mía mientras yo apuraba mi

primer vaso de vino—. ¿Qué te apetece?

Miré la carta.

—Las vieiras estarán bien.

Negó con la cabeza, deslizó los dedos entre los míos y movió la mano adelante y atrás.

—No me refería a eso. —Traté de escurrir el bulto y pasar a una conversación más neutral, pero James volvió a llenar mi vaso y me miró con su intensidad característica—. No he dejado de pensar en ti en todo el día —añadió.

—Tampoco yo.

—Creo que no lo entiendes. —Aumentó la presión de los dedos y bajó la voz—. Solamente he pasado una noche contigo, pero no he sido capaz de hacer nada porque mi cuerpo y mi alma estaban pendientes de ti.

Asentí con la cabeza. Estaba demasiado cohibida para confesar que me había regodeado muchas veces con la fantasía de tenerlo debajo de mí completamente desnudo.

—Está acabando conmigo —prosiguió—, estar sentado a la mesa, delante de ti y no poder tocarte, no poder besarte, no poder... —su voz adquirió un tono áspero— follar contigo.

No aparté la mirada. Antes bien, le acaricié la mano, recorrí sus nudillos con la yema de los dedos y murmuré:

—Arriba hay habitaciones.

—Desde luego. —Sonrió con generosidad—. Pero ahora que sé cuánto me deseas, quiero hacerte esperar.

Me quejé con un gemido, pero negó con la cabeza, todavía sonriendo, y volvió a llenarme el vaso.

—¿Pedimos? —preguntó—. Seguro que las vieiras están bien.

El momento no-sexual duró poco y cuando llegaron los entrantes, el aire estaba cargado de electricidad. Normalmente no hablaba de aquellas cosas en un restaurante de lujo, pero James no dejaba de acariciarme la mano, yo le frotaba el tobillo con el pie, íbamos ya por la segunda botella de vino y cuando me preguntó si alguna vez había pegado un polvo al aire libre, me sentía tan atrevida que le confesé que había follado en una tienda de campaña y en un jardín trasero después de una fiesta, incluso que había practicado un arenoso 69 sin concluir en una playa. James me escuchaba con los ojos brillantes de excitación. Me incitó a seguir preguntándome si alguna vez había practicado actos sadomasoquistas o en los que hubiera desempeñado papeles, y qué postura me gustaba más. Le conté riendo que Nathan y yo habíamos jugado con pañuelos de seda y esposas.

—¿Y tú? —le pregunté cuando el camarero nos sirvió el primer plato—. ¿Qué has probado?

—Muy poco —dijo arqueando las cejas— en comparación contigo.

Sonreía al decirlo, pero hubo en su voz un timbre juzgador que me irritó. James

notó inmediatamente mi cambio de humor.

—Vamos, Suzy. —Me cogió la mano—. Suzy-Sue. ¿Te has enfadado? Cariño, solo estaba jugando. Mírame, por favor. —Alcé los párpados y me eché a reír al ver el puchero infantil que hacía y con el que evidentemente pretendía imitarme—. He sido muy malo —añadió, pasando el pulgar por el dorso de mi mano— y he hecho cosas terribles, pero —hubo en sus ojos un chisporroteo cargado de promesas— no tan terribles como las que voy a hacer contigo.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

Me soltó la mano, cortó su filete y sonrió.

—Las dos cosas.

Soy incapaz de decir cómo nos inscribimos, cómo subimos en el ascensor y cómo entramos en la habitación con la ropa todavía puesta, porque en el instante mismo en que cerramos la puerta, nos arrancamos la ropa a tirones, camisas, chaqueta, pantalón, falda, medias, bragas y calzoncillos. El acto sexual fue rápido, furioso, animal y superrápido; hasta tal punto teníamos ganas de follar. Nos quedamos abrazados, sudando y jadeando durante diez minutos, transcurridos los cuales James me puso de costado, me pegó el miembro al trasero y volvió a metérmela. En cierto momento de la noche follamos en el cuarto de baño. En teoría íbamos a ducharnos juntos, pero sentir el agua, el jabón y los cuerpos resbaladizos fue una tentación demasiado fuerte. Cuando volvimos a caer rendidos en la cama, el sol asomaba entre las cortinas.

—Me parece estar en un sueño —dijo James, pasándome el dedo por la frente y la nariz y deteniéndolo entre mis pechos—. No había sido tan feliz en toda mi vida.

—Lo sé. —Le acaricié los brazos, abrí la mano para abarcar su bíceps y le apreté la masa muscular—. No puedo creer que esto esté ocurriendo realmente.

—Está ocurriendo. —Se inclinó para besarme con ternura, me separó los labios con la lengua y volvió a besarme, con más intensidad esta vez, con la mano sobre mi pecho. Segundos después volvía a estar encima de mí. Debían de ser las seis pasadas cuando por fin nos dormimos.

Capítulo 3

—¿Qué? —Retiré las manos del cajón y me volví para dar la cara al hombre que me acusaba—. No hacía nada. Solamente estaba buscando...

—¡Te he pillado! —El alto pelirrojo que está en la puerta me señala con el dedo y se ríe estentóreamente—. ¡Ha sido de campeonato! Deberías competir en las próximas Olimpiadas, Sue. Nunca he visto a nadie saltar tan alto.

—¡Oli! Casi me matas del susto.

Mi hijastro vuelve a reír y el regocijo ilumina su cara llena de pecas.

—Perdona, pero no he podido resistirlo.

Hago un esfuerzo por sonreír, pero las manos que escondo en la espalda están temblando.

—¿No deberías estar en la universidad?

—Y estaba. Estoy. Más o menos. —Cambia de posición la mochila que le cuelga de un hombro y sonríe—. Hemos hecho un viaje de investigación a Southampton. Se me ocurrió dejarme caer por aquí de camino y ver a papá. —Recorre el estudio con los ojos—. He llegado tarde, ¿verdad?

—Unos veinte minutos tarde. Hoy se queda en Londres.

—Maldita sea. —Vuelve a mirar a su alrededor, esperando quizá que Brian se haya materializado mágicamente, luego me mira y arruga el entrecejo—. ¿Estás bien, Sue? Por la cara que pones se diría que has visto un fantasma.

—Estoy bien. —Cierro el cajón y cruzo el estudio—. De verdad.

Los ojos de Oli me miran con fijeza y se esfuerzan por interpretar mi expresión mientras me acerco a él.

—¿Cómo está Charlotte?

Suspiro y me deprimó cuando el aire sale de mi organismo. Mientras registraba las pertenencias de Brian he bombeado tanta adrenalina que ahora me siento agotada.

—Parece... —Quiero decirle la verdad, que Charlotte está igual que ayer, igual que anteayer, igual que hace tres días, pero hay tanta preocupación en su cara que le miento. Tiene que examinarse dentro de poco y ha trabajado mucho... Parece un poco mejor. Ayer tenía más color en las mejillas.

—¿En serio? —Sus facciones vuelven a iluminarse—. Eso es buena señal, ¿no?

—Es... un avance.

—¿Y ha mostrado algún indicio, ya sabes, de que fuera a despertar?

—No, todavía no. —El secreto es la causa de que siga dormida, sé que es eso. Puede que si averiguo lo que es, entienda la razón y tal vez pueda ayudarla.

—No sé qué..., no sé qué... música —creo que dice mi hijastro.

—¿Disculpa? ¿Qué has dicho, cariño?

Oli sonríe con la misma comprensión que he visto en su cara cientos de veces desde el accidente de Charlotte; es el único que dice que estar en Babia es beneficioso para mí, teniendo en cuenta lo ocurrido.

—Música. ¿Has probado a ponerle a Charlotte sus canciones favoritas? En las películas de Hollywood funciona.

—Música. —Cuando Charlotte era una niña adoraba a Steps y a S Club 7, sus melodías asombrosamente pegadizas, sus sencillos números de baile, pero habían pasado años de aquello—. Hace mucho que no le compro un CD. En la actualidad todo es MP3 y material que se baja de Internet, ¿no? Supongo que tampoco tú sabrás lo que le gusta.

—No tengo ni idea. —Se encoge de hombros—. ¿Lady Gaga? Quién sabe. ¿Jessie J? Creo que la adoran todos los menores de dieciséis años.

—No lo sé.

—Podrías mirar en su iPod para ver qué prefiere o qué ha oído con más frecuencia.

—¿Se puede hacer eso? —Tomo nota mental de que debo buscar el iPod de Charlotte.

—También podrías preguntárselo a sus amistades.

—Sí, podría hacer eso —digo, aunque la sugerencia me arruga la frente. Ha habido un diluvio de mensajes preocupados de adolescentes en la página de Charlotte en Facebook —muchos «te kiero» y «cúrate pronto :)», pero no he tenido ni la menor noticia de las dos personas más importantes de su vida, su novio, Liam Hutchinson, y su mejor amiga, Ella Porter. Es imposible que se me haya pasado por alto.

Oli mira la hora.

—Mierda. No me había dado cuenta de la hora que es. Tengo que irme corriendo. La próxima vez pasaré a ver a Charlotte. —Por su cara pasa una sombra—. Siento no haber ido a verla más veces. La vida es una auténtica...

—Lo sé. —Le pongo la mano en el antebrazo—. Tienes demasiadas cosas en la cabeza. Lo mejor que puedes hacer ahora es estudiar y que nos sintamos orgullosos.

Bajamos en amistoso silencio, cruzamos el pasillo y entramos en la cocina, donde *Milly*, nuestra peluda maga, nos espera golpeando las baldosas con la cola. Doy a Oli un abrazo de despedida y por enésima vez me asombra la rapidez con que pasa el tiempo. Se diría que fue ayer cuando nos abrazamos por vez primera; entonces sus brazos rodearon mis rodillas y no mis hombros.

—Le diré a tu padre que has venido —digo mientras seguimos abrazados.

—Estupendo. —Me da un beso en la frente y se agacha para rascarle la nuca a *Milly*—. Sé buena chica, señorita *Mu*.

—¡Conduce con cuidado! —exclamo cuando sale torpemente de la cocina y cruza el porche en dos zancadas. Levanta la mano para darme a entender que me ha oído y desaparece.

Me quedo en la ventana de la cocina, mirando el jardín delantero, hasta mucho después de haber salido del camino de grava el pequeño Mini rojo de Oli y de haber desaparecido en la calle. Nuestra breve conversación en el estudio me ha aclarado las ideas y de súbito me siento ridícula por haber registrado los bolsillos de Brian. Aparte

de un alejamiento emocional por su parte y una corazonada por la mía..., nada de esto justifica que haya sospechado que me engaña. El accidente de Charlotte tenía que cambiar la dinámica de nuestra relación, eso es evidente, ¿cómo podía esperarse otra cosa de un suceso tan terrible? Dicen que la cabra siempre tira al monte, pero Brian quedó destrozado cuando descubrí lo de su aventura. Lloró y dijo de sí mismo que no era mejor que el monstruo con el que yo estaba antes de conocerlo a él, y juró que nunca más volvería a hacerme daño. Y le creí.

El estridente pitido de un teléfono que suena me taladra los pensamientos y, cuando me doy cuenta, he encerrado a *Milly* en el porche y estoy subiendo las escaleras a toda velocidad. Casi nunca suena el teléfono particular de Brian y, aun así, solo cuando se trata de algo muy importante.

—¿Diga? —Jadeo cuando entro en el estudio y descuelgo el auricular.

—¿La señora Jackson? —Reconozco la voz inmediatamente. Es Mark Harris, el ayudante personal de Brian.

—Yo misma.

—Lamento molestarla, señora Jackson, pero tengo necesidad de hablar con su marido. No me habría atrevido a importunarla si su móvil no estuviera apagado.

—¿Brian? —Arrugo la frente—. Va camino del despacho.

—¿Está segura? —Se oye un golpe metálico, a continuación el rumor de papeles que se hojean y luego otro golpe metálico—. En su agenda pone que no estará aquí hasta la tarde.

—La agenda debe de estar equivocada... —Trago saliva, la garganta se me ha quedado repentinamente seca. Que mi marido me dijera una cosa y su ayudante personal me diga otra tiene que tener una explicación racional—. Cuando Brian se fue esta mañana, dijo inequívocamente que se iba a trabajar.

—Vaya. —Mark hace una pausa—. ¿Abrieron temprano para que él entrara o algo parecido?

—¿Perdón?

—Me refiero al hospital. Ayer mencionó que esta mañana iría a ver a Charlotte. Supuse que por eso hoy no vendría hasta la tarde.

Me dejo caer en el sillón de cuero de Brian, con el auricular en la mano, como un peso muerto.

Cuando visitamos a Charlotte ayer por la noche, el especialista nos dijo que le harían más análisis y que lo más pronto que podríamos volver a verla sería por la tarde. Lo sentía mucho, pero al día siguiente no habría visitas matutinas.

—¿Señora Jackson? —La voz de Mark suena tan débil como si estuviera a un millón de kilómetros de allí—. Señora Jackson, ¿va todo bien?

Miércoles, 5 de septiembre de 1990

No sé nada de James desde hace tres días y empiezo a preocuparme. El domingo por la mañana salió del hotel antes que yo porque tenía que pasar por su casa y cambiarse para el ensayo, y el caso es que no tengo la menor noticia suya desde entonces.

Repaso mentalmente las horas que estuvimos juntos, pero no encuentro nada anormal. Divagué un poco durante la cena sobre lo muy emocionada que estaba porque Maggie me hubiera dado la oportunidad de diseñar el vestuario para los Abberley Players y que el empleo en el bar significaba que por fin sería capaz de mandar a la porra las clases de inglés para extranjeros y dedicar el día a coser, aunque también le hice a James muchas preguntas. Y no fumé ni una sola vez. Ni siquiera cuando tomé café.

El domingo por la mañana, antes de irse, se acercó a la cama y me besó en los labios. Me dijo que había pasado la noche más extraordinaria de su vida, que no soportaba dejarme y que me telefonaría por la noche.

Pero no telefoneó.

Tampoco me llamó la noche del lunes.

El martes por la noche estaba tan angustiada que llamé a Hels. Ella me puso los pies en el suelo y me dijo que había muchas explicaciones razonables para justificar el silencio de James y que seguramente me llamaría cuando tuviera una oportunidad. Me dijo que me relajara y siguiese con mi vida. Decir eso es fácil para ella. Hace años que no está sola. Ya no recuerda lo tortuoso que es estar sentada, viendo una película a la fuerza, mirando todo el rato el teléfono, preguntarse si estará estropeado y levantarse para comprobar que no.

Dios mío. El teléfono suena en este momento. Por favor, por favor, que sea él.

Capítulo 4

Estoy encogida en el sofá cuando Brian llega a casa. Tengo un libro en la mano, un vaso de vino en la mesa de centro y los pies encogidos bajo el trasero. Es una situación conocida, en la que normalmente Sue se siente feliz y está relajada, pero es que ya voy por el tercer vaso de vino y he leído el mismo párrafo por lo menos siete veces.

—Hola, cariño. —Mi marido asoma la cabeza por la puerta de la sala de estar y levanta la mano con la misma desenvoltura que su hijo doce horas antes.

Sonrío a modo de respuesta, pero tengo el cuerpo en tensión. Lo que me desgarran no es la idea de que pueda tener otra aventura, sino que haya utilizado el accidente de nuestra hija como tapadera. Me he estado atormentando todo el día, hojeando mi agenda y la del estudio de Brian (no había nada en el cajón, solamente papel de cartas con membrete), buscando cualquier cosa que corrobore o desmienta mis sospechas, pero no encontré nada. Si no hubiera sido porque Mark llamó esta mañana, no tendría el menor indicio de nada.

—¿Estás bien? —Levanta una mano cuando entra en la sala acompañado de Milly. Al llegar al sofá me besa amablemente en los labios y toma asiento—. ¿Cómo has pasado el día?

—Bien.

Coge el cojín que tiene detrás de la espalda, lo arroja sobre el sillón, se recuesta con un suspiro y me mira.

—¿Solo bien? Pensaba que ibas a ir a la ciudad a comprarte un vestido.

—Yo... —Durante un segundo todo parece normal (mi marido y yo charlando sobre la jornada que hemos pasado), pero entonces me acuerdo. Todo dista mucho de ser normal—. No fui. He estado demasiado ocupada.

—¿Sí? —Enarca una ceja y espera los detalles, pero cambio de conversación.

—Oli apareció esta mañana.

—¿Otra vez me he quedado sin verlo? —Parece sinceramente afectado—. ¿Qué quería?

—Nada en particular. Iba camino de Southampton en un viaje de investigación. Creo que volverá a pasar cuando regrese.

—Ah, estupendo. —Brian vuelve a estar alegre. La relación que tiene con su hijo es diferente de la que tiene con Charlotte, es más compleja. Eran uña y carne cuando Oli era un niño, se enfrentaron con violencia cuando Oli era adolescente y desde entonces se respetan. Cultivan una amistad cómoda, templada por un sentido del humor parecido y amenazada por diferencias políticas. Ríen con facilidad, pero cuando chocan, es un duelo de titanes. Charlotte y yo siempre corremos hacia las trincheras.

Me doblo para dejar el libro en la mesa de centro, con el vaso de vino; de ese modo escondo la cara temporalmente. Estoy convencida de que se ha fijado en la

tensión de mi rostro. Tratar de parecer «normal» cuando lo único que quiero es hacerle una escena resulta agotador, pero no puedo gritarle. Lo que menos necesita Charlotte es que yo tenga otro de mis episodios. He de mantener la calma. Lógico. Una mentira no equivale a una infidelidad. Necesito pruebas.

—¿Estás bien? —Hay preocupación en la voz de Brian.

—Estoy genial. —Me vuelvo—. ¿Qué tal el trabajo?

—Uf —gruñe, y se pasa la mano por el pelo. En otra época lo tenía tan pelirrojo como Oli, pero ahora lo tiene gris al noventa por ciento; el que le queda—. Horroroso.

—¿Qué tal el viaje en tren?

Me mira de un modo inquisitivo. Por lo general no me intereso tanto por los detalles de sus viajes diarios.

—Como siempre —dice. Estira la mano y me acaricia la rodilla—. ¿Estás bien, cariño? Pareces un poco... tensa.

Tengo los dedos agarrotados. ¿Los he crispado mientras Brian hablaba? Es asombroso, la cantidad de pequeños mensajes que el cuerpo es capaz de comunicar inadvertidamente. Desvío los ojos de mis dedos a mi marido. Su cuerpo no dice nada inusual. Parece tan relajado y tranquilo como siempre.

—¿Por qué me mentiste, Brian? —Se acabaron la calma y la lógica.

Se queda boquiabierto y parpadea.

—¿Perdón?

—Fingiste que ibas al trabajo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Pero no fuiste, ¿verdad?

—Sí, sí que fui.

—Es curioso, porque Mark dijo que no estabas allí.

—¿Mark? —Aparta la mano de mi rodilla—. ¿Por qué tuviste que llamar a mi ayudante?

—No lo llamé yo —digo—. Me llamó él.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía que comentarte algo importante. ¿No te lo mencionó cuando llegaste al despacho por la tarde? Si es que llegaste.

—Pues claro que llegué. Y sí —dice cambiando de postura; ahora me mira de hito en hito—, ahora que lo dices, tenía que comentarme algo muy urgente.

—Magnífico. Entonces —digo sosteniendo la mirada—, ¿dónde has estado esta mañana, Brian?

Durante un par de segundos no dice nada. Se pasa la mano por la cara y respira hondo varias veces. Me pregunto si se estará tranquilizando, si me estará ocultando la mirada para que yo no vea las mentiras que urde ahora que me he encarado con él.

—Yo... —me mira; en la frente se le forma un frunce—. Quería ir a ver a Charlotte.

—¡No fuiste! Los dos estábamos delante cuando el especialista dijo...

—Sue. —Levanta la mano y me muerdo la lengua—. Pensaba ir a ver a Charlotte esta mañana. Lo planeé hace días. Sé que no te gusta que se quede sola y pensaba darte una sorpresa, sugerirte que fueras a la ciudad a hacerte la manicura, o a la peluquería, a comprarte un vestido o lo que fuera mientras yo me quedaba con ella. Pero anoche el especialista nos dijo lo de los análisis y aquello echó por tierra mis planes, así que...

—¿Así qué? —Hablé tan alto que *Milly* levantó la cabeza de la alfombra y se me quedó mirando.

—Así que me fui a la ciudad. Estuve en la biblioteca, nadé un rato, compré un par de cosas y tuve un poco de... —hace un gesto de circunstancias—. Supongo que tú lo llamarías «tiempo para mí».

—¿Tiempo para mí?

—Sí. —Me mira a los ojos con fijeza.

—O sea que te tomaste la mañana libre para darme... «tiempo para mí»... y cuando el especialista nos dijo que no podríamos visitar a Charlotte, decidiste tener un poco de «tiempo para mí», pero para ti.

Se encoge de hombros con incomodidad.

—Sí.

—¿Por qué no lo has dicho?

—¿Cuándo?

—Ahora, cuando has entrado. ¿Por qué no lo has mencionado?

—Por el amor de Dios, Sue. —Brian se deja caer hacia delante con la cabeza entre las manos—. No creo merecer esto. Realmente no creo merecerlo.

—Pero... —No puedo terminar la frase. De repente, toda la situación me parece ridícula y ya no sé por qué he de seguir discutiendo. Brian planeaba hacerme un favor, pero como todo quedó en agua de borrajas, aprovechó la ocasión para dedicarse unas horas a sí mismo. Es totalmente razonable. Es verdad que cuando entró por la puerta no me lo contó todo, pero ¿y qué? No soy su guardiana, no tiene por qué informarme de todos los movimientos que hace, yo no le haría una cosa así, y menos después de lo que James me hizo pasar.

Me quedo mirando la figura cansada y encorvada que hay en el otro extremo del sofá. Parecía lozano y muy optimista al entrar en casa, diez minutos antes. Ahora parece que ha envejecido diez años.

—Lo siento. —Alargo la mano y la apoyo en su hombro. Brian no responde—. Lo siento —repito. El reloj de péndulo del rincón sigue desgranando minutos con su tictac—. Brian —digo suavemente—. Por favor, mírame.

Al cabo de una eternidad despega los dedos de la cara y me mira.

—No quiero discutir, Sue, y menos después de todo lo que ha ocurrido.

—Yo tampoco.

Le pellizco el hombro. Él dobla el otro brazo y pone la mano encima de la mía. El

calor de su palma tiene sobre mí un efecto calmante inmediato. Vacío los pulmones con fuerza.

—¿Paz? —dice Brian, buscando mis ojos con los suyos.

Estoy a punto de decir que sí con la cabeza, de tirar de él para abrazarlo, de perderme en su olor cálido y almizcleño, cuando me viene una idea a la cabeza.

—¿Estaba llena la piscina? —pregunto—. Quiero decir, cuando fuiste a nadar.

Brian parece confuso, pero esboza una sonrisa una fracción de segundo después.

—Hasta los topes. Niños por todas partes. Los estudiantes tienen vacaciones por estas fechas, ¿qué otra cosa podía esperar?

«No sé lo que podías esperar», pienso mientras me rodea con los brazos y me estrecha contra sí, pero yo habría esperado que estuviera más vacía que el desierto, si tenemos en cuenta que la piscina cerró hace dos semanas por reformas.

Estamos sentados en silencio junto a la cama de Charlotte; Brian le coge una mano, yo la otra. El electrocardiógrafo emite pitidos uniformes en el rincón de la habitación. No hemos hablado por el camino, pero es normal que guardemos un silencio cómplice cuando vamos en coche, sobre todo si la radio está puesta, y Brian no tenía ningún motivo para pensar que hubiese nada raro en el hecho de que yo estuviera mirando por la ventanilla durante todo el viaje. Pensaba que tenía que hacer algo, echarle en cara la mentira de la piscina o callarme y fingir que no pasa nada. He elegido esto último, por el momento.

—Aún no han reparado el botón de alarma —digo. Mi voz suena horriblemente alta en la pequeña habitación.

Brian mira la mugrienta cinta amarilla que tapa el botón rojo que queda encima de la cama.

—Típico. Seguro que tampoco han arreglado la tele.

Cojo el mando a distancia y aprieto un botón. La pantalla del televisor se enciende y vemos *Bargain hunt*, el concurso de la BBC, durante treinta segundos, al cabo de los cuales la pantalla se llena de puntos negros sobre fondo blanco. Apago el aparato.

—Esto es una puta tomadura de pelo. —Brian cabecea—. He peleado, y ganado, para que el presupuesto de este hospital sea tres veces mayor y todavía se cae a pedazos. Y ni siquiera me tapan la boca con medidas profilácticas. ¿Has visto la suciedad que hay en el alféizar de la ventana? ¿Qué hace aquí el personal de limpieza? ¿Fumigar las habitaciones con lejía e irse luego a fumar un cigarrillo?

—No seas tan duro. —Saco una toallita antiséptica del paquete que hay en la mesilla de noche y me pongo a limpiar el alféizar de la ventana, luego el armazón de la cama y por último el tirador de la puerta—. Seguramente estarán saturados de trabajo.

—Pero deberían reparar este botón de mierda. ¿Qué esperan que hagamos si se presenta una urgencia? ¿Sacar una bandera blanca por la ventana?

Brian da un suspiro y extiende el periódico con una sacudida. A veces lee en voz alta los artículos más interesantes o más polémicos. No producen el menor efecto en Charlotte, pero ayudan a llenar la visita.

Después de limpiar me concentro en nuestra hija. Le estiro la sábana, saco los bordes, los remeto, le cepillo el pelo, le limpio la cara con algodón húmedo, le froto las manos con crema hidratante y finalmente me quedo a su lado, retorciéndome las manos sin ningún objeto. El pelo de Charlotte no estaba enredado, su cara no estaba sucia y sus manos no estaban secas, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Podría cogerle la mano. Podría decirle lo mucho que la quiero. Podría pedirle por favor, suplicarle que abra los ojos y vuelva con nosotros. Podría llorar. Podría esperar a quedarme sola en la habitación, inclinarme sobre ella, abrazarla y preguntarle por qué. Por qué no me di cuenta de que sufría tanto que había preferido morir a seguir viviendo un día más. Hija de mis entrañas. Mi pequeña. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no lo intuí?

Podría proponer un trato a Dios. Podría pedirle que me cambie por ella, para que ella pudiera sonreír otra vez, reír otra vez, ir de compras, charlar con las amigas, ver películas y malgastar el tiempo en Internet. Para que viviera en mi lugar.

Pero ya he hecho todas estas cosas. Las he hecho tantas veces estas seis semanas que he perdido la cuenta y nada, nada me la ha devuelto.

—Lo siento, pero solamente permitimos un máximo de tres visitantes a la vez. Me temo que tendrá usted que...

Me vuelvo para ver quién habla. Hay una enfermera y una pareja joven al otro lado de la puerta. Reconozco al hombre alto y rubio. Es Danny Argent, un amigo de Oliver. A la chica que va con él no la reconozco.

—Pero... —Los ojos del joven se clavan en los míos—. Hola, Sue.

—Danny. —Miro a Brian. Ha fruncido el entrecejo—. ¿Qué haces aquí?

El muchacho entra en la habitación. La enfermera hace un sonido de reproche, pero Danny no le hace caso.

—Nosotros —se vuelve a mirar a la atractiva mestiza que se ha quedado en el pasillo—, Keisha y yo queríamos ver a Charlotte. ¿Es posible?

Brian carraspea. Danny no le cae bien desde que nos llamaron al servicio de urgencias porque a Oli le iban a hacer un lavado de estómago. Al parecer, había bebido demasiado. Brian se puso pálido al ver a su hijo medio inconsciente en una camilla de hospital y luego morado al ver a Danny apoyado en la pared, con un mugriento zapato deportivo en la pintura y con el otro golpeando la rueda de la camilla. No le ha perdonado por haber emborrachado a su hijo hasta el extremo de haber tenido que hospitalizarlo, pero Oli no soporta que se hable mal de su mejor amigo. Por lo que a él se refiere, Danny, promotor de clubes nocturnos, no puede hacer nada reprochable.

—¿Sue? —repite Danny. Señala con la cabeza a Keisha y la muchacha me sonrío con expresión esperanzada.

Miro a Brian. Un desconocido habría dicho que su aspecto es del todo normal,

pero yo sé lo que pasa en su cabeza. Se pregunta si Danny habrá tenido algo que ver con el accidente de Charlotte. Sus antenas protectoras se alarman solo por verlo en la misma habitación que su hija. Yo no tengo nada contra Danny. Es superficial, egomaniaco y materialista; no es el hombre al que elegiría para ser el mejor amigo de Oli, pero no es mala persona, no es peligroso. Siempre ha tratado a Charlotte como a una hermana menor, para indignación de la muchacha, pero tampoco puedo ponerme en contra de Brian en esta coyuntura, ni siquiera sospechando lo que sospecho. No por nosotros, sino porque es lo mejor para Charlotte.

—No sé... —digo, mirando alternativamente a Danny y a Brian—. No sé si...

Cuando Brian se levanta, su silla chirría al patinar sobre el linóleo lavado con lejía.

—Necesito un café. —Me mira con segundas—. Te traeré otro, Sue. No hace falta que me acompañes.

Danny parece tan sorprendido como yo cuando Brian lo saluda rápidamente con la cabeza y sale de la habitación. Transcurren varios segundos de silencio mientras todos esperamos a que alguien decida qué se hace a continuación.

—Pasa, pasa —digo por fin, llamando a Keisha con la mano. La muchacha titubea, se dirige hacia Danny y se queda cerca de él, todo lo cerca que puede estar sin derribarlo. He visto a *Milly* hacer lo mismo con Brian. Se pega tanto a sus rodillas que Brian tiene que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio. Lo de *Milly* es un signo de devoción absoluta, y por la cara que pone Keisha, estoy convencida de que la motivación es la misma en su caso.

Danny apenas acusa la proximidad de su amiga. Si no fuera porque le pasa un brazo por los hombros y le apoya la mano en la nuca, se habría dicho que ni siquiera se da cuenta de que está en la misma habitación. Danny no ha apartado los ojos de Charlotte en los últimos cinco minutos.

—¿Cómo está? —pregunta.

Me encojo de hombros. Es una respuesta que ya tengo muy ensayada: mitad esperanzada, mitad realista.

—Los médicos dicen que las heridas más graves se están curando bien.

—Entonces, ¿por qué... —arruga la frente—... no ha despertado?

—No lo saben. —Aprieto la mano de Charlotte. Está tan inmóvil y callada que cualquiera diría que su piel ha de estar fría, pero no es así; está tan caliente como la mía.

—¿En serio? Lo lógico sería que hubieran...

Oigo un fuerte sollozo y los dos nos volvemos hacia Keisha.

—Válgame Dios. —Danny parece consternado al ver las lágrimas que corren por las mejillas de la muchacha—. Para ya, ¿quieres? Me estás poniendo en evidencia.

Su tono me pone en tensión. James era igual, frío ante las lágrimas.

Keisha se tapa la cara con las manos, pero no puede ocultar las lágrimas. Le gotean por la mandíbula y le manchan la camiseta rosa de salpicaduras rojas.

Quiero alargar la mano, pero estoy sentada demasiado lejos para alcanzarla.

—¿Estás bien?

Niega con la cabeza y se limpia las mejillas con la mano derecha. Con la izquierda se aferra al borde de la cazadora de cuero de Danny. Debe de tener dieciocho años, veinte a lo sumo, pero su actitud es la de una criatura de cinco.

—Es que —contiene un sollozo—, es que es muy triste.

Su acento me sorprende. No esperaba que fuera irlandesa.

—Sí, es muy triste. Pero no hemos perdido el optimismo. No hay motivo para pensar que no deba recuperarse.

Keisha gime como si se le partiera el corazón y se suelta de Danny.

—Keish —le dice el joven. En la mejilla le tiembla un músculo—. Keisha, basta ya.

—No. —Se rodea la delgada cintura con los brazos y retrocede hacia la puerta—. No.

—¿Keisha? —Me levanto y doy un paso hacia ella. Alargo la mano con la palma hacia arriba, como si me acercara a una potranca asustada—. Keisha, ¿qué ocurre?

La chica mira mi mano y niega con la cabeza.

—Lo siento. —Da otro paso hacia la puerta y luego otro. Tiembla de pies a cabeza—. Lo siento mucho.

—Todos lo sentimos. —Trato de mantener la calma, pero el corazón me late con furia—. Pero no hay necesidad de alterarse tanto. Seguro que al final se recu...

—No es por eso. Lo que siento es...

—¡Keish! —Danny ha levantado tanto la voz que las dos nos sobresaltamos—. Calma esos putos nervios.

—No. —La chica deja de mirar a Charlotte para posar los ojos en su amigo—. Tiene que saberlo.

—¿Saber qué? —¿De qué está hablando?— ¿Qué tengo que saber, Keisha? Cuéntamelo.

Los dos jóvenes se miran fijamente a los ojos. Los de Danny entornados, avisándola y ordenándole que tenga la boca cerrada.

—¡Keisha! —Tengo que hacer que la joven me mire, necesito romper el hechizo con que Danny la inmoviliza—. ¡Keisha!

—Sue, ¿por qué gritas? —Brian está en la puerta, detrás de Keisha, con una taza de humeante café en cada mano.

Lo miro con asombro. ¿Cuánto tiempo lleva en la puerta?

—Lo sabía. —Brian fulmina a Danny con la mirada—. Sabía que habría problemas si te permitía...

Calla al oír los gemidos de Keisha, que empuja a Brian para apartarlo y sale corriendo de la habitación. Las salpicaduras del café caliente caen sobre el frío suelo de vinilo.

—¡Keish! —Danny se va en pos de la muchacha.

Hay un momento terrible cuando Brian y él se encaran en la puerta y tengo la impresión de que alguien va a recibir un puñetazo, pero Brian se aparta para dejar pasar a Danny. Oigo que Keisha grita algo mientras los zapatos deportivos de Danny resuenan en el pasillo. La habitación vuelve a quedar en silencio.

El electrocardiógrafo sigue emitiendo pitidos en el rincón.

Brian me mira confuso y conmocionado.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —Hay una acusación tácita detrás de la pregunta y mira a Charlotte con preocupación—. He oído gritar a esa muchacha desde la máquina expendedora del pasillo. Me extraña que no haya venido la enfermera. O el personal de seguridad. ¿Qué ha querido decir? —Deja las tazas de café en la mesita de noche y coge la otra mano de Charlotte.

—¿Quién?

—La muchacha que estaba con Danny. Gritó mientras corría por el pasillo.

—No he oído nada.

Brian me mira fijamente.

—Gritó: «Niña idiota. Confió en mí, creyó que era su mejor amiga y mira lo que le ha pasado».

Sábado, 8 de septiembre de 1990

Fue James quien llamó por teléfono el miércoles. Se deshizo en disculpas, dijo que en su vida personal habían sucedido cosas espantosas y me preguntó si lo perdonaría alguna vez por haberme dejado colgada. Yo quería enfadarme, decirle que merecía que me trataran mejor y que él no podía esperar que lo perdonara solamente por haberse dignado a responder por teléfono. Pero en vez de eso le dije: «Invítame a una cerveza y me lo pensaré». Me llamó «ángel» y dijo que era propio de las personas alucinantes como yo el ser tan comprensivas.

Cuando nos reunimos para tomar la cerveza, quise averiguar algo más acerca de aquellas «cosas personales» que le habían impedido llamarme, pero desviaba la cuestión, alegando que me lo contaría todo cuando estuviéramos juntos un poco más. (Bueno, ya estábamos «juntos», ¿no? ¡Interesante!)

Casi inevitablemente terminamos en la cama. Otra vez.

Habíamos estado en Heart and Hand de Clapham Common y, cuando pedimos la última ronda, le sugerí ir a mi piso en metro porque tenía un par de botellas de vino esperando que alguien se las bebiera. A James le entusiasmó la idea. Dijo que ardía en deseos de ver mi casa y de averiguar lo que mis pertenencias contaban de mí. Resultó que cuando nos colamos por la puerta principal y entramos en mi habitación amueblada, y nos dejamos caer en el futón, lo único que vio fue un par de paredes decoradas con magnolias pintadas y el techo blanco.

Después, mientras yacíamos abrazados, escuchando la repetición de «Monkey gone to heaven» de los Pixies (los dos éramos demasiado vagos para levantarnos a cambiar el CD), pregunté a James cuándo iríamos a su casa. Su cara se ensombreció y dijo: «Espero que nunca». Cuando le pregunté qué significaba aquello, se encogió de hombros y dijo que tenía que ir al lavabo. Al volver dijo algo que me hizo reír y eso fue todo, cambió de conversación sin que yo me diera cuenta.

No desistiré tan fácilmente la próxima vez que el tema salga a relucir...

Capítulo 5

—¿Keisha Malley? —Oli coge una galleta de la mesa y le da un mordisco. Solamente lleva en la casa diez minutos y ha devorado casi entero un paquete de Hobnobs de chocolate—. ¿Una chica negra y delgada? Sí, la conozco, sale con Danny.

Ha transcurrido un día desde el incidente de Keisha y Danny en el hospital, pero todavía le doy vueltas. ¿Qué quiso decir con aquello de «Niña idiota. Confió en mí, creyó que era su mejor amiga y mira lo que le ha pasado»?

Brian y yo hablamos de lo ocurrido mientras volvíamos a casa y luego durante horas, hasta bien entrada la noche, pero seguíamos estando a oscuras. Necesité toda mi fuerza de voluntad, y la firme mano de Brian en el teléfono, para no llamar a Oli a media noche y pedirle el número de Danny, a ver si conseguíamos algunas respuestas.

—¿Dijo Charlotte alguna vez que Keisha era su mejor amiga?

—¿Keisha? ¿Su mejor amiga? Bromeas, ¿no? ¿Y Ella? Las dos son uña y carne. —Arquea una ceja—. ¿O se pelearon?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Charlotte no dijo nada de haberse peleado con Ella, pero es que... — Dejo la frase sin terminar. Empiezo a tener la sensación de que hay muchas cosas que no sé de la vida de mi hija.

Oli hace una mueca.

—Es poco probable, ¿no te parece? ¿Una chica de diecinueve años la mejor amiga de una quinceañera? ¿O con las chicas es diferente?

—No sé —digo encogiéndome de hombros—. Pero ¿por qué lo diría Keisha si no era verdad?

—Es una mujer. ¡Está loca! —Se echa a reír, pero se arrepiente en el acto—. Perdona, Sue. Tú eres una excepción.

—Oliver James Jackson —brama Brian desde el porche—, ¿otra vez metiéndote con tu madre?

Lanza a Oli una mirada glacial, pero no puede impedir que sus labios se curven en una sonrisa, delatando su intención.

El hijo no se inmuta.

—Pensé que tendrías el día libre gracias a mí, viejo.

—¡Ostras! —Brian cruza la cocina y le da un ligero golpe en la cabeza—. Muchas gracias, menos por lo de viejo.

Sonríó al ver la naturalidad con que interpretan el papel de padre e hijo en el intercambio de bromas. Cambian información, cruzan ofensas y bromas y ni una sola vez dejan de sonreír. Me encanta verlos juntos, aunque la parte más odiosa de mí siente celos. Tienen una complicidad que ya quisiera yo haberla tenido con Charlotte. Cuando esta nació, cuando la tuve en brazos por primera vez, tenía la cabeza llena de felices fantasías para el futuro: las dos yendo juntas a comprar zapatos, cotilleando mientras nos hacían la manicura, piropeando a los tíos cachas del cine o simplemente

sentándonos a la mesa de la cocina para hablar de nuestra cotidianidad. Pero las cosas no resultaron de ese modo.

Fui la favorita de Charlotte en todo el planeta hasta que cumplió once años. Algo cambió entonces. En vez de llegar corriendo del colegio para contarme llena de emoción lo que le había sucedido aquel día, se mostraba hosca y retraída. En vez de quedarse conmigo en el sofá para reír las dos como tontas viendo un episodio de *Scooby Doo*, se encerraba en su habitación con el ordenador portátil y el teléfono móvil por toda compañía. Se ponía ceñuda si me atrevía a asomar la cabeza por la puerta para preguntarle si quería un té. Brian trató de tranquilizarme diciendo que era algo normal, que todo formaba parte de su transición a la adolescencia. Me recordó que su relación con Oli también se había resentido a una edad parecida; sin embargo, aunque yo los había visto enfrentarse pocas veces, siempre había sido por cosas como la hora de acostarse y el dinero para gastos. Su distancia no parecía tan personal como la que había entre Charlotte y yo.

Su negativa a hablarme fue la razón de que le comprase el primer diario. Imaginé que le daría un medio para desahogar los sentimientos nuevos y desconcertantes que sin duda estaba experimentando... incluyendo los de rechazo hacia mí.

—¿No es verdad, Sue? —Oli agita la mano delante de mi cara y se echa a reír—. ¿Hay alguien en casa?

—Lo siento... —Lo miro, miro a Brian y vuelvo a mirar a Oli—. ¿Qué ocurre?

—Papá acaba de contar un chiste. El caso... —dice arqueando una ceja—, el caso es que él cree que es un chiste, y yo quería recabar tu opinión porque... —Deja la frase a medias y vuelve a reír, seguramente al ver mi cara de inocente.

—¿Te ha preguntado Sue por Keisha? —dice Brian, cambiando de conversación.

Oli asiente con la cabeza. Acaba de zamparse la última Hobnob y tiene la boca demasiado llena para responder.

—Sí —digo—. La conoce... es amiga de Danny... pero Charlotte nunca habló de ella.

—Mmmm. —Brian coge el plato vacío, lo deja en el fregadero y vuelve a la mesa—. ¿Y no dijo nada sobre haberse peleado con Ella? ¿No hubo ninguna discusión, ninguna clase de desacuerdo?

Oli niega con la cabeza.

—Charlotte no tenía por costumbre mandarme mensajes con noticias sobre su vida. Solamente se ponía en contacto conmigo cuando necesitaba consejo o...

—¿O qué? —preguntamos Brian y yo al mismo tiempo.

Oli se remueve en la silla.

—O si quería comprar material por Internet.

Brian y yo cambiamos una mirada.

—¿Qué clase de material? —pregunta él.

—¡Nada peligroso! Entradas de conciertos, suscripciones a revistas, ofertas de eBay, material para el que se necesita tarjeta de crédito o una cuenta en PayPal.

—¿Te pidió que le adquirieses algo extraño o inusual antes del accidente?

—No. —Oli niega con la cabeza—. Como ya he dicho, solamente entradas de conciertos, fotos de famosos firmadas y tonterías por el estilo. —Alarga la mano por la mesa, pero se detiene al comprobar que el plato ha desaparecido. Entre las cejas le aparece un frunce.

—¿Qué ocurre? —pregunta Brian.

Oli nos mira alternativamente. Entreabre los labios como si fuera a decir algo, pero los cierra otra vez.

—¿Qué es? —Ahora también estoy preocupada yo—. Puedes decirnos lo que sea, Oliver. Eso lo sabes, ¿verdad? No te juzgaremos ni nos enfadaremos. Te lo prometo.

Bueno, no me enfadaré yo. Brian está sentado en el borde mismo de la silla, con los codos sobre la mesa y los ojos clavados en la cara de su hijo.

—Yo... —No puede sostener la mirada de su padre.

—Por favor —digo suavemente—. Podría sernos de utilidad.

—Está bien. —Se sienta recto en la silla, tamborilea en la mesa con los pulgares y agacha la cabeza—. Está bien. —Hace otra pausa para aclararse la garganta y me digo que explotaré si tengo que esperar otro minuto—. Me preguntó si le daría dinero para pagar la habitación de un hotel, para ella y Liam.

—¿Qué?!

—Dijo que no quería perder la virginidad en un coche ni en el campo de deportes del instituto, como todas las demás, y...

—¿Una habitación de hotel?! —La nuca de Brian se ha puesto de color morado—. Por todos los santos, tiene quince años. ¿En qué coño estaba pensando? Si tú...

—Yo no hice nada, papá. —Oli levanta las manos—. Te lo juro. Habría sido incapaz.

Dice la verdad. Lo sé por la expresión de horror que hay en su cara.

—¿Por qué no nos lo has dicho hasta ahora? —pregunto.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Porque tu hermana de quince años planeaba tener relaciones sexuales con un crío de diecisiete en la habitación de un hotel! —Brian se ha levantado a medias de la silla, ha apoyado las manos en la mesa y la punta de los dedos se le ha puesto blanca.

—Brian. —Ni siquiera me mira y repito su nombre mientras él sigue despotricando—. Brian, ¡basta ya! Deja de gritar. Oli no tiene la culpa.

Los dos hombres me miran con cara de sorpresa. Creo que ninguno de los dos me ha oído levantar la voz hasta ahora.

—Lo siento. —La voz de mi marido es áspera cuando se deja caer en la silla y se frota la nuca con los ojos cerrados—. Lo siento, Sue. —Mira a Oli. Está arrepentido, se le forman arrugas en la barbilla y aprieta los labios—. Lo siento, hijo. —Oli se encoge de hombros y no dice nada. Se nota que está picado—. Pero es que todo esto me parece muy...

Pongo la mano encima de la suya.

—Lo sé.

Los ojos de Brian buscan los míos.

—No pareces sorprendida por todo esto.

—No lo estoy. —Le aprieto la mano—. He leído el diario de Charlotte. Sé lo que sentía por Liam.

Arruga la frente.

—¿Llevaba un diario? ¿Cuándo lo encontraste?

—Esta mañana —miento.

Brian se pone recto en la silla. Si de algún modo es responsable del accidente de Charlotte, no parece preocupado por que yo tenga acceso a los pensamientos más íntimos de nuestra hija.

—¿Cuenta...? —Adelanta el pecho—. ¿Cuenta por qué pudo haber querido...?

No se atreve a decir «matarse». Se niega a admitir que nuestra hija haya podido sentirse tan desdichada como para querer acabar con su vida antes que contarnos los motivos de su infelicidad. Entiendo por qué se siente así, lo entiendo perfectamente.

—No —digo, y se desploma completamente aliviado.

Es otra mentira, naturalmente, pero no puedo contar la verdad sobre el diario hasta estar segura de que él no ha tenido ningún papel en «el secreto» que tanto ha pesado en la decisión de Charlotte. En este momento no sé qué creer ni a quién.

—¿Puedo verlo? —pregunta.

Enarco las cejas y él niega con la cabeza.

—No, tienes razón, desde luego que la tienes. Sigue teniendo derecho a su intimidad. Pero... —Su mirada se desvía hacia Oliver, que nos observa con una expresión extraña. Es la primera vez que hemos hablando sin tapujos del accidente de Charlotte delante de él. La fachada «todo va bien» se ha venido abajo finalmente.

Brian cabecea y se retrepa en la silla. Guardamos silencio y sin darme cuenta me quedo mirando las migas amontonadas delante de Oli. No me sorprendió leer en el diario lo mucho que deseaba perder la virginidad con Liam, ni lo emocionada y asustada que estaba. No le di mucha importancia. La verdad es que no me pregunté si aquello podía estar relacionado con «el secreto» del que habla Charlotte en su última anotación; supuse que tenía que ver con Brian; pero ahora que Oli ha sacado a relucir lo de la habitación del hotel...

Dejo de mirar las migas y observo a *Milly*, que yace medio dormida a mis pies. Necesitamos dar un paseo... hasta la casa de Liam.

Sábado, 29 de septiembre de 1990

James me dijo anoche que me quería: cuatro semanas después de nuestra primera cita.

Me llevó a un restaurante mexicano fabuloso que hay en Camden: poca iluminación, mesas íntimas, velas parpadeantes y ningún cacto a la vista. Me esforcé por comerme la fajita sin que se cayera el contenido, pero cuanto más intentaba metérmela de lado en la boca, más comida caía por el extremo y más risa me daba. Cuando miré a James, vi que estaba muy serio. Me volví, para ver si había habido algún accidente en la calle, pero pasaban coches y peatones con toda normalidad.

Dejé la fajita en la mesa. De súbito se me quitó el hambre.

—¿Qué es, James?

Se removió en la silla.

—Tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—Que eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida.

Me miraba fijamente, sin parpadear, su boca era una línea recta y tenía las manos unidas en los muslos. Era como si mirase más allá de mi vestido rojo con flores estampadas, más allá de las cuentas negras y mi pelo rizado, y atisbara el interior de mi cabeza.

—Te quiero, Suzy —dijo—. Nunca he amado a nadie como te amo a ti y me aterroriza amar tanto a alguien. No puedo dormir, comer ni pensar, todo por ti. Casi no puedo actuar. He perdido el control de quién soy, estoy muerto de miedo, pero no puedo huir porque te quiero tanto. No sé existir sin ti.

Me miró a los ojos en busca de una reacción. Nunca lo había visto tan preocupado. Sonreí, deseosa de aliviar su malestar, deslicé las manos por encima de la mesa y las suyas corrieron a mi encuentro.

—Yo también te quiero, James, pero nunca me he sentido tan asustada ni tan vulnerable. No me quedan defensas, nada para impedir que me hicieras daño si desearas hacérmelo.

—Nunca te haría daño, Suzy-Sue. —Me soltó una mano y estiró la suya para acariciarme la mejilla—. Nunca. Antes que verte sufrir me haría daño a mí mismo.

Asomaron unas lágrimas, pero se las limpió con brusquedad.

—Vámonos. —Sacó un puñado de billetes de la cartera y los dejó encima de la mesa—. Volvamos a tu casa, pongamos un disco, metámonos en la cama y olvidémonos del mundo.

A mí tampoco se me ocurría nada mejor.

Capítulo 6

Anoche no fui a casa de Liam. Nada más decir que iba a sacar a pasear a la perra, Brian se levantó de la silla y desapareció en el pasillo. Volvió un minuto después con la chaqueta puesta y con la correa de *Milly* colgando de la mano. Dijo adiós a Oli con la despedida más breve del mundo y cuando me di cuenta ya estaba en la puerta del porche.

Oli arqueó las cejas.

—No es propio de papá sacar a pasear a *Milly*.

No dije nada. Le ofrecí otra taza de té y más galletas, pero negó con la cabeza, dijo que se le hacía tarde y que necesitaba volver a Leicester.

Miro el reloj de la cocina. Brian se ha ido al despacho hace una eternidad y solamente son las nueve menos diez de la mañana. Si Liam se parece a Oliver cuando este era adolescente, no creo que esté despierto a esta hora en período de vacaciones. Debería ir a ver a Charlotte antes y luego ir a verlo a él. Dejo la taza en la mesa y me levanto. Pero ¿y si ha tenido que marcharse por la razón que sea y no doy con él? Mejor probar primero en su casa, por si lo encuentro allí, y luego ir a ver a Charlotte. Si elijo el camino más largo, tal vez lo encuentre despierto cuando llegue. Si voy cruzando el parque no llegaré hasta las nueve y media.

Vuelvo a cambiar de idea en cuanto entro en el cuarto ropero a buscar el abrigo. Debería llamar antes. O enviarle un mensaje de texto. Así no molestaré a su familia. Pero no tengo su número de móvil, solamente el del fijo.

Charlotte lo tendrá.

Corro escaleras arriba, doblo hacia su habitación, pero me detengo en la puerta. ¿Dónde tendrá el móvil? No he vuelto a verlo desde el accidente.

No toqué el cuarto de Charlotte durante las dos primeras semanas; ni un solo objeto; ni los algodones manchados con rímel que hay esparcidos por el tocador, ni las bragas y sujetadores sucios que hay bajo la cama ni las revistas que alfombran el suelo; nada. Pensaba que si ordenaba la habitación y Charlotte no despertaba nunca, borraría todos los rastros de su personalidad que quedaban. Parece ridículo, pero entonces estaba conmocionada. ¿De qué otro modo habría pasado por alto que su teléfono no estaba en la bolsa de plástico transparente que me había entregado la enfermera? Contenía los objetos cotidianos que llevaba consigo entonces: bolso de mano, llaves, maquillaje, cepillo del pelo, pero ningún teléfono. ¿Por qué? Al igual que casi todos los adolescentes, estaba unida al móvil por un cordón umbilical.

Tres semanas después del accidente, desapareció la conmoción y con ella la obsesión por dejar intacto su cuarto. En vez de ver su desorden como un signo de normalidad, lo vi como un santuario morboso. Mi hija no estaba muerta, solamente enferma, así que lo puse todo en orden, lo dejé todo listo para su regreso. Y así encontré el diario.

Abro las puertas del armario y registro los bolsillos de algunas prendas. Veo

piezas que no he visto antes: una chaqueta que parece de Vivienne Westwood y un caro vestido con la etiqueta de VB. Lo miro durante unos segundos. ¿Qué hace Charlotte con un vestido de Victoria Beckham? Lo deslizo por la barra y me concentro en los bolsillos de unos tejanos Diesel. Tendré que preguntar a Oli la próxima vez que lo vea.

Cierro el armario. El conductor del autobús no dijo nada sobre ningún móvil, tampoco ningún testigo ocular, y las autoridades acordonaron inmediatamente el lugar, de modo que si quedó aplastado o roto en algún sitio, la policía lo habría encontrado. O sea que tiene que estar en la casa.

Charlotte debió de esconderlo a propósito. Y si lo escondió es que tenía algo que ocultar.

Abro el cajón de los calcetines y lo registro hasta el fondo. Nada. Vacío la caja de las carpetas y trabajos de clase que tiene debajo de la mesa y miro entre los papeles. Ningún teléfono. No está en ningún zapato, en ninguna bota ni detrás de las novelas del anaquel. Vuelvo al cajón de los calcetines y los oprimo uno por uno, pero sigo sin encontrar nada. Registro la habitación durante quince, veinte minutos, miro todos los cajones, todas las bolsas, todas las cajas de zapatos; ni rastro del móvil.

¿Dónde estará?

Saco el diario de debajo de la almohada y paso las páginas. Lo he leído, diez, veinte veces, pero sea cual fuere el secreto, no figura en el diario. Figuran otras preocupaciones: angustia por el peso, nerviosismo por ir a dormir con Liam por primera vez, inquietud por los resultados del examen y titubeos acerca de la profesión que le gustaría, pero nada de peso, nada tan terrible como para inducirla a quitarse la vida.

Cierro el cuaderno y vuelvo a ponerlo bajo la almohada. Aquí no hay respuestas; puede que Liam tenga alguna.

White Street está completamente desierta; de hecho solo vemos un gato pelirrojo que nos bufa cuando pasamos. He estado docenas de veces delante de la casa de Liam, pero he entrado muy pocas. Normalmente me quedo en el coche, con el motor en marcha, mientras Charlotte entra corriendo, recoge al muchacho y los llevo a la bolera o al cine. Charlotte no ha pasado nunca la noche en la casa de él ni él en la nuestra, pero a mi hija le dije que si cuando cumplía dieciséis años aún seguía con Liam, yo misma la acompañaría al médico para que le recetara la píldora. Posteriormente, cuando todo se hiciera sobre seguro, su padre y yo saldríamos por la noche y ella y Liam podrían quedarse en la casa. A mí me pareció un plan muy razonable (o «ridículamente liberal», según Brian), pero Charlotte dijo que era «lo más grosero que había oído en su vida», y que cuando quisiera que sus padres se enteraran de que estaba follando con su novio, pondría un anuncio en el periódico local.

Abro la verja de la casa azul que ostenta el número 55. El jardín tiene un aspecto

encantador: los arriates llenos de color, y ni una mala hierba a la vista. Debió de costarle mucho trabajo a Claire, la madre de Liam. Lo que yo daría por poseer la mano que tiene ella para las plantas.

Llamo suavemente cuando llego a la puerta de la casa. Las cortinas de la sala están echadas, pero distingo la oscura forma de una persona que se mueve dentro. Vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza, y me quedo mirando las cortinas. Un momento después se entreabren y unos brillantes ojos azules me observan; las cortinas vuelven a cerrarse en seguida. Oigo un crujido en el suelo de madera y entonces se abre la puerta. Liam Hutchinson, diecisiete años y novio de Charlotte, está delante de mí sin más indumentaria que unos calzoncillos de tipo boxeador de rayas azules y blancas. Parece confuso. Le sonrío con cordialidad.

—Hola, Liam.

Asiente con la cabeza.

—Señora Jackson.

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar contigo un momento.

Me parece extraño encontrarme en la sala de estar de los Hutchinson. Es la primera vez que estoy aquí y no puedo dejar de mirar a mi alrededor, de fijarme en las poco corrientes litografías de las paredes, los cojines de colores conjuntados y la ancha alfombra de aspecto caro que hay delante de la chimenea de estilo victoriano. Liam está sentado en el sofá del otro lado de la habitación, con las piernas muy abiertas. Si la situación le parece curiosa, no lo da a entender. Llevamos un rato sin decir palabra, observándonos a hurtadillas. He ensayado la introducción docenas de veces mientras venía, pero ahora que ha llegado el momento, tengo la boca reseca.

—Entonces... —digo por fin—. Seguramente te preguntarás por qué he venido.

Se encoge de hombros.

—¿Algo que ver con Charlotte?

—Sí. ¿Has ido a verla? Me sorprende que no nos hayamos cruzado hasta ahora.

—No. —Pellizca el paño marfil y oro de la funda que tiene debajo, tira de las hebras metálicas y las deja caer al suelo. A su madre le dará un ataque cuando llegue a casa—. No la he visto. Pensé que no me lo permitirían.

—¿De veras? —Adelanto el pecho—. ¿Porque no eres pariente suyo? Qué detalle. Permiten entrar a la familia y a las amistades —sonrío con calidez— y tú eres más que un amigo.

Se remueve en el asiento.

—No, no lo soy.

—Perdona. He querido decir que eres su novio.

—No. No lo soy.

Arrugo la frente, convencida de que he oído mal.

—Disculpa. Pensé que acababas de decir...

—Ya no salimos. —Desvía la mirada como si estuviera cohibido—. Charlotte me

dio la patada.

—¡No!

No puedo creerlo. ¿Charlotte terminó la historia? ¿Charlotte? Estaba segura de que si alguno hubiera puesto punto final a la relación, solo podría haber sido Liam. Charlotte lo idolatraba. Alto, moreno, dos años mayor que ella, guapo al estilo travieso y miembro de una banda de música, Charlotte casi se había desmayado de emoción un año antes, cuando un amigo de él se acercó a una amiga de ella en la cafetería del instituto para decirle que Liam pensaba que Charlotte era «guay».

Charlotte no había dado el menor indicio de que las cosas fueran mal en la relación, aunque... Dejo de mirar a Liam y me fijo en el reloj de la repisa de la chimenea, distraída por el tictac que llena la habitación... y el tiempo pasa.

Tres semanas antes del accidente de Charlotte, un sábado por la tarde; acaba de volver de la ciudad, donde ha estado de compras. Me encuentro en la sala de estar, leyendo, cuando oigo que se abre la puerta del porche. Pregunto en voz alta si ha comprado algo bonito, pero nadie me responde. No vuelvo a decir nada, pero no dejo de vigilar la puerta de la sala, que está abierta. Segundos después, Charlotte sube corriendo las escaleras, pálida como un fantasma. La llamo y le pregunto si está bien, pero la única respuesta que recibo es el portazo con que cierra su dormitorio. Me incorporo del sofá, sin saber qué hacer. Charlotte no es de las que toleran los mimos y menos cuando está enfadada. No me permite abrazarla y da un respingo si le acaricio el brazo. Está en tensión, todos los jóvenes lo están. Basta quedarse dos minutos en la puerta del instituto para darse cuenta. Falta poco para los exámenes finales y el trabajo escolar aumenta. Charlotte incluso ha tenido que ir a clase en vacaciones para que la profesora la ayude a completarlo a tiempo. Me dejo caer en el sofá. No he dormido bien últimamente. Han vuelto mis pesadillas y lo que menos necesito es una competición de gritos con una quinceañera. «Ya sabe dónde estoy», pienso, y vuelvo a abrir el libro.

—¿Rompisteis un sábado? —pregunto a Liam—. ¿Hace cosa de nueve semanas?

Se pasa la mano por la cara.

—No, fue... —Se detiene y me doy cuenta de que se esfuerza por reprimir sus emociones—... lo dio por terminado la víspera del accidente.

—¿Por qué? —Me inclino hacia delante con las manos en las rodillas. ¿Por qué no habré hablado antes con Liam? Es como si hubiera andado dormida desde el accidente de Charlotte, desde mucho antes, y acabara de despertar estos días. La ruptura con el novio tiene que ser la razón por la que se puso delante del autobús. Nunca se sienten los asuntos del corazón con tanta intensidad como cuando somos jóvenes. Pensamos que nos destruirán, que nunca más volveremos a amar o a ser amados. Pero no escribió esto en su diario.

Liam se pone de pie, cruza la habitación y coge la guitarra del mueble que hay junto a la estantería. Vuelve a sentarse y toca unos acordes.

—¿Liam? —Es como si hubiera olvidado que estoy en la habitación—. ¿Por qué

terminó Charlotte la relación? ¿Cómo se encontraba? —Me mira con cara inexpresiva—. ¿Cómo se encontraba cuando dio por terminada vuestra relación?

Niega con la cabeza.

—No lo sé. Yo no estaba delante.

—¿Perdón?

Mira la guitarra, toca más acordes y de súbito golpea el mástil con la palma de la mano para acallar el sonido. Entonces me mira.

—Me dio la patada con un mensaje de texto.

Comprendo que no quiera hablar de aquello. Que quiera que me marche. Pero no puedo.

—¿Y qué te decía? En el mensaje. Si no te molesta que te lo pregunte.

—No mucho. —Se inclina hacia el lateral del sofá y *Milly* se incorpora cuando un objeto pequeño, negro y de plástico surca el aire y aterriza junto a mí. Es el móvil de Liam. Miro al muchacho, para corroborar que me permite inspeccionarlo. Asiente con la cabeza y vuelve a concentrarse en la guitarra.

El mensaje se titula «Charlotte». Lo leo y miro a Liam con asombro.

—¿Esto es todo?

Asiente con la cabeza.

Vuelvo a leer el mensaje:

«Todo ha terminado entre nosotros, Liam. Si me quieres, no vuelvas a llamarme».

—¿No le preguntaste por qué? —Liam no responde. Está mirando la alfombra, dando golpes repetidos con el pie—. ¿Liam?

—¿Qué? —No levanta la cabeza.

—¿No la llamaste?

—Pues claro que sí. —Se mueve como si fuera a dejar la guitarra en el suelo, pero cambia de idea. La estrecha contra su pecho, con la mejilla pegada a los trastes—. Nadie recibe un mensaje que lo manda a hacer gárgaras sin llamar inmediatamente para preguntar qué coño pasa. Y menos cuando se ama a quien lo ha enviado.

Milly jadea a mis pies.

—¿Qué dijo Charlotte?

—Nada. —Liam me mira sin expresión, como si nada le importara ya—. No atendía las llamadas. Le envié un montón de mensajes, pero no me respondió. Ni una sola vez. —Cabecea—. Entiendo que es su hija, pero yo no merecía eso, señora Jackson. No merecía que me dieran la patada por escrito, sin explicaciones, y que luego pasaran de mí como si yo no hubiera existido.

Estoy deshecha. Una parte de mí quiere cruzar la barrera que nos separa, abrazar a Liam y curarle la herida. La otra parte quiere preguntarle si discutieron, si hizo alguna cosa que justificase que Charlotte terminara la relación de un modo tan brutal. Decido no hacer ninguna de las dos cosas. Liam parece estar al borde del llanto y no quiero molestarlo más de lo que ya lo he molestado. Y menos si quiero que vuelva a

dirigirme la palabra. Me pongo de pie y tiro de la correa de *Milly* para que también la perra se incorpore.

—Lo siento, Liam —digo—. No sabía nada de todo esto. Charlotte no me dijo ni una sola palabra.

Suspira profundamente, cruza los brazos y desvía la mirada. Fin de la conversación.

Cuando estoy a mitad de camino me doy cuenta de que no he sacado a relucir el tema por el que he ido andando a White Street. Relaciones sexuales. No puedo dar media vuelta y llamar a la puerta otra vez y menos en el estado en que he dejado a Liam. No sé qué impulsó a Charlotte a obrar como lo hizo, pero no puedo menos de pensar que fue un acto cruel, incluso tratándose de una adolescente. ¿Y si Liam hizo algo para merecerlo? A veces no hay más remedio que huir de una relación lo más callada y furtivamente que se pueda.

—Ya llegamos, *Milly* —digo cuando introduzco la llave en la cerradura, la giro y muevo la manija de la puerta del porche—. Otra vez en casa. Otra vez en...

La frase se me queda atascada en la garganta. En el felpudo hay una postal con la ilustración hacia arriba. Me echo a temblar mientras me agacho a recogerla.

«Basta, Sue, me digo. No exageres, es solamente una postal.» Pero cuando le doy la vuelta y miro el lado en que se escribe, me silban los oídos. La vista se me nubla, me sujeto al marco de la puerta, parpadeo con fuerza para eliminar los puntos blancos que han aparecido ante mis ojos, pero sé que es demasiado tarde. Voy a desmayarme.

Viernes, 12 de octubre de 1990

Casi dos semanas desde que James me dijo que me quería y aún no he estado en su casa. Lo único que sé es que vive en una casa adosada de tres habitaciones cerca de Wood Green. Hels está preocupada. Según ella, no se sale con un hombre durante seis semanas sin ver su domicilio a menos que tenga algo que ocultar. Le dije que no me molestaba, que ir a hoteles era emocionante y que estar en mi casa era cómodo, pero ella sabe que miento descaradamente. No se puede tener amistad con una persona desde los diez años, mentirle en la cara y esperar que esa persona se lo trague.

—¿Se te ha ocurrido que podría estar casado? —me preguntó el otro día, mientras almorzábamos.

Le dije que sí, pero que no tenía ninguna marca en el anular de la mano izquierda y que en ningún momento se le había escapado, ni una sola vez, que tuviera esposa o hijos. Ni siquiera había hablado de antiguas novias. Yo se lo había contado todo sobre Nathan. Le había hablado incluso de Rupert y que habíamos pegado un polvo durante una borrachera mientras estábamos en la uni, mucho antes de que se lo presentara a Hels y los dos acabaran liándose, pero James ni siquiera había mencionado el nombre de otra mujer. Helen pensaba que era extraño, que era evidente que su silencio significaba que ocultaba algo. Yo repliqué que algunas personas son reservadas y prefieren mantener enterrada su vida anterior.

—¿Qué es entonces? —dijo—. ¿Un expresidiario? ¿Un preso fugitivo? —Las dos nos echamos a reír—. A lo mejor sigue viviendo con papá y mamá.

Dejamos de reír. No era una sugerencia tan absurda. James se iba de mi casa a las horas más extravagantes, afirmando que tenía «cosas que hacer» y «asuntos que arreglar». Y por más preguntas que le hacía, se negaba a explicarme aquellas andanzas, alegando que lo que tenía que hacer era «aburrido» y que «en realidad no me interesaría».

—Decididamente, está casado —dijo Hels cuando le dije esto—. ¿Por qué otra razón tendría que marcharse aprisa y corriendo sin decirte adónde va?

Antes de volver al trabajo me hizo jurar que dejaría de «poner el coño» y pediría a James que me llevara a su casa o pondría fin a la relación. No las tenía todas conmigo en aquello de dar ultimatus, pero le prometí que sacaría a relucir el tema cuando lo viera para cenar al día siguiente.

Estoy convencida de que hay una razón totalmente inocente para que no me haya invitado a su casa. ¿Por qué entonces me siento tan mal?

Capítulo 7

Vuelvo en mí en el suelo del porche. Tengo una mejilla pegada a las frías baldosas; la otra, curiosamente, está húmeda. Levanto los ojos y veo a *Milly* junto a mí, con sus grandes ojos castaños fijos en el cuenco vacío del rincón, con la lengua goteando baba. Se da cuenta de que la miro y me sonríe antes de lamerme la mejilla con entusiasmo.

—Hola, *Milly Mu*. —Me incorporo despacio para sentarme, comprobando con cuidado si tengo alguna lesión. Nada parece estar roto, aunque me duele la sien izquierda y por eso creo que me va a salir una moradura impresionante. Durante una fracción de segundo doy por sentado que he tropezado y caído, pero entonces veo la postal en el suelo, junto a mí, y lo recuerdo todo de golpe. El lado ilustrado de la postal es una foto en que James Stewart está sentado en un peldaño, sonriendo como un tonto, mientras detrás de él aparece proyectada en la pared la sombra de un conejo gigante. La foto es de la película *El invisible Harvey*. La postal podría ser un acto inofensivo, un simple saludo de un amigo a otro, pero no hay mensaje en el otro lado, ni siquiera nombre del remitente. Solamente un sello matasellado en Brighton y una dirección, *la mía*.

No se trata de una postal cuyo remitente se haya olvidado de escribir su nombre y el mensaje, y la haya echado al correo por error junto con otras cartas. Esta es la explicación que daría Brian si le consultara al respecto. Me lanzaría una mirada, *la mirada*, la que dice «¿otra vez otro de tus episodios?», la tiraría al cubo de la basura y me diría que todo va bien y que estoy a salvo. Pero no estoy a salvo, ¿verdad que no? *El invisible Harvey* era la película favorita de James. Ya ni sé la de veces que la hemos visto juntos.

Milly se sobresalta cuando propino un puntapié a la postal y la envío rodando debajo del mueble de los zapatos. Si no la veo, quizá no piense más en ella. Quizá consiga pasar por alto el hecho de que James me ha localizado, veinte años después de haberlo dejado yo.

Me esfuerzo por olvidar lo de la postal, pero es como querer olvidar cómo se respira. Cada vez que se me detiene la mente, cada vez que se libera de pensamientos sobre Charlotte, Brian y la preparación de la cena, vuelve al porche, mira debajo del mueble de los zapatos y saca la postal. Esté en el punto de la casa en que esté, me acecha desde su oscuro y polvoriento rincón. Quiero ir a ver a Charlotte, pero estoy demasiado asustada para salir de casa. ¿Y si James me está esperando? Si ha estado vigilando la casa, sabrá que estoy sola en este momento, aunque todas las puertas y ventanas están cerradas, lo he comprobado tres veces, y no hay forma de entrar. Tengo el móvil en la mano, preparado y listo para marcar el 999 en cuanto oiga el menor ruido.

No tendré tiempo de pedir ayuda si salgo de la casa y James me ataca. Si está

escondido entre los arbustos que hay enfrente de la puerta, podría agredirme mientras subo al coche, o, si está en un coche en otro punto de la calle, podría seguirme al hospital y agredir a Charlotte. Han transcurrido menos de veinticuatro horas desde la última vez que la vi y ya me muero de miedo y culpabilidad por no haberla visitado hoy. ¿Y si en lo profundo de su inconsciente sabe que no he ido a verla y se adentra aún más en el coma? ¿Y si despierta y no estoy allí? ¿Y si fallece?

Durante dos horas no sé qué hacer con mi cuerpo. Salto cuando suena el teléfono y doy un respingo cuando el viento sacude el buzón del jardín. Cuando oigo un golpe en la puerta de la casa, corro al estudio de Brian y miro entre las cortinas, aunque lo único que veo es al lampista que echa una tarjeta en nuestro buzón. ¿Qué estoy haciendo? Estoy dejando que el recuerdo de James me aterrorice, me impida visitar a mi hija. No soy «Suzy-Sue», no lo he sido desde hace mucho tiempo.

Vuelvo a la planta baja, saco la postal del polvoriento escondrijo con las tenazas y la quemo en la chimenea de la sala de estar. Me siento en el sofá y miro mientras las llamas lamen las puntas, bailan sobre la torpe sonrisa de James Stewart y acaban envolviéndolo. Cuando el actor y su extraño compañero conejil se han convertido en ceniza, corro a barrerlos.

Mientras echo los restos en el cubo de la cocina, se me ocurre otra idea. ¿Y si la postal era para Oli y era de un amigo de la uni? ¿Y si estaban demasiado colocados para darse cuenta de que no habían puesto ni remite ni mensaje? ¿Y yo la he quemado sin más! ¿Y si Oli me pregunta por ella? ¿Cómo le explico lo que he hecho sin que piense que estoy loca de atar? Me tiemblan las manos cuando cojo las llaves del coche y me apoyo en la mesa de la cocina para no caerme. Bajo la cabeza y aspiro lentamente, uno, dos, tres, y expulso el aire. Necesito calmarme. Necesito pensar con claridad, de lo contrario tendré otro episodio. Así es como empiezan, así es como paso de ser la Sue normal, cuerda y racional para convertirme en la Sue neurótica y paranoica que pensaba que «sería mejor encerrar a Charlotte en su habitación todo el fin de semana porque Brian está fuera, en una conferencia del partido, y los informativos de la BBC han hablado del secuestro de un niño en un pueblo vecino». Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Poco a poco la respiración se me normaliza.

Me siento más tranquila y contenta cuando vuelvo del hospital. Los nudos que siento en los hombros desaparecieron en el instante en que entré en la habitación de Charlotte y vi que aún estaba a salvo, confortable y cuidada. Su estado no había experimentado el menor cambio y las enfermeras me tranquilizaron diciendo que no había recibido visitas desde que Brian y yo estuvimos ayer con ella. No hay razón para creer que James me ha encontrado. La postal en blanco es únicamente eso, una inofensiva postal en blanco, enviada a nosotros por error o entregada erróneamente por el cartero. Apenas he dormido desde el accidente de Charlotte. No puedo dormir de noche porque me esfuerzo por saber por qué hizo lo que hizo. No me extraña que de vez en cuando desvaríe.

Por segunda vez en lo que va del día engancho la correa en el collar de *Milly* y la saco de la casa. La perra me sonríe, contenta por volver a estar al aire libre. Solamente la paseamos a primera hora de la mañana y a última de la noche, así que un paseo vespertino bajo el sol primaveral es un regalo inesperado.

Judy, la madre de Ella, abre la puerta con la frente arrugada.

—¿Sue?

Me esfuerzo por sonreír.

—Hola, Judy, ¿cómo estás?

—Bien.

Espero a que pregunte qué quiero. Pero en vez de preguntármelo, me veo sometida a una lenta inspección ocular que empieza en las raíces grises de mi pelo, se detiene en las arrugas y ojeras que enmarcan mis ojos sin pintar, revolotea por mi mejor abrigo de Marks & Spencer y finaliza, sin dejarse impresionar, en mis cómodos zapatos de Clarks, de color marrón. Judy y yo éramos buenas amigas hasta que nos peleamos porque para el cumpleaños de Ella llevó a nuestras dos hijas a que les agujerearan las orejas, sin consultarme antes. Visto el asunto ahora, creo que mi reacción fue exagerada, pero las dos nos dijimos cosas muy feas y el tiempo de hacer las paces pasó hace mucho.

—Genial —digo lo más animadamente que puedo, aunque lo que deseo en realidad es darle un soplamocos en su despectiva nariz refregada con Chanel—. ¿Está Ella en casa?

—¿Ella? —Parece sorprendida.

—Sí. Me gustaría hablar con ella sobre Charlotte. Si te parece bien.

Judy entorna los ojos y durante una fracción de segundo pasa por su cara una expresión que se parece a la piedad. Imagino que sabe lo del accidente.

—De acuerdo —dice al cabo de una pausa—. Pero que sea breve porque tiene que estudiar para los exámenes del certificado de estudios.

Le digo que sí con la cabeza y se vuelve hacia el pasillo, tirando de la puerta para que quede abierta solamente unos centímetros. Entonces grita el nombre de su hija. Se oye otro grito de respuesta, amortiguado por la distancia, y la puerta principal se cierra de golpe en mis narices. Alrededor de un minuto después vuelve a abrirse. Ella me observa por la abertura.

—Hola. —Me mira con suspicacia, como su madre.

—Hola, Ella. —De tanto sonreír me duele la cara—. Me gustaría hablar un rato contigo. Sobre Charlotte.

Su expresión cambia con la velocidad del rayo de la sospecha a la cólera. Cruza las tias piernas, delgadas y enfundadas en unos vaqueros.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

Primero Liam, ahora Ella. Basta mencionar el nombre de mi hija para que descienda un telón de malestar. No tiene sentido. Cuando la promoción de Charlotte

preparó el anuario escolar al comienzo del curso para la obtención del certificado de estudios y se predijo dónde estaría cada cual cinco años después, la «chica con quien todos seguirían en contacto» fue Charlotte, así como «la chica con más probabilidades de éxito».

—Porque sois amigas —digo—. A menos que... —Escruto sus facciones—, a menos que ya no lo seáis.

Arquea una delgada ceja depilada.

—Exacto.

—Entiendo. —Hago una pausa, tratando de decidir cómo continuar. Por la determinación de su mandíbula, puedo adivinar que Ella está tan interesada en comunicarse conmigo como Liam, y sin embargo...—. Charlotte sigue en coma.

—Lo sé. —Arquea la ceja de nuevo, pero el destello de sus ojos la traiciona. Está interesada. Quiere saber más cosas acerca de su ex mejor amiga.

—Tiene los pulmones más fuertes y eso es buena señal. —Ella no dice nada. Prosigo—: Lo hemos intentado todo para que despierte. Le he hablado de la familia y de lo que todos estamos haciendo. Brian le lee artículos de prensa...

—Penoso. No creo que a ella le guste.

—Estoy de acuerdo. —Reprimo una sonrisa al ver la mueca de asco que ha hecho—. Le sugerí que le leyera cosas de la revista *Heat*, pero a él no le hizo gracia. No creo que sea tan aficionado como Charlotte a los cotilleos sobre los famosos. —Ella hace una mueca: como si le repugnase la imagen mental de mi marido leyendo la revista *Heat*—. Bueno —insisto—, el caso es que a Oli se le ocurrió que podríamos ponerle a Charlotte su canción favorita. Dijo que lo había visto en el cine y que ayuda a que la gente despierte de un coma.

La cara de Ella se ilumina cuando menciono el nombre de mi hijastro. Hasta hace poco ella y Charlotte eran incondicionales de Oli y Danny. Tengo el presentimiento de que los dos jóvenes fueron los primeros amores de las dos chicas.

—¿Sí?

—Sí —digo—. Y he venido por si podías ayudarme. Con la canción. No tengo ni la menor idea de lo que le gustaba a Charlotte.

—«Someone Like You» de Adele.

—Genial. —Incluso la he oído. La ponen todo el tiempo en Radio 2—. ¿Alguna otra?

Se encoge de hombros.

—Esa es su favorita, pero también le gustan «I Love the Way you Lie» de Rihanna y Eminem, y «Money» de Jessie J. Ah, y «Born this Way» de Lady Gaga. Solíamos bailarla en mi habitación antes de ir a Breeze las noches en que se permitía la entrada a los menores de dieciocho años —añade rápidamente.

Toda su actitud ha cambiado. Ya no es una joven apoyada en el quicio de la puerta con cara de desafío y con las piernas y los brazos cruzados. Ahora parece la rubita de cinco años que vi cogida de la mano de Charlotte en el patio de recreo al final de su

primer día de escuela.

—Podrías ir a verla —digo suavemente—, si te apetece. Podría llevarte al hospital con el coche. Estoy segura de que Charlotte te lo agradecería.

—No, no me lo agradecería.

Ellen se ha puesto ceñuda de repente. Le ha desaparecido todo rastro de ternura y vulnerabilidad.

—¿Por qué dices eso?

—Sé que no me lo agradecería.

—¿Es por Keisha? —aventuro. La sorpresa aflora a su cara ante la mención de aquel nombre—. ¿Por eso estás enfadada?

—Con quién salga Charlotte no es de mi incumbencia. Puede hacer lo que le plazca.

—Pero eres su mejor amiga. Seguramente...

—No, no lo soy.

—¿No lo eres? —Finjo sorpresa—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Pero algo debió de...

—No pasó nada, ¿vale? Déjeme en paz y no me haga más preguntas...

—¿Va todo bien por aquí? —Judy aparece en la puerta, alarmada porque su hija ha levantado la voz—. ¿Ella? ¿Estás bien?

—No. —La hija pone cara de dolor fingido—. Sue me está molestando y yo no he hecho nada, mamá. Era solo que...

—¿Estás molestando a mi hija? —Judy prueba a ponerse ceñuda, pero se lo impiden demasiadas inyecciones de Botox.

—¡Qué va! —No puedo contenerme y me echo a reír—. Pues claro que no. Solo le preguntaba por qué ella y Charlotte ya no son buenas amigas.

—¿Y?

—Según Ella, no ha pasado nada.

Judy mira a su hija, que se encoge de hombros como diciendo: «es que es eso».

—Si Ella dice que no ha pasado nada —aduce Judy, volviendo los ojos hacia mí—, es que no ha pasado nada.

—Pero algo ha tenido que pasar. Las dos han sido amigas desde que tenían...

—¡Que no ha pasado nada, Sue! —grita Ella—. ¿Vale? Dejamos de ser amigas y se acabó. —Mira a su madre—. No quiero seguir hablando de esto.

—Claro, cariño. —Judy pone sobre el hombro de su hija una mano soberbiamente arreglada—. Vuelve a tu habitación y...

—Por favor —le ruego—. Judy, por favor. Necesito saber qué ha pasado. Es para ayudar a Charlotte. ¿Sabías que también rompió con Liam y que...?

—Mamaaaaá. —Ella mira a su madre con cara de súplica—. Mamá, necesito seguir con el repaso.

—Claro, cariño, puedes irte...

—Por favor. —Sujeto a Ella por la muñeca—. Por favor. Tienes que ayudarme.

—¡Quítale las manos de encima! —Siento un pinchazo en el antebrazo. Judy me ha dado un zarpazo con sus uñas postizas y me ha dejado cuatro rayas en la piel—. ¡Ya!

Estoy tan conmovida que la suelto al instante.

—Gracias, mamá. —Hay una sonrisita de suficiencia en la cara de Ella cuando se escabulle de la puerta y sube los peldaños de dos en dos.

Judy se me queda mirando.

—Por favor, Sue, me gustaría que te fueras ya —dice con voz comedida.

—Escucha, Judy. Lamento haberme sobrepasado, pero...

—Márchate. —Da un paso atrás y empieza a cerrar la puerta.

Alargo la mano para que la puerta no me dé en la cara.

—No, Judy, espera. ¡Escucha!

—¡No! ¡Escucha tú! —La puerta vuelve a abrirse—. Siento lo que le ha ocurrido a Charlotte, de veras que lo siento, pero no es culpa mía y desde luego tampoco es culpa de Ella. Tal vez deberías mirar un poco más cerca de tu casa.

Me quedo a un palmo del umbral con la boca abierta. Y no solo porque Judy me ha dado con la puerta en las narices.

Domingo, 14 de octubre de 1990

James y yo hemos discutido esta noche por primera vez. Apareció por el bar con su grupo de teatro, como hace todos los domingos después de los ensayos, y se sentó en el extremo, en el taburete de siempre. Lo saludé, le serví una jarra, le di un beso y seguí con mi trabajo, como vengo haciendo desde el principio: crucé bromas con Maggie y Jake, me puse al día con los cotilleos de Kate y le tomé el pelo a Steve; pero me di cuenta de que pasaba algo. Cada vez que miraba a James, en vez de verlo leyendo el guion o el libro, descubría que me observaba con cara avinagrada. Le sonreí y a continuación le hice una mueca. Como aquello no despejó el frunce de su frente, me acerqué a él en un momento de tranquilidad y le pregunté qué ocurría.

—Ya lo sabes —dijo.

—¿Qué sé?

—No tendría que decírtelo porque ya lo sabes.

—Si lo supiera no te lo preguntaría.

Se encogió de hombros como si yo fuera idiota y, totalmente enfadada, me fui a atender a otro cliente.

La siguiente vez que me volví, James se había marchado. Pregunté a sus compañeros si lo habían visto de mal humor durante los ensayos. Todo lo contrario, dijeron. Había estado en plena forma, prácticamente daba saltos por el escenario.

—Creo que alguien está enamorada —dijo Maggie guiñándole un ojo.

También yo creía que él lo estaba; había estado muy afectuoso por la mañana y me había follado no una vez, sino dos, antes de dejarme salir de la cama para darme una ducha. Incluso había respondido «pronto» cuando le pregunté cuándo iríamos a su casa para dormir allí.

¿Qué había cambiado?

Ardía en deseos de acabar la jornada. Dejé los vasos en el lavavajillas, limpié las mesas, llegué a casa y llamé a James. Tardó ocho timbrazos en responder, y entonces:

—Diga. —Su voz carecía de emoción.

—James, soy Suzy.

—Hola, Susan.

Aquello me dolió. Nunca me llamaba por el nombre oficial.

—¿Por qué has estado tan distante conmigo esta noche en el bar?

—Ya lo sabes.

—La verdad es que no. —Meforcé para que no se me notase el dolor en la voz—. No lo sé. Por eso te llamo, porque me gustaría que me lo dijeras.

—Si no lo sabes, no tiene sentido hablar de ello.

—Por el amor de Dios. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? James, por favor, dime por qué estabas de tan mal humor o colgaré ahora mismo.

—Pues cuelga.

—De acuerdo.

Colgué con violencia y me quedé mirando el aparato, esperando que me devolviera la llamada. Pasaron cinco minutos, luego diez, luego quince. A los veinte echaba chispas y volví a empuñar el auricular.

—Diga. —La misma voz monocorde al otro lado de la línea.

—Pero ¿qué pasa? ¿Es por algo que he dicho? ¿Por algo que he hecho? ¿Por alguien con quien he hablado? —James dio un suspiro y comprendí que había dado en el clavo—. ¿Quién? Y si vuelves a decirme «ya lo sabes», no volveré a hablarte nunca más en la vida.

—Steve.

—¿Steve Steve? ¿Steve MacKensie?

—Sí.

—¿Estabas de morros conmigo porque hablé con Steve MacKensie? Eso es absurdo. ¿Qué motivos crees tener para estar celoso?

—Nadie ha dicho que esté celoso, Susan.

—Entonces, ¿por qué...?

—Estuviste coqueteando con él. Te vi acodada en la barra para que él pudiera mirarte por el escote.

—¿Qué?

—No lo niegues. Todo el mundo lo vio y no voy a permitir que la mujer que amo me deje en ridículo delante de mis colegas.

—¿Permitir? ¿Dónde estamos, en los años treinta? Además, yo no coqueteaba con él, simplemente bromeábamos, como de costumbre.

—Entonces, ¿por qué tenía la nariz metida en tu escote?

—Pero... —di un largo suspiro—. Esto es absurdo, James. Totalmente absurdo. Hemos estado esta mañana en la cama, abrazados después del polvo más acojonante de mi vida, te dije lo mucho que te quería y ahora me acusas de... —Cabeceé—. Olvídalo. Si piensas que soy capaz de poner en peligro lo que tenemos poniéndome a coquetear con un actor de segunda fila, entonces es que eres más tonto de lo que pensaba, eres... —los ojos se me llenaron de lágrimas—. Olvídalo, James.

Colgué de un golpe.

El aparato sonó menos de un segundo después. Dejé que se oyeran nueve timbrazos y descolgué. Como no dije nada, James suspiró.

—Lo siento, Suzy-Sue. Lo siento mucho. No sé lo que me pasa. He tenido demasiadas preocupaciones últimamente. Tengo encima algunas... cosas personales en este momento, cosas que no te he contado hasta ahora.

—Pero eso no es motivo para que te desahogues conmigo.

—Lo sé y te pido disculpas. No mereces esto. Estabas preciosa en el pub esta noche. No podía apartar los ojos de tu camiseta roja, tu escote me dejaba sin habla, pero también me cabreaba, sobre todo cuando veía que te admiraban otros hombres, porque no tienen derecho a comerte con los ojos como si fueses una cualquiera y...

—¿Así que no quieres que me ponga más camisetas con el escote bajo? ¿Es eso lo

que estás diciendo?

—Sí. No. No, no es eso lo que estoy diciendo. Lo que trato de decirte, con mucha torpeza, es que para mí era evidente que Steve coqueteaba contigo porque estabas de miedo y eso me puso furioso, que solamente fuera capaz de ver tu parte física. No estoy enamorado solamente de tu figura. Estoy enamorado de la mujer que hay dentro.

No dije nada. Seguía esforzándome por encontrarle lógica a lo que me decía. Creo que trataba de criticar a Steve y no a mí, pero en ese caso ¿por qué me sentía mal, como si hubiera hecho algo que lo incitara, por llevar una prenda que no debía o por haber sido cordial con él?

—¿Suzy? —No dije nada—. ¿Suzy? —repitió—. Por favor, no te enfades. Por favor, no me odies.

—No te odio. Pero es que a veces no te entiendo.

—Quisiera enmendar eso.

—¿Cómo?

—Permíteme que te lleve a mi casa. Te enseñaré dónde vivo.

Capítulo 8

—Son adolescentes, Sue. ¿Qué esperabas?

—Ya lo sé. —Hundo el algodón en el tazón de agua caliente que hay junto a la cama, lo exprimo y lo paso con suavidad por la frente de Charlotte. Han transcurrido tres días desde que fui a hablar con Liam y con Ella y todavía me escuece lo que dijo Judy al echarme de su casa.

—Enséñame a un adolescente que se sincere con los adultos y te presentaré a Santa Claus —añade Brian—. Francamente, Sue, cuando tenías dieciocho años, ¿habrías contado tus secretos a una mujer madura? Sé que no lo habrías hecho.

—No. —Sostengo la mirada de preocupación de mi marido y niego con la cabeza—. No lo habría hecho. Pero pensaba que podían haberse sincerado conmigo porque Charlotte... —Dejo la frase sin terminar. Ninguno de los dos había manifestado el menor interés por ayudar a nuestra hija.

Brian se encoge de hombros.

—No sé por qué te sorprendes, Sue. Los jóvenes se enamoran y desenamoran todo el tiempo y cambian de amistades como de modas. Los adolescentes son volubles, querida. Eso lo sabes.

—Claro que lo sé, pero... —Dejo el algodón en el tazón de agua y cojo el cepillo de Charlotte—. Había sido amiga de Ella desde la escuela primaria y habían tenido sus diferencias, pero siempre se reconciliaban, al menos hasta ahora. Y en cuanto a Liam... —Paso el cepillo por el largo pelo oscuro de Charlotte—, habría hecho cualquier cosa por él. Lo adoraba. ¿Y he de creer que le dio la patada porque es una adolescente voluble? No tiene lógica.

Brian pasa otra página del periódico, lo cierra, lo dobla por la mitad y lo deja sobre sus rodillas.

—Sue... —Sigo cepillándole el pelo a Charlotte, alisándolo con las manos para que las puntas le queden sueltas sobre los hombros—. Sue, mírame.

—¿Qué? —No levanto los ojos.

—¿No crees que estás un poco... —titubea—, un poco obsesionada?

—¿Obsesionada?

—Por el accidente de Charlotte, comportándote como si hubiera alguna gran conspiración, cuando la verdad es... —vuelve a titubear— que fue solo un accidente. Un terrible e inevitable accidente. Comprendo que te sientas indefensa e impotente, yo me siento exactamente igual, pero aplicar el tercer grado a sus amistades no hará que se despierte por arte de magia.

—No lo entiendes —empiezo, pero me callo inmediatamente. Aún no le he contado lo que Charlotte escribió en su diario. Estuve a punto de decírselo hace un par de días, pero eran las seis de la mañana y entonces se levantó. Al principio pensé que iba al lavabo, pero transcurrió media hora y seguía sin reaparecer. Fui en su busca. No estaba en la casa y Milly tampoco. Después de tantos años era la segunda

vez que la sacaba a pasear.

Algo estaba ocurriendo y solo había una persona con la que podía hablar de ello.

Mamá está sentada en su rincón favorito, junto a la ventana, en la butaca que tapicé hace unos años con una bonita tela estampada de Laura Ashley. No levanta la vista cuando entro en la habitación.

—Hola, mamá. —Dejo en el suelo el montón de toallas y ropa limpia y me siento en el borde de su cama individual. No hay otro sitio donde sentarse.

Mi madre no parece acusar mi presencia y pruebo otra táctica.

—Hola, Elsie. ¿Cómo estás hoy?

Esta vez se vuelve. El desconcierto le arruga la frente.

—¿Quién es usted?

El corazón me da un vuelco. No me reconoce. Tiene días buenos y días malos. Hoy, por lo visto, no es de los buenos.

—Soy Sue —digo—. Tu hija. Te traigo un regalo.

Le alargo una caja de delicias turcas, sus dulces favoritos. Coge la lata sin decir nada, aunque sus ojos se iluminan cuando ve la conocida ilustración de la princesa oriental de la tapa.

—¿Cómo estás? —pregunto. Desearía ponerle la mano en la rodilla, establecer alguna clase de contacto físico, pero no quiero que se asuste.

—Un poco aburrida —dice, pasando el dedo por la cara de la princesa. Me mira, veo un destello travieso en sus ojos azul claro—, pero por lo menos no estoy muerta.

Me encanta que la enfermedad no le haya arrebatado totalmente el sentido del humor. En cualquier caso, todavía no. Hubo una época en que pensé que le había desaparecido para siempre: fue cuando estaba en una residencia de York y yo vivía muy lejos, en Londres, y ella estaba en la fase de transición. La conciencia del presente se le iba poco a poco, pero aún conservaba la suficiente para darse cuenta de lo que le sucedía. Aún recuerdo el terror que se infiltraba en su voz cuando hablábamos por teléfono. El presente era pavoroso e imprevisible, el pasado, un refugio seguro, pero ella no quería abandonarse, no quería perderse en el abismo de la enfermedad. No tendría forma de volver de una experiencia así.

En cierto modo, su situación actual es más llevadera. Tiene los pies firmemente anclados en el pasado y sus viajes al presente son tan fugaces que apenas los memoriza. Me reconoce pocas veces, pero cuando se da cuenta de quién soy, se me alegra el día.

—¿Quién ha dicho que es usted? —Me mira por encima de las gafas, abrazando contra el pecho la caja de golosinas.

—Soy Sue. —Sonrío, deseosa de tranquilizarla, de calmar el miedo que veo en sus ojos—. Soy tu hija.

—No, no es verdad. —Por su rostro pasa una mueca de indignación—. ¿Por qué dice usted eso? ¿Por qué es tan cruel?

—Perdone. —Necesito hablar aprisa, calmarla antes de que ella misma se excite y se ponga nerviosa—. La he confundido con otra persona. Mi madre se parece mucho a usted.

—Es inteligente, ¿verdad? —dice—. Me refiero a su madre. Y seguro que también es guapa.

Otra vez está ahí el brillo pícaro en los ojos.

—La más inteligente —digo—. No se le escapa casi nada. Y vaya si es guapa... Bueno, ganó el concurso de Miss Bognor Butlins en 1952, o sea que sí, era una mujer despampanante. Una auténtica belleza.

En vez de sentirse halagada, mamá parece ofendida.

—Yo gané el concurso de Miss Bognor Butlins en 1952.

—Es verdad —rectifico inmediatamente. He olvidado que aunque mamá no suele saber en qué día vive, es capaz de recordar acontecimientos pasados con una exactitud asombrosa—. Mi madre lo ganó seguramente en 1951.

No dice nada y se pone a quitar el envoltorio transparente de la caja de delicias turcas.

—¿La ayudo? —Espero a que me diga que sí, quito el envoltorio y abro la caja. Se mete un dulce en la boca y cierra los ojos con satisfacción—. Le he traído un regalo —digo, rebuscando en el bolso y sacando un CD—. Es música. Pensé que a lo mejor le recordaba los tés musicales a los que iba usted cuando era más joven.

No da el menor indicio, ni de placer ni de disgusto; sus ojos están herméticamente cerrados. Cruzo la habitación y pongo el CD en el pequeño reproductor portátil que le compré para las últimas navidades. Pulso la tecla de «play», espero a que se oiga el contrabajo junto con el banjo y la voz quebrada del cantante melódico llena el aire. Vuelvo a sentarme. En los labios de mamá se dibuja una leve sonrisa y su pie calzado con zapatilla golpea rítmicamente la alfombra beis de la residencia de ancianos.

—Encontré una muñeca de un millón de dólares —canturrea con voz trémula— en un baratillo.

Guardo silencio a su lado, conteniendo la respiración cuando abre los ojos y se queda mirando el rincón de la estancia, moviendo la cabeza en sentido horizontal. Es un momento mágico: verla tranquila y contenta, rodeada de un precioso recuerdo. Me pregunto si estará en brazos de papá, con la mano en el hombro de él mientras él le da vueltas en la pista de baile. Lleva muerto más de treinta años ya y sé que mamá aún lo echa de menos. El matrimonio y la familia lo eran todo para ella. Nos consagró su vida a papá y a mí. En una ocasión me dijo que había soñado con tener una familia desde que era muy pequeña.

A mí me pasaba lo mismo y me llené de júbilo cuando quedé embarazada de Charlotte. Brian y yo apenas habíamos empezado a intentarlo cuando sentí un extraño pinchazo por encima del monte de Venus y la prueba de embarazo confirmó lo que ya sospechaba. Brian saltaba de alegría. Siempre había deseado que Oli tuviera compañía fraterna. Mi embarazo no hizo más que aumentar la faceta protectora de

Brian y durante nueve meses no me dejó mover ni un dedo. No me había sentido tan valorada ni tan amada en toda mi vida. Tenía veintiocho años cuando nació Charlotte. A Brian y a mí nos encantaba tanto ser padres que buscamos más descendencia, seis meses después del nacimiento de Charlotte. Pero la suerte que habíamos tenido la primera vez nos abandonó, y cuando los meses se convirtieron en años, los médicos nos dijeron que no había ningún motivo biológico para no concebir; solamente nuestra avanzada edad. Después de incontables conversaciones de madrugada y un sinfín de meditaciones, llegamos a la conclusión de que no había que forzar las cosas. Que fuera lo que el destino quisiera, y si estábamos destinados a ser una familia de cuatro miembros, que así fuera. Me moría por quedarme embarazada otra vez, por sentir otra criatura moviéndose en mi útero, pero no pudo ser. Lo demostraron tres abortos en dos años.

Ninguno de los dos podía soportar la decepción de otro embarazo frustrado, así que el día que Charlotte cumplió cinco años, la llevamos a la casa de un criador de perros golden retriever, inspeccionamos la agitada masa de pelo suave y amarillo y elegimos a *Milly*. Nuestra familia estaba ya completa.

—Hola, Susan.

Mamá pronuncia mi nombre con tanta dulzura que pienso que es una alucinación; pero no, está allí, sentada a mi lado, con sus ojos azul claro clavados en los míos, la lata de delicias turcas en la mesa, sus manos unidas en el regazo.

Quiero levantarme de la cama de un salto y abrazarla. Quiero hablar por los codos, contarle todo lo que pasa en mi vida, pedirle consejo, escucharla con atención, sentirme pequeña, segura y otra vez protegida. Pero me quedo donde estoy y le cojo la mano. No me parece justo traspasarle mis temores y preocupaciones. Mamá es quien necesita sentirse segura y protegida, no yo.

—Hola, mamá. —Le aprieto la mano afectuosamente. Tiene la piel delgada como el papel y salpicada con las manchas de la edad—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Vieja —dice, removiéndose en la butaca y cambiando de postura como para comprobar dolores, tensiones, crujidos y punzadas—. ¿Cómo están Charlotte y ese guapo marido tuyo?

Mamá siempre ha sentido debilidad por Brian. El cariño que le tenía contribuyó a que lo perdonase después de su aventura amorosa.

—Brian está bien —digo con animación, cogiendo una delicia turca, a pesar de que en el fondo nunca me han entusiasmado—. Ocupado como siempre. Y Charlotte...

No puedo contarle la verdad. No quiero preocuparla y que vuelva a perderse. ¿Y si no volviera nunca del pasado? ¿Y si los últimos momentos que pasa conmigo se tiñen de horror? Nunca me lo perdonaría.

—Charlotte está estudiando mucho para sacar el certificado de estudios.

—Buena chica. —Mamá parece muy orgullosa—. Llegará lejos. ¿Qué quiere ser ahora? Psicóloga, ¿no?

—Fisioterapeuta. Quiere trabajar con futbolistas de primera división. Dice que admira su forma física y su entrega al deporte, pero creo que lo que desea en el fondo es sobarles los muslos. —Me echo a reír—. No me extrañaría que mañana quisiera ser azafata y pasado mañana bióloga marina. Charlotte cambia tan a menudo de idea sobre lo que quiere ser que siempre ando desfasada en la cuenta.

Mamá ríe por lo bajo.

—Tú eras exactamente igual, Susan. Siempre pensé que serías profesora, pero tu padre estaba convencido de que tenías más aptitudes para ser costurera.

—Los dos acertasteis —digo—. En cierto modo.

Cuando terminé la universidad estudié para ser profesora de inglés para extranjeros; era el mejor medio de viajar gratis; pero nunca caló hondo en mí esa profesión. Me había graduado en diseño textil con honores de segunda clase y lo que realmente deseaba era trabajar en el teatro como diseñadora de vestuario, pero los empleos eran menos que escasos en este ramo. Todo dependía de a quién se conocía y yo no conocía a nadie. Así es como terminé trabajando con los Abberley Theatre Players.

—Eras muy buena en ambas cosas —dice mamá, devolviéndome al pequeño dormitorio rodeado de magnolias de la Residencia para Jubilados Hays-Price. Acaricia la butaca—. Deberías dedicarte a esto profesionalmente. Tapizar muebles. Se paga mucho dinero por las cosas bonitas.

Sonrío. Hace veinte años que renuncié a mis sueños de ser diseñadora teatral. No volví a coger una aguja hasta que una lloriqueante Charlotte de cinco años y medio llegó a casa cierto día y me preguntó por qué ella era la única de la obra navideña que no llevaba disfraz.

—Quizá sí. —Hay un millón de cosas que quiero decirle mientras está aquí, en el presente, pero no sé por dónde empezar. No quiero contarle que sospecho que Brian me engaña ni que el ex novio y la ex mejor amiga de Charlotte están implicados en el accidente que ha sufrido esta. Lo que deseo es decirle lo mucho que ella significa para mí y lo mucho que me gustaría curarle la terrible enfermedad que día tras día me arrebatara una parte suya.

—Te quiero, mamá. —Las palabras me saltan de la lengua en tropel, tan aprisa que se traban—. No lo digo a menudo, pero es verdad. Todos te queremos. Y agradezco todas las cosas buenas que has hecho por mí a lo largo de mi vida, y siento muchísimo haber sido una mala hija...

—¡Susan! —Mamá deja de sonreír y frunce los labios—. No te atrevas a decir esas cosas horribles que no son ciertas. No habría podido tener una hija mejor que tú.

—Pero me escapé. —Tengo los ojos anegados en lágrimas y trago saliva desesperadamente para contenerlas—. Me fugué a Grecia cuando me necesitabas y...

—¡Susan! —Tiene las manos pequeñas pero me estruja la mía. Me sorprende la fuerza que aún conserva—. Ni se te ocurra. Ni se te ocurra disculparte por aquello cuando aquel... aquel *monstruo*... te hizo lo que te hizo. Cuánto me habría gustado

que tu padre hubiera estado allí para pararle los pies.

La miro horrorizada. En principio no tenía que saber lo de James. En principio no tenía que acordarse. La llamé por teléfono desde el aeropuerto de Gatwick mientras esperaba el avión de Grecia y se lo conté todo. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme por los tres años de infierno, pero ni por un segundo pensé que tomara nota de todos los detalles. Ni siquiera creí que supiera quién era yo. ¿Cómo pude ser tan egoísta?

—Charlotte te manda recuerdos —digo, deseosa de cambiar de conversación—. Vendrá a visitarle en cuanto pueda.

—Eso sería magnífico. —La cara de mamá se ilumina y murmuro una plegaria, pidiendo a quien mande en el universo que cure a mi hija para que las dos puedan estar un rato juntas, de ese modo no habré mentido—. Me gustaría mucho —añade. Rebusca en un pequeño cajón de la mesa que tiene al lado y me pone un broche en la mano. Es de cristal y material sintético, un ramillete de flores con una cinta alrededor del tallo. Es del año catapum, pero bonito y vistoso—. Dáselo a Charlotte con un beso de mi parte. Dile que le dará suerte en los exámenes. —Me mira de un modo elocuente—. Lo llevaba el día que conocí a tu padre.

Abro la boca para darle las gracias, para decirle lo mucho que emocionará a Charlotte, pero de pronto soy incapaz de articular palabra.

—También tengo algo para ti —prosigue, volviendo a meter la mano en el cajón. Quiero negarme, decirle que no debe darme nada, cuando de pronto suena la sinfonía número 40 de Mozart y busco el móvil en el bolso.

—¿Brian? —digo poniéndome de pie y yéndome al otro extremo de la habitación, de espaldas a mamá, bajando la voz—. No es un buen momento. Estoy con mi madre.

Hay unos segundos de silencio. Y acto seguido:

—Es Charlotte —dice—. Tienes que venir al hospital. En seguida.

Martes, 16 de octubre de 1990

Esta noche he visto por fin la casa de James. Y ahora sé por qué me ha tenido esperando tanto tiempo...

Teníamos que estar en su casa a la una en punto, la hora en que la señora Evans había dicho que acudiéramos para almorzar (¡sí, vive con su madre!), pero llegamos antes al pub y James, que estaba absurdamente nervioso pero no lo admitía, insistió en que tomáramos otra copa para que nos diera suerte. A su madre no le importaría que llegáramos tarde, dijo. Seguramente estaría demasiado ocupada viendo en la tele. Se ha escrito un crimen para darse cuenta de la hora.

Llegamos a su casa de Wood Green dos horas después. James no acertaba a meter la llave en la cerradura y yo no hacía más que reír.

—Zapatos —dijo James, dándome un codazo en las costillas cuando entramos en el vestíbulo.

—¡Calcetines! —repliqué, devolviéndole el codazo y estallando en carcajadas.

—No. —Miró mis bonitos zapatos de charol rojo y tacón alto—. Quítate los zapatos. Mamá no tolera que se ande con zapatos por las alfombras.

Me quité un zapato. Para no caerme, tuve que apoyarme en la pared.

—Pensé que estabas jugando a asociar palabras. Ya sabes: zapatos, calcetines, dedos, pies...

—¿Por qué tendría que hacer eso? —Me miró—. No soy un niño, Susan.

Me encogí de hombros y me quité el otro zapato sin saber qué responder.

—¡Has picado! —Me hundió el dedo en el costado, perdí el equilibrio y di con los huesos en tierra—. ¡Pies! ¡Queso! ¡Alubias!

Me eché a reír mientras me incorporaba con su ayuda, pero fue una risa forzada. La broma ya no tenía gracia.

—¡Zapatillas! —dijo James.

Supuse que seguía jugando a asociar palabras, así que no le hice caso y miré a mi alrededor. Era una estancia grande, pero el papel rojo intenso y con relieve y los muebles de caoba que llenaban una pared hacían que pareciese pequeña y oscura. Del techo colgaba una pequeña bombilla con una pantalla de velvetón marrón oscuro y en la pared había fotografías enmarcadas, unas en blanco y negro, otras en color pero blanqueadas por el paso del tiempo. Muchas eran de un niño rubio de amplia sonrisa y chispeantes ojos azules; me acerqué para ver si eran de mi novio.

—Zapatillas. —James me asió de la muñeca y tiró de mí.

Me solté con brusquedad y me froté la mano.

—Me ha dolido, James.

Dio un puntapié a unos objetos que corrieron hacia mí.

—Deja de quejarte y pónelas.

Miré las zapatillas de pana beis que había en el suelo y negué con la cabeza. Mi abuela se habría puesto aquello, pero yo no.

—Tienes que ponértelas, Susan. —Abrió el aparador que había al lado y sacó otras idénticas, pero más grandes, y se las calzó. Lo miré a la cara, esperando que se echase a reír, pero no se rio.

Volví a mirar las zapatillas. No me gustaba su forma de decirme las cosas, pero lo que menos quería yo era discutir con él antes de conocer a su madre.

Me puse las zapatillas, tratando de no pensar en quién las habría llevado antes.

James me miró los pies, se rio y dijo que me quedaban bien. Me pasó el brazo por la cintura, me atrajo hacia sí y me besó en la boca. Me relajé entre sus brazos.

—Vamos —dijo, cogiéndome de la mano—. Saludemos a mamá. Sé que le caerás estupendamente.

Me condujo por el pasillo y cruzamos una puerta blanca.

—Mamá —dijo, apretándome la mano con fuerza—, te presento a Suzy. Suzy, mi madre.

Sonreí y tendí la mano libre mientras la señora pequeña y morena del sofá se ponía de pie y se acercaba a mí. Mi brazo siguió estirado. La mujer me rodeó y desapareció por la puerta de la sala de estar.

—James —dijo desde el pasillo—. Ven, por favor, tenemos que hablar.

Me llamó la atención su marcado acento galés. Había supuesto que sería tan redicha como su hijo.

James la siguió sin decir palabra, sin mirarme siquiera y cerrando a sus espaldas la puerta de la salita. Me quedé inmóvil y mirando la puerta. Cuando me decidí a moverme fue para sentarme en el borde del immaculado sofá de cuero granate que ocupaba una pared junto a una gigantesca vitrina de caoba. En la pared que tenía enfrente, detrás de un aparador que sostenía un pequeño televisor gris y un tocadiscos de aspecto antiguo, colgaba el batik más espantoso que había visto en mi vida. Negro, con una enorme máscara tribal que destacaba en el centro con mucho azul, mucho blanco y mucho morado. Tenía la boca abierta, un agujero negro debajo de unos ojos blancos y vacíos que me miraban fijamente. Desvié la mirada hacia la estantería atestada de libros encuadernados en verde, totalmente desconocidos para mí, y a continuación hacia la mesa cubierta por un tapete de puntilla blanca y llena de comida. Mi estómago rugió al ver los platos rebosantes de emparedados de salmón, huevo y pepinillos, el bonito y esponjoso bizcocho con nata que reposaba en una bandeja de plata y los platos hondos con aceitunas, frutos secos y patatas fritas, pero no toqué nada.

Antes bien, me acerqué a la estantería, cogí un volumen y lo abrí. Diez minutos después percibí el rumor de voces elevadas. Dejé el libro en el anaquel y entreabrí la puerta.

—¿James? —Avancé en silencio hacia una puerta que había en el otro extremo de la casa. Estaba entornada y la luz que salía de la otra habitación dibujaba un triángulo rosa en la alfombra color granate. Las voces adquirieron consistencia conforme me acercaba—. ¿James?

—¿Cómo has podido? —La voz de la madre se notaba tensa, al borde de la histeria—. Después de todo lo que he hecho por ti. ¿Cómo has podido faltarme al respeto de este modo?

—Mamá... por favor... cálmate. —Aparté la mano del pomo de la puerta. También James se expresaba ahora con marcado acento galés—. Solo ha sido un retraso de dos horas, eso es todo.

—¡Para una comida de familia! ¿Es que no tienes educación? ¿O la perdiste el día que se mató tu padre?

¿Se mató? Apoyé la mano en la pared. James me había dicho que su padre había muerto de un cáncer de pulmón.

—Pero he llegado, ¿no?

—Tarde. Con esa. Una puta a la que habrás conocido hace diez minutos.

—No es una puta, mamá. Es especial.

—¿Y a mí qué más me da? Será una cualquiera de las que vienen y van.

—Naturalmente que no. Estás...

—Esta mañana me levanté a las seis para limpiar la casa, James. ¡A las seis! He estado barriendo, fregando y cocinando todo el día. Por ti, Jamie, por ti y esa mujer. Lo menos que podías hacer era tenerme algo de respeto y llegar a tu hora. No te educamos para esto.

—Por el amor de Dios...

Un ruido parecido a un latigazo cortó en seco sus palabras y oí que ahogaba una exclamación. Retrocedí un paso. Las paredes de color granate parecían más oscuras que antes y los muebles más grandes. Incluso las fotografías me miraban de reojo. Quise respirar hondo, pero el aire se había vuelto pesado y espeso, y no me pasó por la garganta. Miré hacia la puerta de la calle.

—¡James! James, perdóname. —La voz de la señora Evans era débil y desesperada—. James, por favor, no te vayas. No ha sido mi intención...

Iba a salir corriendo cuando se abrió de repente la puerta de la cocina y James avanzó hacia mí a paso vivo. Me asió de la muñeca y me arrastró mientras se dirigía a la puerta de la calle.

—Nos vamos. —Me sacó al jardín con zapatillas y todo. Alargué la mano hacia mis bonitos zapatos de charol rojo, pero ya estábamos en la verja y en la acera—. Comidas familiares de mierda. Que le den por el culo. Que le den por el culo a todo. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó zarandeándome mientras me daba la vuelta para encararse conmigo—. ¿Entiendes ahora por qué no quería que vinieras a mi casa?

Durante hora y media no dijo nada más.

Capítulo 9

—No sé por qué estás tan angustiada. —Brian pone el intermitente de la izquierda y sale de la rotonda—. Es una buena noticia.

Lo miro.

—¿Lo es?

—Claro que sí. Ya oíste lo que dijo el señor Arnold, el especialista. Ya no necesitan tener entubada a Charlotte porque ya puede respirar sola. La lesión del córtex se ha curado.

—¿Puede respirar sola pero insisten en que lleve mascarilla de oxígeno? Y las palabras exactas del especialista fueron: «Las pruebas revelan que la lesión se ha reducido mucho».

—Sí. Se ha curado.

—Reducido, no curado.

Brian deja escapar el aire de los pulmones con deliberada lentitud.

—Sue, los dos oímos que decía que no había ninguna razón médica para que no despierte.

—Pero no despierta. Me alegra mucho que ya pueda respirar sola, pero eso no significa nada si aún no ha abierto los ojos, y...

—¡Vamos, por el amor de Dios!

—Brian, no me has dejado terminar. Por favor. —Me mira de soslayo y arquea las cejas—. Estoy preocupada por lo otro que dijo el señor Arnold, lo de que cuanto más dure el coma, más probabilidades habrá de que aparezcan complicaciones secundarias. Aún podría morir, Brian.

—«Podría» es la palabra clave, Sue. Tienes que ser optimista.

Me apoyo en el reposacabezas y me quedo mirando el interior gris y anodino del coche. Estoy que muerdo con Brian y sé que es injusto, pero no me quito de encima la sensación de que todo esto es culpa mía. He fracasado como madre. Si hubiera estado más cerca de Charlotte, si la hubiera animado a hablar conmigo, si hubiera subido las escaleras detrás de ella en vez de seguir leyendo es posible que no se hubiera puesto delante del autobús y en ese caso no estaría ahora en peligro de contraer una pulmonía o de sufrir una embolia pulmonar.

—Debería haberla protegido —digo en voz baja.

—No, Sue. No es culpa tuya.

Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—No la he protegido hasta ahora, pero ahora puedo hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Si averiguo por qué hizo lo que hizo y le explico que la comprendo, que estoy a su lado por ella, es posible que despierte.

—Otra vez no. —Brian suspira profundamente—. Por enésima vez, Sue, fue un accidente.

—No es verdad. Charlotte quiso matarse. Lo explica en su diario.

Los neumáticos chirrían sobre el asfalto y el cinturón de seguridad se me clava en el cuello cuando el coche dobla bruscamente hacia el tráfico que viene hacia nosotros. Quiero gritar a Brian que frene, pero no puedo hablar. No puedo gritar. Lo único que puedo hacer es asirme al cinturón de seguridad con las dos manos mientras vamos lanzados hacia un cuatro por cuatro. Los oídos se me llenan de alaridos de claxon, Brian gira el volante y viramos a la izquierda, corremos hacia el arcén de hierba, luego viramos a la derecha y volvemos a estar en el centro de la carretera.

Mi marido tiene el labio superior perlado de sudor, la cara blanca, los ojos fijos en lo que tiene delante, fijos y vidriosos.

—Casi nos matamos —murmuro.

Brian no responde.

No dice nada hasta que llegamos a casa. Apaga el motor, abre la portezuela y cruza el camino del garaje sin mirar atrás. Me quedo en el coche, demasiado aturdida para moverme mientras él entra en la casa, recorre la cocina y desaparece en el vestíbulo. No sé qué me ha asustado más, que casi hemos chocado contra otro coche o la expresión que he visto en los ojos de Brian en ese momento.

Las manos me tiemblan cuando busco el tirador, abro la portezuela y me detengo para recuperarme. Me siento ridícula. Brian nunca habría puesto en peligro nuestras vidas cuando Charlotte todavía nos necesita. Estaba irritado, razono mientras cruzo el camino de grava y me acerco a la casa. El otro día me preguntó si en el diario de Charlotte había algo que él necesitara saber y le respondí que no. Le mentí descaradamente y se dio cuenta.

—¿Brian? —Abro la puerta principal con cuidado, temiendo que *Milly* llegue como un bólido, pero no está en el porche. Debe de haber seguido a Brian a la sala de estar. Estoy a punto de entrar en la cocina cuando me llama la atención algo rojo y masticado que hay en la cama de la perra. Es una tarjeta de Correos, un aviso de «Destinatario ausente». ¿Cómo es que ha terminado en su cama? Me vuelvo y veo la «jaula» que construimos en el suelo, alrededor del buzón. Es la tercera que *Milly* ha conseguido arrancar de la puerta. Cuanto más vieja se hace, más astuta se vuelve. Me agacho y recojo los restos de la tarjeta, sonriendo cuando leo lo que ha escrito el cartero: «en el cubo de reciclar». Brian cree que el cartero infringe las normas de Correos porque deja en el cubo de reciclar los paquetes que no puede entregar, pero yo opino que es una idea fabulosa. Así no tiene que volver con ellos a la estafeta y a mí me ahorra un viaje a la ciudad. Salgo otra vez y levanto la tapa del cubo de reciclar.

Meto la mano y saco un paquete verde de plástico con el logotipo de Marks & Spencer en el lateral. Es duro, como una caja de zapatos, no blando como si se tratara de ropa. No pueden ser zapatos. Es lo único que insisto en seguir comprando en las zapaterías. Cuando se tienen unos pies tan anchos como los míos, comprar calzado por Internet es casi una apuesta.

—¿Brian? —Meto el paquete en la casa y busco a mi marido—. Ah, hola, *Milly*.

La perra está echada delante de las frías cenizas del hogar y levanta la cabeza. La baja y suspira cuando se da cuenta de que no soy Brian. Debe de estar en su estudio. *Milly* sabe que no se le permite subir.

—Vamos a ver qué tenemos aquí. —Rompo el envase de plástico y dejo al descubierto una caja de zapatos de cartón—. Muy valiente ha sido papá por elegir unos zapatos para mamá...

La caja ya abierta se me cae de las manos y unas zapatillas de pana rebotan en la alfombra.

Venían dirigidas a mí. Pero no son de mi marido.

—¿Brian? —Abro la puerta del estudio—. Brian, tenemos que hablar.

Mi marido está sentado en el sillón, la cabeza entre las manos, los codos en la mesa. No levanta los ojos al oírme.

—¿Brian? —Me esfuerzo por ocultar el temblor de mi voz—. Brian, por favor. Necesito que me ayudes.

Levanta la cabeza de las manos y la vuelve despacio para mirarme. Su cara carece de expresión, tiene los ojos tan fijos y sombríos como cuando hemos ido a toda velocidad en dirección contraria.

—¿Qué quieres, Susan?

—Yo... —Le enseño las zapatillas, pero no puedo decirlo. No puedo contarle que me las ha enviado James. No hay ninguna nota, ningún detalle referente al comprador, ninguna tarjeta de regalo, nada que aclare quién las ha enviado. Además, Brian tiene cara de haberse vaciado el alma.

Me siento en el borde de una silla de madera, cerca de la puerta.

—Lo siento, Brian.

Mi marido no dice nada, pero sé que escucha, que quiere que yo continúe.

—Siento haberte dicho que no había nada preocupante en el diario de Charlotte. Lo hay.

—¿Qué? —Ya no está sentado de cualquier manera. Se ha enderezado, apoya la punta de los dedos en la mesa, me mira a los ojos—. Cuéntamelo.

—Ella... —No puedo. No puedo desoír la voz del instinto que me dice que no debo. No estando en juego la seguridad de Charlotte—. ¿Por qué me mentiste cuando contaste que fuiste a la piscina?

—¿Cómo?

—La semana pasada, cuando te tomaste la mañana libre, me dijiste que fuiste de compras y a la piscina.

—¿Y? —Es solamente una palabra, pero percibo la irritación que esconde.

—El complejo Prince Regent hace dos semanas que está cerrado por reformas.

Brian ni siquiera parpadea.

—No fui a Prince Regent.

—¿Adónde, entonces?

—A Aquarena.

—¿Fuiste a Worthing para darte un chapuzón?

—¿Qué tiene de malo?

—Brian, hace meses que no vas a nadar.

—Por eso me apeteció.

—Deja de decir mentiras. —Me pongo de pie—. Por favor, deja de mentirme.

Mi marido se retrepa en el sillón.

—¿Mentirte? Creo que ya hemos dejado claro quién miente aquí, Sue. ¿O prefieres retirar la disculpa de hace cinco minutos? —Como no digo nada, en sus labios aparece una ligera sonrisa—. ¿Qué escribió Charlotte en el diario?

—¿Adónde vas todos los días al amanecer?

Brian guarda silencio.

Yo guardo silencio.

Nos miramos fijamente a los ojos; ninguno de los dos quiere echarse atrás.

Din-don.

Doy un respingo al oír el timbre de la puerta. Una fracción de segundo después estoy fuera del estudio, suspirando de alivio por tener una excusa que me permita escapar. Me parece que Brian me llama mientras bajo corriendo la escalera, pero no me vuelvo.

—¡Ya voy! —digo mientras cruzo el vestíbulo, paso por la cocina y llego al porche. *Milly* me sigue, empujando con el hocico su vacío recipiente de la comida cuando abro la puerta principal.

No veo a nadie por el cristal, así que abro y miro fuera, medio esperando ver a alguien que se aleja por el camino del garaje, pero el camino está vacío. Quien ha llamado ha debido de salir corriendo nada más pulsar el timbre.

—¿Qué pasa, *Milly Mu*? —Me vuelvo y veo que la perra mordisquea algo que hay en su cama. Me acerco y me agacho. Es un sobre acolchado marrón—. ¿De dónde lo has sacado? —Entretengo a la perra con una mordisqueada pelota de tenis, le quito el sobre y me siento con él a la mesa de la cocina. Lleva mi nombre escrito con bolígrafo azul, pero no veo ni sellos ni la dirección. Le doy la vuelta. Nada por el otro lado, solo una cinta adhesiva para que no se abra la solapa. Quien ha llamado al timbre ha debido de introducirlo por la ranura del buzón.

Quito la cinta y lo abro introduciendo un dedo bajo la solapa. Contengo la respiración cuando lo pongo boca abajo y vuelco el contenido en la mesa.

Un objeto rosa y brillante cae con un golpe seco en el mantel de algodón.

El móvil de Charlotte.

Sábado, 20 de octubre de 1990

Después del incidente con su madre no tuve noticias de James durante tres días.

Por fin llamó ayer. Esperaba que estuviese arrepentido, pero se comportó como si no hubiera pasado nada y me preguntó qué planes tenía para el fin de semana. Le dije que me habían invitado a cenar en casa de unos amigos y que podía venir él también, si le apetecía. Dijo que le gustaría mucho conocer a mis amistades. Al fin y al cabo, hacía casi dos meses que salíamos y aún no había conocido a nadie cercano a mí.

—¿Helen y Rupert? —repitió cuando le dije a casa de quién iba a ir—. ¿El mismo Rupert con quien follaste en la uni?

No me gustó que pronunciara «follar» como si fuese algo sucio de lo que debiera avergonzarme.

—No. Rupert, el excelente amigo con quien casualmente tuve relaciones sexuales hace muchísimo tiempo. No creo que tenga importancia.

—La tiene para mí.

—Pues no debería tenerla. No significó nada entonces y desde luego no significa nada ahora. A Helen no le molestó, así que no tiene por qué molestarte a ti.

—Helen no está enamorada de ti.

—Por el amor de Dios. Pues no vengas y en paz.

—¿Y dejarte sola con un tipo que folló contigo una vez y que probablemente deseará follarte de nuevo? Ni hablar.

—¡James!

—¿Qué?

—Voy a colgar.

—No lo hagas. Suzy, lo siento. Todo salió mal. Aún estoy dolido por lo que sucedió el martes. Perdóname, cariño, por favor. Me portaré bien en la cena.

—¿Me lo prometes?

—Claro que sí.

James estaba borracho cuando me reuní con él en la boca de metro de Willesden. Tan borracho que apenas se tenía en pie, y no digamos hablar. En cuanto lo vi le dije que debería irse a casa. Se negó.

—Os entretendré —dijo—. Sé unos chistes muy buenos. ¿Qué es una cosa oscura y pegajosa?

Me eché a reír sin poder evitarlo y, además, se mostraba muy amable y afectuoso. Puede que lo pasemos bien, me dijo. Por lo menos no estará nervioso cuando conozca a Rupert.

Supe que la noche iba a ser de pesadilla cuando treinta segundos después de entrar en el piso de Hel y Ru señaló un cartel enmarcado de Fórmula Uno que había en el aparador y dijo:

—Solo los gilipollas se interesan por la Fórmula Uno. Solo un idiota se quedaría mirando un coche que da vueltas por una pista hasta el infinito.

—Bueno, el número de vueltas depende de la pista —replicó Rupert—, y el deporte exige que las vueltas sean finitas, de lo contrario no habría ganador.

—Bla, bla, bla, bla, bla. —James agitó la mano hacia Rupert en el momento en que este desaparecía en la sala de estar—. Un pijo gilipollas.

Lo conduje al cuarto de baño y cerré la puerta. Trastabilló hacia atrás y se desplomó en la taza, que por suerte tenía la tapa bajada.

—Si sigues portándote así, nos vamos.

Sonrió.

—¿Y en tal caso no tendríamos que cenar con Giliporros y Giliporras y otros dos Gilipuertas? Excelente. —Quiso ponerse de pie—. Vámonos.

—Yo no. —Lo empujé para que volviera a sentarse—. Tú sí.

—No, Suzy. —Hizo una mueca—. Por favor, déjame pasar la velada con Culo Gordo y Cara de Juez.

—Se acabó. —Le tiré de la mano para que se incorporase—. Te vas a tu casa. Llamaré un taxi.

—¡Nooo! —Me rodeó con los brazos y, aprovechando su peso, me acorraló contra la pared de baldosas. Pegó los labios a mi cuello—. No me dejes. No me echés de aquí. Prometo ser buen chico. Suzy, quiero despertar contigo mañana por la mañana. No me mandes a casa con la cerda de mi madre. Estoy haciendo el tonto para animarte. Sé lo mucho que quieres a Pendejos de Panocha y a su Oso Grasiento.

—¡James!

—¡Mira! —Hizo como si pulsara un botón—. Es muy fácil. Por favor, Suzy. Prometo ser bueno. Sostendré una conversación educada durante la cena y todo eso. Necesito comer algo. No he tomado más que un tazón de cereales en todo el día.

—¡James! No te conviene hacer eso.

—Ooooh —digo apoyando la cabeza en el hueco de mi cuello—, ya sabía que aún me amabas. Te preocupa que me muera de hambre.

—Pues claro que te quiero, so idiota. —Le acaricié la nuca, palpando su vello con placer—. Incluso cuando te portas así.

Fiel a su palabra, se portó como es debido, aunque su contribución a la charla que sostuvimos durante la cena fue más sarcástica que entusiasta, y cuando fuimos a su casa en metro apenas dijo una palabra. Le agradecí aquel silencio. James no necesitaba decirlo, pero por su forma de conducirse era evidente que no le caían bien mis amigos y no solo porque me hubiera acostado con uno.

Cuando por fin entramos en la sala de estar de James fui incapaz de seguir en silencio y me pregunté si estaba bien.

No me hizo caso, fue al otro extremo de la habitación y corrió las gruesas cortinas de terciopelo, entreteniéndose un rato en arreglar los pliegues del tejido para que colgaran a intervalos regulares. Cuando quedó satisfecho, se dirigió a la repisa de la chimenea y dio cuerda al reloj de bronce. Su cara carecía de expresión, su boca era una línea delgada, sus ojos grises estaban apagados. Solo la tensión de su mandíbula

revelaba su estado de ánimo. Me quedé junto a la puerta, me apoyé en un pie, luego en otro... El aire estaba cargado de electricidad, como una nube negra que amenaza tormenta.

—¿James? —repetí.

—¿Te importaría bajar la puta voz? —Giró en redondo para encararse conmigo—. Mi madre duerme arriba, ¿o es que lo has olvidado?

—Perdona. —Bajé la voz y hablé en susurros—. Solo quería comprobar que estabas bien. Me has parecido un poco... —elegí las palabras cuidadosamente— infeliz desde que salimos de casa de Hel.

—¿Infeliz? —James se acercó hasta mirarme desde arriba—. ¿Por qué tendría que sentirme infeliz, Suzy-Sue?

Me estrujé los sesos y me puse a analizar las conversaciones que habíamos sostenido en la cena. Nada polémico, ninguna alusión a mis ex novios (Helen sabe que no debe mencionarlos delante de James) y nada sobre mi pasado que él pudiera haber considerado objetable.

—¿Nada? —James se acercó otro paso y me dio unos golpecitos en la frente con el dedo—. ¿De veras? ¿No recuerdas haber dicho nada que hubiera podido molestarme?

Negué con la cabeza.

—No. Me pareció que pasábamos una velada encan...

—¡Embustera! —Su cara estaba a unos centímetros de la mía, su aliento, caliente y cargado con las especias con que Hels había condimentado el curry que habíamos comido.

—Yo no...

—Eres una puta y una embustera.

—No lo soy, James. No dije...

—¿Un piti, Suzy? —dijo con voz cantarina y aguda, e inmediatamente me di cuenta de adónde quería ir a parar. Estaba imitando a Helen, que en la sobremesa me había ofrecido un Marlboro Light antes de encender el suyo. La cara se me puso roja como un tomate y caliente como una estufa—. ¡Hels! —añadió James con la misma voz, bamboleando la cabeza delante de la mía—. Tú sabes que ya no fumo. Lo dejé hace semanas. ¿Te acuerdas?

—Pero ella lo olvidó, James. En el trabajo compartíamos el tabaco todo el tiempo y es una costumbre. Olvidó que yo he...

—¡UNA SUCIA COSTUMBRE DE MIERDA!

Di un paso atrás y me limpié la saliva que me había entrado en un ojo.

—Mi padre murió por fumar, Suzy. MURIÓ. Una muerte larga y dolorosa. Lo tuve en mis brazos mientras se iba al otro mundo tosiendo y jadeando, boqueando en busca de un aire que no le llegaba a los pulmones.

—Pero tu mamá dijo que...

James se encogió para poner la cara a unos milímetros de la mía.

—¿Qué dijo mi «mamá»?

—Dijo... —Me froté las palmas contra la falda—... que tu padre se había matado. Estabais en la cocina hablando y le oí decirlo. No estaba espiando, te lo juro. Pero llevabas fuera tanto rato que quería comprobar que...

—¡Mentira! —Su aliento me quemó la cara—. Estabas fisgando, escuchando por las cerraduras, buscando secretos.

—Eso no es verdad.

—¿No?

—No. —Quise retroceder un paso, ampliar la distancia que nos separaba para eliminar tensión, pero no pude. James me estaba llamando embustera, pero era él quien había mentido sobre la muerte de su padre—. No lo entiendo. ¿Por qué tu madre dijo que tu padre se había matado si en realidad había muerto de una enfermedad relacionada con el tabaco?

—Es verdad que se mató, por beber y fumar demasiado, pero fue ella quien lo empujó por ese camino. Siempre dale que te pego, jorobando, quejándose, mintiendo y manipulando.

—Pero... —No terminé la frase. Su madre había dicho «el día que se mató tu padre», como si hablara de un suicidio, no de una enfermedad respiratoria. ¿O es que había oído mal? Ahora tenía dudas.

—Dime —dijo, y volvió a hundirme el dedo en el pecho—. ¿Sigues fumando?

—¡No! No he vuelto a probar el tabaco, James, te lo j...

—¡EMBUSTERA!

Tenía razón. Estaba mintiendo. No he vuelto a probar el tabaco, al menos de forma habitual, pero hace dos semanas fumé un cigarrillo con Hels. Nos vimos para almorzar, tomamos un par de ginebras con tónica y cuando me ofreció un pito, no pude resistirme. Fue solo un cigarrillo, pero James no lo entendería. Pensaría que no lo amaba lo suficiente para cumplir mi promesa de dejarlo.

—Si me has mentido en lo de tu sucio hábito de fumar —dijo, y dio otro paso hacia delante, empujándome con el pecho y obligándome a retroceder—, ¿en qué otras cosas me has mentido, Suzy-Sue?

Me llevé las manos a la boca.

—En nada.

—¿De verdad? ¿Seguro que en nada? ¿Seguro que no has vuelto —dijo apartándome las manos de la boca y atenazándolas con las suyas— a joder con Rupert a escondidas?

—No. —Forcejeé para que me soltara los dedos—. Claro que no.

—¿Yendo a nuestros hoteles favoritos a pegar buenos polvos?

—¡No! —Forcejeé con más empeño y conseguí liberar las manos—. Por Dios, James, tienes que olvidarte de lo de Rupert. Estás obsesionado.

—¿Obsesionado? Eres tú quien sale a tomar café con él varias veces a la semana. ¿Y piensas que voy a creérmelo? ¿Que dos personas que follaban hasta reventar

pueden sentarse solas, sin que estén delante sus parejas, y tomarse unas copas sin sentir la tentación de reincidir? ¿Me tomas por idiota?

—Por el amor de Dios, James. —No podía creer que hubiéramos vuelto a lo de siempre—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Rupert es un amigo y nada más. Me atrae tanto como Hels, que resulta que no me atrae en absoluto, y no me vengas con mi presunta «faceta sexual incontrolada».

James sacudió la cabeza.

—¿Es que no te das cuenta, Suzy? También yo podría tener amistad con mis parejas anteriores, pero no la tengo, porque valoro demasiado nuestra relación. Te valoro más que nada en mi vida. Te quiero, Suzy, eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —El corazón se me ablandó al oír las tiernas notas que había en su voz. Nadie me había amado con tanta pasión ni con tanta desesperación como él. Nadie se había mostrado tan celoso ni tan posesivo. A nadie le había importado tanto—. Y yo también te quiero, James.

—No. —Me sujetó la barbilla con la diestra y me alzó la cabeza para obligarme a mirarlo a los ojos—. Es que yo te quiero de verdad, Suzy. Lo eres todo para mí. Todo.

Me rodeó la cintura con el brazo izquierdo y me atrajo hacia sí, con rudeza, con brusquedad, mientras pegaba la boca a la mía. Me besó con pasión, y a pesar de la furia que sentía por haber sido tachada de embustera, le devolví el beso.

Capítulo 10

Cojo el móvil de Charlotte, le doy vueltas en la mano y luego miro el interior del sobre. Está vacío. Ni una tarjeta, ni una nota, ni un post-it. Nada. Solamente el teléfono.

Salgo corriendo de la casa, cruzo el camino de grava con el móvil en una mano y el sobre en la otra. Me detengo cuando llego a la calle. ¿Qué dirección habrán tomado? Doblo a la derecha, hacia la ciudad, y sigo corriendo. Adelanto a una mujer que empuja un cochecito infantil, a una anciana que tira de un carrito de la compra, a dos adolescentes cogidos de la mano. Paso por delante de la parada del autobús 19, de la papelería Bills y de tres o cuatro bares. Pese a todo, sigo corriendo. No sé a quién busco ni adónde voy, pero no me detengo hasta que advierto que *Milly* me sigue con la lengua fuera. No soy ninguna niña, pero ella tiene diez años, el corazón mal y la vista defectuosa. No debería ir corriendo a ninguna parte, por no hablar de las calles llenas de tráfico y contaminación, con peligros en cada esquina.

—Vamos, muchacha. —Me inclino para acariciarle la cabeza—. Volvamos a casa.

Mi primer impulso, mientras vuelvo, es localizar a Brian y contarle lo ocurrido, pero no digo nada. Lo que hago es llenar el tazón de *Milly* con agua fresca y limpia y encerrarla en el porche. Luego voy al lavabo de la planta baja, cierro la puerta y me siento en la taza. Pulso el botón de la parte superior del móvil de Charlotte.

Cuando el teléfono se activa aparece un dibujo animado en la pantalla. Me cuesta una eternidad encontrar los mensajes de texto, pero cuando doy con ellos, se despliega ante mí una lista de nombres. Reconozco algunos, Liam, Ella, Oli, Nancy y Misha, dos amigas de clase, y luego un par de nombres que no identifico. Estoy hecha un manojo de nervios, pero también extrañamente jubilosa cuando repaso los mensajes, convencida de que estoy a punto de descubrir por qué Charlotte quiso matarse. Sin embargo, cuanto más leo, más decepcionada estoy, y el júbilo no tarda en ceder el paso al rubor cuando encuentro una serie de mensajes cruzados entre mi hija y su novio. Algunos son de carácter sexual, pero los restantes son divertidos y encantadores. El mensaje que pone fin a la relación sale de la nada, no es consecuente con nada. En el mensaje anterior le dice a Liam que han pasado una noche estupenda y en el mensaje siguiente la relación se ha acabado y Charlotte ya no quiere nada con él. No me extraña que el muchacho estuviera tan enfadado y confuso. Sigue una ristra de mensajes de Liam, primero heridos y deseosos de explicaciones y luego crecientemente agitados y coléricos. Charlotte no responde a ninguno.

Abro el archivo de mensajes para Ella. Hay una conversación breve, de dos meses antes, sobre un proyecto en el que están trabajando en el instituto, pero ahí acaba todo. No hay nada más, nada sobre Liam, ni sobre Keisha, ni sobre por qué rompieron.

Sigo buscando en el historial de los mensajes: los cruzados con su padre (casi

todos de peticiones de dinero o de desplazamientos en coche), los cruzados con Oli (entre los que figura el de la pregunta sobre el hotel), y a continuación paso a mirar los de las personas a quienes no conozco. Los cruzados con las compañeras de instituto no revelan nada, son simples cotilleos sobre quién le gusta a quién. Y eso es todo. Todo menos los mensajes enviados a un tal K-Dog. Cuando entro en este archivo el corazón me da un vuelco. Al principio pensaba que encontraría alguna respuesta en el móvil de Charlotte. Estaba convencida de que el misterio se aclararía con solo...

Se me pone la carne de gallina y me estremezco.

«Mi padre es un enfermo pervertido y no sé a quién más contárselo. Llámame cuanto antes. Charlotte x».

Releo el mensaje.

No, no es posible.

Brian nunca le haría daño.

La cabeza se me llena de recuerdos. Brian llevando a Charlotte a la piscina. Brian enseñándole a montar en bicicleta. Brian bañándola. Si hubiera hecho algo inapropiado o hubiera empezado a comportarse de un modo anormal, Charlotte me lo habría dicho. ¿O no?

No. Me digo que no mentalmente. Basta, Sue. Tu primer impulso era acertado. Brian nunca haría nada que perjudicara a su hija. La quiere. Quedó destrozado por el accidente. Todavía lo está. Pero...

Me pasa por la cabeza la imagen de los coches corriendo hacia nosotros.

¿Por qué se lanzó contra el tráfico en dirección contraria cuando le dije que Charlotte había hablado en el diario sobre suicidarse? ¿Por qué volvió las sospechas contra mí cuando le pregunté por lo de la piscina y sus paseos matutinos?

Tengo que averiguar qué significa el mensaje de Charlotte. Entro en la lista de números, elijo el nombre «K-Dog» y pulso el icono de llamar.

Hay un chasquido, luego una señal de llamada y estoy ensayando mentalmente lo que voy a decir cuando doy un respingo. Acabo de oír ruido arriba.

Brian.

Pasea por el estudio.

—Responde —digo al teléfono, que sigue con la señal de llamada. Oigo pasos en el descansillo—. Por favor, responde.

Vamos, vamos, vamos.

Se oye un chasquido.

Responden.

—¿Hola? —murmuro—. Hola, me llamo Sue...

«Este es el buzón de voz de Vodafone del número 07972711271. Por favor, deje su mensaje después de oír la señal.»

Un crujido en la escalera.

—¿Hola? —digo al oír la señal—. Usted no me conoce, pero me llamo...

—¿Sue? —Oigo un golpe seco en la puerta del lavabo—. Sue, ¿con quién hablas?

—¡Con nadie! —Pulso frenéticamente el icono de «Colgar» y escondo el móvil en el sujetador—. En seguida salgo.

Repentinamente mareada, apoyo las manos en las paredes del lavabo. Trato de calmarme.

—¿Sue? —Otro golpe, más fuerte, más insistente—. ¿Qué haces ahí dentro?

—Nada. Salgo en seguida.

—Vale —le oigo suspirar—. Tenemos que hablar, Sue. Te espero en la salita.

Abro el grifo del agua fría, me mojo la cara y me miro en el espejo. Una cuarentona cansada, con ojeras y expresión angustiada se seca la piel con una toalla. Apenas me reconozco. ¿Y Brian? ¿Es el que he conocido siempre o se ha transformado en un hombre de la peor especie? En un ser falso, rapaz y peligroso. Solamente hay una forma de descubrirlo.

Dejo la toalla en el toallero y abro la puerta del lavabo.

Martes, 23 de octubre de 1990

—Perdona, Suzy.

James me pasó un brazo por los hombros y me estrechó contra su pecho. Cerré los ojos, todavía medio dormida. Olía a almizcle y a calidez. Olía a hogar.

—¿Por qué?

Durante unos segundos no dijo nada. Me apartó el pelo de los ojos y me alzó la cara hacia él. Abrí los ojos.

—Por mi forma de comportarme los últimos días. Por mi forma de tratarte. He sido... —titubeó—... injusto.

No respondí, pero sentí que me recorría una ola de alivio. Su comportamiento de los dos últimos días me había preocupado muy en serio. Me había parecido desproporcionada y había sido horrible cuando me había gritado, llamándome embustera.

—Tengo mucha ira acumulada, Suzy; ira por algo que sucedió en el pasado y que me esfuerzo por contener. A veces estalla... —Me pasó el pulgar por la barbilla—. Y me he desahogado con quien no debía. Me he desahogado con la persona que nunca me haría daño. Por eso te pido perdón. No quiero ser un monstruo. No quiero ser como él.

—¿Quién fue un monstruo? —Le pongo la mano en el pecho—. ¿Qué sucedió, James? —Negó con la cabeza y por su mejilla se escurrió una lágrima solitaria—. Cuéntamelo. Dime qué puedo hacer para ayudarte, James.

Se pasó la mano por la cara, se limpió la lágrima y me miró.

—¿Ves? Por eso te quiero. Porque eres muy cariñosa. —Me puso la palma en el pecho y apretó—. Tienes un corazón de oro.

—¿Qué es? Dímelo para que yo lo entienda.

Suspiró profundamente y me preparé para lo que iba a llegar. Pero no llegó nada. Permanecimos así varios minutos, juntos, sumidos en un silencio incómodo. Finalmente habló.

—Ayer fue el aniversario del fallecimiento de mi tío. —Fui a decir que lo sentía, pero negó con la cabeza—. Murió cuando yo tenía doce años, de repente, de un ataque al corazón. Nadie lo vio venir. Los hombres como el tío Malcolm no mueren sin avisar a los cincuenta años. Mi madre quedó consternada, se encerró en su habitación y lloró sin parar. No la consolé. Corrí a los bosques que había detrás de la casa, cogí la rama más grande que encontré, tan pesada que apenas podía levantarla, y estuve golpeando un árbol hasta que se hizo añicos en mis manos. Tenía las manos ensangrentadas. Y me puse a gritar a Dios. Lo odié por arrebatarme al tío Malcolm antes de darme la oportunidad de crecer y matarlo yo personalmente.

Sentí un escalofrío. No necesitaba preguntarle qué le había hecho el tío Malcolm.

—Me arrebató la infancia. Me arrebató la fe. Me arrebató la inocencia, Sue. —Gemí cuando me asió por los hombros y me zarandeó. Respiraba rápidamente, tenía

dilatadas las fosas nasales, la mirada fija y perdida.

—James. —Quise separarle los dedos de mi piel, pero me sujetaba con mucha fuerza, hundiéndome tanto las yemas que temí que me clavara las uñas—. James, no pasa nada. Aquello se acabó, se acabó.

—Nunca acabará.

—Se acabó, James, se acabó. Por favor, suéltame. Me haces daño. Para, James. Está muerto.

Siguió mirándome como si me odiara, como si deseara verme muerta, y entonces la ira le desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. Su expresión se suavizó, la cara se le contrajo y me abrazó, me estrechó contra sí y se puso a sollozar de un modo incontenible.

Capítulo 11

Brian está sentado en el sofá, *Milly* estirada junto a él, con la cabeza apoyada en sus piernas. Asiente con la cabeza cuando me dejo caer en el sillón.

—Sue. —Mi nombre parece rebotar en las paredes—. Creo que necesitas ver a un médico. No estás bien. Necesitas ayuda. —Me cuesta asimilar estas palabras, entender lo que significan—. He llamado a la doctora Turner. Dice que podrá atenderte mañana por la mañana.

—¿Perdón?

Brian se inclina hacia delante, apoya la barbilla en la mano, tiene le frente fruncida.

—Te he concertado una visita para...

—Entiendo lo que has hecho. Lo que no entiendo es por qué.

—¡Porque me preocupas! —Lo dice tan alto que *Milly* y yo damos un respingo—. No eres tú misma desde el accidente de Charlotte y estás empeorando.

—Claro que no soy yo misma. Nuestra hija está en coma. Podría morir.

—Sí, sí, es verdad. También podría no morir. Podría recuperarse del todo, y los médicos y las enfermeras hacen todo lo que pueden, pero tú también necesitas ayuda, Sue. He hecho lo imposible por apoyarte, pero ya no sé cómo hablar contigo.

—Siempre he estado aquí para que podamos hablar, Brian.

—Físicamente quizá, pero emocionalmente no. Estás tan metida en tu propia cabeza que no puedo llegar hasta ti. Cada vez que lo intento, me miras con unos ojos desquiciados que... que... no sé —sacude la cabeza—, es como si pensaras que voy a hacerte daño. A veces me miras como si no supieras quién soy.

Me duele el alma al ver la cara de pena que pone, pero no digo nada que lo tranquilice. Porque tiene razón. Ya no sé si lo conozco.

—¿Sue? —Brian me mira con la frente fruncida—. ¿Has oído lo que acabo de decirte?

Le devuelvo la mirada. ¿Quiere que me vea la médico por alguna razón inconfesable? Si el mundo cree que estoy loca, me encerrarán, lo dejarán solo con Charlotte. Y entonces podría... el pensamiento, desagradable y odioso, queda suspendido en el aire.

—He oído lo que has dicho.

—¿Y? —Sus ojos escrutan mi cara—. ¿Qué opinas?

—No me estoy volviendo loca. Y no voy a ver a la médico de cabecera. —Hablo con lentitud, con calma, con deliberación. Si realmente piensa que he perdido el norte, tengo que demostrarle que no es así.

—No he dicho que estuvieras loca, Sue. Solamente pensaba que a lo mejor te convenía hablar con alguien que no fuera yo. Alguien... —titubea— profesionalmente calificado para ayudarte.

—No necesito la ayuda de nadie. —He hablado más alto de lo que pretendía—.

Solamente estoy preocupada por Charlotte.

—Y yo.

—En ese caso —digo encogiéndome de hombros— lo entenderás.

—No, no lo entiendo. ¿Cómo voy a entender nada si pasas del silencio a la brusquedad en un abrir y cerrar de ojos? ¿Por qué crees que estuve a punto de chocar con el coche cuando me dijiste lo que Charlotte había escrito en su diario? No puedes echarme en cara una cosa así y esperar que lo acepte sin más. Enséñame el diario. Deja que lo lea por mi cuenta. Quizá entonces lo entienda.

—No puedo...

—¿Por qué no?

—Porque tengo que proteger a Charlotte.

—¿De qué? —Me mira confuso y entonces palidece—. De mí no. Por el amor de Dios, Sue, no me digas que crees que tuve algo que ver con el accidente.

—¿No fue así?

—¿Qué?! —Echa atrás la cabeza y emite un ruido que no le he oído hacer nunca, una mezcla de grito y rugido, y se levanta de un salto del sofá. Cruza la sala de estar y se detiene delante de mí, casi encima de mí—. Dime que es solamente una broma de mal gusto, Sue. ¡Dímelo!

Vierte su cólera sobre mí, su confusión, su frustración y su horror me caen encima como una lluvia de azufre, me cubro la cabeza con los brazos, hundo la barbilla y me encojo formando una pelota.

—¡Aaah! —El grito me obliga a atisbar entre los brazos. Brian cabecea, tiene los ojos dilatados por el horror. Retrocede un paso con los brazos estirados, las manos abiertas, los dedos separados—. No iba a tocarte. Nunca te he tocado, Sue. Lo sabes. —Se deja caer en el sofá y se derrumba hacia delante, con la cabeza entre las manos—. Dios Santo.

Guardamos silencio. El reloj de péndulo deja oír su tictac en el rincón de la estancia y *Milly* se rasca sin cesar como si le hubiera picado una pulga.

—Dime que no crees eso —dice Brian con un murmullo lejano, con la cabeza todavía entre los brazos—. Dime que no crees seriamente que yo tuve la culpa de que Charlotte quisiera hacerse daño.

Siento el corazón como si me lo hubieran desgarrado por la mitad. Una parte quiere acercarse a Brian, echarle los brazos al cuello y decirle que lo quiero, que confío en él y que creo sinceramente que nunca haría nada que hiriese a nuestra hija. La otra parte dice que me mantenga a distancia, que no me fíe de nada ni de nadie.

—¿Sue? —En su cara solamente veo escrito el dolor—. ¿Por qué piensas eso? ¿Cómo has llegado a pensarlo?

—¿Lo hiciste?

—¿El qué?

—Herir a Charlotte.

—¡Por Dios santo! —Se ha puesto en pie nuevamente y tiene los brazos abiertos

—. ¿Cómo te atreves siquiera a preguntarme eso? Retiro lo dicho, Sue. No estás angustiada, estás loca. ¿Has oído lo que acabas de decir? ¿Eres consciente de lo que dices? ¿De qué me acusas? Necesitas ayuda, Sue. Ayuda psiquiátrica urgente.

—¿Loca? —También yo me levanto—. Exactamente. Y cómo no. ¿Por eso Charlotte envió a un amigo un mensaje de texto en el que decía que eras un perverso?

Brian se queda boquiabierto y petrificado con los brazos abiertos. Se humedece los labios, traga saliva, vuelve a humedecerse los labios.

—¿Qué has dicho?

—He dicho... —Tiemblo tanto que tengo que llenarme los pulmones para que la voz no se me altere—. En el móvil de Charlotte hay un mensaje que mandó a un amigo y en él dice que eres un enfermo perverso.

—¿Charlotte me llamó perverso?

—Sí.

Me mira sin expresión y parpadea como si acabara de despertar.

—Enséñamelo.

Le lanzo el móvil sin levantar el brazo y lo recoge en el aire.

—Está en el archivo llamado K-Dog —digo.

Brian mira el aparato y pulsa teclas e iconos. Al cabo de una eternidad me mira con expresión extraña.

—Aquí no hay nada.

—¿Qué? —Me acerco a él, alargo la mano hacia el móvil—. Pues claro que está ahí. Solo tienes que elegir el icono del sobre y... —Paso los mensajes de texto, vuelvo a la pantalla inicial y pulso otra vez el icono del sobre—. Ha desaparecido.

—¿En serio? —Arquea las cejas—. Puede que nunca haya estado.

—Pues claro que estaba. Yo... —Un escalofrío me recorre de arriba abajo y doy un paso atrás.

—¿Qué? —Brian parece exasperado.

—Lo has borrado tú.

—¡Por el amor de Dios, Sue!

—Brian, estaba aquí hace cinco minutos. Lo encontré cuando estaba en el lavabo. Lo recuerdo palabra por palabra. Era... —Me detengo en seco. Una imagen me pasa por la cabeza a toda velocidad: yo tratando de poner fin a la llamada que había hecho a K-Dog mientras Brian llamaba a la puerta. Debo de haberlo borrado yo sin darme cuenta. He eliminado la única prueba que tenía de que mi marido era responsable del accidente de Charlotte.

—Estaba aquí. Estaba aquí. —Regreso frenéticamente a la pantalla inicial y abro otra vez los mensajes de texto, pero el enviado a K-Dog ha desaparecido—. Llevaré el teléfono a la ciudad, a Carphone Warehouse. Allí sabrán cómo recuperar el mensaje, y si ellos no pueden, seguro que en Internet hay alguien que sabe.

—Sue... —Brian habla ahora con voz amable y tranquilizadora. Me habla como

se habla a los que acaban de perder a alguien querido—. Sue, creo que deberías sentarte.

Dejo que me conduzca al sillón y asiento con la cabeza cuando se ofrece a preparar un té. Se detiene en la puerta y me mira. La expresión de su cara me deja sin respiración. No me mira con reproche, resentimiento ni cólera. No es ninguna de estas cosas. Es compasión. Piensa que el mensaje de texto es un invento mío.

—Aquí tienes. —Cinco minutos después regresa a la sala y pone una taza de té sobre el posavasos que tengo junto a mí. Al lado pone un plato con tres Hobnobs de chocolate. Cruza la habitación y se sienta. Da un sorbo al té y abre la boca para tragar aire. Está demasiado caliente.

—Sue. —Tiene la tez increíblemente gris, los ojos insoportablemente tristes—. Tengo que decirte algo y quiero que me oigas. Por favor, no te enfades ni te pongas a la defensiva, solo déjame decirte lo que tengo que decir.

Le indico con la cabeza que continúe.

—Te lo digo porque te quiero y porque estoy preocupado por ti, pero —se detiene a tragar aire— quiero que veas a un médico. O al terapeuta al que veías antes. Te comportas de un modo cada vez más imprevisible. Seguro que te has dado cuenta.

Quiero darle un abrazo y decirle que estoy bien y que no hay nada por lo que deba preocuparse, pero entonces recuerdo el mensaje que he leído en el móvil de Charlotte y niego con la cabeza.

—No me pasa nada, Brian. Nada que no puedan arreglar unas cuantas respuestas sinceras.

Deja caer los hombros y suspira.

—Como cuáles.

—¿Por qué me hiciste creer aquella mañana que ibas al trabajo y luego me mentiste con lo de ir a nadar?

—Ya te dije que...

—¿Y por qué has empezado a pasear a *Milly* a todas horas del día y de la noche?

Brian se pellizca el entrecejo y cierra los ojos. Cuando los abre, suspira profundamente.

—He estado viendo a Tessa.

—¿Tessa, tu difunta esposa?

Me mira fijamente.

—Sí. Tessa, mi difunta esposa.

—¿Me mentiste diciendo que ibas a la piscina para ocultar que en realidad ibas a ver su tumba? —Asiente con la cabeza—. Y cuando sacabas a *Milly* a horas inesperadas, ¿era allí adonde ibas? —Vuelve a asentir—. ¿Por qué?

Alarga la mano para acariciar a *Milly*.

—Hablar con Tessa me ayuda a aclararme las ideas.

Lo miro con fijeza, tratando de asimilar lo que quiere decir.

—¿No podías hablar conmigo?

—Es que hablamos de ti... —Se frota la frente con la mano y se aprieta las sienes—. Me preocupa la posibilidad de que tengas otro episodio. Todos los síntomas están ahí, la paranoia, los espejismos, la obsesión por el «accidente» de Charlotte. Quiero que veas a la médico de cabecera lo antes posible.

Doy vueltas al teléfono de Charlotte y paso el pulgar por los destellantes cristales. Casi me ha convencido con su frente arrugada, su tono suave y sus ojos bondadosos. Casi me ha convencido de que realmente estaba preocupado por mí.

—¿Agrediste sexualmente a Charlotte?

Brian ahoga una exclamación.

—¿Es lo único que tienes que decir? —Me encojo de hombros—. ¿Me estás acusando de haber agredido sexualmente a nuestra hija? —No muevo ni un músculo—. No. —Niega con la cabeza—. ¡NO! No, no, no, no, no, no, no. Y se ha acabado la historia. No voy a quedarme en la sala de mi propia casa para oír que mi mujer me acusa de incesto. Ni hablar. No me importa lo enferma que estés, Sue, no puedes decir cosas así. No puedes y se acabó. —Se pone de pie de un salto, pero no hace nada por acercarse a mí—. Quiero que vayas a ver al médico.

No digo nada. Me siento como en una pesadilla en que necesitas gritar urgentemente y corres, pero te has quedado sin voz y tienes los pies clavados en el suelo.

—Lo digo en serio, Sue. O accedes a ir al médico o este matrimonio se acaba.

Debería reaccionar. Debería decirle a Brian que creo en él, que tiene que haber una explicación lógica para que Charlotte escribiera lo que escribió, que podemos afrontar esto juntos; pero me siento muerta por dentro.

—Basta con que digas que sí con la cabeza, Sue. Mueve la cabeza para decir que accedes a ver al médico y... y... —pierde la voz mientras muevo la cabeza de izquierda a derecha—. ¿Voy entonces yo? ¿Voy?

Habla más bajo de lo normal, haciendo una pausa entre frase y frase y acentuando las palabras. Espera que diga algo. Me da la oportunidad de interrumpirlo.

Cierro los ojos.

—Está bien. —Su voz es más suave aún—. Está bien.

Las tablas del suelo crujen bajo la alfombra cuando cruza la habitación. Los discos metálicos del collar de *Milly* tintinean cuando la perra se incorpora. Momentos después oigo el chasquido de la puerta de la sala al cerrarse.

El reloj de péndulo sigue con su tictac en el rincón de la sala.

Sábado, 17 de noviembre de 1990

Hoy he ido al Southbank con Rupert para ver una exposición de fotos inéditas de la Segunda Guerra Mundial.

Compramos las entradas hace meses, y en vista de que es la única persona que conozco que está tan fascinada como yo por aquel conflicto bélico, esperaba que estuviera igual de emocionado. En cambio, parecía un poco apagado, me miró con extrañeza cuando lo saludé con un beso en la mejilla en vez de con un abrazo y apenas dijo palabra mientras íbamos de foto en foto y yo hacía comentarios sobre el corte de este uniforme y la forma de aquel. Cuando fuimos a tomar un café, le pregunté si le pasaba algo.

—No te habrás peleado con Hels, ¿verdad?

—No —dijo con una sonrisa queda—. No tiene nada que ver con eso.

—¿Con qué, entonces? Has estado raro toda la tarde.

—¿Yo he estado raro? —preguntó arqueando una ceja negra.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace cuatro semanas que no hablas con Hels.

—¿Y?

—Tu novio le arruinó la cena y tú ni siquiera la has llamado una sola vez para saber cómo estaba.

—¡James no le estropeó la cena! —Es posible que hiciera un par de comentarios despectivos, pero los demás nos habíamos reído. No había sido tan terrible.

—Ah, ¿no? —Volvió a arquear la ceja—. Claro, por eso Hels se echó a llorar en cuanto os fuisteis... en mitad del postre.

—James se sentía mal. Tenía que volver a casa.

—No me sorprende, teniendo en cuenta la cogorza que llevaba encima.

—Bueno, nos fuimos demasiado pronto, ¿y qué? ¿Hay alguna ley que obligue a quedarse hasta después del café, o del queso con galletas, o de lo que sea? No puedo creer que me estés dando la tarde solamente por eso.

Cabeceó.

—No te estoy dando la tarde, Susan. Estoy preocupado. Los dos lo estamos.

—Pues estoy bien. En realidad, nunca he sido tan feliz en mi vida.

—¿De veras? Hablando sinceramente, ¿eres feliz con un hombre que llama a tus amigos —preguntó mirando a su izquierda, como si recordara— Culo Gordo y Cara de Juez? —Me puse roja como un tomate—. ¿Giliporros y Giliporras? ¿Pendejos de Panocha y Oso Grasiento?

—Yo... —Me llevé las manos a la cara—. No sé qué...

—Oímos toda la conversación, Sue. Es un piso pequeño y las paredes son de papel. Helen estaba muy ofendida.

—Lo siento. —La verdad es que lo sentía muchísimo. Me disculpé una y otra vez, alegando que James estaba interpretando a un personaje. Estaba muy afligido por

asuntos personales y no sabía cómo reaccionar—. Estoy segura de que si os hubiera conocido a fondo, no habría sido tan grosero.

Rupert se retrepó en la silla y se pasó la mano por la cara.

—¿Y tú? Mientras estabas en el lavabo, James nos preguntó si de veinteañeros éramos tan promiscuos como tú. ¿Por qué crees que lo diría, Susan?

—Quizá para tomarte el pelo porque estaba aburrido. No lo sé. —La observación de James había sido ofensiva, pero la falsa preocupación de Rupert y su forma tan amable de dirigirse a mí empezaban a fastidiarme. ¿Por qué tenía que ser tan condescendiente?—. Seguramente te estaba soltando una indirecta porque tú y yo nos acostamos por entonces.

—Pero no le molesta que nos veamos para tomar un café, ¿verdad?

Desvié la mirada.

—Este fin de semana no está en Londres. Se ha ido a Cardiff con su madre, para ver a la familia.

—Ah, qué bien. Y si no se hubiera ido este fin de semana, ¿estarías aquí conmigo?

—Naturalmente.

Era mentira y los dos lo sabíamos. Sabía muy bien cómo reaccionaría James si pudiera verme sentada con Rupert.

—Sue. —Fue a cogerme la mano, pero la aparté—. Por favor, llama a Hels. Está preocupada por ti.

—Pues no debería estarlo. —Me levanté y me puse el abrigo. ¿Cómo se atrevían a ponerse mojigatos y a hacerse los santurrones solamente porque mi novio había tomado unas copas de más y se había ido de la lengua?—. Estoy bien. Más que bien. Más feliz que en muchísimo tiempo.

—Si nos necesitas —dijo Rupert a mis espaldas mientras yo salía del Southbank Centre—, ya sabes donde estamos.

Capítulo 12

—Charlotte, soy mamá. —Sujeto la delgada mano de mi hija.

Fuera hace un día maravilloso. Hace sol, el cielo está azul y despejado y el aire huele a madreselva, aunque cuando desperté esta mañana lo primero que noté no fue el chorro de sol que entraba por entre las cortinas, sino que el otro lado de la cama estaba vacío.

—Charlotte. —Le paso el pulgar por el dorso de la mano. Tiene la piel suavísima—. Tengo que hablarte de papá.

El electrocardiógrafo del rincón no se altera en absoluto.

—Charlotte —añado—, el secreto del que hablaste en tu diario —vuelvo la cabeza hacia la derecha para cerciorarme de que no hay nadie acechando en la puerta—. Tenía que ver con tu padre, ¿verdad? Te hizo daño y... Yo no estaba allí para protegerte. No pude impedir que sucediera. No me di cuenta y...

La boca se me ha quedado repentinamente seca. Cojo el vaso de agua y doy un sorbo.

—¿Qué sucedió?

Me vuelvo con rapidez. Keisha está en el umbral con un ramo de narcisos en la mano.

—Lo siento, señora Jackson —dice la muchacha, que me sonrío de medio lado—. No quería sobresaltarla. Se me ocurrió pasar un momento y que podría... —Su cara se ensombrece cuando mira a Charlotte. Niega con la cabeza—. No importa. —Entra en la habitación y se sienta al otro lado de la cama, de cara a mí—. No era mi intención escuchar —dice. Me mira fijamente con sus ojos negros—. Pero ¿qué estaba diciendo sobre el padre de Charlotte?

Desvío la mirada.

—Nada.

—¿De verdad? —Hay un timbre incrédulo en su voz—. Porque habría jurado que le estaba usted hablando del porno.

—¿Perdón?

—La pornografía —dice sonriendo— que Charlotte vio en el ordenador de su padre.

—¿Qué pornografía?

Keisha se encoge de hombros.

—Charlotte dijo que se le había estropeado el portátil mientras enviaba un mensaje a un amigo, así que utilizó el ordenador de su padre. El porno casi le saltó a la cara y...

—En el ordenador de Brian.

—Sí. —Se lleva la mano a la boca para ocultar la sonrisa.

—Keisha.

—Diga.

Me esfuerzo por contener el vómito que me sube del estómago.

—¿Charlotte te llamaba K-Dog?

—Todo el mundo me llama así.

—Charlotte te envió un mensaje de texto —digo muy despacio mientras la habitación oscila y me esfuerzo por mirar a los ojos a la joven que tengo enfrente. Esto no puede ser real. No es posible que esté sosteniendo esta conversación—. ¿Te envió un mensaje diciendo que su padre era un perverso?

—Sí.

—¿Porque encontró pornografía en el portátil de su padre?

—Sí, y alucinó pepinillos. La verdad es que reaccionó de un modo muy exagerado. —Se echa a reír y la sangre se me hiela en las venas—. Dijo que quería irse de casa y todo. Joder, era solamente un poco de porno...

—¿Y no te confió nunca que su padre la hubiera acosado o se hubiera comportado con ella de un modo indebido, en el terreno sexual?

—Coño, no. —Pone cara de horror—. Pues claro que no. Charlotte adoraba a su padre. No paraba de hablar sobre las cosas que hacía su viejo para salvar el mundo del calentamiento global y todo eso. Si la hubiera tocado, me lo habría dicho.

La miro fijamente, demasiado aturdida para responder. Me siento tan aliviada como horrorizada. Aliviada porque detrás del mensaje de Charlotte haya una explicación tan inofensiva y horrorizada por las acusaciones que he lanzado contra mi marido. La expresión dolida de Brian me viene a la cabeza y me echo atrás en la silla. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Qué he hecho?

—¿Señora Jackson? Señora Jackson, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que llame a la enfermera?

Keisha sigue hablándome, pero soy incapaz de ordenar a mi boca que articule palabras.

—¿Agua? —Oigo el crujido de una silla, el gorgoteo del agua cuando sale de la jarra y el chapoteo cuando cae en el vaso—. Lo siento, señora —dice la muchacha cuando me pone el vaso en la mano—. No debería haberle dicho lo del porno. Parece usted escandalizada. No debería haberle dicho nada.

—No, no —digo. Tomo un sorbo de líquido. Lo trago—. Me alegro de que me lo hayas contado. De veras. Me ha aclarado algunas cosas, aunque... —Escruto sus ojos negros—. ¿Echaste el móvil de Charlotte en nuestro buzón?

—¿El móvil de Charlotte? —Niega con la cabeza—. No. No fui yo. Ni siquiera sé dónde viven ustedes. ¿Está segura de que se encuentra bien, señora Jackson? Si se siente decaída puedo llamar a una enfermera. No me importa, de verdad.

—No, gracias. —Le devuelvo el vaso de agua y me esfuerzo por sonreír—. Estoy bien, en serio. Es que acabo de darme cuenta de que he cometido un error. Un tremendo error.

Me voy a casa llorando. Lloro mientras llamo al móvil de Brian ya fuera del hospital.

Lloro cuando responde el buzón de voz y lloro cuando llamo a su despacho y Mark me dice que está en una reunión. Y cuando pongo en marcha el motor, las lágrimas me corren a raudales por las mejillas, y cuando enfilo Edward Street, y dejo atrás el Pavilion, y subo por North Road y bajo por Western Road y doblo hacia nuestra casa. Sigo sollozando mientras abro la puerta de la calle. Entonces veo en el umbral una bola cristalina de nieve en cuyo interior se ve el Puente Carlos de Praga y dejo de llorar.

Y lanzo un grito.

Domingo, 16 de diciembre de 1990

El último mes que he pasado con James ha sido espantoso. Hemos tenido más altibajos que una montaña rusa y más de una vez he contemplado seriamente la posibilidad de romper. Empiezo a pensar que no soporta ser feliz y que cada vez que las cosas van bien entre nosotros, tiene que sabotearlas diciendo o haciendo algo realmente doloroso.

Por ejemplo, después de haber ido a una función de *Shakespeare in the Park* (la verdad es que salté de alegría cuando me dio las entradas, porque siempre he querido ir), estuvimos paseando por Regent's Park, cogidos de la mano, riéndonos del tamaño de la bragueta de Benvolio. En esto, James me vio mirar a un hombre que nos adelantó haciendo footing. Apenas me fijé en él, pero el individuo me sonrió al pasar.

—¿También follaste con él? —dijo James.

Así por las buenas. Sin venir a cuento. Le dije que se estaba portando como un tonto y nos pusimos a discutir. James afirmó que yo era una coqueta: por lo visto estuve mirando con ojos de carnero degollado al actor que interpretaba a Mercutio cuando los intérpretes salieron a saludar al público. Le dije que aquello era una idiotez. Entonces se puso a la defensiva, alegando que era propio de mí hacerme la superior porque tenía un título universitario y él no, y que si tan creído me lo tenía, tal vez fuera preferible separarnos para que yo pudiera salir con un hombre más culto. Estaba harto de pedirme perdón y se sentía como si tuviera que ir pisando huevos a mi alrededor, siempre con miedo de lo que decía, y que quizá deberíamos dejarlo. Eso fue todo. Y yo me eché a llorar. No podía creer que hubiéramos pasado de las risas y de cogernos de la mano a las amenazas de ruptura por nada.

Me senté en un banco próximo y estuve sollozando sin parar mientras James se mantenía a cierta distancia. No dijo nada durante un rato, y cuando ya creía que el mundo se me había caído encima, me cogió en brazos y dijo que estaba cansado de tanta pelea, que me quería más que a nadie en el mundo y no soportaba verme llorar. No íbamos a romper, añadió, nunca me abandonaría.

Esta misma escena se repitió varias veces el mes pasado: un par de días maravillosos, luego una discusión sin venir a cuento, yo llorando, James consolándome, un período de calma y el ciclo volvía a comenzar. Resultaba tan agotador que empecé a pensar que romper no era tan mala idea, al fin y al cabo. Y entonces me vino con un viaje sorpresa.

Me llamó el jueves pasado para decirme que cancelara todos mis planes, hiciera la maleta, cogiera el pasaporte y me reuniera con él en el aeropuerto de Gatwick. Me quedé patidifusa. Aquellas cosas solamente sucedían en las películas de Meg Ryan, no en la vida real. Traté de ser sensata, le repetí que no podía permitírselo, pero respondió que él sabía qué podía permitirse y qué no, de modo que cerrase la boca y liara el petate como una buena chica o le fastidiaría la sorpresa.

No tuvo que decírmelo dos veces y cuando llegué al aeropuerto, James saltaba de

emoción.

—Vamos, vamos —dijo. Me tomó de la mano y cogió la maleta y me condujo al mostrador de British Airways. Ahogué una exclamación cuando vi nuestro punto de destino encima de la cabeza del personal de facturación de equipajes.

—¿Praga? —Me quedé mirando a James con estupefacción—. ¿Vamos a Praga?

—Sí. —Me dio un apretón—. Pensé que podíamos celebrar la Navidad en una de las ciudades más románticas del mundo.

Le eché los brazos al cuello y lo estreché con fuerza. ¡Praga! ¿Cómo lo había sabido James? Siempre había querido ir, pero nunca se lo había dicho. Era como si me conociera mejor que yo misma.

Pasamos felizmente nuestro primer día en Praga viendo monumentos y cuando le pregunté qué había planeado para la noche, me dijo que era una sorpresa, pero que me pusiera elegante, me maquillara y fuese a la peluquería.

Respiré de alivio cuando James indicó en la recepción del hotel que nos pidieran un taxi (llevaba unos tacones demasiado altos para pasear en tranvía), aunque seguía sin saber adónde íbamos. Pensé que a lo mejor íbamos a un club de jazz, música de la que James es un entusiasta, pero negó con la cabeza y me dijo que dejara de hacer suposiciones. Cuando dejamos atrás el club de jazz vi una embarcación en el río. El corazón me dio un salto. Nunca había hecho un crucero fluvial y allí estábamos, a punto de embarcar de noche en el paisaje más hermoso que podía concebirse, con las luces de la ciudad titilando en el agua y el cielo una mezcla de negro y lapislázuli.

A pesar del fascinante aspecto del barco, la velada empezó mal. A James le decepcionó el bufé frío y caliente (el turoperador con quien había contratado el viaje le había asegurado que habría servicio de primera y de tres platos), y el hecho de que hubiera al menos dos mesas con mujeres que celebraban sendas despedidas de soltera a bordo. Cuando el camarero informó de que había champaña pero no estaba frío porque la máquina de hielo se había estropeado, James dio un puñetazo en la barra, aunque conseguí arreglar la situación sugiriendo que tomáramos cerveza, ya que Praga era famosa por fabricarla. Cuando pasamos por debajo del Puente Carlos y por delante del Teatro Nacional, James empezó a relajarse. Media hora después me cogió la mano y me insinuó que fuéramos a sentarnos en la cubierta superior. Yo temía que las mujeres de una despedida de soltera se hubieran apoderado ya del lugar, pero por suerte la cubierta estaba vacía.

—Esto está mejor —dijo, envolviéndome en su abrigo y abrazándome—. Toda esta belleza y solamente nosotros dos para gozar de ella.

Me relajé recostada en su hombro. La vista era magnífica, como salida de un sueño. Londres, en comparación, parecía mugriento. Cuando saqué la cámara y me puse a hacer fotos al Palacio Real, que despedía luz por encima de nosotros, me pareció que James se apartaba de mí. Supuse que iba a sacar su propia cámara y no le di importancia. Un par de minutos después, satisfecha de las instantáneas que había hecho, me volví para hablar con él, pero había desaparecido. Quiero decir que no

estaba ya en el asiento contiguo al mío. Estaba de rodillas en la cubierta, mirándome con expresión nerviosa y con una pequeña caja de terciopelo negro en las manos.

Me quedé sin aliento.

—Susan Anne Maslin, eres la mujer más hermosa, bondadosa, cariñosa y auténtica que he conocido en mi vida. Eres un ángel y no te merezco, pero... —Abrió la cajita. Dentro brillaba un anillo con diamantes y zafiros engastados—. ¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del mundo?

Me llevé las manos a la boca y rompí a llorar. James parecía aturdido.

—Eso es un no, ¿verdad?

—No, es un sí. ¡Sí! ¡Sí! Claro que me casaré contigo.

No recuerdo qué sucedió a continuación, si nos abrazamos, nos besamos o James me colocó el anillo en el anular de la izquierda; solamente recuerdo que dijo que era el anillo de su abuela y que nunca había creído que llegase a conocer a una mujer a la que amar lo suficiente para dárselo, y que ardía en deseos de pasar el resto de su vida conmigo.

El resto del fin de semana transcurrió envuelto en una nube. Fue una sucesión de momentos mágicos. Me sentía la mujer más feliz de la tierra.

Capítulo 13

Tiro la bola de nieve por la puerta. Se estrella contra la pared del garaje y se rompe en mil pedazos.

—Vamos, muchacha. ¡Rápido! —Cruzo el camino de grava con la mano en el collar de *Milly*, me acerco al coche y abro la portezuela del conductor—. ¡Adentro!

Milly se instala en el asiento del copiloto, subo detrás de ella, cierro todas las portezuelas y enciendo el motor. La radio estalla con los acordes de «Monkey gone to heaven» de los Pixies y miro hacia la casa, convencida de que alguien me mira por la ventana.

—Vamos. —Forcejeo con el cambio de velocidades cuando quiero pasar de la marcha atrás a primera—. VAMOS.

Milly gime de emoción a mi lado.

—¡Sí! —Ya con la marcha puesta, miro por el espejo retrovisor. Una figura negra salta delante de la ventana de la cocina. *Milly* se sube a mi regazo, araña la ventanilla con las zarpas y ladra furiosamente.

Tiro del collar y la obligo a volver a su asiento.

—No pasa nada. Solamente es un gato. Es *Jess*, nuestro vecino.

Salgo a la calzada, enfilo Western Road en medio de una algarabía de bocinazos, doblo hacia King's Road, acelero por el paseo marítimo, dejo atrás el Club Náutico y me dirijo a Rottingdean. La verdad es que no sé adónde voy ni me importa.

Sigo del mismo modo hasta que me detengo en el aparcamiento del Hotel The Downs de Woodingdean; entonces, cuando apago el motor, sufro una convulsión tan violenta que salto adelante y atrás en el asiento. *Milly* gime asustada mientras me castañetea los dientes, pero no puedo hacer nada, salvo mirar fijamente el mar y esperar a que acabe. Cinco minutos después, diez quizá, las convulsiones se convierten en temblores, luego en escalofríos y finalmente desaparecen. Me recuesto en el asiento.

James sabe dónde vivo.

La postal, las zapatillas... podrían explicarse pensando que han sido equivocaciones tontas. Alguien demasiado distraído para poner un nombre y un mensaje en la postal, y un error mecanográfico que ha tenido por resultado que las zapatillas llegaran a nuestra casa y no a cualquier otra de la misma calle... ¿pero la bola de nieve? Aquí no ha habido equivocación. James quiere que yo sepa que me ha localizado. Y si nos observa, entonces sabe que Brian se ha ido y que estoy completamente sola.

Las manos me tiemblan otra vez cuando rebusco en el bolso para sacar el móvil. Lo activo deslizando el pulgar por la pantalla, selecciono el icono del teléfono y marco el 9... 9...

Me detengo con el pulgar encima de la pantalla. Si llamo a la policía, pensarán que he tenido otro episodio y avisarán a mi médico. Es lo que ocurrió la última vez.

Hice mal en dar la alarma entonces. En aquella ocasión estaba realmente enferma. ¿Cómo, si no, se me habría ocurrido que James vivía en el cobertizo del jardín y me enviaba mensajes cifrados con la ropa tendida y pájaros muertos?

Golpeo dos veces el número 9 y este desaparece.

Busco el número de Brian.

Suena. Entonces...

—Diga. —Habla con sequedad.

—Brian, soy yo. Escucha...

—No, Sue, escucha tú. Lo que dije ayer, lo dije en serio. O vas a ver al médico o nuestro matrimonio se acaba.

—Pero Brian, algo terrible...

—¿Irás a ver al médico, Sue?

—No, pero...

—Entonces no tengo nada más que decir.

La comunicación se interrumpe.

Vuelvo a marcar el número de mi marido. Esta vez se pone el buzón de voz.

—Brian, soy Sue otra vez. —Hago una pausa para recuperar el aliento—. Sé que estás irritado, pero esto es importante. Realmente importante y necesito que vuelvas a casa lo antes posible. Cuando volví esta mañana, después de ver a Charlotte... no, aguarda... hay otra cosa que debo decirte antes. Te pido perdón. Siento muchísimo lo que te dije anoche. Keisha me explicó por qué Charlotte envió aquel mensaje y fue... bueno, no sé cómo disculparme por...

«Para grabar este mensaje pulse 1. Para dejar otro mensaje pulse 2. Para finalizar la llamada pulse 3.»

2... 2... 2... Golpeo el número. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no puedo dejar un mensaje?

—Hola, Brian, soy Sue de nuevo. He intentado dejarte un mensaje pero se me ha cortado y no sé si lo recibirás, así que lo repito más rápidamente. Siento mucho lo de anoche. Lo siento muchísimo. Lo que dije fue horrible. Peor que eso. Fue imperdonable y no te culpo por haberte ido. No pensaba con claridad porque James ha...

«Para grabar este mensaje pulse 1. Para dejar otro mensaje pulse 2. Para finalizar la llamada pul...»

Pulso el icono de «fin de llamada» y la voz se detiene al instante. Es mala señal. Tendré que esperar hasta que Brian vuelva a casa. Me quedo mirando el teléfono. ¿A quién más puedo llamar? A mamá no, desde luego. Y no puedo decirle a Oliver que vuelva a casa conmigo porque está en Leicester, y además, nunca pondría en peligro su seguridad. No puedo poner en peligro la seguridad de nadie.

Apoyo la cabeza en el volante y cierro los ojos.

No sé cuánto tiempo estoy así, caída sobre el volante, pero cuando *Milly* me olisquea la mano y gime, abro los ojos y me pongo recta en el asiento.

—No pasa nada, muchacha. —Le acaricio la lanuda cabeza—. Ya sé lo que tenemos que hacer.

Miércoles, 19 de diciembre de 1990

Sabía que no podía durar la burbuja de paz en que James y yo habíamos vivido desde que volvimos de Praga. Sabía que tarde o temprano lo echaría todo a rodar.

Habíamos ido a Clapham para decidir qué nueva obra iba a representar la compañía, y estalló una discusión entre James y Steve sobre aquel asunto. La polémica terminó cuando James dijo que Steve era un «cretino arrogante» y se fue hecho una furia. Volvimos a mi casa pero James no me hablaba. Me quedé despierta en la oscuridad, preguntándome qué había hecho yo, cuando James se incorporó de repente, se sentó en la cama y me miró.

—¿Cuántos hombres han dormido aquí?

—¿Perdón?

—En esta cama. ¿Cuántos?

Suspiré y me di la vuelta.

—No he oído nada, James. Los dos estamos cansados. Durmamos.

—¿Cuántos?

Se moría de ganas de pelearse, pero yo no iba a darle la satisfacción de verme participar.

—Ninguno.

—Mentira.

—De acuerdo, uno. —Me envolví en el edredón—. Tú.

—Y una mierda. —Asió el edredón por el borde y lo apartó de un tirón—. Seguro que este colchón está empapado con la leche de otros tíos.

Lo miré atónita.

—Eso que dices es una canallada.

—Yo no soy el canalla. —Bajó de la cama y me miró con sorna—. No volveré a dormir en esta cama.

—¡James! —Volví a taparme con el edredón—. Deja de hacer el ridículo. Vuelve a la cama, por el amor de Dios.

—Quédate tú en la cama. Yo dormiré en el suelo.

—¡James!

No di crédito a mis ojos cuando lo vi dirigirse al armario ropero. Lo abrió y sacó una vieja manta de acampada. Se envolvió con ella, quitó un cojín del sillón que había junto a la puerta y se tendió en el suelo, de espaldas a mí.

—James, por favor. —Me acerqué al borde de la cama y estiré el brazo—. Esto es absurdo. Has dormido en esta cama muchas noches y no te ha molestado hasta ahora.

Se dio la vuelta para mirarme de frente.

—Entonces no estábamos comprometidos.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Que estamos comprometidos? —Sentí que me recorría una ola de miedo—. No lo entiendo.

—Estar comprometidos cambia las cosas. —Se incorporó para sentarse, apoyando

la espalda en la pared—. Un día serás mi mujer, Suzy, y no puedo aceptar que hayas estado con tantos hombres...

—Pero si no he estado. Si yo solo...

—Quince —dijo James, y sentí que me encogía de temor y de vergüenza. ¿Por qué había sido tan sincera con él la segunda vez que nos habíamos visto?—. ¿Y para qué? Entregaste tu virginidad a un ligue de una noche que te utilizó como un trapo para limpiar corridas.

Aquello me dolió, pero no dije nada. No valía la pena. Por lo menos había desahogado la furia y ahora me hablaba en un tono más mesurado, casi reflexivo.

—Estuve esperando —prosiguió—, esperé mucho tiempo para conocer a la mujer que se hubiera reservado para mí, pero una y otra vez, cuando ya pensaba que había encontrado a «la elegida», descubría que era una fulana, una guarra como todas las demás. ¿Y sabes lo que hice? —Me asió por la muñeca y tiró de mí hasta que mi cara quedó a unos milímetros de la suya—. ¿Sabes lo que hice cuando acepté finalmente que no existían las almas gemelas y que el mundo se reía de mí? ¡Regalé mi virginidad a una puta! —Rio espasmódicamente y me roció la cara con saliva—. Sí, a una fulana de verdad. ¿Por qué dársela a una aficionada cuando podía dársela a una profesional?

No dije nada. James me estaba asustando, me miraba con fijeza, sus dedos me atenazaban la muñeca, su tórrido aliento a cerveza me inundaba las fosas nasales. Nunca lo había visto tan iracundo, nunca lo había visto fulminarme con tanto odio y resentimiento. Quería razonar con él, disculparme ante él, condolerme con él. Pero no dije nada y me mordí el interior de la mejilla para no romper a llorar.

—No esperaba enamorarme de ti. —Su voz era ahora un susurro—. Pensé que eras otra chica para pasar el rato y con la que me divertiría, pero —se apartó un poco y me recorrió el perfil de la boca con el dedo índice— en ti hay mucho más que un pasado lamentable. Eres un alma bella, Suzy. Por eso te di el anillo de mi abuela, el objeto más valioso que poseo. Detesto que otros hombres te follaran y no se dieran cuenta de que tenían en sus brazos una piedra preciosa, una joya valiosísima. Quisiera destruirlos, uno por uno, hasta que tu pasado desaparezca y no quedemos más que tú y yo, aquí y ahora. —Creo que emití un ruido, un gemido de sorpresa, porque añadió—: Hablo metafóricamente, como es lógico. Nunca haría daño a nadie. Tú sabes que no soy capaz ni de matar una mosca, ¿verdad, Suzy-Sue? Nunca.

La atmósfera del cuarto se había vuelto tan densa, estaba tan cargada de emociones, que me costaba respirar. Quería escapar de los brazos de James, abrir la ventana de golpe y llenarme los pulmones con el aire nocturno.

—Estamos comprometidos —prosiguió—. Es una entrega recíproca, pero también un nuevo comienzo. Borremos el pasado de nuestras vidas, Suzy, y empecemos de nuevo. ¿Es demasiado pedir... —miró la cabecera de la cama y luego otra vez a mí—, es demasiado pedirte que consigas otra cama?

Negué con la cabeza. Desde aquel punto de vista, como si estuviéramos

prácticamente casados, no parecía una sugerencia tan descabellada. Tenía lógica: una nueva vida juntos y una nueva cama.

Capítulo 14

—¿Y está usted segura de haber visto a esa persona entrar en su casa?

De lo que estoy segura es de que la agente cree que miento. Y no se equivoca.

—Sí —digo—. Yo estaba sentada en el jardín, leyendo un libro, y entonces él saltó el seto, corrió por el césped y fue derecho a la puerta del porche.

El policía se dirige al punto que le señalo, al seto de alheña de un metro ochenta de altura que nos separa de los vecinos. Se pone de puntillas para mirar por encima. Luego se pone en cuclillas y pasa la mano por el suelo. Se levanta y vuelve con nosotras.

—No hay ningún desperfecto. —Me mira largamente—. Lo lógico es que después de saltar un seto de esa altura hubiera ramas rotas y hojas esparcidas.

Me encojo de hombros.

—Era un individuo ágil, de aspecto atlético, ya saben, una especie de deportista.

—¿Y saltó el seto sin tocarlo? —El policía arquea una ceja—. Hay que estar muy en forma.

Cruzo los brazos y los descruzo.

—Bueno, la verdad es que no vi el momento exacto en que saltaba. Oí algo, levanté los ojos del libro y vi al intruso correr por el césped hacia el lateral de la casa.

Los dos agentes se miran y siento un acceso de vómito. Cuando volvía con el coche de Woodingdean me pareció una historia convincente. Contaría a la policía que se había colado un intruso en nuestra casa y así no habría necesidad de mencionar a mi exnovio ni la bola de nieve que había dejado en nuestra puerta. La policía comprobaría que mi casa era segura, y que estaba vacía, y yo no arriesgaría nada.

—¿Por qué está tan segura de que el «intruso» entró en la casa por la puerta del porche —la agente mira hacia el lateral del edificio— si no se ve desde aquí? Por lo que usted sabe, pudo haberse ido corriendo por el camino del garaje.

—Es que la puerta estaba abierta. —La agente arquea una ceja—. Para que la perra entrara y saliera a su aire.

—Muy bien. —La agente garabatea algo en su cuaderno de notas.

—Entiéndanlo, es por mi marido: Brian Jackson, diputado por Brighton. Toda precaución es poca.

La sorpresa se dibuja en la cara de la agente. Mira a su colega, que arquea las cejas como si estuviera impresionado. O escandalizado de que Brian esté casado con una mujer como yo. En cualquier caso, los dos han dejado de mirarme como si hubieran pensado en acusarme de malgastar el tiempo de la policía.

—Hemos inspeccionado la casa —dice el agente avanzando por el césped. Con un movimiento de cabeza, la agente me da a entender que lo sigamos—. Y no hay el menor indicio de que haya entrado alguien.

La agente se detiene.

—¿Está usted bien, señora Jackson? Parece un poco agitada.

—Sí, lo estoy. —Es la primera vez que digo la verdad desde que empezaron a hacerme preguntas. Ahora que sé que James no está en la casa ni escondido en el jardín, me siento aliviada y débil al mismo tiempo.

—Podríamos quedarnos con usted, al menos hasta que venga algún amigo o pariente. ¿Hay alguien a quien quisiera avisar?

Niego con la cabeza. Lo que necesito es entrar y mirar en el portátil de Brian. Si Charlotte lo utilizó para enviar un mensaje urgente a alguien, quién sabe cuántas pistas podría revelar.

—No, gracias. Estaré bien.

—¿Está totalmente segura?

—Sí —digo con más convicción de la que siento—, estaré perfectamente. Muchísimas gracias por haber venido.

El agente se despide con un seco movimiento de cabeza y abre la portezuela del coche.

—Estaremos en contacto.

Mi valor se esfuma en cuanto el coche de la policía se aleja crujendo por el camino del garaje y desaparece por la esquina. ¿Y si el policía se ha limitado a asomar la cabeza por las puertas y James está escondido todavía en alguna parte? Les habrá oído irse y ahora sabrá que estoy sola.

Miro el coche desde la puerta abierta del porche. Podría irme ahora mismo: subir al vehículo con *Milly* y visitar a mi amiga Jane. Podría decirle que Brian y yo hemos tenido una discusión (lo cual se acerca mucho a la verdad) y pedirle que me deje pasar un par de noches en su casa. Pero ella y Eric tienen dos gatos y tendría que dejar a *Milly* en la guardería canina. ¿Quién más queda? ¿Annette? No. La descarto inmediatamente. Es una chismosa de miedo. Al cabo de unos días, de unas horas quizá, todo el mundo sabría que mi matrimonio se ha ido a pique. Repaso el resto de mis amistades: Ellen no tiene espacio, Amelia anda metida en reformas y Mary se encuentra en España. El Travelodge que queda cerca de la A22 admite perros. Lo único que necesito es entrar en la casa para coger el portátil; podemos estar allí en menos de una hora.

Pongo una mano en la mullida cabeza de *Milly* y le rasco detrás de la oreja mientras ensayo mentalmente la trayectoria que voy a seguir cuando entre. Hago una lista de las cosas que cogeré de cada habitación. La casa ya no es segura. Tengo que entrar y salir lo antes posible.

—¿Preparada, pequeña? —Doy un paso hacia la puerta del porche.

Sufro un sobresalto cada vez que oigo gemir las tablas del suelo, gorgotear las cañerías y crujir las paredes, mientras corro de habitación en habitación abriendo cajones, reuniendo ropa y metiendo artículos de aseo y maquillaje en una bolsa grande y estampada con flores. Cuando entro a toda velocidad en el cuarto de baño

para recoger el cepillo de dientes, me llevo un susto de muerte al ver que alguien me mira desde el otro lado; pero es solamente mi reflejo; Brian ha dejado el espejo de afeitarse doblado en ángulo hacia la puerta. *Milly* se cansa en seguida de mi ritmo frenético, se recuesta en mitad del pasillo y apoya la cabeza en las patas.

Dejo el estudio de Brian para el final y cuando giro el pomo se me ocurre que a lo mejor se llevó el portátil cuando se fue ayer. Empujo la puerta y miro dentro de la habitación.

Está en la mesa, cerrado y desenchufado, con el cable enrollado encima de la tapa y el enchufe al lado, como si Brian hubiera pensado llevárselo y se hubiera olvidado. Lo recojo y en ese momento...

¡Bang!

La puerta del despacho se ha cerrado de golpe a mis espaldas.

Me quedo petrificada, medio doblada sobre la mesa y con el portátil en las manos. Tengo inmovilizada cada una de mis fibras corporales y cada pelo de punta. El corazón se me ralentiza y adopta un ritmo pausado mientras escucho.

Escucho.

Atenta a los crujidos de las tablas del suelo, al crujido de las juntas, al silbido de una respiración.

Escucho.

El tiempo se detiene y ya no sé cuánto tiempo llevo aquí inmóvil, encorvada sobre la mesa, escuchando, esperando, temiendo. Me duelen los riñones, me duele la cadera de estar pegada al borde de la mesa y el portátil resbala entre mis dedos sudorosos. Si James está detrás de mí, tengo que volverme para afrontar mi suerte.

Me vuelvo muy despacio, con el portátil en las manos todavía, y hago de tripas corazón.

No hay nadie más en el cuarto.

Doy un paso hacia la puerta cerrada. ¿Y si está al otro lado? Doy otro paso al frente, pongo la mano en el pomo y lo giro bruscamente a la izquierda. Me obedece sin problemas y la puerta se abre. *Milly* levanta la cabeza y golpea el suelo de madera con la cola. No hay nadie más en la casa. Si hubiera alguien, lo sabría por la reacción de *Milly*.

—Hola, muchacha. —Doy un paso hacia ella, me inclino para acariciarle la cabeza y entonces...

¡Bang!

La puerta del estudio se cierra de golpe detrás de mí.

¡Bang! ¡bang! ¡bang!

Esta vez es en el cuarto de baño. Corro hacia allí. El ventanuco está abierto y la puerta va y viene dando golpes. Por la estancia corre una brisa fría. Miro fuera, medio esperando ver a alguien colgado de la cornisa o corriendo por el césped, pero el único movimiento que veo en el jardín es el del sauce, que se dobla y endereza a merced del viento. Me asomo por el ventanuco, alargo la mano para asir el pestillo, tiro de la

puerta y cierro.

—Vamos, *Milly*. —Salgo corriendo del cuarto de baño, recojo el portátil y la bolsa que he dejado en el pasillo y bajo la escalera con la perra pegada a mis talones. Echo un vistazo a la cocina, luego recojo los recipientes de la comida y el agua de *Milly* y los guardo en una bolsa de plástico junto con medio saco de comida canina seca. Salgo de la casa, cierro la puerta del porche y subo al coche. Mientras arranco no miro por el retrovisor.

Sábado, 5 de enero de 1991

Gracias a Dios es Año Nuevo. Puede que hayan sido las navidades más deprimentes de mi vida.

James se excusó por no haber podido invitarme a pasar la Nochebuena y la Navidad con él y su madre, que sigue enfadada por «el incidente» (cuando llegamos para el almuerzo tarde y algo bebidos).

El año pasado celebré la Navidad con Hels, Ru, Emma y Matt, pero este ha sido imposible.

Me rasqué el bolsillo, reuní los pocos ahorros que me quedaban, saqué un billete de tren para el norte, reservé una habitación en un Holiday Inn y fui a ver a mi madre.

Para ser justos con la residencia, hay que decir que habían hecho un gran esfuerzo para que el lugar pareciese alegre y animado, aunque me puso triste ver los pudines chorreando por la barbilla de los viejos y a las enfermeras con pendientes en forma de muñequitos de nieve trasportando orinales por los pasillos. Mamá estaba en fase de lucidez: no perdió ripio ni una sola vez durante las cuatro horas que pasé con ella, aunque en vez de sentirme complacida acabé destrozada. No hizo más que llorar y suplicarme que la llevara a su casa, alegando lo mucho que echaba de menos a papá. Hice todo lo que pude por consolarla, la abracé, la peiné, le conté lo de mi compromiso en Praga y repasamos fotos antiguas; pero ¿cómo se puede animar a una persona que dice que preferiría estar muerta? Me ofrecí a trasladarla otra vez a York, para poder verla más a menudo, pero no quiso: «He vivido mi vida —dijo—, he cumplido mis sueños y ya es hora de que hagas tú lo mismo. Me alegro de que hayas encontrado el amor y un trabajo que te gusta, Susan. Lo único que queríamos tu padre y yo es que fueras feliz».

El 26 de diciembre fui a la tumba de mi padre para dejar unas flores. Me rompió el corazón verla llena de hierbajos y sin cuidar (mi madre solía adecentarla una vez a la semana hasta que cayó enferma), así que arranqué todas las matas que pude con las manos y corté las restantes con una podadera que pedí prestada a un empleado de mantenimiento. Mientras lo hacía hablé con mi padre: le pedí que cuidara de mamá cuando yo no pudiera, le dije lo mucho que lo queríamos las dos y lloré cuando dije que él era el único padrino de boda que quería.

Volví a casa ayer y en el contestador automático encontré un mensaje de la tienda de la cama diciendo que no podrían entregarme la nueva hasta después de Año Nuevo, por un problema de existencias. James y yo habíamos tirado ya la otra, con colchón y todo, antes de fiestas, de manera que cuando apareció con mis regalos el día 28 tuvimos que dormir con mantas en el suelo.

El día siguiente por la mañana me levanté a hacer café y a preparar el desayuno para los dos y James se entretuvo hojeando mis revistas y mirando mis discos de vinilo. Le llamó la atención mi máquina de coser. Es una antigüedad, muy bien hecha, con madera de roble cien por cien. Pasó un dedo sobre la superficie

pulimentada.

—¿Dónde la conseguiste?

—Me la regalaron mis padres cuando cumplí veintiún años.

—Es una preciosidad.

Siguió andando a lo largo de la pared, pasando la mano por los pocos muebles que tenía.

—¿Y esto? —Se detuvo ante el escritorio.

—Lo compré en un mercadillo. Me costó solamente treinta libras.

—Es bonito.

Me quedé helada cuando pasó los dedos por la madera. Si lo abría, encontraría...

—¿Qué es esto? —Levantó un conejo de trapo. Con dos dedos lo sostenía por una oreja—. Nunca me has parecido de las que tienen muñecos.

—Es... fue... un... regalo de Hels.

—¿Una amiga te regala un juguete de trapo? —Las mejillas empezaron a arderme mientras me inspeccionaba la cara—. Es un poco raro. ¿Seguro que no te lo regaló un antiguo novio?

—Claro que no —dije con indiferencia—. Hels... bueno, me lo compró como una broma. Cuando trabajábamos juntas me llamaba Conejito, porque, bueno, porque no podía estarme quieta. Siempre estaba dando saltos.

—¿Conejito? —Arqueó una ceja—. ¿Tú?

—Sí. —El nombre y la descripción eran ciertas, pero no había sido Hels quien me había puesto el apodo ni me había regalado el juguete. Había sido Nathan. Me había aficionado al conejo de trapo mientras habíamos estado juntos y lo había conservado junto con otras cosas que me había dado cuando nos separamos.

—¿Por qué sudas, Suzy-Sue? —James dio un paso hacia mí y me tendió el juguete—. No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No, claro que no. —Me pasé el dorso de la mano por la húmeda frente—. Son los huevos. —Señalé las quemadas ofrendas de la sartén—. El aceite salta que es un primor.

Mi voz había adoptado un extraño aire de sonsonete que me sonaba antinatural. Me incliné, en apariencia para comprobar el estado del beicon, pero en realidad para evitar los ojos de James. Di un grito cuando me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí hasta que su bragueta quedó unida a mi trasero.

—Me has asustado. —Quitó la sartén del fuego y, sujeta todavía por el brazo de James, serví el beicon y los huevos en dos platos.

—Y tú me asustas —me susurró en el oído— porque a veces me pregunto cuánto me quieres en realidad.

—No seas tonto. —La sangre me latía en los oídos—. Sabes que te quiero mucho.

—¿De veras? Porque me harías mucho daño si descubriera que me mientes, Suzy. Si guardaras prendas de amor de antiguos novios sabiendo cuánto daño me hacen esas cosas.

Alargué la mano hacia el aparador en busca del ketchup.

—El conejito es de Hels. Te lo he dicho.

—Me lo confirmaría si la llamara, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Llámala ahora mismo, si quieres. —Moví la cabeza hacia el teléfono, que estaba al otro lado de la habitación, deseando con toda mi alma que no lo hiciera para que no se descubriera el engaño.

Rio a carcajadas.

—Como si fuera a dirigirme a esa vaca aburrida para hablarle de un juguete. —Me dio la vuelta para mirarme de frente y pegó el conejito a mi mejilla—. No habrás cogido cariño a esta idiotez, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Estupendo —dijo, y lanzó el conejito al aire. Trazó un arco que cruzó la habitación, salió por la ventana abierta y aterrizó en la calle. Me besó en la boca—. ¿Está listo el desayuno? Me comería un caballo.

Dos horas después, cuando se hubo ido, revolví todas mis pertenencias y tiré todo lo que me habían dado mis exnovios y lo que me recordaba a ellos: fotos, cartas, postales, joyas, libros y discos de vinilo. Incluso vendí el bolso de Chanel, modelo de época, que Nathan me había comprado cierto año por Navidad.

Así no tendría que mentir de nuevo a James.

Capítulo 15

La habitación del hotel está emparedada entre una despedida de soltero y un viaje escolar, pero el ruido no me molesta. Es casi tranquilizador oír el moderado jo-jo-jo de las risas masculinas y los chillidos histéricos de las treceañeras sobre el telón de fondo de televisores que se desgañitan y un bombardeo sordo de música de baile.

Desplazo el dedo por la almohadilla táctil del portátil de Brian y pulso el icono de «Empezar», luego el de «Programas» y aquí me detengo. El único programa que reconozco es Microsoft Office. ¿Qué es Filezilla? ¿Y Photoshop? ¿Y Skype? Busco el bolso de mano.

Oliver responde al segundo timbrazo.

—¿Sue? ¿Charlotte está bien?

—Está bien. Te llamaba por si podías proporcionarme ayuda técnica.

—Claro.

—¿Qué programa utilizaría Charlotte para chatear con sus amigos por Internet?

—No lo sé —dice pasado un minuto aproximadamente—. Yo y mis amigos utilizamos el chat de Facebook o Messenger. Tal vez Skype. Pero con Charlotte nunca se sabe. ¿Por qué quieres saberlo?

Pulso dos veces sobre una carpeta llamada «Documentos», pero es material de trabajo de Brian.

—No sé quién me dijo que habló con una amiga sirviéndose de un programa del portátil de papá y tengo el presentimiento de que podría ser importante.

—Mmmmm. —Casi percibo los pensamientos de Oli—. Es muy probable que no encuentres nada, a menos que conozcas la aplicación concreta que utilizaba ella. Incluso entonces necesitarías saber su nombre de usuaria y su contraseña. ¿Dices que se sirvió del portátil de papá?

—Así es.

—Podría equivocarme, pero es casi seguro que él utiliza Messenger para hablar en directo por la red con sus electores una vez a la semana, y registra las conversaciones, para que luego no lo demanden por haber dado malos consejos o hacer promesas falsas y esas cosas. Si Charlotte no cambió la configuración y utilizó ese programa, entonces su conversación también quedaría registrada.

—¿En serio?

—Sí. ¿Quieres que te vaya indicando cómo encontrar los archivos log de Messenger? Aunque —titubeó—, ¿no deberías preguntárselo a papá?

—Yo... —No sé bien cómo abordar este tema. No quiero que Oli sepa que su padre se ha ido. Tiene ya diecinueve años, pero la noticia podría afectarlo y está preparándose para algunos de los exámenes más importantes de su carrera—. No he sido capaz de localizarlo hoy. Creo que está en una de esas aburridas reuniones de comité que creo que duran todo el día y es realmente urgente que vea esos mensajes. Si es que hay alguno.

—De acuerdo, no te preocupes. —Parece tranquilizado por mi explicación—. Pues bien, esto es lo que tienes que hacer...

Me concentro mientras me indica, paso a paso, dónde pulsar y qué abrir, hasta que finalmente llegamos a una carpeta llamada «Logs de chateo».

—Hay montañas —digo mientras paso revista a los nombres de los archivos—. Centenares. ¿Cómo sé cuál es el de Charlotte?

—No lo sabes. Y si se dio cuenta de que papá tenía activada la casilla de «guardar conversación», y la desactivó, no habrá ningún registro de la que sostuvo.

—Pues estamos buenos. —Mantengo el dedo en el ratón y veo con horror cómo van pasando los archivos. Me va a costar Dios y ayuda comprobarlos todos.

—¿Necesitas algo más?

—No, no. Ya está bien. Muchísimas gracias, Oli.

Nos despedimos y abro el primer log. Es una conversación entre Brian y un ciudadano local sobre zonas escolares. Lo cierro y abro el siguiente. Esta vez se trata de alguien que quiere llamar la atención de mi marido sobre «el problema de la inmigración». Tercer log: quejas por los subsidios. Cuarto log: petición de dinero para renovar un parque infantil local. Quinto log: insultos, llaman a Brian «político de pega sin ninguna efectividad, de un partido más interesado por plantar árboles que por el progreso económico». Y hay más logs por el estilo. Muchísimos, muchísimos más. No se acaban nunca. Es fascinante y frustrante al mismo tiempo. No sabía que Brian tuviera que lidiar diariamente con tanta gente egoísta y corta de entendederas. Abro otra media docena de archivos y aún quedan centenares. ¿Dónde estará la conversación de Charlotte? Empiezo a pinchar archivos al azar, en esta conversación, en aquella otra, esperando dar en el blanco. Pero solamente veo peleas por terrenos del ayuntamiento, guerras de propietarios, escándalos en residencias de ancianos y la muerte del comercio minorista. Todo el mundo sufre por alguna cosa y parece que Brian es el... Dejo de pinchar y releo la línea que acaba de resaltar en la pantalla.

Charliegati15: Lo 100, porta kaput. Vuelvo.

Charliegati15. ¿Y si es Charlotte? Leo todo el texto con el corazón al galope...

Charliegati15: Lo 100, porta kaput. Vuelvo.

Ellscascabels: Me importa una mierda.

Charliegati15: No seas así, Els.

Ellscascabels: No sé por qué te molestas en llamarme. Nuestra amistad TERMINÓ.

Charliegati15: Vale, pero es necesario que nuestras versiones coincidan.

Ellscascabels: ¿Por qué no buscas a Keisha para eso, ya que sois tan íntimas?

Charliegati15: Esto no es sobre Keisha y tú lo sabes.

Ellscascabels: Ah, ¿sí?

Charliegati15: Sí. Mira, Ella, sé que rompimos y por mí vale, ni siquiera tenemos que volver a hablarnos, pero si no nos cubrimos y el señor E lo descubre, nos matará.

Ellscascabels: Que le den al señor E, es un capullo.

Charliegati15: De acuerdo.

Charliegati15: ¿Sigues ahí, Ella?

Charliegati15: ¿Ella?

Ellscascabels: Qué.

Charliegati15: ¿Me cubrirás? Yo lo haré por ti.

Ellscascabels: De acuerdo. Pero no vuelvas a llamarme.

Charliegati15: Vale. No lo haré. Solo quería aclarar eso.

Ellscascabels: Lo que tú digas.

Volví a leerlo. Y luego otra vez. Sin embargo, seguía sin enterarme de qué estaban hablando. ¿Por qué tienen que cubrirse y quién es el señor E? Miro la hora. Las tres menos cuarto. Tengo que darme prisa si quiero pillar a Ella antes de que se acaben las clases de hoy.

Le echo un vistazo a *Milly*, que me mira con expresión esperanzada.

—Está bien. —Cojo la correa—. Tú también vienes.

Capítulo 16

Me resulta extraño estar delante de la verja del instituto. No he estado aquí desde que venía a recoger a Charlotte, cosa que dejé de hacer cuando cumplió doce años, y cuando veo a Ella cruzando la puerta principal, con los libros contra el pecho, la americana colgada del brazo, espero ver a mi hija junto a ella, codo con codo, contándose chistes y riéndose.

—¿Ella? —Alargo la mano y le rozo el codo cuando pasa por delante de mí—. ¿Podemos hablar un momento?

Mira a su alrededor para comprobar la reacción de sus compañeras, pero parece que estas no se han fijado en mí, dado que salen en tropel por la verja, riendo, cotorreando y haciéndose muecas. Y si se han fijado, les importo un comino.

—Ella, por favor, es importante.

—Vale, vale. —Mueve la mano para indicarme que nos alejemos de la verja mientras mira por encima del hombro, para comprobar no sé el qué, y luego me mira a la cara—. ¿Qué pasa?

—¿Qué es eso de que Charlotte y tú os cubrís?

Su expresión desafiante se reduce un poco.

—No sé de qué habla.

—Yo creo que sí. —Podría fingir que lo sé todo, pero si se da cuenta de que miento, la conversación se acaba—. He leído la conversación que sostuvisteis por Messenger. Quedó archivada en un ordenador de nuestra casa.

Ella dilata los ojos mientras escruta mis facciones. Trata de averiguar si está en un apuro o no. Tengo que ir con cuidado.

—¿Quién es el señor E?

Desvía la mirada, hacia el instituto, y vuelve a mirarme.

—No sé de qué me habla, señora Jackson.

—El señor E. En la conversación que sostuviste con Charlotte por Messenger, Charlotte decía que si el señor E descubría lo que habíais hecho, os mataría.

Se encoge de hombros.

—Creo que me confunde usted con otra persona.

—Ellscascabels —digo—. Era el nombre de usuaria de la persona con quien hablaba Charlotte. Y sé que eres tú.

Vuelve a encogerse de hombros, frunce los labios, mitad sonrisa, mitad puchero, y se da la vuelta para irse. Sabe que en la conversación no hay nada que la incrimine y yo no puedo hacer nada para convencerla de que sí. ¿Cómo puede ser tan cruel cuando su mejor amiga está en un coma del que tal vez no salga nunca?

—Ella, por favor. —Le pongo una mano en el hombro—. Me da igual lo que hicierais tú y Charlotte y por qué vuestras versiones debían coincidir. No me enfadaré ni se lo diré a tu madre, pero por favor, dime quién es el señor E.

—Se lo repito. —Sacude el hombro para deshacerse de mi mano—. Se equivoca

de persona.

Se vuelve y se aleja, pero vuelvo a sujetarla.

—¿Es el padre de alguien? ¿O un profesor? ¿Es uno de vuestros...? —La cara de Ella borra la ira y adopta otra expresión—. Es un profesor, ¿verdad? —No puedo ocultar el júbilo que destila mi voz—. ¿Cómo se llama realmente?

—¡Quíteme las putas manos de encima!

Los demás estudiantes se nos quedan mirando ahora. El chorro de cuerpos que pasan se ha detenido y estoy rodeada por todas partes de caras sorprendidas y curiosas. Las conversaciones languidecen, las risas se convierten en carraspeos confusos.

—¿Quién es esa? —oigo preguntar a mis espaldas, y a continuación—: Jodeeeeer, es la madre de Charlotte Jackson. Está como un cencerro. Dicen que no dejó que Charlotte se bañara ni duchara durante un mes porque creía que habían puesto ácido en el agua.

Ella advierte también la expectación que hemos creado a nuestro alrededor. Veo que enrojece la base de su cuello, pero acto seguido se echa atrás el pelo con actitud desafiante. Sé que debería quitarle la mano del hombro, pero me aterroriza la posibilidad de no volver a verla si la suelto.

—Ella —digo bajando la voz—. No hay necesidad de hacer una escena. Dime el nombre completo del señor E y te prometo que no te molestaré nunca más.

La muchacha sonríe y durante un segundo creo que este espantoso e incómodo momento está a punto de finalizar, pero la sonrisa desaparece de pronto y en su lugar aparece una fea mueca.

—¡Socorro! —Echa atrás la cabeza y grita—: ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro! ¡Socorro!

La suelto, pero ya es demasiado tarde. De la multitud surge alguien que me empuja y se interpone entre nosotras.

—¿Señora Jackson? —Hay estupefacción en la cara de la mujer que se ha situado delante de mí. Es Clara Cooper, la profesora de lengua inglesa de Charlotte.

—Me ha hecho daño. Temí que fuera a arrancarme el brazo.

La señorita Cooper se vuelve hacia Ella. A su alrededor se ha formado un grupo de chicas que forman una barrera de protección con manos que acarician, murmullos que tranquilizan y cejas que se arquean.

—¿La señora Jackson te ha hecho daño?

—Sí, señorita. Iba a coger el autobús cuando me sujetó y no quería soltarme.

—Sí —dice una chica que hay detrás de ella—, sí, lo ha hecho.

—Pensé que iba a pegarme. —Con los ojos como platos, la cara de Ella es el vivo retrato de la inocencia—. Estaba realmente asustada.

La señorita Cooper se vuelve hacia mí y arquea las cejas.

Las mejillas me arden, me siento flotar en el aire y tengo la boca muy seca. No puedo creer que esté ocurriendo esto. Solo deseo irme a mi casa. Quiero meterme en

la cama, dormir y enterarme al despertar de que todo esto, el accidente de Charlotte, los regalos de James, la pelea con Brian y este alboroto en el instituto, no ha sido más que un sueño.

—Le puse la mano en el hombro —digo—. Esto es todo. Solamente quería hablar con ella.

La señorita Cooper me mira escrutadoramente y se vuelve hacia la multitud.

—Venga, vosotras marchaos a casa. La fiesta ha terminado. Ella, quédate junto a la verja. Ahora mismo hablaré contigo.

Ella hace una mueca.

—Pero señorita...

—Andando.

La muchacha hace un puchero, alarga las manos como si fuera a objetar algo, pero parece pensárselo mejor y se abre paso entre el personal reunido. Los estudiantes se dispersan despacio, decepcionados y rezongando porque el espectáculo ha terminado.

La señorita Cooper espera hasta que no hay ninguna muchacha cerca y se me queda mirando. Ahora que ya no nos oye nadie, el ceño de su frente desaparece.

—¿Cómo está, señora Jackson?

Tengo la palabra «bien» en la punta de la lengua, pero hay algo en la suavidad de su voz y en la amable preocupación que reflejan sus ojos que me obliga a decir «cansada».

—No me sorprende. —Me roza el brazo y aparta la mano—. ¿Cómo está Charlotte? La echamos muchísimo de menos.

—No ha habido ningún cambio —digo—, pero gracias por preguntar.

La señorita Cooper sonríe con tristeza y mira por encima del hombro. Ella está apoyada en la verja. Tiene un pie en el suelo y con el otro golpea los barrotes de metal.

Clang, clang, clang.

—¡Ella!

Ella se detiene en cuanto la profesora pronuncia su nombre y me lanza una mirada fulminante. Clara vuelve a dirigirse a mí.

—¿Qué es lo que ocurre con Ella?

Le explico lo de la conversación por Messenger y le digo que estoy preocupada por si el tal señor E representa alguna amenaza para las chicas.

—¿Y piensa usted que es un padre o un profesor?

Le detallo la reacción de Ella cuando le sugerí que podía ser un profesor y la señorita Cooper parece reflexionar.

—Tenemos un señor Egghart —dice—. Enseña física.

Niego con la cabeza. Ninguna de las chicas estudia esa disciplina.

—¿Y es concluyentemente un «señor»? —pregunta la señorita Cooper—. ¿No podría ser la señora Everett, la señorita Evesham o la señorita East?

—No. Las dos hablaban de un tal señor E, sin lugar a dudas. Una de las dos dijo que era un capullo.

—Le estoy dando vueltas por si hay más profesores cuyo apellido empiece por E. —La señorita Cooper se toquetea los pendientes y se queda mirando la acera con la frente fruncida por la concentración—. Jenny Best, de secretaria, tiene la lista completa del personal. Sería la persona más indicada para... ¡Ah! —Levanta los ojos con complacencia—. Acabo de acordarme. Hay un profesor que sustituye a la señora Hart, que da clases de administración de empresas, pero está de baja por maternidad. Su apellido empieza por E. Espere... ¿Eggers? No. ¿Ethan? Tampoco. Es un apellido muy corriente. Ya lo recordaré... Ya está. —Sonríe con aire triunfal—. ¡Evans! Eso es. Señor Evans.

—¿Evans? —repito, sintiéndome de súbito como si hubiera salido de mi cuerpo y estuviera observando nuestra conversación tres metros por encima de mi cabeza—. ¿No sabrá por casualidad su nombre de pila?

Cuando los labios de Clara se abren, sé de antemano lo que va a decir.

—James —dice—. Igual que mi novio.

La sensación de flotar se interrumpe tan bruscamente como empezó y vuelvo a entrar en mi cuerpo con tal violencia que tengo que dar un paso lateral para no seguir cayendo.

—¿James Evans?

—Sí. —Clara sigue sonriendo—. ¿Por qué? No creerá que él es el respon...

—¿Qué aspecto tiene? ¿Mide más de uno ochenta? ¿Es rubio? ¿Bienhablado?

—Sí. —Me mira con algo de confusión—. Sí, ha hecho usted su retrato. ¡Espere!

—Pero yo ya he dejado atrás a Ella y la verja del instituto—. ¡Señora Jackson, por favor, deténgase!

Domingo, 31 de marzo de 1991

Ayer tropecé con Hels en Oxford Street. Cuando la vi, vestida con un precioso vestido verde con lunares blancos y con el rojo pelo recogido en lo alto de la cabeza, mi primera reacción fue de placer, pero entonces recordé que ya no éramos amigas y para evitarla entré corriendo en HMV. Debí de verme porque cuando me di cuenta ya tenía una mano en el brazo.

—¿Sue? Eres tú, ¿verdad?

Parecía tan contenta de verme que me habría echado a llorar. Pero no lloré. No quería que viese lo infeliz que me había sentido sin ella. Me puse a contarle chismes; le hablé del vestuario que estaba confeccionando para una puesta en escena de Esperando a Godot y le conté que mi madre estaba un poco más contenta en la residencia, aunque su estado seguía deteriorándose. Hels me contó a su vez que había sido ascendida en el trabajo y que ella y Rupert acababan de volver de Florencia, donde habían estado una semana y donde se habían comprometido. La abracé sin poder contenerme y cuando se apartó levanté la mano izquierda para que pudiera ver bien mi anillo, porque fue cuando recordé que también yo estaba comprometida.

—¿No eras tú la que tenía mala suerte? —dijo, pero en vez de sonreír, puso cara de circunstancias—. Felicidades, Susan, debes de estar muy contenta.

Entonces me eché a llorar, en aquel preciso momento y en mitad de HMV, rodeada de gente que compraba los CD de los últimos éxitos.

Hels parecía tan asustada que eché a correr. Ya era suficientemente desagradable que me pusiera a llorar en público para que encima mi mejor amiga me mirase como si fuera un caso perdido. Corrió detrás de mí y me asió de la mano.

—Por favor, Susan, vamos a tomar una copa. Dime qué sucede. Te he echado de menos.

Fuimos al Dog and Duck del Soho y encontramos un rincón oscuro donde pude hablar sin que la gente viera mi cara manchada. Se lo conté todo. Que había conocido a la madre de James, que habíamos ido de viaje a Praga, que James se había negado a dormir en mi cama, que había tirado el conejito por la ventana; y me escuchó con atención, sin decir nada, salvo los ocasionales «ajá» y «mmmm». Pero cuando le conté que me había pedido que me dejara sodomizar para demostrarle lo mucho que lo amaba, ahogó una exclamación.

—¿Y te dejaste? —Hels me miraba con sus grandes ojos verdes dilatados por la preocupación—. Juraste que nunca más, después de haberlo probado con Nathan.

—Lo sé. Y repetí a James que no me gustaba esa postura y que no tenía intención de practicarla otra vez, pero él insistió e insistió, alegando que era evidente que quería más a mi exnovio que a él si lo había hecho con Nathan pero con él no. Lo sacaba a relucir en cada conversación y llegó un momento en que, aunque lo estuviéramos pasando bien, yo no me podía relajar porque esperaba que empezara de nuevo. Imaginaba que si me quitaba de encima el problema de una vez, todo

terminaría ahí.

—¿Y? —Los ojos se me inundaron de lágrimas y aparté la mirada—. Tienes que dejarlo, Sue. —Helen buscó mis manos—. Y tiene que ser ya.

Quise protestar. Traté de explicarle que James había sido maltratado de niño, que se sentía asfixiado viviendo con su madre, que había sido un romántico que se había mantenido virgen hasta los veinticuatro años y que me amaba de veras, que se debatía entre la decepción y los celos, pero Helen no hizo más que negar con la cabeza.

—Eso no es amor, Sue. Las cosas que dice, su forma de tratarte, eso no es amor.

—Pero... —Quise explicarle que no todo era malo, que las cosas podían ser mágicas entre nosotros, que teníamos mucho en común, que nunca me había sentido tan viva, que cuando James estaba de buen humor cada día podía ser una aventura.

—Exacto: cuando está de buen humor. Porque las dos sabemos qué ocurre cuando no lo está. ¿Vale la pena, Sue? ¿Vale la pena ser criticada, degradada y juzgada a cambio de unos cuantos momentos felices? ¿Vale la pena tener que andar con pies de plomo, preguntándote a cada momento cuándo volverá a meterse contigo?

—Pero otra cosa sería si me pegara. Nunca me ha pegado, ni una sola vez.

—Todavía no. —Cabeceó—. Que James no te levante la mano no significa que no te maltrate, Susan. Tienes que salir de esto. Ya.

No tenía que decirme nada más porque todo aquello me lo había dicho yo cientos de veces. Pero no fue lo mismo oírsele decir a otra persona, no fue lo mismo ver el horror y la preocupación en los ojos de Helen. Hizo que me diera cuenta de que no estaba exagerando ni volviéndome loca, de que James no me trataba como debería tratarme, de que estaría mejor sola.

Así que voy a hacerlo. Voy a dejarlo. Lo haré el viernes, cuando salgamos a tomar una copa.

Espero que entonces no tiemble tanto como en este momento.

Capítulo 17

—¡Brian! —grito por el móvil mientras corro por el pasillo y dejo atrás las vitrinas de objetos artísticos, los trofeos deportivos y las altas taquillas metálicas—. Brian, tienes que volver a casa inmediatamente. James Evans trabaja en el instituto de Charlotte. He leído una conversación que estaba en tu ordenador, era entre Charlotte y Ella y tienen miedo de él. Llama a la policía, Brian. Ahora estoy en el instituto.

Llego a las escaleras y las subo corriendo, impulsándome con la mano en la barandilla, maldiciendo mis piernas por no ir más aprisa. Hace por lo menos un año que no he estado en la Academia Brighton, pero aún recuerdo dónde está el despacho del director.

—¿Desea algo?

Una señora madura y rubia, con blusa rosa pálido y perlas en el cuello me mira desde su mesa cuando entro en tromba en la habitación contigua al despacho del director. Tiene aproximadamente mi edad, quizá sea cuatro o cinco años mayor. Se llama Clarissa Gordon. Ya estaba aquí la última vez que vine a ver al gran jefe.

—Vengo a ver al señor Anderson. —Procuro arreglarme un poco el pelo con la mano, pero no me lo tomo muy en serio—. Es urgente.

Me doy cuenta de que se acuerda de mí, lo sé por la cara que pone mientras me mira de arriba abajo. Arruga la nariz y en sus labios fruncidos bailotea un asomo de sonrisa.

—¿Y usted se llama...?

—Jackson. Sue Jackson. Es muy importante que lo vea. Está en juego la seguridad de dos alumnas.

Clarissa arquea las cejas. Trata de recordar la última vez que he estado aquí, cuando irrumpí en la clase de biología de Charlotte y exigí que se viniera conmigo. Nos habían entrado a robar un mes antes y la noticia que dio la televisión sobre una adolescente violada en un parque local me había convencido de que James iba tras ella. Temblaba tanto que no podía respirar. El señor Prosser, el profesor de biología, me llevó a ver al señor Anderson y llamó a la enfermera del instituto. Aún recuerdo la cara agria de Clarissa mirándome por el vidrio de la puerta del director mientras la enfermera me decía que había que inhalar el aire con lentitud y en profundidad, mientras yo le pedía frenéticamente que me escuchara. ¿Por qué nadie entendía el gravísimo peligro que corría mi hija? Después de aquello estuve seis meses medicándome contra la ansiedad.

—¿La seguridad de dos alumnas, dice usted? Jolín. Bueno, si pudiera darme más detalles, quizá podría llamar al señor Anderson y... —Su voz se diluye, distraída por unos seis empleados que charlan ruidosamente cuando pasan por delante de la ventana, detrás de mí.

—No hay tiempo que perder. —Rodeo la mesa y alargo la mano hacia la manija de la puerta que tiene a la derecha—. Tengo que hablar con él ahora.

—Disculpe. Disculpe, señora Jack...

Su silla cruje cuando se levanta y viene en mi busca, pero yo ya he movido la manija y entro en el despacho del director antes de que me alcance.

—Clarissa, le dije... —El director levanta la cabeza con la boca entreabierta de sorpresa cuando irrumpo en la habitación, con la secretaria pisándome los talones.

—Lo siento, señor Anderson —dice jadeando—, pero es que se ha colado sin más. No he podido impedírselo.

—No pasa nada, Clarissa. —Asiente con la cabeza—. Ya me hago cargo yo.

—Pero usted dijo claramente que no quería que lo molestaran. Dijo que tenía que preparar un informe para el consejo escolar sobre...

—Ya me hago cargo yo, Clarissa. Gracias.

—Sí, señor Anderson. —La mujer se retira y sale de espaldas de la habitación. Por la cara que pone, estoy convencida de que si yo tuviese treinta años menos, me estaría esperando luego en la verja con un par de compañeras—. Me quedaré aquí mismo —dice, cerrando la puerta suavemente.

Ian Anderson me mira desde debajo de su despejada frente y me indica con la mano la silla vacía que tengo delante.

—Tome asiento, señora...

—Jackson. Me quedaré de pie, gracias.

—Como guste. —Se echa atrás en la silla y cruza los brazos—. ¿Qué puedo hacer por usted, señora Jackson?

—Siento interrumpirle de este modo, pero —aprieto el respaldo de la silla— es urgente. Un profesor de aquí representa un verdadero peligro para las niñas.

Se endereza con brusquedad.

—¿Un profesor de aquí?

—Tengo motivos para creer que uno de sus profesores trabaja en este instituto de un modo fraudulento. Creo que ya ha hecho daño a Charlotte y posiblemente también a su amiga Ella.

—Charlotte... —El señor Anderson me mira como si me viera por primera vez—. ¿Se refiere a Charlotte Jackson? Usted es su...

—¿Su madre? Sí.

Espero a que se ponga en pie de un salto y entre en acción. Pero se me queda mirando como si yo tuviera que decir algo más.

—Por favor —le digo, y le indico con la mano que se levante—. ¿No puede ir a buscarlo? Cuanto más tardemos, más probabilidades habrá de que termine su jornada. —O su estancia en el instituto. No puedo quitarme de encima la impresión de que James sabe que lo persigo—. Por favor, señor Anderson. Tienen que pararle los pies antes de que haga daño a alguien, si es que no se lo ha hecho ya.

—¿De quién habla usted?

—De James Evans.

—James Evans... ¿nuestro profesor de administración de empresas?

—Sí. No. En realidad no es profesor, es un impostor. —Doy un paso hacia la puerta—. Por favor, señor Anderson. Vamos ya.

—Señora Jackson —levanta una mano—. Siéntese un minuto y volvamos al principio. Estoy haciendo un esfuerzo por seguirla.

—No hay tiempo. —Cruzo la habitación, me acerco a su mesa, me apoyo en el borde y pongo la cara a la misma altura que la suya—. Por favor. Se lo explicaré todo, pero necesito que vea usted a James Evans conmigo ahora mismo. No sabe usted el gran peligro que corren las niñas. Tenemos que detenerlo antes de que escape. —No consigo controlar la exasperación que me domina la voz—. Vamos, por favor.

—Verá, señora Jackson, nos tomamos muy en serio las acusaciones contra nuestros profesores. —Se incorpora con una lentitud que no tiene fin y espero a que coja la chaqueta del respaldo de la silla, introduzca un brazo en una manga, luego el otro, y se la ajuste por los hombros. Durante un segundo terrible me da la impresión de que está a punto de abotonársela, pero de súbito se vuelve animado y cruza el despacho de cuatro zancadas.

—Señora Jackson —dice cuando abre la puerta y yo diviso las cejas arqueadas de Clarissa—, si quiere venir conmigo...

Incluso dando las kilométricas zancadas que da el señor Anderson, tardamos una eternidad en llegar a la sala de profesores. Cuando cruzamos el «puente» que une el bloque de ciencias con el edificio principal, me detengo para asomarme a la ventana que va del techo al suelo para inspeccionar el aparcamiento. Abajo veo una docena de profesores deambulando, unos charlan en pequeños grupos, otros suben a su coche. Busco la cara de James en el grupo, pero no la veo.

—¿Señora Jackson?

El director se ha detenido al final del puente. Corro hacia él.

—Naturalmente, cabe la posibilidad de que no esté —dice, abriendo la puerta de la sala de profesores—. Es muy probable que haya terminado ya la jornada y que esté en el departamento, incluso en...

No oigo el resto de la frase porque el corazón me late tan fuerte que siento náuseas.

En el otro extremo de la sala hay un hombre de pie. Nos da la espalda, su rubia cabeza está inclinada, como si leyera un libro o hiciera anotaciones en un fajo de papeles. Oigo todavía la voz del señor Anderson, pero no distingo una sola palabra. Todas las fibras de mi ser me ordenan que dé media vuelta y salga corriendo, pero no puedo. No puedo apartar los ojos de las anchas espaldas y los fuertes brazos del hombre que está en el otro extremo. El aire se detiene, la distancia entre nosotros desaparece y es como si estuviese detrás de él y respirase su aroma almizcleño. Alargo la mano y siento en la yema de los dedos la tosca onda de su cabello, la suave piel de su nuca inclinada y la almidonada rigidez del cuello de su camisa. Ya he visto esta figura, he sentido estas cosas en centenares de pesadillas. Solo necesita volverse

para que le vea la cara.

—¿James? —susurro mientras los bordes de mi campo visual se vuelven ambarinos y luego negros. Es como cuando se acerca una cerilla a una fotografía. Parpadeo para aclararme la vista, pero hay manchas negras y mis oídos silban, están llenos del rumor del océano. Me siento como si nadara bajo el agua, en las profundidades, en las profundidades, por debajo de...

—¿Señora Jackson?

Una mano me roza el codo y vuelvo la cabeza hacia la izquierda para ver quién me ha tocado, pero me esfuerzo tanto por mantener el equilibrio que pienso que el menor movimiento me hará salir despedida como una piedra lanzada al fondo del mar.

—Señora Jackson, ¿quiere sentarse?

Otra mano me roza el codo derecho, siento un golpe en las corvas y entonces me empujan o tiran de mí hasta que quedo sentada. Todo está oscuro y el océano que hay dentro de mi cabeza bate contra las paredes de mi cráneo. El estómago se me revuelve y...

—Dios mío, ha vomitado.

—Hay toallas de papel en los lavabos. Voy a buscar.

—Y un vaso de agua, de paso...

—Tenemos jarras. Limpiaré una...

Y de pronto se hace el silencio.

—Señora Jackson. Señora Jackson, ¿me oye?

—Señora Jackson. —Es otra voz, esta vez femenina.

Y luego:

—¿Sue?

Quiero decir «¿Brian?», pero no emito ningún sonido. Pruebo a ponerme derecha, pero unas manos que se apoyan en mis hombros y luego me cogen por las caderas me contienen con amabilidad y tengo que sentarme otra vez.

—No se mueva. Se ha desmayado y se ha dado un golpe en la cabeza. Los paramédicos están en camino.

—James —digo, mirando los brillantes ojos azules que me miran con una mezcla de preocupación y desconcierto.

—No, Sue. Soy Brian.

—Lo sé. Sé que eres Brian. ¿Dónde está James?

Mi marido se vuelve para mirar tras de sí a alguien a quien no veo.

—James, la señora quiere hablar con usted.

—¡No! ¡No! —Quiero gritar pero las exclamaciones se me encallan en la garganta—. ¡No!

—¿Señora Jackson? —Al lado de Brian aparece una cara que no he visto nunca—. Soy James Evans.

—No, no es verdad.

El hombre sonrío. Es una sonrisa simpática que le ilumina la cara, le ensancha las fosas nasales y le arruga la piel debajo de los ojos.

—Si quiere, puede usted llamar a mi madre o comprobar mi partida de nacimiento, pero he pasado los últimos veintinueve años de mi vida llamándome James Evans. Bueno, Jamie para los amigos. Así que estoy muy seguro...

—El otro —digo—. ¿Dónde está el otro?

Quiero incorporarme, ponerme derecha, para mirar a mi alrededor, pero Brian niega con la cabeza.

—Este es James Evans. —Me pone la mano en la cara, sube por las mejillas y me acaricia el pelo—. El profesor de administración de empresas de Charlotte y Ella. Es el único James Evans del instituto, Sue.

—Pero... —Dejo de mirar a Brian, desvío los ojos hacia el hombre joven y rubio que hay a su lado e inmediatamente me doy cuenta de mi error. James Evans ya no tendría el pelo rubio a los cuarenta y ocho años—. Dios mío.

Me llevo las manos a la cara y cierro los ojos. ¿Qué he hecho?

—Las chicas se escaquearon cuando hicieron un viaje escolar —dice Brian—. Tenían que ir a Londres con el señor Evans, pero...

—Llamaron aquel mismo día para decir que se habían intoxicado con la comida. Dijeron que la noche anterior habían ido juntas a Nandos, habían comido pollo en mal estado y que habían pasado la noche en vela con el estómago revuelto. No había ningún motivo para no creerlas, aunque, visto retrospectivamente, quizá debería haberla llamado a usted para comprobarlo.

—Debería haberlo hecho —dice una voz que reconozco como la del señor Anderson.

—La conversación por Messenger que leíste, Sue. No tenían miedo de que el señor Evans fuera a matarlas físicamente —dice Brian—. Fue una forma de expresarse.

Aparto las manos de la cara y miro los cuatro rostros que se inclinan hacia mí.

—Si aquel fin de semana no hicieron el viaje escolar con el señor Evans —digo— y tampoco estuvieron en casa con nosotros, ¿dónde estuvieron?

Brian niega con la cabeza.

—No lo sabemos.

Sábado, 6 de abril de 1991

Esta semana no he dado pie con bola. No he podido coser ni dormir y apenas he comido. Cada vez que sonaba el teléfono, daba un respingo, convencida de que era James, aterrorizada por la posibilidad de que hubiera averiguado mis intenciones. La verdad es que solamente me llamó una vez en toda la semana y fue para preguntarme brevemente, a mitad de semana, dónde nos veríamos el viernes.

No quería ir. Me repetía sin parar que James no era tan malo, que había por ahí muchos hombres peores, pero entonces, casi como si hubiera intuitido que mi resolución vacilaba, me llamó Hels a las cinco de la tarde.

—Estaré ahí para apoyarte —dijo—. Estaremos los dos. Rupert y yo te ayudaremos a pasar esto. Sé fuerte, Susan. No olvides en ningún momento de que te ha hecho llorar.

Fue típico que James, sentado solo a una mesa de madera cerca de la barra, se levantara de un salto en cuanto me vio entrar en Heart in Hand, me abrazase y me dijera lo guapa que estaba. Se encontraba de un humor fantástico y habló todo el rato de un papel de televisión que había visto anunciado en The Stage. Se disculpó profusamente por no haberme llamado, ya que había estado preparándose para las pruebas de pantalla.

—Fue bien, realmente bien —dijo apretándome la mano cuando tomamos asiento—, y si lo consigo, podré pagar un piso suficientemente grande para que tú y yo vivamos juntos y tengamos una habitación independiente para mamá. Tendremos intimidad y ella la tranquilidad de que estoy cerca. Y, y... —casi daba saltos en la silla— y tú tendrás una habitación de costura y quizá incluso podrías montar un pequeño taller y así no tendrías que trabajar gratis para los Abberley. Será perfecto.

Nos quedamos en el pub, él parloteando con entusiasmo y fantaseando, yo asintiendo con la cabeza y haciéndome la novia incondicional durante dos horas largas, hasta que, incapaz de soportarlo más tiempo, le sugerí que compráramos comida preparada y fuéramos a mi casa. James se quedó sin habla, había esperado ir a un restaurante, pero le dije que estaba cansada y transigió. El paseo hasta casa fue horrible. Estaba demasiado preocupada para hablar y caímos en un silencio incómodo, James mirándome cada dos segundos y yo evitando sus ojos.

Mientras abría la puerta de la calle, me abrazó y hundió la cara en mi cuello.

—Puede que venir a tu casa no haya sido tan mala idea, después de todo. Querías atraerme a tu cama, ¿verdad, pequeña bribona?

Me puse rígida al sentir su tacto y me solté. Entró en la cocina detrás de mí. Se me quedó mirando mientras yo abría la nevera y sacaba una botella de vino. Sentía sus ojos taladrándome la espalda mientras yo desenroscaba el tapón y me servía un vaso generoso.

—¿Quieres, James?

No respondió.

Volví a meter la botella en la nevera y al ver el desorden que había dentro, me puse a ordenar los sobres de jamón, los cartones de leche y las latas de alubias cocidas, ya medio vacías.

—¿Qué haces? —preguntó con una voz que me traspasó.

Murmuré no sé qué, algo insustancial sobre un frigorífico ordenado y una mente en orden, abrí el envoltorio transparente de un pedazo de queso y lo envolví otra vez, más apretado, y lo puse en el estante superior de la puerta.

—Joder, Sue, deja en paz el frigorífico y mírame.

Me volví muy despacio, con los ojos fijos en las baldosas del suelo.

—Mírame.

Sujeté con fuerza el vaso de vino que tenía en la mano y levanté los ojos a regañadientes. Cuando nuestras miradas se encontraron me recorrió un escalofrío de miedo. No había calidez en sus ojos, ni humor ni amor. Me miraba con distancia, como si no me hubiera visto hasta entonces.

—Vamos a la salita. —Mi voz es un susurro—. Tenemos que hablar.

James giró sobre sus talones y salió de la cocina. Fui detrás de él, deteniéndome en el pasillo para terminarme el vino mientras él desaparecía en la sala de estar. Apenas había cruzado la puerta cuando una mano me aferró la garganta y me vi empujada contra la pared.

—Sabía que me engañabas, puta asquerosa.

—James. —El vaso se me cayó al suelo cuando mis dedos volaron hacia mi garganta. Quise librarme de la tenaza de su mano, pero era demasiado fuerte—. James, no puedo respirar.

—Nadie te amará tanto como yo. —El labio superior se le contraía, las aletas de su nariz temblaban—. Nadie.

—Por favor. —Tiré de su mano otra vez, mis tacones danzaron sobre el zócalo de la pared mientras me esforzaba por hacer pie. Solo conseguía tocar el suelo con la punta de los zapatos—. Por favor, James. Por favor, me haces daño.

—Eso está bien. —Pegó su cara a la mía, su aliento caliente barrió mi mejilla, sentí la suya húmeda de sudor—. Porque tú me lo haces a mí.

—No te he engañado, te lo juro. Te lo juro por la vida de mi madre. Por la tumba de mi padre.

Se apartó, me miró con ojos entornados y sonrió. Durante un segundo pensé que iba a darme un cabezazo, pero lo que hizo fue besarme en la boca. Apretó tan fuerte que los labios se me entumecieron. Sus manos me aferraron los pechos y cuando ya creía que todo había acabado, tiró de mí por la habitación. Tropecé con la mesa de centro, caí de bruces y aterricé de cara en el sofá.

—James. —Me doblé para ponerme de costado. Avanzó hacia mí con la misma cara inexpresiva que le había visto en la cocina—. James, basta ya. No te he engañado. Te lo juro. Te...

Se detuvo y se echó a reír. Rio con tantas ganas que se sujetó el estómago y jadeó,

y estiró el brazo para apoyarse en el sofá mientras se doblaba por la cintura.

—¿Tú? —exclamó con un bufido—. ¿Engañarme a mí? Como si... —Me señaló y se echó a reír otra vez—. ¿Te has mirado en el espejo últimamente? ¿Te has mirado? ¿Quién dormiría contigo, puta gorda? Me alegro de que tuvieras ganas de hablar esta noche. —La risa se interrumpió con la misma brusquedad con que había empezado mientras se ponía muy recto y se alisaba la ropa—. Porque también quería tener una breve conversación contigo. Las cosas no marchan, Suzy-Sue, y creo que deberíamos romper.

Dejó de hablar.

Esperaba una reacción, pero yo no alcanzaba a imaginar qué quería que hiciera. ¿Que llorase? ¿Que le suplicara que no rompiera conmigo? ¿Que estuviera de acuerdo? Demasiado asustada para equivocarme, opté por no decir nada.

—Ah —exclamó después de una eternidad—. Ninguna reacción. Ninguna reacción ante el hombre al que dices amar más que nada en el mundo cuando te dice que quiere dejarte. Muy curioso. No es el comportamiento que yo esperaba de una mujer enamorada.

—Yo... yo te quiero, James, pero...

—¡EMBUSTERA! —Me escupió la palabra en la cara y me la tapé con los brazos, encogiéndome como una pelota—. ¡Sucia embustera!

Sentí sus dedos en mi muñeca izquierda y durante un horrible momento pensé que me iba a romper un hueso, pero entonces noté un tirón brusco en el dedo anular y entonces comprendí lo que había hecho. Miré por entre los brazos cuando se alejó hacia la ventana. La abrió y oí el rugido del tráfico de la calle a modo de respuesta.

—Ay, abuela. —Levantó el anillo, sujetado entre el pulgar y el índice de la mano derecha—. Lo siento mucho. Realmente creía haber encontrado a la elegida. Creía haber encontrado a mi alma gemela. Pero no me quería, abuela, no tanto como afirmaba. —Contuvo un sollozo—. Así que es hora de decir adiós. No solamente a ella, sino también a tu anillo. Siento dejarte, abuela. Lo he intentado. Lo he intentado de veras.

Vi horrorizada que echaba atrás el brazo. Iba a tirar por la ventana el anillo, un recuerdo de familia, y todo por mi culpa.

—¡No! —Salté del sofá y anduve cojeando hacia él con las manos estiradas—. James, no lo hagas. Tu abuela no lo habría querido...

Pero era demasiado tarde. El anillo salió disparado por la ventana, trazó una curva por encima de la calzada y aterrizó delante de un coche en movimiento.

—No es demasiado tarde. —Así el brazo de James—. Aún podemos recuperarlo. Puede estar intacto.

—Putra avariciosa. —Me asestó una bofetada. A causa de la lesión del pie, perdí el equilibrio y caí sobre la alfombra—. Te importo una mierda, pero quieres conservar la joya, ¿verdad? Pues tengo buenas noticias para ti, buscadora de oro. —Se inclinó sobre mí y me cogió la barbilla para obligarme a mirarlo—. No era ningún puto

recuerdo de familia con diamantes y zafiros. Era una baratija que compré en Camden Market. Deberías haberte visto la cara, relamiéndote ante el cebado pajarito como una gata de callejón que ha metido el morro en un tazón de nata. ¿Y decías que eras inteligente? Desde luego...

Me dio un empujón y se incorporó.

—Mi madre decía que yo valía más que tú, que no eras más que un putón verbenero con una máquina de coser. Y tenía razón. —Cabeceó—. Pobre mamá. Y pensar que casi la he abandonado para perder el tiempo contigo. ¡Contigo! Joder. Sin embargo, es verdad lo que dice sobre las gordas fáciles. —Volvió a agacharse, me pasó el dedo por la barbilla y me dio un pellizco en la papada—. Puede que aprendas a tener las piernas cerradas más tiempo cuando conozcas a tu próximo novio. Tal vez así te respete un poco más.

Capítulo 18

—¿Dónde estuviste, cariño? No pasa nada, puedes decírselo a tu madre. —Hablo en voz baja, más alto que un susurro. Son las cinco de la madrugada y exceptuando a unos cuantos pacientes, despertados para someterlos a observación, toda la sala duerme. Oigo a las enfermeras hablar en voz baja en su puesto y de vez en cuando oigo también el traqueteo de los carritos o el crujido de los zapatos sobre el linóleo del pasillo cuando un miembro del personal pasa por delante de la habitación de Charlotte. La enfermera que respondió por el interfono se sorprendió mucho cuando dije que quería ver a Charlotte, pero cuando le expliqué que había tenido una pesadilla en la que la vida de mi hija estaba en peligro, cedió y me dejó entrar. Seguro que no soy la primera madre que se presenta a las tantas de la noche para comprobar que su retoño está bien y seguro que no seré la última.

La pesadilla ha sido una trola. En realidad no he dormido en toda la noche. ¿Cómo podría hacerlo con la cabeza tan llena de preguntas? Cuando volvimos del instituto hablamos durante horas, pero a la una Brian dijo que había que irse a la cama. Me quedé a su lado, escuchando sus ronquidos y resoplidos durante cuatro horas, hasta que me levanté, recogí la ropa de la silla y me vestí en el cuarto de baño.

—El señor Evans dijo que no fuiste a la excursión del instituto... —Miro la cara de Charlotte, convencida de que habrá una reacción. Esto, la escapada secreta con Ella, es parte del motivo por el que se puso delante del autobús, estoy segura—. Dijo que fingisteis tener dolor de barriga después de ir a Nandos. Sé que era mentira, Charlotte.

Nada. Ni un tic, ni una contracción, ni el menor estiramiento muscular. En todo caso parece tener la cara un poco relajada, como si hubiera caído en un sueño más profundo. Las enfermeras no me creen cuando les digo que sé cuándo está dormida. Es un error corriente creer que los pacientes en coma siempre duermen: no es así. Tienen períodos de sueño y de vigilia, como nosotros, pero no siempre se advierte cuándo están en estado de vigilia. Yo lo sé por la pesadez de los párpados, por la línea de la mandíbula y la relajación de los labios, pero también sé cuándo duerme, incluso en la oscuridad. Una enfermera, se llama Kimberley, me respondió con una sonrisa amable cuando le dije que Charlotte huele de modo distinto cuando está dormida, pero me di cuenta de que pensaba que decir una cosa así era una extravagancia. Sin embargo, es verdad. Conozco el olor de Charlotte mejor que nadie. Conozco el olor de su piel, el olor exclusivo que hay por debajo de su desodorante, su perfume y su laca para el pelo. Sentada a oscuras junto a su cuna, cuando era una niña pequeña, sabía si dormía o no sin necesidad de tocarla ni escucharla. Me bastaba con percibir el olor salado y dulce del sueño. Incluso actualmente, si le cojo la mano y me la acerco a la cara, sé por el olor de su muñeca si está despierta o dormida.

—¿Sue? —Doy un respingo cuando siento la mano en mi hombro y sé inmediatamente que Brian está detrás de mí.

—¿Sí, cariño? —Tiene ojeras oscuras y una palidez grisácea en la piel. Su camisa, la misma que llevaba ayer, está arrugada y tiene manchas amarillas de sudor en las axilas. Tiene el pelo estirado y levantado hacia arriba. Parece un espantapájaros que hiciera el turno de noche.

—¿Qué haces? —Mira el reloj con segundas intenciones.

—Visitar a Charlotte.

Me aprieta el hombro con tanta fuerza que me pregunto si estará demasiado cansado para tenerse en pie y necesita apoyarse en algo.

—Vuelve a casa, Sue. —Su voz suena muy alta en la silenciosa habitación—. Tienes que venir ahora mismo.

—Como ve usted, hace tiempo que no está bien.

Estamos en el ambulatorio de Western Road, en el consultorio de la doctora Turner, Brian a la izquierda, yo a la derecha y la médico al otro lado de la mesa, su pelo rojizo atado en forma de cola de caballo, un collar de cuentas multicolores en el cuello.

—Entiendo. —La mujer asiente con la cabeza con los ojos fijos en mí. No han dejado de mirarme desde que Brian empezó a hablar. Le ha explicado mi comportamiento reciente, las cosas que he dicho, las cosas que he hecho.

—Solamente estoy aquí por los desmayos —digo.

La doctora Turner ladea la cabeza.

—¿Por los desmayos nada más?

Creo que quiere que admita algo más que eso, que se sentirá decepcionada si no lo admito, pero en cualquier caso digo que sí con la cabeza.

—Sí. Y ni siquiera habría venido si el paramédico no hubiera sugerido hacerme un chequeo.

—Entiendo. —Teclea algo en el ordenador—. Entonces ¿no está preocupada por las cosas que ha creído usted últimamente? ¿Todo está bien... emocionalmente... por lo que a usted respecta?

—Pues sí. Bueno, no. Es evidente que estoy muy alterada emocionalmente en este momento. Mi hija está en coma.

—Nuestra hija.

Miro a Brian. La última vez que me llevó a ver a un médico me tuvo cogida la mano todo el tiempo. Hoy ni siquiera me ha tocado, pero no se lo reprocho después de todo lo que le he hecho pasar.

—Nuestra hija —rectifico.

—Entiendo. —La doctora Turner arquea las cejas—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Siete semanas —digo—. Cinco días y... —Miro el reloj, pero advierto por el rabillo del ojo que Brian dice que no con la cabeza y las palabras se quedan pegadas al paladar.

—Entonces lleva usted en tensión casi dos meses. ¿No es eso, Sue? —Asiento

con la cabeza—. Y todos estos síntomas... solo han aparecido desde que su hija se puso mal.

—Sí —dice Brian antes de que yo proteste ante la expresión «Ponerse mal»—. Sue estaba perfectamente antes del accidente de Charlotte. Bueno... —me echa un rápido vistazo—, al menos desde 2006.

La médico emite sonidos bucales y consulta la pantalla del ordenador.

—Dos mil seis. —Sus ojos corren de izquierda a derecha y luego se posan en mí—. Entonces le diagnosticaron un trastorno por estrés postraumático, ¿no es eso?

—Exacto.

—¿Y cómo se manifestó?

—Con ideas delirantes —dice Brian—. Con nerviosismo. Paranoia. Palpitaciones. Problemas para dormir.

—Sue —dice la doctora Turner recalcando mi nombre—. ¿Está de acuerdo con la descripción de su marido?

Me miro las manos. No quiero pensar en 2006. Es demasiado doloroso recordar lo que les hice pasar a Brian y a Charlotte, sobre todo a Charlotte.

—Sí.

—Y el tratamiento que le prescribieron fue...

—¡Totalmente ineficaz! —replica Brian con un bufido—. Terapia oral. ¡Madre mía! Tanto habría dado que se hubiera acercado al Instituto Femenino para tener una bonita charla con...

—Por favor —le pongo la mano en la rodilla—. Por favor, Brian, no.

—Pero no funcionó, ¿es verdad o no, Sue? Puede que en su momento pareciera que sí, pero —mira a la médico y abre los brazos con exasperación— salta a la vista que no hubo mejoría a largo plazo, de lo contrario no seguiría afectada.

Quiero decirle que no tengo ideas delirantes, que James Evans sabe dónde vivo y que quedarnos en casa es peligroso, pero si lo digo pensará que estoy loca, más loca de lo que cree que estoy. Después de lo que sucedió ayer en el instituto no podía negarme cuando insistió en ver a la médico de cabecera, en particular porque el paramédico metió baza en lo del desmayo. Decir que ha reaparecido el trastorno por estrés postraumático ha sido la única forma de justificar por qué corrí por los pasillos del instituto de nuestra hija, gritando que el profesor de administración de empresas era un sujeto peligroso. Tenía que acceder a ver a la doctora Turner, aunque solamente fuera por la reputación de Brian.

—¿Sue? —La médico se vuelve hacia mí para que Brian sepa que la pregunta es para mí y exclusivamente para mí—. ¿Cómo se siente? A diario. Hora tras hora. ¿Y en este momento?

Parpadeo esforzándome por asimilar la pregunta. Es tremenda.

—No piense demasiado. Dígame lo primero que se le ocurra.

—Con miedo —digo—. Nerviosa. Preocupada. Asustadiza. ¿Preocupada? ¿O lo he dicho ya? —Procuró no ver la cabeza de Brian, que afirma sin cesar—.

Aterrorizada. Cansada. Angustiada.

La médico asiente con la cabeza sin apartar los ojos de mi cara. Creo que ella me comprende, que si Brian saliera del consultorio podría decirle toda la preocupación que siento por Charlotte, el miedo a James, y que me tranquilizaría con un solo movimiento afirmativo de su omnisciente cabeza.

—Y esas sensaciones... ¿son muy intensas a veces?

—Sí.

—¿Y cómo le gustaría sentirse?

—Tranquila. Sin miedo. Feliz. Contenta. Entera.

—¿Entera? —Frunce el ceño.

—Sí —digo—. Entera. Me siento dividida en partes dispersas. Mi corazón está con Charlotte, sentado junto a su cama, cogiéndole la mano, incluso cuando yo no estoy realmente allí. Pero mi cabeza está pensando en mi exnovio —Brian se estremece—, esforzándose por adivinar cuál será su siguiente movimiento y qué puedo hacer para proteger a mi familia.

—Entiendo. —Más afirmaciones con la cabeza, pero esta vez pone algo en el ordenador. Cuando vuelve a mirarme su expresión ha cambiado. La compasión se ha mutado en profesionalidad: en una máscara amable y sin sonrisas destinada, estoy segura, a calmarme y tranquilizarme.

—Le puedo dar medicación —dice— para tratar la angustia. Contribuiría a que se sintiera menos abrumada y más capaz de afrontar las cosas.

La cara de Brian se ilumina y abre la boca para hablar, pero lo acalla una mirada de la doctora Turner.

—Podríamos probar —dice esta—. Pero yo le aconsejaría que la tomara mientras sigue una terapia. Algunas terapias, como la cognitivo-conductual en concreto, pueden ser muy útiles cuando hay por medio un trastorno de estrés postraumático. ¿Qué opina usted, Sue? ¿Quiere que le dé un volante para ver a un especialista?

No sé qué decir. Me siento fatal pensando que han engañado a la pobre doctora haciéndole creer que estoy enferma cuando estoy completamente sana.

—No —digo. Brian ahoga una exclamación—. Me refiero a la terapia. No tengo tiempo para quedarme sentada y hablando, y...

—La terapia cognitivo-conductual es algo más que hablar, Sue. Se trata de cambiar su forma de ver las cosas.

—Se lo agradezco. De veras. Pero me limitaré a tomar la medicación, si no hay inconveniente.

—No lo hay. —La doctora Turner arquea las cejas aunque parece satisfecha con mi respuesta. Se vuelve hacia el ordenador y pincha varias veces con el ratón. Segundos después traza otro arco con la silla giratoria, mira la impresora y de esta sale una receta de color verde.

Brian me pone la mano en la rodilla.

—Has obrado perfectamente, Sue.

Sonríe y en sus ojos se refleja el alivio.

Escucho a medias mientras la médico me habla de la medicina, cuándo debo tomarla, qué podría ocurrir si bebo alcohol o la mezclo con otros fármacos, me explica los posibles efectos secundarios y me sugiere volver dentro de seis semanas para comprobar los progresos.

—Para entonces tal vez piense de otro modo sobre la terapia —añade—. Si cambia de idea, no tiene más que decírmelo.

—Quizá. —Recojo la receta que me alarga, la doblo por la mitad y me la guardo en el bolso.

La médico esboza una medio sonrisa, se despide de Brian con un ademán de la cabeza, gira la silla y alarga la mano para coger un libro del anaquel que tiene detrás. Consulta concluida.

—Vamos, querida. —Brian me coge la mano y me la aprieta—. Vamos a la farmacia a recoger el medicamento.

Jueves, 30 de mayo de 1991

Hace ya casi dos meses que James y yo rompimos, y a pesar de que Hels dice que el tiempo todo lo cura, me siento peor ahora que el día que nos separamos.

Hablé con Hels la mañana siguiente y le conté lo que había ocurrido. Se quedó sin habla cuando le expliqué que James me había sujetado contra la pared, y dijo que si alguna vez volvía yo a justificar la conducta de James o a culparme de ella, no me dirigiría la palabra nunca más. Y me ordenó que lo denunciara a la policía. Sé que estaba preocupada por mí, pero su comentario me ofendió. James no era un delincuente. Estaba borracho y asustado por la posibilidad de que me acostara con otro. Sí, había perdido los nervios y se había puesto un poco brusco, pero no había llegado a pegarme.

No le conté el verdadero motivo por el que me negué a acudir a la policía; y era que en secreto esperaba que, al anochecer, James estuviese en mi puerta con un ramo de rosas rojas y una disculpa. Pero no apareció. Tampoco me telefoneó. Y yo bebí y me harté de fumar para poder dormir otra noche.

Vi mucho a Hels y a Rupert durante las semanas que siguieron a la ruptura. Uno de los dos me llamaba al menos una vez al día y dos o tres veces a la semana me llevaban por ahí, al cine, a un bar o a comer a su casa. No sé exactamente cuándo ni por qué volvimos a distanciarnos. Puede que fuera después de irse de vacaciones a Grecia, o porque Rupert estuviera sobrecargado de trabajo, o porque vieran que yo ya no rompía a llorar cada vez que se mencionaba el nombre de James, y supusieran que estaba curada. Fuera como fuese, dejé de salir con la frecuencia de antes y las relaciones se debilitaron. Por la noche me quedaba en la cama repasando los detalles de mi aventura con James, esforzándome por adivinar cuándo había empezado a ir mal, esforzándome por determinar el instante en que la magia había desaparecido. Me obsesionaban la culpa y el pesar: si no le hubiera confesado mis relaciones sexuales anteriores la segunda vez que nos vimos, él habría seguido creyendo que yo era un ángel inocente; si no le hubiera contado lo de Rupert es posible que los cuatro hubiéramos sido los mejores amigos del mundo; si lo hubiera sacado del pub dos horas antes, su madre quizá no me hubiera odiado de manera tan encarnizada. Quería rebobinar el tiempo, volver atrás y obrar de modo diferente en todos los aspectos. Puede que así no pensara que había perdido el gran amor de mi vida.

Cuanto más meditaba, más desdichada me sentía y más empinaba el codo. Me sentaba junto al teléfono y descolgaba cada dos por tres para comprobar que había línea o para marcar el número de James. Las primeras veces que lo llamé se puso su madre y me dijo que James no estaba en casa. Luego dejaron de responder en el otro extremo del hilo. El quinto día oí el habitual mensaje de «el número marcado no existe o no se encuentra disponible»: habían cambiado de número.

Empecé a buscar excusas para no ir al trabajo, sobre todo los domingos, cuando sabía que había ensayo. Perdí la cuenta de las veces que pretextaba tener mal el

estómago, o migraña, o necesidad de ir a ver a mi madre; y cuando me presentaba, los clientes comentaban que tenía una cara muy rara y preguntaban qué había sido de mi sonrisa.

La semana pasada sonó el teléfono. Descolgué, convencida de que era James que llamaba para decirme que me echaba de menos; pero no, era Steve, de los Abberley Players. Estaba en un pub con los demás actores y habían estado hablando de mi misteriosa desaparición. Suponían que James y yo habíamos roto por la cara hosca que ponía el muchacho (me alegré al oírlo) y porque se iba cabreado cuando alguien pronunciaba mi nombre en su presencia; y querían comprobar si estaba bien (¡y si su vestuario estaba ya terminado!). Me eché a reír al oír esto último, y Steve dijo:

—¿Lo ves? Ya les dije que no habrías perdido el sentido del humor. Vente a dar una vuelta con nosotros. Te echamos de menos.

Me sentí conmovida, pero dije que no. Ya me había zampado media botella de vino y me lo estaba pasando bien escuchando discos de Nina Simone y fumando como un carretero. Steve dijo que parecía una excelente manera de pasar una noche y me propuso hacerme una visita con otra botella de vino y más tabaco. Quise disuadirlo, pero insistió sin cesar y me preguntó tanto por mi dirección que al final se la dije.

Dos horas después de haber hablado por teléfono estábamos en la cama.

El contacto sexual fue superficial y propio de borrachos, pero cuando después me recostó sobre su pecho lampiño y delgado y me dijo lo mucho que me deseaba desde tiempos inmemoriales, y que James había sido un imbécil por dejarme escapar, faltó poco para que me deshiciera en lágrimas. Había creído que follando con otro hombre, y en particular con uno al que James despreciaba, conseguiría exorcizar su fantasma, pero lo único que conseguí fue añorarlo más todavía. Steve era todo lo que James no era. No percibía ninguna intensidad en sus miradas, no había pasión en sus besos y no me vibraba el corazón cuando me abrazaba por detrás y enterraba la cara en mi nuca. Me sentía más sola con él a mi lado que si no hubiera habido nadie conmigo.

A la mañana siguiente no había forma de librarse de él. Vi desilusión en sus ojos cuando decliné la invitación de desayunar juntos en una cafetería aceitosa y de pasear luego por un mercadillo local. Pretexté un terrible dolor de cabeza y el deseo de volver a la cama. Arguyó que volvería porque, pensándolo bien, también a él le apetecía dormir un poco más, pero la sola idea de volver a sentir el tacto de su cuerpo desnudo me revolvió el estómago. Fui brusca, le dije con claridad que quería estar sola y prácticamente lo puse de patitas en la calle. Ya en la acera, se volvió. Me miró a los ojos.

—No te merece y lo sabes.

Negué con la cabeza.

—No sé de qué hablas.

—No soy idiota. —Hundió las manos en los bolsillos de los tejanos y de súbito me pareció joven hasta lo inverosímil—. Sé que todavía lo quieres. Y pensaba...

esperaba... que si pasabas algún tiempo conmigo, con alguien que te cuidara, con alguien que no fuera cruel contigo ni te hiciera daño, quizá tú entonces, quizá tú... —dejó que el viento se llevara sus últimas palabras y sacudió la cabeza—. No importa. Cuídate, Susan. —Me rozó el dorso de la mano—. Por favor.

Capítulo 19

Hace cuatro días que Brian no me deja ni a sol ni a sombra. Le he dicho repetidas veces que debería volver al trabajo, porque no estoy loca y no voy a hacer tonterías, pero no ha querido escucharme. Insiste en que no se trata de que yo esté «loca», sino de que necesito una temporada de reposo y recuperación después de haber pasado unos meses angustiosos, y él se ha tomado unas breves vacaciones para asegurarse de que sigo sus instrucciones y me relajo.

—¡Hora de la pastilla! —dice entrando en la salita de estar con una taza de té en una mano y en la otra un pequeño frasco de píldoras blancas.

—Brian...

—Lo prometiste, Sue —dice, dejando la humeante taza en la mesa que tengo al lado y alargándome las pastillas—. Le dijiste a la doctora que te tomarías la medicina.

Le sonrío, desenroscó el tapón del frasco girándolo bruscamente y me pongo dos pequeñas píldoras blancas en la palma izquierda. Las miro sin entusiasmo. La doctora Turner dijo que me tranquilizarán. Muevo la mano para que las píldoras se pongan una encima de la otra. ¿Qué es no sentir angustia? ¿Sentirse segura y no asustada? Ha pasado tanto tiempo que apenas lo recuerdo.

—Agua —dice Brian levantándose de pronto. Vuelve cinco minutos después con un vaso de agua en una mano y el periódico en la otra—. Toma —dice, dejando el vaso junto a mí y mirando significativamente las pastillas que siguen en mi mano abierta. Cierro la mano. Ya he tomado píldoras parecidas y funcionan con rapidez. Me sentiré más relajada antes de una hora y seré una versión inmóvil y dócil de mí misma. Tan dócil que no seré capaz de proteger a mi familia del peligro.

—Brian —digo—. ¿Sería el fin del mundo si no me tomara...? —Me interrumpo cuando oigo el teléfono del estudio.

—Maldita sea —hace una mueca—. Tendré que responder, puede que sea importante.

—Claro.

Me quedo donde estoy, en el centro del sofá, con el vaso de agua a mi izquierda, las pastillas en la mano, y oigo a Brian subir las escaleras y recorrer el descansillo. Hay un breve silencio cuando coge el teléfono y oigo el lejano retumbar de su respuesta. Se calla y al cabo de un momento vuelve a tronar su voz, esta vez más alto. Luego oigo el bum-bum-bum de sus pasos en el descansillo y cuando baja por la escalera.

—¡Maldita sea! —Irrumpe en la sala y se deja caer en el sillón.

—¿Malas noticias?

Se inclina hacia delante, apoya la cabeza en las manos, pero no dice nada. Yo tampoco. Dieciséis años juntos me han enseñado a darle un espacio cuando está de mal humor, así pasan más aprisa.

—Mmmmm —me mira por entre los dedos y niega con la cabeza—. No, no

puedo. No sería justo.

—¿Qué no lo sería?

—Quieren que vaya. Se ha adelantado la votación de los aerogeneradores.

—¡Pues ve entonces! —le sonrío—. Estaré bien.

—No. —Niega con la cabeza otra vez—. Tú me necesitas aquí.

—Brian, estaré bien, de verdad. *Milly* me hará compañía. Además, si desapareces esta tarde podré ver en paz *¡Allá tú!*, sin que te pongas a gritar al aparato porque no existen las vibraciones optimistas ni las cajas de la mala suerte.

Sonríe.

—No soy tan malo.

—¡Sí lo eres! —Me echo a reír—. ¡Vete! Si pasa algo te llamaré, te lo prometo. No digo que vaya a pasar —añado inmediatamente.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Estaré bien.

Se pone de pie, cruza la sala y me da un beso en la frente.

—Volveré lo antes posible, pero ya sabes que estas cosas pueden alargarse.

—Tú ve. Hasta luego.

Lo veo salir de la sala y voy a ponerme de pie también yo cuando se vuelve de súbito. Sus ojos se posan en el vaso de agua de la mesa.

—¿Te has tomado las pastillas?

—Sí —digo sonriendo de oreja a oreja mientras hundo las blancas píldoras en los resquicios que quedan entre los cojines del sofá—. Me las he tragado casi sin ningún esfuerzo.

Diez minutos después de irse con el coche, hago lo mismo con mi VW Golf, pero en vez de dirigirme a la estación, como Brian, enfilo por White Street y me detengo en un espacio para aparcar que queda delante de la casa de Ella Porter.

La veo llegar en este momento por la calle con la americana del instituto colgada indiferentemente de un hombro, la bolsa de los libros sujeta de cualquier manera, casi arrastrando por el suelo. Quedarme atrapada con Brian en casa estos últimos días me ha matado, sin poder averiguar dónde estuvieron Charlotte y Ella en vez de ir con el señor Evans a Londres.

—Ay, joder —veo que murmura Ella cuando me ve al volante del coche.

—¡Espera! —grito cuando la muchacha se echa la bolsa al hombro y corre hacia su casa—. ¡Ella, espera!

Salgo como una flecha del vehículo y corro hacia ella en el momento en que abre la verja y enfila el sendero del garaje.

—Ella, sé lo de la excursión a Londres con el profe de administración de empresas. Sé que Charlotte y tú no fuisteis. —Se detiene en seco, de espaldas a mí, con la llave delante de la cerradura—. Hablé ayer con el señor Evans. Lo sé todo. —Sigue sin moverse—. Si no me dices dónde estuvisteis y qué hicisteis, se lo contaré a

tu madre.

—¿Y qué? —Se vuelve muy despacio con los ojos entornados—. Le diga lo que le diga, no la creará. Piensa que está usted como una cabra. Todo el mundo lo piensa.

—¿En serio? —Procuro no pensar en los rumores que circulan sobre mí fuera de la verja del instituto—. De todos modos, sé que mentisteis en lo de la comida en mal estado.

—No mentimos. Nos quedamos aquí todo el fin de semana, en mi habitación. Charlotte no quiso decirle lo de la comida porque entonces tendría que confesar que estuvo en Nandos y usted la llamaría gorda y la reñiría por interrumpir la dieta.

—Yo no... —me interrumpo. Es una chica astuta, trata de despistarme atacándome—. Entonces, si le pregunto a tu madre dónde estuviste el fin de semana, ella confirmará tu versión, ¿no?

—No estuvo aquí. Mis padres se marcharon fuera.

—¿Adónde?

—No es asunto suyo.

—Lo es si significa que dos quinceañeras se quedaron solas en casa. —Oigo el pitido electrónico de un coche que se cierra automáticamente y a continuación un taconeo en la acera. Cronometraje perfecto—. Aquí llega tu madre —digo sin volverme—. ¿Se lo preguntamos, Ella? Veremos si sabe que es ilegal dejar solas un fin de semana a niñas menores de dieciséis años. Luego quizá avisemos a la policía y...

—¡No! —Ella mira al otro lado del seto, al Audi azul y a la mujer alta y delgada que avanza hacia nosotras—. No lo haga.

—¿Por qué no?

—Porque me castigará el resto de mi vida.

—Entonces dime adónde fuisteis tú y Charlotte.

Sigue oyéndose el taconeo. Conforme se acerca, los ojos de Ella se dilatan.

—No —dice, y se aparta de la puerta, como preparándose para salir corriendo—, se lo dirá usted a mi madre.

—No se lo diré.

—Me matará.

—No te matará si no se lo digo. No tiene por qué enterarse de lo que hemos hablado.

Oigo un tintineo de llaves y el chirrido de la verja al abrirse. Prosigue el taconeo.

—Dímelo —susurro. Doy un paso hacia la chica—. Dímelo.

—Fuimos a un club nocturno, el Greys de Chelsea, con Danny y Keisha. —Habla tan aprisa que las palabras se le atropellan en la boca—. Charlotte conoció a un futbolista y tuve que volver sola a Brighton en el último tren de la noche. Eso es todo, fin de la historia.

—¿Dejaste sola a Charlotte con un desconocido en un club nocturno de Londres?

—Y yo tuve que recorrer Londres sola en plena noche para coger el último tren.

Además, no estaba sola. Danny y Keisha estaban allí también.

—¿Quién era ese futbolista?

—No lo sé. Un negro cachas con acento extranjero. Un tío que dijo que era futbolista de primera división, pero quién sabe si...

Mira por encima de mi hombro con los ojos como platos.

—¡Tú otra vez! —Una nube de Chanel Nº 5 me llega a la nariz y allí está ella, Judy Porter, a mi lado—. Si vuelves a molestar a mi hija avisaré a la policía. Esto se llama acoso, Sue.

—No pasa nada, mamá. —Ella me lanza una mirada—. No me estaba molestando.

—Entonces ¿qué quería? —Cruza los brazos y arruga la boca, esperando una respuesta.

—Darme las gracias por devolverle el móvil de Charlotte.

¿Qué? La miro sorprendida. De modo que fue ella quien dejó el móvil en nuestro buzón.

—¿Es verdad eso?

—Sí. —Miro a Judy—. Ella fue muy amable y como pasaba por aquí, me dije que lo menos que podía hacer era venir a darle las gracias en persona.

Judy descruza los brazos, se mece sobre los tacones de los zapatos y me mira de arriba abajo.

—¿Te vas ya entonces?

Ella asiente con la cabeza, aunque muy levemente. Me está suplicando que no haga más preguntas. Que me vaya en silencio.

—Me marcho. Me alegro de haberte visto, Judy. Ella...

El asunto del móvil tendrá que esperar. Antes tengo que ir a otro sitio.

Viernes 7 de junio de 1991

Jess, el encargado del bar, me llamó el miércoles por la noche para saber si aún seguía con «gripe» y para insinuarme, sin decirlo abiertamente, que si no me presentaba el jueves, perdería el empleo.

No tenía más remedio que ir. Los escasos ahorros que tenía se esfumaron hace mucho, tengo que pagar el alquiler la semana que viene y no sé de dónde voy a sacar el dinero.

Mi primer turno empezó mal, tiré una botella de vino, me cargué un dosificador y cuando estaba cambiando el barril de cerveza inundé la bandeja; pero eran solo las seis y media de la tarde, el bar estaba vacío y Jess se encontraba arriba, en la oficina, repasando cuentas, de modo que no hubo testigos de mi ineptitud. No hacía más que mirar la puerta. James solo acudía al bar los domingos y, según Steve, hacía al menos un mes que no iba, de modo que no sé por qué tenía tanto miedo a que entrara.

Pero entró.

Eran las ocho y media. El intermedio había terminado quince minutos antes y yo estaba vaciando las mesas de vasos y ceniceros. Al principio no me vio, estaba demasiado absorto hablando con Maggie, la directora de los Abberley Players, los dos cogidos del brazo; pero entonces se acercaron a la barra, él levantó la cara y nos miramos a los ojos. Se puso pálido y Maggie, que estaba en plena parrafada, dejó de hablar y miró para ver a qué se debía la estupefacción de su compañero. Hizo una mueca cuando me vio y tiró del brazo de James, se puso de puntillas y le susurró algo al oído. Habló en voz baja, pero capté las palabras «vayamos a otro sitio». James le puso la mano en el hombro y durante un segundo creí que iba a conducirla fuera del local, pero volvió a mirarme, dio unos golpecitos en el hombro de Maggie y se dirigieron a una mesa del fondo.

Me agaché y limpié unos vasos en el fregadero.

—Hola, Susan.

Levanté la cabeza y sonreí.

—Maggie.

—Hace mucho que no te vemos.

—Es verdad. —Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no mirar hacia donde estaba James—. No me he encontrado bien.

—Vaya, vaya. —Era una suerte para ella ser directora escénica y no actriz porque sus tentativas por ser sincera eran tan convincentes como el helecho artificial del rincón—. Siento oír eso.

Estaba a punto de preguntarle cómo se encontraba, si habían decidido ya qué obra representar y cuándo quería que me presentase para tomar medidas, cuando dijo:

—¿Oíste el mensaje que te dejé en el contestador?

Negué con la cabeza. No me había llamado ni una sola vez desde mi ruptura con James.

—¿No? —Su sorpresa era fingida—. Qué raro. Habría jurado que era tu teléfono. Bueno, siento decirte otra vez que ya no necesitaremos tus servicios de vestuario. Un amigo mío me recomendó un almacén fabuloso cerca de Croydon donde tienen un montón de artículos del antiguo vestuario de la BBC. Alquilarlos nos sale muchísimo más barato que confeccionarlos. De todos modos —sus ojos saltaron por encima de mí y se posaron en el frigorífico que tenía detrás— te doy las gracias por habernos ayudado. Eras increíble. Una botella de vino blanco y dos vasos, por favor.

Las risitas tintineantes de Maggie y las rugientes carcajadas de James llenaban el local y hui al lavabo de señoras del vestíbulo. Me encerré en un escusado, convencida de que iba a vomitar y me doblé sobre la taza. Tuve unas cuantas arcadas secas, pero no arrojé nada. Me quedé allí otro par de minutos, temerosa de que Jess volviese al bar y no me viera, me miré en el espejo, me pasé papel higiénico por las mejillas y abrí la puerta del vestíbulo. Puede que Maggie me hubiera dejado sin empleo, un empleo por el que no me pagaban, pero que me ahorcaran si iba a permitir que me dejara también sin el empleo con que pagaba el alquiler, y...

—Uf. —Me di de manos a boca con algo alto y sólido—. Usted perdo... —me quedé sin habla cuando James me miró desde las alturas. Me había puesto las manos en los hombros para frenarme.

—¿Estás bien? —Tenía la frente fruncida por la preocupación y su voz era amable—. Te vi salir corriendo y yo... —Se llevó la mano a la frente—. Disculpa, no sé en qué estaba pensando al ir detrás de ti. Ya no somos novios, no debería importarme.

Dio media vuelta para irse. Pero solo llegó a la puerta del bar, de donde regresó.

—No, joder. —Volvió a ponerme las manos en los hombros y dobló el cuello para mirarme—. Te he echado de menos, Suzy. Te he echado de menos como se echaría de menos una parte propia. Como si me hubiera quedado sin sombra, sin un brazo, sin el corazón. Lo he intentado todo para ahogar ese sentimiento. Me he enfadado contigo, te he echado la culpa, te he maldecido y te he odiado, pero ninguna de estas cosas ha servido de nada —se golpeó el pecho con el puño—. No ha pasado ni un solo día sin que lamentase lo que sucedió. Me odio a mí mismo. En realidad me odio por herirte como te herí, pero tuve que hacerlo, Suzy. Cuando me miraste en la puerta de tu casa comprendí que era el momento de irse. Ya no había luz en tus ojos, ningún amor. Parecías desdichada y yo sabía que era por mi culpa. Por eso te dejé, para que pudieras ser feliz de nuevo.

No dije nada porque estaba convencida de que si abría la boca, me ahogaría con mis propias lágrimas.

—Pero cuando te he visto hoy. Cuando te he visto detrás de la barra, la imagen se me ha grabado a fuego y he comprendido que me estaba engañando a mí mismo. Estuve inventando fantasías para no descubrir por mí mismo cómo eras. —Me puso la mano en la mejilla y estuve a punto de lanzar una exclamación al sentir que el calor de sus dedos se transmitía a mi piel—. Así que te lo preguntaré. Te lo preguntaré otra

vez y no volveré a preguntártelo. Y si me dices que sí, me iré para no volver nunca. —Hizo una pausa, me pasó el pulgar por los labios y me puse en tensión, esperando que me besara. Pero me soltó la cara como si quemase—. ¿Eres feliz, Suzy? ¿Eres feliz, tesoro mío?

Las mejillas se me cubrieron de lágrimas ardientes y desesperadas. Negué con la cabeza.

—No.

James se acercó un poco más.

—Dímelo otra vez.

Volví a negar con la cabeza.

—No. No. No soy feliz. Nunca me he sentido tan desdichada. Te he echado de menos. Aún te echo de menos. Te echo de menos cada noche cuando me voy a la cama, y cada mañana cuando despierto.

—Oh, Suzy. —Me rodeó con sus brazos y me apretó la cabeza contra su pecho—. Oh, Suzy, mi Suzy, mi verdadero y único amor. Nunca más volveré a dejarte. Nunca, nunca, nunca. Nunca dejaré que te vayas.

Mantuve la mejilla pegada a su jersey y estuve abrazada a su cintura todo el tiempo que pude. Solo abrí los ojos un segundo cuando oí el taconeo en el suelo del vestíbulo. Maggie cruzó la doble puerta y desapareció en la calle. Volví a cerrar los ojos.

Capítulo 20

—Vale, Charlotte, voy a levantarte el camisón para lavarte las piernas.

Dos enfermeros, Kimberley y Chris, están lavando a Charlotte cuando llego al hospital. Me ofrezco a ayudarlos, pero niegan con la cabeza y aducen que ya casi han terminado.

—Ahora vamos con los dientes.

Kimberley abre los labios de Charlotte con delicadeza y le introduce en la boca un tubo blanco con una esponja rosa en la punta. Me recuerda un dulce que yo compraba de pequeña, un caramelo cuadrado con un palito.

—Es solo para limpiarte la boca —dice Kimberley mientras se inclina sobre mi hija y mueve suavemente el «cepillo» por los alrededores de la boca de Charlotte—. Ya tenemos los dientes y la lengua.

Oli se quedó atónito cuando le dije que las enfermeras le cepillaban los dientes a Charlotte.

—Pero si no come —dijo—. Si está entubada, ¿no?

Le dije que era por razones higiénicas. No le mencioné el olor a muerte, putrefacción y gingivitis que percibo a veces cuando la beso en los labios. Huele tanto a podrido que es mejor contener el aliento para no vomitar. Charlotte, que siempre ha sido muy quisquillosa con la higiene, se deprimiría si lo supiera. No es que tenga intención de decírselo. Hay algunas cosas que no necesitaré saber cuando despierte.

—Ahora vamos a cambiarte los catéteres y estarás lista —dicen a Charlotte cuando le levantan la manta y alargan la mano por debajo de la cama. Instintivamente aparto los ojos, no porque yo sea aprensiva, sino porque sé lo mucho que sufriría ella si supiera que veo cómo le limpian los excrementos. Antes del accidente ni siquiera me dejaba pronunciar la palabra «pañal» sin arrojarle un cojín y me tenía prohibido hablar de las «cosas sucias» que hacía en la infancia.

—¿Vale, Sue? —Kimberley me saluda con la cabeza mientras empuja el carrito hacia la puerta—. Volveré luego. Ya terminaremos.

—Adiós, Sue. —Chris me roza suavemente el antebrazo cuando va tras la enfermera. Veo compasión en los ojos de este hombre, aunque su forma de hablar sea brusca. La veo en los ojos de todas las enfermeras, sobre todo en las madres. En las manos de Dios me pongo y todo eso.

—Gracias —digo cuando salen de la habitación, cerrando la puerta tras ellos—. Muchísimas gracias.

Acerco la silla para sentarme lo más cerca posible de Charlotte.

—Hola, querida. Mamá está aquí. ¿Cómo te encuentras hoy?

Busco su mano, me la llevo a los labios y cierro los ojos. Dentro de unos minutos le preguntaré por el club nocturno Greys y por el futbolista, pero antes necesito pasar un rato de tranquilidad y silencio con mi pequeña. Necesito saber cómo es.

—¿Hola? —Pulso el botón del interfono y miro la videocámara que está medio metro por encima de mi cabeza—. Vengo a ver a Danny Argent.

El sistema de cierre de la puerta emite un chasquido y queda en silencio. Me aparto un poco y miro arriba. El rótulo de neón que dice «Breeze» encima de la puerta resulta desagradable sin la efervescencia de la chispa eléctrica que lo ilumina y vivifica. Nunca he puesto el pie en este club nocturno; hace más de veinte años que no pongo el pie en ninguno. Durante el tiempo que estuvimos juntos, James me prohibió ir a bares y discotecas. Eran mercados de carne donde solo entraba la escoria en busca de sexo, no lugares a los que iban las personas monógamas comprometidas. Yo le decía que mis amistades solteras no eran escoria y que yo no iba a los clubes a engañarlo, sino a divertirme y a bailar al ritmo de la música. Fue entonces cuando me recordó la conversación que habíamos sostenido durante nuestra segunda cita, aquella en la que le había confesado que había tenido cinco ligues de una noche. «Me contaste que a dos los habías conocido en un club nocturno», me había dicho. No había podido replicarle.

Transcurre un minuto, luego otro. Vuelvo a llamar al interfono. Empiezo a pensar que ha sido una idea estúpida. Son las cinco de la tarde y desde luego no va a haber nadie en un club nocturno a esta hora, pero tenía que probar. Necesito saber más sobre el futbolista que Charlotte conoció en Londres. Necesito saber qué hizo con mi hija.

Vuelvo a pulsar el botón.

—Danny. Soy Sue Jackson. Déjame entrar, por favor. Es muy importante que hablemos.

Lo aprieto de nuevo al cabo de treinta segundos y repito la petición. Luego doy golpes en la puerta con el puño y espero.

Nada.

No hay ventanas por las que mirar ni buzón con el que hacer ruido. He puesto todas mis esperanzas en que Danny estuviera en la oficina haciendo trabajo burocrático, pero no parece haber nadie dentro, ni siquiera el personal de la limpieza. Busco en el bolso y saco el móvil. Estoy a punto de llamar a Oli cuando escucho:

—¿Sue? ¿Qué hace usted aquí? —El altavoz de la parte superior del interfono cobra vida con un crujido—. Entre.

—Bueno, Sue. —Danny pone dos tazas de café humeante, con platito, galletitas italianas y todo, en la blanca mesa de resina sintética y da unos golpecitos en el asiento de velvetón que tiene al lado. Pegados a las dos paredes del club hay media docena de reservados como este. Alrededor de cada mesa hay tres otomanas tapizadas con idéntico velvetón rojo oscuro, con espacio suficiente para que se sienten seis personas. Casi alcanzo a imaginar el aspecto que tendrá nuestro reservado dentro de cinco o seis horas: todo lleno de amigos, vasos que tintinean, tragos rápidos, gritos,

risas y miradas a la pista de baile en busca de gracias naturales. Ya hace años que se prohibió fumar en los establecimientos, pero el aire todavía huele a moho, a esa mezcla de tabaco, licor derramado y sudor que es exclusiva de los clubes nocturnos.

Me siento al lado de Danny.

—Gracias por recibirme sin avisar.

—No hay ningún problema. Las madres de Oliver son mis madres. —Se echa a reír y enlaza las manos en la nuca, sacando los codos y estirándose exageradamente para que su ancho pecho parezca más ancho. Un efecto, estoy segura, no del todo carente de segundas intenciones.

—Bien —dice bajando los brazos y volviéndose hacia mí para concederme toda su atención—. Todo esto es muy misterioso. ¡Cuéntemelo!

Con sus vivos ojos azules, su sonrisa amplia y generosa y su fuerte quijada, entendía por qué Keisha y la mayoría de las jóvenes lo encontraban irresistible. No hay duda de que es un joven atractivo, aunque su mirada es quizá demasiado penetrante y su sonrisa demasiado curva para ser sincera. Nunca he estado a solas con Danny y ahora empiezo a entender por qué Brian no se fía de él.

—La cuestión es —digo— que hace poco he averiguado que Charlotte y Ella se escaquearon de una excursión escolar.

Se echa a reír, pero se detiene.

—Lo siento. Ha sido una reacción infantil. Debe de estar usted furiosa.

—En el fondo no. —Estoy que muerdo, pero recojo la taza de café y doy un sorbo—. Aunque podría estarlo con la persona que las animó a hacer novillos.

—Ah. —Parece intrigado, como si estuviera a punto de contarle una confidencia suculenta—. ¿Y quién fue?

Lo miro por encima del borde de la taza.

—Tú.

—¿Yo? —Su mano vuela a su pecho—. ¿Yo? —Echa atrás la cabeza y rompe a reír, pero cuando comprueba mi reacción le desaparece la alegría de los ojos—. Es absurdo, Sue. Quien le haya dicho eso, es evidente que tiene un tornillo flojo.

—O estuvo presente en la función.

—¿Qué? —En el inmaculado contorno de su pelo brillan gotas de sudor. Se pasa la mano por la frente—. ¿Quién? Esto es absurdo. Soy promotor de un club nocturno, no una especie de... bicho raro que anima a las colegialas a hacer novillos.

Dejo la taza en la mesa. Se pone totalmente derecha en el platito sin el menor tintineo.

—¿Quieres decir que nunca has oído hablar del Greys de Londres?

—¿El Greys de Chelsea? —Se sienta recto. Ahora pisa un terreno más seguro—. Claro que sí. Mi trabajo consiste en saber qué pega fuerte y qué no.

—¿Por eso animaste a Charlotte y a Ella a escaquearse del viaje escolar e ir allí? ¿Porque el lugar *pega fuerte*?

—Naturalmente que no. Yo no animé a nadie a ir a ningún sitio. ¿Por qué tendría

que hacerlo? Ese club no es mío. Además, apenas conozco a Charlotte. Es la hermana menor de Oli. —Me mira a los ojos—. Espero que no esté insinuando lo que creo, señora Jackson.

—¿Y qué estoy insinuando, Danny?

—Que yo... que Charlotte y yo tuvimos alguna clase de aventura.

—¿La tuvisteis?

—Dios mío, no. —Se golpea el pecho de nuevo, pero esta vez me siento inclinada a creerle—. Nunca. Como le he dicho, es la hermana menor de Oli. Nunca la miraría de ese modo. Además, yo estoy con Keisha.

—Entiendo. —Miro a mi alrededor, recorriendo con los ojos los detalles del club: la cabina vacía del pinchadiscos, la alargada pista de baile y la barra rutilante—. Pero a pesar de todo pensaste que sería divertido pasear a las chicas por los clubes de Londres.

—¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué ganaba yo paseando a dos quinceañeras por los clubes? —De pronto se pone muy serio, muy comedido—. ¿Es eso lo que insinúa? ¿Que soy una especie de pedófilo? Porque si es eso...

—Yo no insinúo nada. Únicamente busco la verdad. Me han dicho que tú y Keisha estuvisteis en el Greys de Chelsea con Charlotte y Ella el viernes nueve de marzo. Mírame a los ojos y dime que no fue así.

—Yo no estuve. —Sus ojos ni siquiera parpadean—. No estuve en Londres aquel fin de semana. Hice una escapada romántica con Keish. Fuimos a... —desvía los ojos a la izquierda— Oxford.

Miente con toda la boca, pero aplicarle el tercer grado no conduciría a nada. Seguiría mintiendo y se quedaría tan fresco. James era igual.

Miro la hora. Tengo quince minutos para llegar a casa antes que Brian.

—Bueno —le tiendo la mano—. Muchas gracias por el café y la conversación.

—¿Ya se va? —Frunce la frente.

—Sí.

—Entonces... ¿todo está en orden? —Se levanta—. ¿Me cree cuando le digo que no fui de clubes con Charlotte y Ella? —Sonríe exageradamente, enseñando la dentadura—. Está claro que se ha equivocado de hombre.

Sonrío.

—Volveremos a vernos pronto, Danny. No hace falta que me acompañes.

Corro a la salida antes de que me siga y muevo la manija para abrir la puerta lateral. Voy a tirar de ella cuando ¡bum!, la empujan por el otro lado y me lanzan contra la pared.

—¡Ah, caramba, cuánto lo siento! No me di cuenta de que estaba usted ahí... —Se asoma una cara por la puerta—. ¡Ah! Señora Jackson. ¿Qué hace aquí?

—¿Keisha?

—Sí —contesta. Rodea la puerta y cuando cierra dejo de estar atrapada entre la

madera y la pared—. ¿Se encuentra bien? Está un poco pálida.

Me sujeto el estómago.

—Solo sin aliento. Estaré bien en seguida.

—Vamos fuera. Se pondrá perfectamente en cuanto le dé el aire.

Nos sentamos juntas en el peldaño de hormigón. Su estrechez nos obliga a estar anormalmente apretadas.

Keisha busca en su bolso y saca una arrugada cajetilla de Marlboro Lights y un mechero. Los agita hacia mí.

—¿Le molesta si fumo?

—Adelante.

Saca un cigarrillo con sus largas uñas. Lo enciende y aspira una profunda bocanada de humo. Hace veinte años que lo dejé y aún recuerdo a qué sabe la primera y dulce nubecilla de nicotina cuando estás loca por fumar.

—¿Quiere uno? —se ha dado cuenta de que la miro y me ofrece la cajetilla.

—No fumo. —Cambio de idea inmediatamente—. Bueno, en realidad sí. Gracias.

Me pongo el cigarrillo entre los labios, saboreando esta sensación que resulta tan extraña y conocida al mismo tiempo. Keisha me lo enciende y aspiro una larga bocanada. El humo me irrita el fondo de la garganta. Doy otra chupada. Sabe fuerte, a cosa química y caliente, y recuerdo el primer cigarrillo que fumé, allá en 1984, cuando tenía quince años. Apoyo la espalda en la puerta y cierro los ojos mientras me invade la nicotina. El tabaco sabe mal, pero el ritual (llevárselo a la boca, inhalar, retener el humo, exhalarlo, bajar el cigarrillo) y el mareo de la nicotina son tranquilizadores.

Keisha dice algo que no entiendo y abro los ojos.

—¿Perdón?

Echa atrás la cabeza y expulsa un anillo de humo perfecto y gris.

—Digo que no esperaba verla aquí.

El anillo de humo se ensancha y pierde solidez hasta que se rompe y desaparece.

Le digo lo primero que me viene a la cabeza.

—He venido a ver a Danny porque quiero dar una fiesta sorpresa. Oli cumplirá veinte años dentro de nada.

—Una idea encantadora. —Su cara se ilumina—. Nunca me han organizado una fiesta sorpresa. La verdad es que ya no me acuerdo de la última fiesta de cumpleaños que me dedicaron. Debía de ser muy pequeña entonces. Ocho o nueve años. —Se queda pensativa un momento y sonrío—. ¿Piensa alquilar el Breeze para la fiesta de Oli?

—En realidad estoy pensando en el Greys de Londres. Quería que Danny me diera su opinión.

Arquea las cejas.

—Lo conozco. Es una mierda. Y encima caro. ¡Siete libras y media por un cubata!

—Lo sé, pero Oli ha soportado mucho últimamente y queríamos que fuera algo especial. —Doy otra chupada al cigarrillo, retengo el humo en los pulmones un par de segundos y lo expulso—. Fue Charlotte quien nos recomendó Greys. Antes del accidente —añado en seguida al ver que Keisha dilata los ojos con sorpresa—. Dijo que era estupendo, que estuvo allí contigo y con Danny.

—Lo era. —Tira el cigarrillo a la alcantarilla. La punta brilla un momento, se vuelve gris y se apaga—. El club más pijo en que he estado en mi vida. En los lavabos hay una mujer que, si le das una libra, te frota las manos con crema suavizante. Y si quieres, además te rocía con perfume. Tiene cantidad de marcas diferentes.

—¿De veras? —Sonrío para darle ánimos. Tengo que representar este papel con cuidado. Si la asusto se pondrá un candado en la boca—. Charlotte decía que por allí iba mucha gente famosa.

—Es verdad. —Se abraza las rodillas con los delgados brazos y las aprieta contra el pecho. El sol empieza a ponerse y hace fresco—. Estrellas del pop, de series de televisión, futbolistas. En realidad no nos mezclamos con ellos porque todos se instalan en el recinto de los VIP, que está acordonado.

—¿Cómo conoció entonces Charlotte a su futbolista —le pregunto y tiro el cigarrillo a la acera y lo piso con el tacón de la bota— si los famosos están separados de los demás?

Keisha me mira con sorpresa.

—¿Le habló de él?

—Pues claro. Siempre hemos estado muy unidas. Nos lo contamos todo.

—Guau. —Arquea las cejas—. Supongo que entonces le contaría algo de lo que pasó aquella noche.

Asiento con la cabeza. No me fío de lo que pueda suceder si cuento una mentira.

Escruta mi cara.

—¿Y no se cabreó usted?

—No. —Me esfuerzo por mantener la respiración normal y tranquila, aunque mi corazón va al galope por culpa del cigarrillo. Puede que haya puesto el dedo en la llaga. Puede que haya llegado el momento de saber por qué Charlotte se puso delante del autobús—. ¿Debería?

En el otro extremo del callejón rueda una lata de Coca-Cola vacía. Keisha y yo damos un respingo, pero no se ve a nadie por allí.

—Tengo que irme. —Se pone de pie y pone la mano en la manija de la puerta sin dejar de mirar al otro lado del callejón—. Danny me espera y ya he hablado demasiado.

—Por favor. —Busco su mano—. Por favor. Debes decirme lo que sucedió aquella noche.

—Pensaba que ya lo sabía.

—Sé que conoció a un futbolista, pero eso es todo. Por favor, Keisha. Por favor,

dime qué sucedió.

Niega con la cabeza, abre la puerta e introduce un hombro por el resquicio.

—Si se lo digo, Danny me matará.

—Y si no me lo dices, Charlotte podría morir.

Es un golpe bajo, pero con fuerza suficiente para que titubee, retroceda y cierre la puerta. Espero mientras sacude la cajetilla de tabaco vacía, la arruga con la mano, la arroja a la alcantarilla y busca otra cajetilla en el bolso. Le arranca la cinta de celofán, abre la tapa, quita el papel de plata y extrae un cigarrillo. Tarda una eternidad y cuando busca el mechero en el bolso, tengo ganas de gritar. Por fin se pone el cigarrillo entre los labios, lo enciende y aspira profundamente. Expulsa el humo por la nariz y me mira bajo la sombra de las pestañas.

—Folló con el futbolista en los lavabos del club.

Me quedo mirando la punta encendida del cigarrillo, el hilo de humo que asciende dando vueltas, la porción de ceniza que aumenta de longitud hasta que cae por su peso y se deshace antes de tocar el suelo.

—¿Quién era? —Aparto los ojos del cigarrillo—. ¿Cómo se llamaba?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Su nombre de pila era Alex, pero ignoro el apellido. Era extranjero, creo que francés. Negro. Alguien dijo que jugaba en el Chelsea, o en el Manchester United. En un club de primera, vaya, pero he olvidado en cuál.

—A este futbolista de primera división con el que durmió mi hija, a este *Alex* —es como si las palabras salieran de la boca de otra persona—, ¿cómo puedo localizarlo?

Keisha chupetea el cigarrillo y abre la puerta lateral. En ningún momento me mira a los ojos.

—No lo sé, lo siento.

—Está bien —digo y sonrío, aunque estoy convencida de que miente. Todos mienten en algún detalle, en algún aspecto, Brian, Danny, Ella, Liam, y creen que emocionalmente estoy demasiado desequilibrada para darme cuenta.

Pero se equivocan.

Espero a que Brian se vaya a dormir y entonces me cuelo en su estudio y abro el portátil.

Escribo: «Alex futbolista famoso» y pulso intro.

La primera referencia es de un futbolista brasileño que juega en el París Saint-Germain. ¿Es al que se refiere Keisha? Puede que se confundiera entre ser francés y vivir en Francia. Miro la siguiente referencia: otro futbolista francés, un tal Alexandre Degas, pero no se dice que juegue en ningún equipo británico. ¿Será Alexandre Laurent? ¿Alex Sauvage? Hay un Olivier Alexandre que juega en el Tottenham Hotspur, pero no puede ser él. ¿O sí?

Aparto la silla de la mesa. No sé en qué estoy pensando. ¿Espero encontrar

detalles de contacto de este tal Alex, si no tengo la menor idea de quién es? Giro la silla de izquierda a derecha y dejo resbalar la vista por el estudio en busca de soluciones, pero no se me ocurre ninguna, así que me levanto y voy a la habitación de Charlotte. Debería haber tirado más de la lengua a Keisha. Debería haberle preguntado cómo se enteró de que Charlotte había tenido relaciones sexuales en los lavabos del club. No es típico de ella. Estaba enamorada de Liam, bebía los vientos por él. Nunca le habría engañado. Creía firmemente en la fidelidad precisamente a causa de la infidelidad de su padre. No me la imagino entablando relaciones sexuales con una persona a la que acababa de conocer, por muy borracha que estuviera ella y por muy futbolista famoso y asombrosamente guapo que fuera él.

Aliso su edredón y luego lo estiro para ver mejor los carteles que tiene encima de la cabecera. Son páginas arrancadas de la sección «Torso de la semana» de la revista *Heat* y la pared es un escaparate de hombres guapos y desnudos de cintura para arriba: estrellas de teleseries, de cine, presentadores de televisión y... futbolistas. Están David Beckham, Ashley Cole, Ronaldo y... un sujeto al que no reconozco, un mestizo guapo y alto, de ojos pardos, pómulos salientes y labios carnosos. Alex Henri, dice el pie de ilustración, delantero del Chelsea FC.

Corro al estudio de Brian.

Tecleo en Google «agente de Alex Henri».

En la pantalla aparecen detalles de Steve Torrance, «agente deportivo internacional». Pincho en la dirección de su página web y aparece un cuarentón calvo, con un labio superior formando una curva que es mitad sonrisa, mitad burla. Leo por encima su biografía, repaso su lista de clientes y pincho el link de «contactar». Se materializa un recuadro con su dirección electrónica, un apartado de correos y un teléfono de Londres, y tomo nota de todo. Es demasiado tarde para llamar, de modo que me guardo el papel en el bolso, dejo este en la mesa del pasillo y entro en el dormitorio. Me pongo el camisón a oscuras y me acuesto. Pasa mucho tiempo hasta que me duermo.

—¿Podría decirle que es urgente?

La mujer al otro lado del hilo suspira.

—Señora Jackson, es la tercera vez que llama. Ya sé que es urgente. Me lo dice cada vez. He pasado los mensajes y si el señor Torrance no le ha devuelto la llamada, entonces... —Casi la oigo encogerse de hombros—. Es un hombre muy ocupado.

—Por favor —insisto—. Es vital que le entregue un mensaje a Alex Henri. Mi hija está en coma y él podría ayudarla.

La secretaria lanza una ligera exclamación: «Aaah».

—Debe de ser terrible para usted. Yo también tengo una hija. Cuando tenía siete años estuvo un tiempo en el hospital de Great Ormond Street y a mí casi me matan los nervios. Se puede decir que se salvó cuando H y Claire, del grupo Steps, visitaron la sala. ¿Qué edad tiene su hija?

—Siete años también. —Me asusta ver la facilidad con que salen las mentiras—. Y es bastante chico. El fútbol es su vida y también la de su padre, son forofos del Chelsea, nunca se pierden un partido. Su jugador favorito es Alex Henri, lo tiene en la pared de su dormitorio, en el lugar de honor.

—No es la primera —dice riendo—. Mire, Sue, ¿puedo llamarla Sue?

—Claro que sí.

—Pues bien, Sue, no debería decirle esto, pero la verdad es que Steve no es muy amigo de las solicitudes caritativas. Son útiles para las relaciones públicas, pero las relaciones públicas no pagan las facturas, así que solo permite hacer a sus clientes actuaciones y apariciones muy destacadas: recolectas para el cáncer, Socorro Deportivo, Niños Necesitados, esas cosas. Lo que debe usted hacer es dirigirse a Alex por su cuenta.

El corazón me da un brinco.

—Pero ¿cómo? He buscado en Internet y el único teléfono que he visto es el de Steve.

—Escuche —dice la secretaria bajando la voz—. Si se sabe lo que voy a decirle podría perder mi empleo.

—No diré ni una palabra —susurro—. Se lo juro.

—Nunca, nunca haría esto en circunstancias normales, pero hoy estoy de buen humor (mi Sean volvió ayer de Afganistán) y con su hija en esa situación... en fin, que si quiere localizar a Alex, le sugiero que vaya esta noche al club nocturno Greys de Chelsea. Normalmente va los viernes. No le prometo que vaya a acceder a efectuar una visita a su pequeña, pero podría firmarle una camiseta o dejarle un mensaje en el móvil o cualquier otra cosa por el estilo. Si es una grabación, podrá ponérsela a la niña.

—¡Claro que podré! —No alcanzo a impedir que la voz me tiemble de excitación, pero no por el motivo que tal vez imagine ella—. Es una idea maravillosa, muchísimas gracias.

—No hay nada que agradecer. Pero prométame una cosa, Sue; no, dos cosas.

—Lo que quiera.

—No hable de esto con nadie y no vuelva a llamar a esta oficina.

—No se preocupe. Se lo prometo. Muchísimas gracias... perdón, no he oído su nombre.

Se echa a reír.

—Tengo mis razones. Adiós, Sue.

La señal de línea disponible me zumba en el oído durante treinta segundos largos antes de poner el auricular en la horquilla. Si la secretaria está en lo cierto y Alex Henri acude esta noche al club, ¿qué haré para hablar con él si se instala en el acordonado sector vip? Una quinceañera guapa tal vez podría camelar al personal de seguridad batiendo las pestañas, ¿pero yo? ¿Qué va a hacer una gorda de cuarenta y tres años que hace veinte que no ha estado en un club? Y algo más terrible: si no

puedo escaparme de casa por la tarde a comprar «revistas» sin que Brian me vigile, ¿cómo voy a convencerlo de que pasearme por Londres de madrugada es una buena idea?

Miércoles, 26 de junio de 1991

James y yo vivimos juntos. Bueno, James, yo y su madre. Me trasladé hace poco más de una semana. Jess, mi jefe, volvió a reducirme las horas de trabajo (ahora solo estoy allí quince a la semana) y ya no podía pagar el alquiler de la habitación amueblada que ocupaba. Le dije a James que iba a volver a dar clases de inglés para extranjeros, pero insistió en que me olvidara de eso y me fuera a vivir con él.

—Piensa que es como un nuevo comienzo —dijo—. Que le den por el culo a Maggie y a su compañía de mierda. Mereces que te paguen por lo que haces. La habitación es suficientemente grande para que metas la máquina de coser, así que ponte a hacer patrones y solicita un trabajo digno de encargada de vestuario, o monta tu propio taller. Yo me encargaré del alquiler y de la comida, así que no te preocupes por eso.

Era una solución casi demasiado perfecta, ya que la única pega era su madre. No salió de su habitación durante la primera noche que pasé allí y a la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar con James, a las siete y media, en la mesa de la cocina vi una lista de «faenas» que había que hacer. Entre ellas figuraban comprar comestibles, pasar la aspiradora, fregar el lavabo y cortar la hierba; y todo escrito con una caligrafía que no reconocí.

—No te importa, ¿verdad? —dijo James cuando vio mis cejas arqueadas—. Su cuidadora estará de vacaciones una semana y ya sabes cómo es ella con su artritis y su agorafobia.

¿Artritis? Cuando salió echando chispas de la habitación el día que James y yo llegamos tarde para celebrar la hoy malhadada comida, me pareció muy ágil.

—Además —añadió—, ahora que te han reducido la jornada laboral, tienes mucho tiempo libre, ¿no?

Quise recordarle que él mismo me había sugerido montar un taller de costura en nuestro dormitorio, pero me mordí la lengua. Ayudar en la casa era lo menos que podía hacer, teniendo en cuenta la pelea que sin duda había habido para convencer a la madre de que me dejara vivir con ellos; además, era solamente una semana. Ya empezaría lo del taller de costura cuando volviera la cuidadora.

Cuando James volvió del trabajo, nueve horas después, tenía las manos escocidas y los antebrazos cubiertos de pinchazos de ortigas, pero había cumplido todos los encargos de la lista y en el horno burbujeaba alegremente un estofado. Parecía complacido y dijo que estaba seguro de que su madre y yo nos llevaríamos de perlas si nos dábamos una oportunidad. La verdad era que no la había visto en todo el día. Había oído crujir el suelo del descansillo hacia las nueve de la mañana, cuando había ido al cuarto de baño, pero aparte de eso, no le había visto el pelo. A la hora del almuerzo temí que estuviera enferma y llamé a su puerta para preguntarle si se encontraba bien y si le apetecía una sopa de tomate casera y un bocadillo de queso. Replicó que estaba «en perfecto estado de salud, gracias», y que le dejara la comida

en una bandeja, delante de la puerta. Hice lo que me dijo, volví a la planta baja y esperé en silencio en el pasillo. Cinco minutos después se abrió la puerta del dormitorio, vi unos pies calzados con zapatillas y la bandeja se desplazó a su habitación.

James no podía quitarme las manos de encima y en cuanto terminamos la cena (que la madre tomó en su cuarto una vez más), me arrastró al dormitorio y me arrojó en la cama. Chillé cuando me quitó la ropa y enterró la cara entre mis pechos, pero tuve que callarme cuando me puso la mano en la boca.

—Chist —susurró—. No queremos que mamá nos oiga.

Iba a replicarle cuando me arrancó las bragas y me penetró, con tanta fuerza que me di un golpe contra la cabecera. Ahogue una exclamación, de dolor y de placer. James me quitó entonces la mano de la boca.

—¿O sí queremos?

Y volvió al ataque.

Un rato después, mientras yacíamos el uno en brazos del otro, pegados por el sudor, me apartó el pelo de la cara.

—No sabes cuánto te eché de menos, cuánto eché de menos joder contigo cuando estuvimos separados.

—Yo también a ti. —Le pasé la mano por el ancho pecho y le rastrillé el vello con los dedos.

—Fue una tortura. —Me besó en la frente—. Estar en la cama solo imaginándote desnuda en tu cama, sin poder tocarte.

—Lo sé.

—¿Dormiste con alguien mientras estuvimos separados?

Lo miré a los ojos. Mirar a otra parte habría sido peligroso.

—No.

—¿De veras? ¿No tonteaste con nadie porque te sentías sola?

—No. —Desterré de mi cabeza la imagen de la cara de Steve apoyada en mi almohada—. Por supuesto que no.

—¿No besaste a nadie estando borracha?

—No.

—Vale. —Sonrió con la boca apretada—. Puedes contármelo, no me enfadaré. Yo me acosté con dos mujeres.

—¿Qué? —Sentí una punzada de dolor en el pecho. Nunca se me había ocurrido que James pudiera dormir con otra. Ni una sola vez.

—Que follé con un par de mujeres. —Se encogió de hombros—. No eran gran cosa. No estábamos juntos. ¿Y tú?

¿Lo decía en serio? ¿De veras no le importaba? Lo miré a los ojos, miré el pequeño círculo de sus pupilas, los iris de color gris. Nunca había podido adivinar lo que pensaba. Sus ojos eran impenetrables.

—No —mentí—. Yo no hice nada, ni siquiera di un beso. Te echaba demasiado

de menos incluso para pensar en tocar a otro hombre.

Sus hombros se desplomaron de alivio.

—Lo sabía —me estrechó entre sus brazos—. Sabía que eras especial. Sabía que mi madre se equivocaba. —Me apartó para mirarme—. Tampoco yo dormí con nadie. Lo dije por hacer una broma.

¿Una broma? Hundí la cara en su pecho y me tragué las lágrimas que me habían brotado. A mí no me había hecho ninguna gracia.

Capítulo 21

—¿Un musical? —Brian arquea una ceja—. Creía que detestabas los musicales. Ópera para idiotas, decías.

—¡No es verdad! Eso lo dices tú. Y no detesto los musicales, es solo que prefiero el teatro. Es cualquier caso, no es por mí. Es el cumpleaños de Jane.

—¿Y Eric tiene la gripe? ¿En mayo?

Estoy a punto de protestar aduciendo que hay una cantidad anormal de casos en ese momento y que el marido de Jane trabaja en una escuela, donde hay gérmenes por doquier, pero no resulta necesario, porque Brian se echa a reír y dice:

—Yo creo que Eric tiene la gripe de los rácanos, pero ¿quién podría reprochárselo? También yo preferiría estar agonizando a ir a un musical.

—Jane siempre ha querido ver el musical *Billy Elliot* —digo—. Es una de sus películas favoritas.

—Dile que en la calle hay una tienda de DVD. Se puede ahorrar las treinta libras y pico de la entrada o la barbaridad que cobren estos días en el West End.

—¡Brian! —finjo reñirle, pero sé por la sonrisa que hay en su cara que no va a poner pegas a que vaya a Londres. Es increíble la facilidad con que se ha tragado la mentira. Podría ir a cualquier parte y con cualquiera, y contar con su bendición.

—Llegarás un poco tarde, imagino —dice. Mira el reloj de péndulo—. Son ya las siete y aunque salgas ahora mismo, cuando llegues a la estación Victoria serán las ocho y media por lo menos.

—Lo sé —digo—. También a mí me sorprendió. Vamos a tener que cruzar Londres en taxi si queremos estar en el West End a las nueve. La función empieza más tarde de lo habitual porque un intérprete tiene que aparecer en el programa de entrevistas de Jonathan Ross.

Es una mentira horrorosa y que podría descubrir cualquiera que viera un poco de televisión y supiera que los programas de entrevistas están pregrabados, pero por suerte Brian ve la tele de uvas a peras. No solo piensa que es «veneno para el cerebro», sino que se queja de la gran cantidad de electricidad no sostenible que consume.

—Muy bien. —Asiente con la cabeza como si lo aceptara todo a pies juntillas y levanta los ojos cuando me pongo en pie y me aliso el vestido que he elegido para la velada. Es el vestido de fiesta más atractivo que tengo.

—Menos mal que te emperifollaste antes de que yo llegara —dice, arqueando una ceja—. Cualquiera diría que ibas a salir, fuera cual fuese mi opinión.

Aguardo la sonrisa que me confirme que está bromeando y, cómo no, la veo dibujarse en sus labios. No he dado nada por sentado en lo referente a esta noche, ni siquiera que Brian me dejara salir, pero los últimos días han transcurrido sin incidentes y sé que aprecia mucho a Jane.

—No pasa nada —dice—. Has estado con Charlotte todo el día y mereces una

recompensa. ¿Qué menos que divertirme un poco y salir por la noche? Supongo que te habrás tomado hoy la pastilla, ¿no? —añade, mirando el vaso de agua que hay en la mesa de centro.

—Claro que sí.

—¿Y estarás bien? ¿No te sentirás agobiada en los transportes públicos, siempre llenos de gente? Hace mucho que no vas a Londres. La capital está muy frenética estos días.

—¡Brian! —me echo a reír otra vez—. Estuve en Londres hace un par de meses. No creo que haya cambiado tanto.

—Es verdad. —Vuelve a mirar el reloj—. ¿Vendrá Jane a buscarte o me permitirás que te lleve a la estación?

Recojo el bolso, me cuelgo la chaqueta del brazo y me pongo los zapatos de tacón alto.

—Gracias, pero el taxi estará aquí en un par de minutos.

Brian vuelve a coger el periódico, cabeceando con buen humor.

—Que lo pases bien.

Me acerco a su sillón, me inclino sobre él y le doy un beso en la frente. Me mira con sorpresa y sus ojos azules buscan los míos.

—¿A qué viene eso?

—A que te quiero.

El reloj de péndulo del rincón marca el paso de los segundos mientras nos miramos largamente. Es como si no nos hubiéramos mirado desde hace mucho tiempo.

—¿Incluso a pesar de todo lo sucedido? —pregunta con voz suave.

—Incluso a pesar de eso.

Me pone la mano en la mejilla y me acaricia el pómulo con el pulgar.

—No te merezco, Sue.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Sí, sí me mereces.

Me veo reflejada en sus pupilas mientras sus ojos se mueven en sentido lateral. Soy diminuta y parezco cansada, preocupada y con un millón de años. ¿Cuándo habrá ocurrido? ¿Cuándo me volví tan vieja? ¿Y él? ¿No fue ayer mismo cuando paseamos cogidos de la mano por las orillas del Cefiso, hablando del futuro que íbamos a construir juntos?

—Yo también te quiero —murmura Brian—. No sé qué haría sin ti. No soportaría que te pasara algo. Me sentiría perdido. Totalmente perdido.

El pecho se me llena de calor y me llevo la mano al corazón porque soportar más es imposible.

—No voy a ir a ninguna parte, Brian.

—¡Y yo aquí pensando que te ibas a ir a Londres! —Ríe con ganas—. Pobre Billy Elliot. Apuesto a que arde en deseos de verte. Eres una veleta, Susan Jackson.

También yo me echo a reír. Cruzo la habitación y miro por la ventana. Estoy convencida de que acabo de oír un taxi entrando en el sendero del garaje. En efecto, una mancha amarilla se acerca a la casa y oigo un claxon.

—¡No me esperes levantado! —exclamo mientras salgo disparada de la sala de estar—. Volveré tarde, no lo olvides.

—Mándame un mensaje si surge algún problema.

¿Algún problema? Me vuelvo para saber qué ha querido decir, pero ya ha enterrado la nariz en el periódico. Ha sido solamente un comentario como cualquier otro.

En realidad, desearía que Jane estuviera conmigo. De ese modo no me sentiría como una apestada: una cuarentona que se pone en la cola de uno de los locales nocturnos más de moda de Londres con un montón de chavales que podrían ser sus hijos. Un guardia de seguridad se acerca, se detiene a mirarme y sigue andando para inspeccionar la cola.

Al principio pensaba que había exagerado la nota poniéndome el vestidito negro de John Rocha hasta la rodilla, de escote caído y bisutería en los hombros, pero fue una preocupación inútil. Comparado con los minúsculos pañuelos que las demás mujeres se ponen como si fueran vestidos, el mío es casi un burka. No creo haber visto nunca más carne femenina al descubierto, exceptuando la playa. Debemos de estar a cinco grados sobre cero, pero ninguna mujer parece sentir el frío que siento yo desde que me bajé del tren y que me obligó a ponerme la chaqueta y a echar de menos algún chal.

—Perdón —dice la esbelta rubia que me sigue—. ¿Tiene hora, por favor?

La mirada que lanza por debajo de las pestañas postizas está clavada en algún lugar que queda por encima de mi hombro izquierdo, pero estoy segura de que habla conmigo porque detrás de mí solamente hay una pared.

—Las diez y media —digo, hipnotizada por sus labios, que parecen neumáticos. Su bronceado es casi absoluto, a tono con el revestimiento de roble del guardarropa, y su maquillaje es tan impecable que parece hecho con aerógrafo. La cabellera rubia le llega a la cintura y abunda en volutas que le enmarcan la cara como una imitación de Farrah Fawcett.

—Graccccias. —Parpadea ligeramente.

—¿Vienes aquí a menudo? —Mi patoso intento de trabar conversación me da un tirón en las tripas.

—Todos los fines de semana. —Parece prendada de la nuca del joven que está tercero delante de mí.

—Buena música, ¿no?

—Está bien.

—¿Está animada la pista de baile?

Niega con la cabeza.

—No bailo. Con estos tacones no.

Le miro los pies y para mí es una sorpresa que pueda mantener la vertical.

—He oído decir que vienen muchos futbolistas —digo.

Sus ojos azules oscilan hacia mí. La intensidad de su mirada es desconcertante.

—Sí. ¿Por qué? ¿Vas detrás de alguno?

Me mira de arriba abajo, como si me viera por primera vez y, tras llegar a la conclusión de que represento para ella la misma competencia que Ann Widdecombe, vuelve a desviar la mirada.

—Esperaba ver a... —bajo la voz para que no se entere el resto de la cola— Alex Henri.

En su frente palpita una sombra de interés mínimo.

—Está bien.

Espero a que diga algo más, pero parece que eso es todo. Pasa media hora sin que nadie más me dirija la palabra.

—Lo siento, cariño. —El guardia de seguridad levanta la mano cuando me acerco al cordón dorado de la entrada—. Esta noche no.

Lo miro sin saber qué ocurre.

—¿Qué es lo que esta noche no?

Cruza los brazos.

—Hacerte la graciosa no servirá. Ahueca.

—No... lo digo en serio... no entiendo lo que ocurre. —Me vuelvo hacia la rubiales que está detrás de mí con la misma cara de aburrida que tenía media hora antes—. ¿De qué habla?

Encoge un hombro.

—Dice que te largues.

—¿Por qué?

Otro encogimiento de hombro.

—¿Es porque soy mayor? —El guardia de seguridad tiene más o menos la estatura de Brian, pero es tres veces más ancho, está calvo y se cubre en vano la papada con una cuidada perilla—. ¿Sabe que podría demandarlo por discriminación?

Su cara no cambia. Solo transmite indiferencia.

—¿Todavía estás aquí?

—Tiene que dejarme entrar, porque... —miro la calle, a la multitud que se aproxima al club, a las parejas que avanzan cogidas del brazo, a los grupos de chicas que se tambalean con sus largos tacones, las peñas de muchachos que ríen echando atrás la cabeza, a los turistas de ojos dilatados que consultan sus planos y sus iPhones, pero tengo la mente en blanco. A este individuo le importan un rábano Charlotte, Alex Henri y el accidente. Su trabajo consiste en dejar entrar a la gente que coincida con las instrucciones recibidas: gente «joven y guapa». Y yo no soy ni una cosa ni otra. Miro a la rubiales con desesperación, pero se encoge de hombros.

—Soy su agente —digo con un golpe de inspiración—. Y si no me deja entrar,

ella y todas sus guapas amistades se irán a... —le digo lo primero que me viene a la cabeza— a Whisky Mist.

Una amiga de la rubiales ahoga una exclamación a causa de la sorpresa, pero la propia rubiales impide que diga nada propinándole un codazo en la cintura. Le susurra algo al oído mientras el gorila de la entrada las mira de arriba abajo. Entonces me sonrío dulcemente.

—Pasa —dice, aparta el cordón y me indica con el brazo que entre en el club. Tiene los ojos fijos en el escote de la rubiales y ni siquiera parpadea.

Dentro está oscuro y me detengo en el vestíbulo, parpadeando para acostumbrarme a la diferencia de iluminación.

—Veinticinco libras —dice una aburrida voz de mujer. A mi derecha hay una taquilla protegida por un cristal ahumado y dentro, sentada, una mujer de pelo negro. Busco en el bolso, saco tres billetes de diez libras y se los deslizo por el mostrador. Sin decir palabra, los coge y me devuelve un billete de cinco. Como sigue sin decir nada, avanzo un paso hacia el bumba-bumba de música de baile y la raya de luz que se filtra por la doble puerta del final del pasillo.

—El sello —dice la recepcionista con un suspiro.

Me vuelvo.

—¿Perdón?

—Deme la muñeca. —Tiene los ojos apagados y muertos, como si en aquel momento prefiriese estar en cualquier otra parte del mundo. Pienso en mi sofá, en un libro, un vaso de vino y la blanda cabeza de *Milly* sobre mi regazo, y la comprendo.

Libero la mano de la doble vuelta del bolso, la meto por la ranura que hay debajo del cristal y la señora me sella la muñeca. Ahora soy la orgullosa portadora de un sello negro que pone «G». Me lo froto con el pulgar, pero la tinta no se corre. Tendré que encontrar la forma de borrarlo antes de llegar a casa.

Es como estar en un vagón de mercancías lleno de espejos esféricos. Tengo que hacer un esfuerzo para cruzar la puerta y entonces me quedo atascada, incapaz de dar otro paso por culpa de la densa muralla de cuerpos que llena el club. Está hasta los topes de personal y hace más calor que en unos altos hornos. Me mueva en la dirección en que me mueva, me golpean, me empujan y me dan codazos. «¿Qué?», gritan todos por encima del chungu-chungu de baile que impregna el ambiente. «¿Qué dices?»

La barra ocupa todo un lado del local: oro, destellos y botellas de todos los tamaños, formas y colores desde el suelo hasta el techo. Camareras de una belleza inverosímil van de aquí para allá, cogen vasos, abren frigoríficos y sirven bebidas como modelos que desfilaran por una pasarela de tema alcohólico. En la pared opuesta hay asientos, reservados tapizados en cuero negro y taburetes negros que gruñen bajo el gentío sentado alrededor de mesas bajas con tablero de cristal ahumado. Oigo por encima a una muchacha que explica a su amiga que no está permitido sentarse a las mesas, a menos que se consuma una botella de champaña de

quinientas libras u otra de vodka de trescientas. No me extraña que haya tanta gente de pie en el centro, apelotonada en el estrecho espacio que queda entre los asientos y la barra. No me molesto en pedir bebida. En vez de eso, avanzo centímetro a centímetro entre la multitud hacia el otro lado del club, donde veo el tramo inferior de unas escaleras. El acceso está vedado por un cordón y dos gorilas de seguridad: seguro que por allí se va a la zona vip.

—¡Hostia! —oigo cacarear a mi derecha—. Tú eras la que estuviste mareándome con Alex Henri, ¿verdad? ¡Menuda cara de determinación pusiste! —Giro sobre mis talones. Mi amiga neumática de la cola me sonrío—. ¡Es mi agente! —dice a su amiga, que recibe un codazo y se ríe como si no hubiera oído un chiste mejor en toda su vida—. Jasmine —dice alargándome la mano.

Se la estrecho.

—Sue. Gracias por apoyarme fuera. No sé qué hubiera hecho sin ti.

Sonríe.

—Tranquila. Si el gorila hubiera hablado a mi madre como te habló a ti, le habría partido la cara. Qué grosero fue el cabrón.

Le devuelvo la sonrisa, sin saber cómo continuar la conversación, pero Jasmine llena el vacío.

—Bien —dice mirando hacia las escaleras y a los gorilas de seguridad, que en aquel momento alejan a tres chicas medio desnudas—. ¿Qué planes tienes para llegar hasta Alex?

Niego con la cabeza. La verdad es que no había pensado en este particular desde que salí de Brighton. Había supuesto que conseguiría hablar con él de un modo u otro o al menos hacerle llegar un mensaje, aunque no lo he visto todavía. Las escaleras conducen a la galería que queda por encima de nosotras, pero descontando unos cuantos pares de piernas, no veo nada por entre los espigados barrotes de la barandilla. Ni siquiera sé si Alex Henri está allí o no.

—¿Por qué no me presentas? —pregunto, mirando hacia atrás, hacia Jasmine.

—¿Yo? —Echa atrás la cabeza y ríe como una verdulera—. Querida, si yo conociera a Alex, ¿crees que estaría aquí hablando contigo? Sin ánimo de ofender.

—No me has ofendido. Es solo que... quiero decir que con todo tu glamour, podrías pasar por modelo y el gorila de seguridad tal vez piense que ganas suficiente dinero para tener una agente, así que...

—¿Me quieres llevar al huerto? —Vuelve a reír y entonces parece localizar a alguien al otro lado de la sala, porque se aferra con frenesí al brazo de su amiga—. Conoces a aquel tipo, ¿verdad? —dice, volcándose sobre ella—, es aquel del que te hablé y que parece un cruce entre Andy Carroll y el que hace de Ben en *Hollyoaks*. ¡Está aquí y está solo el hijoputa!

Tira de su amiga y se introduce en cuña en la multitud sin siquiera mirar atrás. Su repentina desaparición no me ofende. En realidad, le estoy más que agradecida por haberme ayudado a entrar en el club. Vuelvo a mirar hacia las escaleras. Entraré en la

zona vip aunque sea lo último que haga.

Jueves, 21 de mayo de 1992

No puedo creer que durante casi un año no haya escrito ni una sola palabra en mi diario. Al principio lo escondí en el cajón de la máquina de coser porque no quería que lo viera James y luego imagino que lo olvidé hasta ahora. Pues sí, ha pasado casi un año desde que escribí la última anotación y la misma cantidad de tiempo desde que me mudé a la casa de James. Me gustaría decir que mi vida es maravillosa, que estoy más delgada, que soy más feliz y que me siento más amada que nunca, pero la verdad no tiene nada que ver con esto.

No sé cómo he llegado a esto. Me siento atrapada, infeliz y más sola que en toda mi vida. Creo que mi vida ha entrado en un circuito cerrado: me levanto, me ducho, me pongo los tejanos y una camiseta (tamaño dieciséis, he engordado diez kilos desde que me mudé), desayuno con James y su madre (empezó a asomar la cara a los tres días de mudarme, pasado ya su enfurruñamiento) y realizo las faenas de la lista que me entrega. Si tengo suerte, en la lista figura un viaje al supermercado, lo que quiere decir que puedo verme entre personas de verdad, pero lo normal es que se me obligue a limpiar y a ayudarla en sus necesidades personales (su cuidadora, si existió realmente, no reapareció después de sus presuntas vacaciones), y a quedarme sentadita y callada en la sala de estar, «haciéndole compañía», mientras ella devora todas las teleseries que dan por el día. También yo me he acostumbrado a verlas, sobre todo para no ver el horrible batik que cuelga de la pared de enfrente y que me mira con sus grandes ojos vacíos. Parecerá ridículo, pero me produce malas vibraciones. Vaya donde vaya, siempre me mira.

A diferencia de nuestros primeros meses de convivencia, James ya no entra corriendo cuando vuelve del trabajo para estrecharme entre sus brazos. Ya no soy su «ángel» ni su «gatita». Apenas se da cuenta de que existo. En cuanto a la sexualidad, casi ni me acuerdo de la última vez que hicimos el amor. Ya no dormimos desnudos y cuando sale del cuarto de baño, me dice «buenas noches» y se vuelve de espaldas. Al cabo de cinco minutos se ha dormido.

Empecé a preguntarme si la culpa era mía. No puedo dejar de comer productos que me tranquilizan (sobre todo chocolate, cuando vuelvo andando del supermercado. Ya no subo al autobús, me da claustrofobia) y pensaba que a lo mejor había dejado de gustarle. Un día quise ponerme un vestido en vez del uniforme habitual que llevo, a base de tejanos y camiseta, pero cuando volvió James del trabajo y me vio, negó con la cabeza y dijo que debería comprarme una talla mayor si no quería que se me vieran michelines por todas partes. Corrí al dormitorio y lloré.

James todavía cuida su aspecto. Todos los domingos, antes de los ensayos, y un par de veces a la semana, pasa más de una hora en el cuarto de baño y aparece envuelto en una nube de desodorante y loción para después del afeitado, con una toalla alrededor de la cintura, y luego pasa otros diez minutos planchándose una camisa, veinte minutos arreglándose el pelo, y cuando al final le digo que tiene muy

buen aspecto, se va. Estoy convencida de que tiene una aventura, seguramente con Maggie, pero si me atrevo a decirle algo, da la vuelta a la situación y me acusa de flirtear en el trabajo con los clientes (Jess me despidió del anterior empleo y hace seis meses entré a trabajar en Tesco). Yo quería volver a dar clases de inglés para extranjeros, pero James dijo que no quería que me desplazara sola a North London. Además, dijo que su madre me necesitaba y que si trabajaba cerca de casa podía volver rápidamente si había una emergencia. Aquello tenía sentido, pero de todos modos discutí con él. No quería trabajar en Tesco. Tenía un título. Era profesora de inglés y modista con experiencia, no una cajera. James no me escuchó. Por el contrario, tergiversó mis palabras y me acusó de ser una esnob, demasiado malcriada para vivir sin comodidades con gente normal durante un par de meses, mientras me recuperaba.

Aquello me ofendió, pero me cogió las manos y me dijo que estaba bien tener ambiciones, pero que el taller de costura no se pondría a flote inmediatamente y que había que tener un poco de paciencia. Me habría echado a reír si no hubiera sido tan incrédula. No había tocado la máquina de coser desde hacía meses y las exigencias de su madre tenían la culpa.

Añoro tanto a mi madre que me duele el corazón. Hace una eternidad que no la veo, pero es que no ha habido ni tiempo, ni dinero ni ocasión. Hace unos meses la llamé un par de veces, pero estaba tan alterada y confusa que me sentí fatal, como si yo fuese la causa de su inquietud. Desde entonces no la he llamado, me atormenta la culpa y temo que crea que la he abandonado.

También he estado a punto de llamar a Hels, docenas de veces, pero siempre cuelgo cuando empiezo a oír los timbrazos. No soportaría oírle decir «te lo dije» ni que me recordara el tiempo y el dinero que ella y Rupert dedicaron a ayudarme a superar lo de James, para que todo quedase en agua de borrajas. Además, ¿de qué puedo quejarme? No paso hambre, no me pegan y no me obligan a dormir en la leñera. Tengo un empleo, comida para comer, un techo que me cobija y un cuerpo caliente con el que comparto la cama. A veces salimos James y yo, por lo general al teatro, al cine o a un restaurante con su madre (detesta quedarse sola en casa), y cuando está de buen humor, vuelvo a enamorarme de él. Me guiña el ojo en la mesa, me pone una mano en la rodilla y me susurra al oído que le gustaría llevarme a los servicios para pegarme un polvo. Claro que nunca lo hace, pero son esos momentos —y que él me abraza de vez en cuando por la noche— los que me retienen aquí, los que me hacen pensar que todavía me quiere profundamente y que lo único que pasa es que hemos caído en una especie de rutina doméstica y que necesitamos reorganizarnos para que me vea como me veía antes de vivir juntos. Yo misma he caído en esta situación y necesito salir de ella.

No le he dicho a James nada de esto, pero he empezado a ahorrar parte del salario que cobro en Tesco para poder pagarme una habitación amueblada, como antes. No es mucho porque a él le doy 200 libras al mes para el alquiler y la misma cantidad

para la comida (dijo que solo me permitiría vivir aquí gratis hasta que empezara a ganar dinero otra vez), pero el pequeño fajo de billetes que guardo en la mochila empieza a crecer. Creo que tengo ya unas doscientas libras ahorradas, muy por debajo de lo que necesito para dejar un depósito y alquilar una habitación, pero todo se hará con el tiempo. ¿Con seis meses quizá? Eso es lo que me sostiene, saber que hay una luz al final del túnel. Cuando tenga casa propia podré trabajar en Tesco la jornada completa, porque no tendré que cuidar de la madre de James, y podré comer sano nuevamente y perder algunos kilos. Incluso podría hacer amistad con algunas chicas del trabajo. Hay dos que me han sonreído, pero tengo tanto miedo de que crean que soy una esnob cuando hablo, que apenas abro la boca (James dice que hablo tan bien que la gente me considera pedante). Antes era muy parlanchina. Me acuerdo de mi primer día con los Abberley Players y de las bromas que gastaba con todo el mundo. Añoro a la mujer que era antes. Y no dejo de pensar que quizá James también.

Capítulo 22

—Mi hija tiene siete años y está en coma —digo, esperando que el mismo argumento que me sirvió con la secretaria de Steve Torrance funcione con el gorila del Greys—. Y Alex Henri es su jugador favorito. Solo quiero que me grabe unas palabras, que diga «ponte bien pronto, Charlotte» y me marcharé. Sinceramente, entraré y saldré de la zona vip sin que nadie se entere.

El guardia de seguridad cruza los brazos, pero no me mira. Sigue vigilando al gentío de la barra.

—Por favor, está muy enferma.

—Mira, cariño —por fin me mira a los ojos—, puede que tu hija esté exhalando el último suspiro, pero no voy a dejarte subir por esta escalera. Si te dejas a ti, tendré que dejar a todo el mundo.

—Pero los demás no tienen hijas enfermas. Por favor, esta mañana hablé con su agente y me dijo que podía acercarme a él.

—¿Cómo se llama esa agente?

—No me lo dijo.

Arquea una ceja.

—Qué casualidad.

Miro a su colega con ojos de súplica. Lleva anillo de casado y tiene un tatuaje de «Connor» en el cuello.

—Usted parece un hombre de familia. ¿Tiene hijos? —El individuo no responde. Ni siquiera acusa el hecho de que le he puesto la mano en el antebrazo—. ¿Verdad que haría cualquier cosa para proteger a sus hijos? ¿Cualquier cosa para hacerlos felices? ¿Para que conserven la salud? Yo quiero lo mismo para mi hija. Quiero que despierte y haré lo que sea para que eso ocurra. Lo entiende, ¿verdad que sí?

Sus ojos se vuelven hacia mí. Son oscuros y los tiene medio ocultos por los párpados en su cara grande, redonda y carnosa.

—¿Harías *lo que sea*?

—Desde luego.

Me mira de arriba abajo y sonrío. Veo el destello de un incisivo de oro.

—¿Me chuparías la polla?

Dejo escapar un ruido situado entre la risa y la exclamación.

—Yo... —No sé qué decir. Ignoro si habla en serio o en broma—. Yo...

—¿Cuánto le vas a pagar para que te chupe la polla? ¿O es ella quien va a pagarte?

Detrás de mí hay un hombre alto y rubio, con camisa blanca, tejanos oscuros y una cazadora negra de aspecto caro. Me mira de arriba abajo. Entonces advierte la mirada del guardia de seguridad casado y se echa a reír.

—¿Qué es esto, la noche de magrear a las abuelas? Joder, Terry, has caído muy bajo, ¿no?

Espero que el guardia de seguridad le dé un puñetazo en la nariz o al menos que le ordene salir a la calle. Pero se ríe también con buen humor y desengancha el cordón de terciopelo.

—Pillo lo que puedo, Rob, sobre todo si no hay que pagar por ello.

—Disculpe. —Doy un paso lateral y me coloco entre el cordón y «Rob», estirando todo lo que puedo mis ciento sesenta y cinco centímetros de estatura—. Soy una persona, ¿se entera? Y tengo oídos.

—¡Tiene oídos! ¿No te jode? —Mira hacia atrás, hacia la gente que se ha agrupado a sus espaldas y ríe estentóreamente—. Eres de las quisquillosas, ¿eh, querida? ¿Qué te ha pasado? ¿Te has perdido camino del bingo?

—¿Es usted siempre así de grosero o solo lo es con las mujeres demasiado mayores para dejarse impresionar por una cara bonita y una indumentaria elegante?

—Ooooh. —La cara se le ilumina de placer al oír el espontáneo cumplido—. Ya lo entiendo. No buscas a los niños bonitos, te van más los tipos rudos como Terry. —Da un codazo al guardia de seguridad.

—La verdad es que no me interesa ninguno de ustedes. He venido para ver a Alex Henri.

—Una entusiasta de los franceses, ¿eh? Te gusta lo extranjero, ¿verdad, abuelita?

—Deje de llamarme así, cretino engreído. —Las palabras me salen de la boca antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesarlas.

Terry da un paso hacia mí y me pone una mano de aviso en el hombro, pero Rob le indica que desista con un ademán.

—Déjala, Tez. —Me mira de arriba abajo y entorna los ojos—. Alex Henri, ¿eh? ¿Es al que quieres conocer?

Asiento con la cabeza, pero no digo nada.

Mira a su colega.

—¿Has visto alguna vez a Alex con una puta tan vieja?

Aprieto el puño en la espalda, conteniendo el deseo de darle un bofetón en la cara altanera que tiene. El gorila se encoge de hombros para no comprometerse.

—Dejad que pase. Será divertido. —Rob hace una seña a Terry con la cabeza y este arquea las cejas, pero retrocede para dejarme subir por la escalera. Doy un paso al frente.

—Vete, abuelita. Mátalo a polvos —dice detrás de mí mientras subo los peldaños de dos en dos. Cuanto antes hable con Alex Henri y me vaya, mejor. Hay algo horriblemente claustrofóbico en este club; el techo es demasiado bajo, hay demasiada gente y hace demasiado calor. Cuando llego arriba se me ocurre que si se declarase un incendio, la mitad de la clientela moriría en el intento de escapar por la pequeña puerta. Me esfuerzo por contener la tentación mientras encojo el pecho para pasar junto a un grupo de hermanas gemelas de Jasmine y rodeo a dos sujetos corpulentos que tienen la nariz rota y parecen boxeadores. Lo que menos necesito en este momento es un ataque de pánico.

La sección vip está más abarrotada aquí arriba que la de la planta baja y tardo diez minutos en llegar a los asientos de la pared del fondo, abriéndome paso entre los cuerpos. Pierdo la cuenta de la cantidad de mujeres con tipo de modelo que veo y la de los hombres con aspecto atlético que beben champaña, bailan en las sillas y dan vueltas los unos alrededor de los otros. Mientras me abro paso entre el gentío advierto más de una mirada de perplejidad. Nunca me he sentido más vieja, más fea, más gorda ni más fuera de lugar en toda mi vida, pero sigo avanzando.

—Alex Henri —murmuro el nombre nada más verlo.

No estaba segura de reconocerlo por un par de fotos en Internet y el cartel de la pared de Charlotte en que estaba medio desnudo, pero sus ojos pardos y sus afilados pómulos son inconfundibles.

—Discúlpeme, discúlpeme, por favor. —Me doblo, me pongo de lado y cruzo con el codo por delante el cordón de cuerpos que rodea su mesa—. Tengo que hablar con Alex.

Me dirigen incontables miradas obscenas, encajo un golpe en la cadera y algo que espero que sea vino blanco me cae en la espalda del vestido, pero consigo pasar y de repente estoy a un metro de él. Solamente nos separa una mesa baja con tablero de cristal ahumado y lleno de botellas de champaña, un cubo con hielo y copas.

—Alex.

Ni siquiera me mira. Tiene una esbelta morena a un lado y una rubia voluptuosa al otro, y el grupo está flanqueado por un ejército de hombres y mujeres bien parecidos. A esto es a lo que aspiran los adolescentes, me digo mientras la mesa me corta las espinillas y el vino blanco me empapa la tela del vestido y me resbala por la espalda, formando un charco en mis riñones. Para esto quieren crecer, para ser «ricos» o «famosos» y no médicos, abogados o azafatos. En la puerta habrá ya seguramente una docena de paparazzi esperando hacer fortuna con la foto de un futbolista saliendo cogido de la mano con una mujer que no es su esposa o de una moza fascinante que enseña la ingle sin bragas cuando sube a un coche. Pero Charlotte no pensaría en nada de esto cuando le presentaron a Alex Henri, no tendría en cuenta el lado oscuro de este estilo de vida, la superficialidad, la mentira, los problemas con las drogas y el alcohol, los parásitos. Se sentiría fascinada por las sonrisas de anuncio de dentífrico, los peinados voluminosos, la ropa de diseño y las billeteras abultadas. ¿Y quién podría reprochárselo? Esto está a miles de kilómetros de la vida que lleva normalmente.

—¡Alex Henri!

Gritar su nombre le hace reaccionar y levanta los ojos. También llama la atención de varios amigos suyos.

—¡Eh, Alex, ya es hora de irse a la cama! —exclama uno y los demás se desternillan de risa.

—Tu mami dice que ya no te deja jugar más —exclama otro.

Hay un coro de impertinencias y bufidos. Alex también sonrío, pero por su forma

de manosearse los gemelos me doy cuenta de que está nervioso. No sabe quién soy ni qué quiero.

—Por favor, señora —dice, mirándome a los ojos—, por favor, ¿puedo quedarme una hora más? Prometo ser un buen chico.

La morena de su derecha estalla en carcajadas y escupe el champaña que tiene en la boca, y un hombre alarga la mano por encima de la mesa y choca los cinco de Alex.

—Tengo que hablar con usted acerca de mi hija —continúo—. Me llamo Sue Jackson. Mi hija se llama Charlotte. La conoció usted hace unas semanas. Usted... los dos pasaron un rato juntos.

—¿Charlotte, dice? —Saca un móvil del bolsillo interior de su chaqueta y pulsa unos botones. Contengo la respiración, mi corazón está lleno de temores—. Hace unas semanas. Charlotte... —Levanta la vista y niega con la cabeza—. No, aquí no dice nada sobre haber follado con una británica gorda.

Durante un segundo no entiendo a qué se refiere, pero entonces caigo en la cuenta. Cree que Charlotte es como yo. Pienso en mi guapa y esbelta hija tendida en la cama del hospital y la ira me enciende el pecho.

—Mi hija se llama Charlotte Jackson —repito sin titubear—. Usted la conoció el nueve de marzo. Tiene la misma estatura que yo, pero es joven, rubia y guapa. Tiene los ojos verdes más luminosos que haya visto usted en la vida. Tiene un aspecto muy distinguido.

Alex se encoge de hombros.

—Conozco a muchas mujeres guapas. —Desvía la mirada hacia la rubia de su izquierda y la rodea ociosamente con el brazo. La mujer se acurruca contra él con gratitud y se ríe por algo que el hombre le susurra al oído. Los amigos del futbolista dan media vuelta y cada uno vuelve a su copa de champaña. Durante cinco segundos los he entretenido, pero Alex ha dado a entender que la función ha terminado.

—La llevó usted a los lavabos del club, Alex.

Todos se quedan en silencio. La rubia me mira con cara de sorpresa, un hombre con camiseta gris y cruz de plata al cuello dice: «¡Entra, hijo!» y Alex Henri me mira con cara impávida. Por el rabillo del ojo veo que un calvo de traje oscuro y corbata lila arruga el entrecejo y trata de llamar la atención de Alex. Me parece conocido, pero no sé a qué se debe.

—Se la llevó usted a los lavabos —repito—. Quiero saber qué ocurrió.

—¿Qué coño cree que ocurrió?

—¿Quieres que te lo enseñe, abuelita?

—El muchacho le leyó una historia para no dormir, ¿verdad, Alex?

Recibo los comentarios como fuego graneado. Las carcajadas han cesado y el aire se carga de agresividad. Los parásitos piensan que estoy metiéndome con su anfitrión y están a la defensiva. Miro al suelo un segundo. Cuando levanto los ojos me he puesto una coraza emocional invisible. Siguen lanzándome insultos, pero ahora me

resbalan.

—Me gustaría hablar a solas con usted, Alex, se lo pido por favor —digo sin inmutarme—. Mi hija está en un hospital, muy enferma, y creo que lo que ocurrió aquí el sábado por la noche tiene algo que ver con su estado.

—Ya basta. —Alex se pone en pie, su cara da pena, ha desaparecido todo rastro de diversión. Mira hacia un rincón de la sala y chasca los dedos.

—Por favor —insisto mientras dos gorilas de seguridad vienen hacia nosotros—. Concédame solo cinco minutos de su tiempo. No voy a acusarlo de nada. Necesito averiguar...

Me quedo sin aliento cuando tiran de mí hacia atrás, me sacan de la masa de cuerpos, me alejan de la mesa, de Alex.

—¡Tenía quince años! —grito mientras me llevan a la fuerza hacia las escaleras—. Era menor de edad, Alex. ¡Solo quince años! —repito mientras me arrastran por el club—. Alex Henri, tenía quince años.

La gente ha dejado de hablar y me mira. La música continúa con su incesante bumba-bumba-bumba, pero habría dado igual si todo hubiera estado en silencio. Todos los ojos se han posado en mí. Una chica se ríe por lo bajo.

—Tu mamá ha vuelto a mearse —dice alguien. Un hombre ríe a carcajadas y escupe la cerveza.

La humillación puede más que yo y dejo de gritar.

—¡Basta ya! —Clavo los tacones en la moqueta y me revuelvo para soltarme de los gorilas que me sujetan por los brazos—. ¡Ya basta! Me voy. No necesitan echarme.

Se miran y me sueltan sin tenerlas todas consigo.

La multitud me deja pasar cuando me pongo en movimiento, los gorilas me siguen a corta distancia y me dirijo a la salida. El portero con el que discutí antes se lleva la mano al auricular que tiene encajado en la oreja y desengancha el cordón.

—No vuelvas por aquí —me susurra cuando salgo. No digo nada y sigo andando con la cabeza muy alta, dejo atrás la cola, sigo calle abajo y doblo la esquina. Entonces se me doblan las rodillas y me desplomo en un portal. Me siento en el peldaño de la entrada y me cubro la cara con las manos. ¿Cómo he llegado a esto? Mentir a mi marido, ridiculizada por extraños, humillada en público. ¿Qué ha sido de Susan Anne Jackson, matrona de cuarenta y tres años y respetable esposa de un político? ¿Quién es la criatura desesperada, la figura ridícula que ha ocupado su lugar? Puede que haya salido de Greys con la cabeza muy alta, pero eso no me ha impedido ver el asco y el desprecio que había en los ojos de la gente ante la que pasaba. ¿Qué ocurrió allí, Charlotte? ¿Fue tan horrible como lo que me ha ocurrido a mí? Me paso las manos por la cara. ¿O fue peor?

Enderezo la espalda y miro el reloj. Son más de las doce. Si no me doy prisa perderé el último tren de Brighton y Brian querrá saber por qué. Me levanto despacio, me estiro la falda, me cuelgo el bolso del hombro y echo a andar calle abajo, con la

barbilla pegada al pecho, los brazos cruzados para protegerme del frío. Cada dos minutos hago señas a un taxi que pasa, pero el vehículo se aleja sin hacerme caso. Solo cuando llego al final de la calle me doy cuenta de que no sé qué dirección tomar. Miro a mi alrededor, en busca de algo que me oriente, pero lo único que veo es el rótulo iluminado de una estación de metro al final de un callejón que discurre a mi derecha entre dos grandes edificios victorianos. La miopía me impide descifrar el nombre sin las gafas, pero imagino que es South Kensington. Si me doy prisa, tal vez consiga llegar a la estación Victoria con el metro. Un taxi viene lanzado hacia mí, sus faros me deslumbran, levanto el brazo, pero pasa por mi lado pisando charcos y salpicándome, y desaparece en la oscuridad con el rótulo «libre» bien visible. Miro atrás por el callejón, me froto las manos y los brazos. El metro está por allí.

Echo a correr por la calle con toda la rapidez que me permiten los tacones, con los ojos fijos en el iluminado rótulo de la estación. Voy por la acera, pegada a los altos edificios de mi derecha, y aprieto el paso. He recorrido ya medio callejón y ya no veo las luces de las farolas y los coches de la calle que he dejado atrás. Sombras alargadas y formas imponentes surgen de ninguna parte. No hay viviendas, ni hay reflejos parpadeantes de televisores, ni siquiera el débil resplandor de las lámparas de mesa que suelen poner calor en las cortinas de las ventanas. Solo bares, tablas y contraventanas que crujen y se cierran de golpe cuando paso corriendo. Oigo rodar una lata por la calle y sufro un sobresalto. Miro atrás para ver de dónde procede. En el otro extremo del callejón ha aparecido un hombre. Su perfil destaca sobre el fondo borroso de la calle principal. Es una figura ancha de espaldas, de caderas estrechas y avanza hacia mí. No parece un hombre que haya salido a dar un paseo por la noche londinense, es un hombre que se mueve con rapidez pero no quiere llamar la atención. Espero que cambie de dirección, que cruce la calzada y se ponga en la otra acera; muchos hombres lo hacen para tranquilizar a las mujeres que andan solas de noche, para indicarles que no tienen nada que temer; pero el individuo no hace eso, antes bien acelera el paso. Vuelvo a mirar el rótulo de la estación. Está a unos doscientos metros de donde me encuentro. Echo a correr. El ruido de mis tacones en el firme de la calle retumba en todo el callejón, clic-cloc, clic-cloc, clic-cloc. Segundos después oigo un contrapunto, zum-zum-zum: el hombre también corre. Ha acortado la distancia que nos separa. Viste una parka de corte militar, lleva la capucha echada sobre la cara, pero distingo la forma de su barbilla. Es ancha y fuerte, con una hendidura en el centro.

Sigo corriendo. El aire frío de la noche me azota la cara, se prende a mi vestido, tira de mí, frena mi velocidad, aunque corro todo lo que puedo sin perder de vista la estación. Por la calle que cruza el callejón veo pasar una mujer con gorra de béisbol y cazadora vaquera, grito, deseo que se vuelva y me vea, deseo que me ayude, pero de mi boca no brota ninguna palabra. El único sonido que oigo es el jadeo áspero de mi respiración y el golpeteo del calzado deportivo de mi perseguidor sobre la acera. Ya se acerca. Siento que reduce la distancia, siento su mirada, sus ojos traspasándome la

nuca. Cada vez más cerca, a un centenar de metros aproximadamente...

¡No! Un hombre con chaleco amarillo de seguridad corre la reja metálica que cierra la entrada del metro.

¡Alto!

Quiero gritar, decirle que espere, que me deje entrar, pero desaparece por una puerta lateral y la cierra. Salgo del callejón y piso la calle perpendicular, que es más ancha. Jadeo, me queman los muslos y tengo una especie de rampa en el costado, pero sigo corriendo, hacia la izquierda, en pos de la mujer que he visto hace unos momentos y que ahora veo que lleva puestos unos cascos de oír música. No se vuelve. Al otro lado de la calle hay una asiática entrada en años que me mira con curiosidad, pero cuando trato de llamar su atención, desvía los ojos. Piso la calzada, quiero ir tras ella, pero llega un coche a toda velocidad y me veo obligada a saltar hacia atrás, a dejar de correr.

—Sue —murmura un hombre detrás de mí y mi cuerpo se paraliza. No puedo mover ni un músculo. Soy incapaz de articular palabra. Ni siquiera puedo respirar. Pasan coches y espero—. Sue.

Miércoles, 12 de agosto de 1992

Tengo que escribir esto aprisa porque James ha salido pitando hacia el hospital y no sé cuándo volverá. Esconder el diario en la habitación de costura se ha vuelto peligroso, así que ahora lo escondo debajo de una tabla suelta del suelo del vestíbulo. De este modo, si me ocurriera algo y la policía registrara la casa, lo encontrarán y la verdad sobre James y lo que me hizo saldrá a la luz.

Así que tengo que decirlo con toda la claridad posible: creo que tiene intención de matarme.

No sé cuándo ni cómo, pero dijo que preferiría pasar el resto de su vida en la cárcel a imaginar que me abro de piernas ante otro hombre y, teniendo en cuenta lo que le hizo al hombre con el que me acosté, no tengo motivos para dudar de sus amenazas.

Es la primera vez que me deja sola desde la noche del domingo, pero me ha dejado pocas posibilidades de fuga. Ha cerrado la puerta con llave, ha desconectado el teléfono y no puedo pedir ayuda a nadie ni dar golpes en las paredes, porque la pareja que vive al lado se ha ido de vacaciones y en la otra casa no vive nadie. He comprobado todas las ventanas, dos veces, pero están herméticamente cerradas y la puerta trasera es de cristal doble y no podría echarla abajo con el hombro. Hace una hora estuve gritando por el buzón de la puerta a una mujer que pasaba por la calle con el carrito de la compra, pero no dio señales de oírme. Supongo que el tráfico ahoga todos los demás ruidos o que la casa está demasiado metida en la acera para que nadie me oiga.

Ya ni siquiera puedo pedir ayuda a la señora Evans, en el caso de que quisiera dármele, porque no está en la casa. Tuvo un ataque al corazón mientras yo estaba en York visitando a mi madre. Por eso ha ido James al hospital, para verla. Y estoy prisionera aquí y no puedo hacer otra cosa que escribir.

Volví de York el domingo por la tarde, de un humor excelente. Finalmente había podido visitar a mi madre gracias a las cincuenta libras que me dio James para el tren (creo que le interesaba que me fuese para pasar él el fin de semana con quien se esté follando últimamente) y mamá estaba de mejor ánimo que la última vez que la había visto.

Mamá me preguntó cómo estaba y no tuve valor para decirle la verdad. Le dije que era muy feliz con James, que nos habíamos comprometido (lloró cuando le enseñé el anillo y dijo que ojalá viviera mi padre para ser mi padrino de boda) y que mi taller de costura iba viento en popa. Fue tan convincente la mentira que le conté que hasta yo me la creí, y cuando me senté en el tren de vuelta, estaba radiante de alegría. Ardía en deseos de llegar a casa para contarle a James los detalles de mi visita, incluso me proponía sacar un poco de tiempo, mientras la señora Evans hacía la siesta, para poner en orden mis telas. Era como si salir de Londres me hubiera limpiado el cerebro de niebla. No era una persona descuidada ni me sentía una

víctima. Simplemente me había deprimido un poco por todo lo que había sucedido. Necesitaba un poco de espíritu combativo, recuperar el optimismo y podría darle la vuelta a la tortilla. Además, tenía ahorradas casi trescientas libras. Con la caja de galletas que mamá me había puesto en las manos antes de irme (contenía casi doscientas libras en arrugados billetes de valor diverso), casi había suficiente para depositar la fianza y pagar el primer mes de alquiler de una habitación amueblada. Cuando el tren entró en King's Cross pensé que quizá ya no tendría necesidad de trabajar la jornada completa en Tesco. Si vivía con James y su madre otros dos o tres meses y mi pequeño taller se ponía en marcha, me bastaría el trabajo por horas para pagar el alquiler.

—James —dije cuando abrí la puerta de la calle y entré en el oscuro vestíbulo—. James, ¿estás en casa? He pasado dos días maravillosos.

La luz roja del contestador telefónico estaba parpadeando en la oscuridad reinante, pero apenas reparé en él mientras dejaba la maleta, me ponía las zapatillas de pana para estar por casa y volvía a la sala de estar. La colgadura mural con la máscara negra me sonrió con maldad cuando miré a mi alrededor, pero aparte de eso, la habitación estaba vacía.

—¿James? ¿Señora Evans?

Miré la hora. Las siete y media de la tarde. Era muy probable que James hubiera decidido quedarse en el teatro para tomar unas copas después del ensayo, pero su madre debería estar en casa. Los domingos por la tarde normalmente se instalaba en la salita, para ver el programa religioso Songs of praise. ¿Estaría en el lavabo? ¿Dando una cabezada en su habitación? La casa estaba anormalmente silenciosa y me sentí una ladrona que se paseara de puntillas, sin atreverse a respirar para no alterar la paz.

—¿Señora Evans? —El cuarto de baño estaba abierto y llamé con los nudillos, muy nerviosa, en la puerta de su dormitorio—. Señora Evans, ¿se encuentra bien?

No hubo respuesta, así que me asomé. La cama estaba hecha, las cortinas corridas y todo parecía normal, a excepción de... Me acerqué al tocador. Faltaba el cepillo de nácar de Margaret. También faltaba la cajita de piel marrón que contenía los útiles de la manicura y el pequeño joyero con su alianza y el anillo de compromiso. ¿Adónde habría ido? No sabía conducir, la aterrorizaba salir de casa y cuando se reunía con sus amistades —cosa realmente rara, tanto que yo solo recordaba que hubiera ocurrido dos veces en todos los meses que llevaba viviendo con ella—, eran ellas las que acudían a la casa.

Me encogí de hombros mientras me dirigía al cuarto de costura. Si James y la señora Evans habían salido de casa, ¿qué mejor excusa para ponerme a clasificar telas? Todo estaba empaquetado y sabía a ciencia cierta que las sedas necesitarían un buen planchado en frío antes de colgarse, sin que importara el...

—Santo Dios. —Me llevé las manos a la boca cuando abrí la puerta de la habitación. La máquina de coser estaba volcada, la mesa por un lado, la máquina a

medio metro de distancia, la parte central manchada con la huella de un pie, las delicadas guías de los hilos, los reguladores de presión, los pivotes de las bobinas rotos y doblados, el pedal roto y en el otro extremo de la habitación. Las cajas de tejidos que había amontonado limpiamente en el rincón estaban desparramadas y pisoteadas, la tela por el suelo, revuelta, desgarrada y manchada con algo que parecía pintura roja. El maniquí apoyado de cualquier manera en la pared, con las tijeras de mango negro hundidas en el pecho. El suelo era un caos de color: hilos, cintas, botones, ribetes, alambres, elásticos y adhesivos, todo embadurnado con la misma pintura de color rojo brillante. Habían arrancado las cortinas de la ventana, habían pisoteado el espejo, y el tejido de la silla que con tanto cariño había tapizado antes de mudarme estaba cosido a puñaladas, el blanco relleno sobresalía como una plantación de champiñones y sus elegantes patas habían sido arrancadas de cuajo.

Salí de espaldas de la habitación con las manos todavía en la boca, convencida de que habían entrado ladrones y de que aún seguían en la casa. ¿De qué otro modo explicar aquel destrozo y la desaparición de las joyas de Margaret? Pero ¿dónde estaba esta? De pronto me pasó por la cabeza la imagen de mi suegra maniatada y aterrorizada, y sentí un escalofrío. Crucé el rellano pisando huevos, para impedir que las tablas del suelo crujieran. La sangre me martilleaba en los oídos cuando pasé ante la puerta de nuestro dormitorio. ¿La tendrían retenida allí? Me detuve a media zancada, un pie apoyado totalmente en el suelo, el otro con el talón ya levantado. Tenía los cinco sentidos alerta, casi adelantándose a los acontecimientos, cuando oí crujir las tablas del suelo a mis espaldas. Eché a correr por el descansillo, bajé los peldaños de dos en dos, crucé el vestíbulo, salté por encima de mi maleta y adiós mis zapatos. Ya tenía una mano en el pomo de la puerta de la calle cuando esta se abrió de golpe y una mano me atenazó el cuello.

—¡No! —Repelí a bofetadas a mi agresor mientras me empujaba hacia dentro, lejos de la luz de la libertad y otra vez hacia el vestíbulo a oscuras.

—Putá.

Reconocí la voz inmediatamente.

—Detente, James. —Tropecé con la maleta y caí al suelo, empujada por él—. Soy yo. Soy Suzy. —Le alargué las manos, convencida de que me ayudaría a levantarme cuando se diera cuenta de su error—. James, soy Suzy.

Se inclinó para mirarme de cerca, sus pupilas semejantes a charcos negros en la oscuridad. Sus dedos tocaron mi cabeza y me acariciaron el pelo desde la frente hacia atrás.

—James. —Le rocé la cara—. Ha ocurrido algo terrible. Mi habitación de costura... es espantoso. Todo por lo que he trabajado con tanto ahínco ha sido destruido. ¿Por qué lo habrán hecho?

La presión de la mano de James en mi cabeza cambió de intensidad, sus dedos me rastrillaron el pelo y sus yemas me apretaron el cráneo.

—Ay. —Puse mi mano sobre la suya y quise apartarla para que no me apretara—.

¿No podrías ser un poco más amable?

—No lo sé. ¿Podrías ser un poco más digna de confianza? —Se irguió de repente y me tiró del pelo.

Fue como si me lo arrancaran del cráneo. Grité y di manotazos en el aire, y aún no había acabado de incorporarme cuando James se puso en movimiento y echó a andar hacia la salita tirando de mí, arrastrándome por el vestíbulo, mientras yo gritaba sin parar. Cada paso que daba me ardía la cabeza como si tuviera el pelo en llamas. Cuando ya creía que iba a desmayarme de dolor, aflojó la presa y me lanzó dentro de la habitación. Levanté los brazos para protegerme la cara y caí sobre la vitrina, que reventó en mil pedazos. Aterricé en el suelo bajo una lluvia de vidrios rotos. Me quedé quieta, demasiado mareada para moverme, pero James estaba junto a mí otra vez.

—Otra vez durmiéndote en el trabajo, ¿eh, puta?

Me cogió por el tobillo y me arrastró por la habitación, hacia la puerta, y entonces me levantó de un tirón.

—¡Dime la verdad! —me gritó en la cara y acto seguido, ¡CRAC!, su puño se estrelló contra mi pómulo y caí de espaldas al suelo.

—Por favor. —Quise incorporarme con la mano en la cara—. Por favor, James, dime qué he hecho mal. Hablemos, habl...

¡CRAC! Su bota cayó sobre mi hombro. Se puso casi encima de mí, su cara era una máscara de ira, sus ojos negros eran agujeros centelleantes y levantó el pie como para descargarlo de nuevo, cuando...

Ring-ring, ring-ring.

James miró hacia la puerta de la sala de estar.

Ring-ring, ring-ring.

Se volvió para mirarme.

Ring-ring, ring-ring.

«Piii. Ha llamado al número 0207 4563 2983. Deje su mensaje después de la señal.»

Se activó el contestador automático.

—¿Hola? Susan, soy Jake, de los Abberley Players. Siento llamarte otra vez, pero he de hablar contigo urgentemente. Ha habido una pelea entre Steve y James. Steve está en el hospital, pero desconocemos el paradero de James. Estamos preocupados por él. Y por ti. Dijo algunas... bueno, algunas cosas extrañas. Por favor, ¿podrías llamarme cuando oigas esto? Mi teléfono es el 0208 9823 7456. Gracias.

Miré a James. Tenía una moradura en la mejilla que no había visto en la oscuridad del vestíbulo y un corte en el labio, cubierto por una costra de sangre seca. También tenía sangre en el cuello y en los puños. No sabía si era de Steve o mía.

Se dio cuenta de que lo miraba y su expresión preocupada se convirtió en asco.

—Levántate. —Me incorporé con lentitud—. Quítate la ropa.

Hice lo que me decía, lenta, dolorosamente, desabrochándome los botones de la

camisa antes de quitármela; hice una mueca cuando moví el magullado hombro derecho; dejé caer la prenda al suelo. Me desabroché el pantalón, me lo bajé y me lo quité.

—La ropa interior.

—James, por favor. Ya no salíamos juntos cuando Steve y yo... cuando nosotros... todo fue un error garrafal. No disfruté ni sentí nada. En realidad, sirvió para que te echara más de menos y...

—La ropa interior.

Dejé caer las bragas al suelo y luego me llevé las manos a la espalda para desabrochar el sostén. El hombro se me torció con brusquedad y ahogué una exclamación de dolor, pero estaba más asustada por lo que James me haría si no obedecía, así que me quité el sostén y lo dejé caer al suelo también.

Me encogí cuando dio un paso hacia mí, pero en vez de pegarme, dio un rodeo y se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y abrió el cristal.

—Ven aquí, Susan.

Titubeé. Enfrente había una fila de viviendas. Estaban separadas de la nuestra por una calle ruidosa, pero así como de noche podíamos ver sus interiores iluminados, también desde el otro lado podían vernos a nosotros.

—La ventana, Suzy. —Me acerqué como una sonámbula en su peor pesadilla—. Eso es, ponte delante de la ventana. Quiero que todos vean lo que eres realmente, una puta asquerosa, gorda y sucia.

Me aferré al alféizar y miré los coches que circulaban abajo. Puede que si alguien me viera, se diera cuenta de que pasaba algo raro y llamara a la policía. Deseché la ocurrencia casi al instante. No, nadie llamaría. Estábamos en Londres. Nadie se preocuparía lo suficiente para avisar a las autoridades. Oí un ruido a mis espaldas y me volví en redondo, convencida de que James iba a tirarme a la calle, pero me vi frente a una lámpara de brazo articulado, con la bombilla orientada hacia mí y deslumbrándome.

—Date la vuelta —dijo James—. Quiero que el mundo vea lo fea y defectuosa que eres. Quiero que vean tus michelines, tu celulitis, tus estrías, tus cartucheras. Quiero que miren tus tetas caídas, esos muslos que parecen toneles y quiero que se pregunten cómo va a tener nadie estómago suficiente para acostarse contigo. Cómo podría ocurrírsele a nadie hacer el amor con esto —dijo, y me hundió los dedos en el costado.

Me esforcé por no llorar, pero no dije nada. Si aquello era el castigo de James por haberme acostado con Steve, pues bueno. Había cosas peores que la humillación pública, mucho peores.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué ya no follo contigo, Suzy? —Hizo una pausa en espera de mi reacción, pero prosiguió de todos modos—. ¿Con ese aspecto que tienes? ¿Tienes idea de lo aburrido que es para los hombres un cuerpo como el tuyo?

Una lágrima me resbaló por la mejilla. El muy hijo de puta. Cuando todo aquello pasara, cuando pusiera punto final a aquella tortura, echaría a correr y me iría tan lejos que nunca más me encontraría.

—Y pensar que me sentía culpable por ir otra vez con prostitutas. —Ahogó una carcajada y comprendí que la sorpresa de su confesión me había puesto rígida—. Ya no soportaba hacer el amor con una guarra sebosa y gorda. Y nunca fuiste buena chupando pollas. Bueno. —Oí crujir el sofá cuando se puso de pie y la habitación se oscureció de repente. Sin duda había apagado la lámpara—. Se acabó la diversión. Quiero saber por qué jodiste con Steve, cuántas veces jodiste con Steve, cómo jodisteis y —volvió a agarrarme del pelo y tiró de mí hacia atrás— si te estuviste riendo de mí mientras duró.

—¡James, no! —Me retorcí, forcejeé, lo golpeé, lo arañé y le di puntapiés mientras tiraba de mí por la habitación para luego doblarme sobre la mesa de vidrio del rincón—. Déjame marchar. Por favor.

—¿Dejarte marchar? —Oí que se bajaba la cremallera de la bragueta y acto seguido sentí el peso de su pecho en mi espalda—. Suzy —me susurró al oído—, nunca te dejaré marchar. Nunca. Eres una puta guarra, pero eres mi puta. Además —me levantó la cabeza del cristal y volvió a estrellármela—, quiero que pidas perdón a mi madre. Tuvo un ataque al corazón cuando vio lo que yo había hecho en tu cuarto, lo que tú me obligaste a hacer. Quiero que pases el resto de tu vida pidiéndonos perdón a los dos. Y ahora dime —me abrió las piernas con las rodillas y empujó el pene dentro de mi ano—, ¿te folló Steve por aquí?

Me quedé mirando el batik que colgaba de la pared y dejé que sus grandes ojos blancos me hipnotizaran. La mente se me quedó en blanco, me deslicé por la oscura boca abierta y desaparecí.

Capítulo 23

—Sube, Sue.

Miro a mi alrededor, esperando ver los ojos grises y fríos de mi antiguo novio, pero no hay nadie a mi espalda.

—¿Sue Jackson?

Un Mercedes negro con cristales ahumados se detiene junto a mí y un hombre me hace señas por la ventanilla. Me parece conocido, pero no soy capaz de situarlo...

—Steve Torrance. —Me dirige una sonrisa eléctrica y reconozco la resplandeciente dentadura blanca. Es el agente de Alex Henri. Vi su foto en Internet. Desaparece en el coche y se abre la portezuela—. Sube.

Miro a mis espaldas, pero no veo a nadie. También el callejón está vacío. No puedo haber imaginado a James corriendo detrás de mí. Estaba allí, vi su cara. ¿Adónde habrá ido? ¿Lo habrá ahuyentado el coche de Steve y estará agazapado en la sombra? ¿Estará esperando a que se vaya para moverse?

—Oye, Sue. —La cara de Steve aparece junto a la portezuela abierta—. Soy un hombre muy ocupado. Sube o dime que me vaya, pero date prisa.

Titubeo. ¿Buscar un taxi que me lleve a la estación Victoria y arriesgarme a que James reaparezca? ¿O subir a un coche con un hombre al que no he visto en mi vida?

La sonrisa de Steve se ensancha cuando me acerco a la portezuela. Steve se desplaza al asiento central y deja desocupado el más próximo a mí. Doy un último vistazo a mi alrededor, veo que la calle sigue vacía, subo al vehículo y cierro. Por mi ventanilla pasa una sombra y me aparto de la portezuela.

—¿No podemos irnos ya, por favor? ¡Arranque!

El conductor, un hombre mayor con gorra de plato caída sobre los ojos, vuelve la cabeza.

—Pero ¿quién te piensas que eres? ¿Robert de Niro? Esto es el West End, cariño, no la puta Nueva York.

Mira a Steve Torrance, que arquea una ceja y se vuelve para mirarme, sin abandonar su inamovible sonrisa.

—¿Adónde te gustaría ir, Sue?

—A la estación Victoria. —Aprieto mi bolso sin dejar de mirar la calle de reojo. Sigo temiendo que James abra la portezuela de un tirón y me arrastre a la calle.

El chófer se encoge de hombros, pone el intermitente y arrancamos. El tráfico de la calle está colapsado y tardamos una eternidad en llegar al siguiente cruce. Solo cuando llegamos a una arteria sin peatones me permito relajarme.

Steve Torrance levanta los ojos de su BlackBerry.

—¿Cuánto? —No digo nada, pues supongo que está hablando con el chófer—. ¿Cuánto? —repite, mirándome rápidamente a los ojos antes de volver al teléfono.

Abrazo el bolso contra el pecho.

—¿Cuánto qué?

—Por tener la boca cerrada.

—¿Perdón?

—Escucha, Sue —se echa atrás en el asiento y se guarda el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta—. No jodamos la marrana ahora. Tu número del club llamó la atención, felicidades. Esperemos que no hubiera periodistas con móviles grabando, si no, esta conversación será tan innecesaria como Bob Diamond. —Rio su propia gracia—. Así que dime, ¿cuánto hay que apoquinar para que no vayas a los periódicos?

Tardo unos segundos en comprender lo que está diciendo.

—¿Cree usted que lo hice por eso? ¿Que me enfrenté a Alex porque quería dinero a cambio?

—¿Y no fue por eso?

—No, claro que no. —Me ajusto el cinturón de seguridad para poder mirarlo a la cara. No es mucho más alto que yo, pero su barriga y su inexistente cuello lo hacen parecer ancho, y le brilla la cima de la calva—. No soy de esas mujeres. Mi marido se llama Brian Jackson y es diputado por Brighton.

—Genial. —Introduce la mano en el bolsillo interior, saca un pañuelo y se limpia la frente—. Es lo que faltaba, el puto gobierno involucrado porque Henri no sabe guardársela en los calzoncillos.

—¿Quiere decir eso que tuvo relaciones sexuales con mi hija? —Lo pregunto con la mayor naturalidad, aunque el corazón se me parte dentro del pecho.

Deja de limpiarse la frente para mirarme.

—Espere un puto segundo. A mí me pareció, y a todos los demás capullos con orejas también, que usted acusaba a mi cliente de haber tenido relaciones sexuales con una menor. ¿Dice ahora que no fue así?

—Yo no lo acusé de nada. Solamente le pedí que hablara conmigo.

—¡Para el coche! —Se inclina hacia delante y levanta una mano—. ¡Para el puto coche ahora mismo!

Hay un chirrido de frenos, suena un claxon y el vehículo se detiene en seco con una sacudida. A nuestra izquierda hay un parque, a su alrededor se extiende una enorme cerca de hierro, y a la derecha hay una fila de hoteles de estilo B&B. Las farolas de ambos lados arrojan acusadores haces de luz sobre las latas de cerveza vacías, las colillas de cigarrillo y las cagadas de perro que alfombran las aceras. Si estuviéramos ya en la estación Victoria, aún tendríamos tiempo.

—Fuera. —Steve se inclina para abrir mi portezuela—. ¡Fuera de mi coche!

—No. —Vuelvo a cerrar.

—¿Qué coño significa «no»? —Su cara está a unos centímetros de la mía. Distingo los poros abiertos y las venas rotas de su nariz, y en su aliento percibo olor a champaña y a curry.

—Que no bajaré hasta que me diga qué sucedió.

—¿Cuándo?

—Cuando Charlotte y Alex Henri se metieron juntos en los lavabos.

—Pues preguntas a quien no debes, preciosa, porque yo no estaba allí.

—Pues le sugiero que lo averigüe.

—¿Que yo... que yo...? —Su labio superior se curva para formar una sonrisa de desprecio—. Ya has dicho que no vas a ir a la prensa.

—No, pero puedo ir a la policía. —El desprecio desaparece al instante—. Mi hija tiene quince años y está en coma, y tengo motivos para creer que se encuentra así por lo que le sucedió con su cliente.

—¡Baaah! —Levanta las manos, palmas arriba—. ¿Quién ha dicho nada de un coma?

—Yo, ahora mismo.

—Hay que joderse. —Ve los ojos del conductor y le hace una seña para que vuelva a ponerse en marcha. Nos vamos unos segundos después.

Steve se inclina hacia mí y baja la voz.

—Si estás acusando a mi cliente de haber hecho daño a tu hija, será mejor que tengas pruebas, porque...

—Yo no acuso a nadie de nada. Solamente quiero saber lo que ocurrió cuando se conocieron.

Se echa atrás en el asiento.

—Ya te lo he dicho, yo no estaba allí. Estaba en Nueva York por asuntos de trabajo.

El coche dobla una esquina y veo una indicación de la estación Victoria. Miro el reloj. Aún faltan quince minutos para la salida del último tren. Vuelvo a mirar a Steve.

—¿Puede concertarme una cita con Alex para preguntarle qué sucedió?

—No creo que sea una buena idea, ¿sabes?

—En realidad yo...

—Toma. —Saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y me lo alarga—. Anota tu teléfono. Yo hablaré con Alex y te llamaré después.

Escribo mi número de móvil, aunque no sé si puedo fiarme de él o no. Se gana la vida presentando a sus clientes bajo el aspecto más atractivo posible, así que si Alex le cuenta algo desagradable no es probable que me lo diga. La verdad es que no me sorprendería que me llamara para decirme que Alex ha negado conocer a Charlotte. Si es que me llama.

—¿Ya está? —Mira lo que he apuntado y se guarda el móvil en la chaqueta.

El coche dobla una esquina y se detiene.

—Estación Victoria —dice el chófer.

Steve se inclina hacia mí y me tiende la mano.

—Te llamaré —dice mientras se la estrecho. En su frente se forma una levísima arruga, se pone derecho en el asiento y saca la BlackBerry. Abro la portezuela.

Viernes, 23 de octubre de 1992

James me tuvo cautiva seis semanas y solo me dejaba para ir al hospital a visitar a su madre. Antes de irse desconectaba el teléfono y comprobaba que las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Al cabo de una semana llamó Val, mi jefa en Tesco, y dijo que quería hablar conmigo. Yo escuchaba sentada en el sofá mientras James le decía que me había mudado a York porque mi madre había empeorado. No llamó nadie más.

Comprendí que James podía matarme cuando quisiera y que nadie me echaría de menos. Seguir con vida hasta la noche pasó a ser mi objetivo de cada mañana. No es que James hubiera vuelto a pegarme (bueno, exceptuando la ocasión en que me pilló haciendo señas desde la ventana del cuarto de invitados para llamar la atención de una anciana que pasaba cojeando por la calle; me dio una paliza de campeonato por aquello). Se limitaba a darme órdenes: siéntate aquí, quédate allí, apártate de mi camino, hazme la comida, y a pasar de mí el resto del tiempo. No me dejaba leer, ni ver la televisión ni ordenar mi cuarto de costura. Solo me permitía hacer faenas de la casa o quedarme sentada en mitad del vestíbulo, donde pudiera verme desde el sofá de la sala.

Tres semanas después de que me violase le dije que tenía que ir a la farmacia. Se rio en mi cara y dijo que si había pillado una gonorrea, que me lo hubiera pensado antes de acostarme con Steve.

—No —dije—. Se me ha retrasado la regla una semana. Tengo que hacerme una prueba de embarazo.

Estaba muerta de miedo cuando me senté en la taza del lavabo con el frasco de orina y la pequeña tira blanca en el borde de la bañera. Dos años antes me habría puesto contentísima si James me hubiera dejado embarazada, pero ahora temblaba de terror. Aún me aferraba con ahínco a la esperanza de que se desvaneciera el recuerdo de mi «infidelidad», de que James se cansara de verme a su alrededor y me dejara ir. Pero si estaba embarazada sería harina de otro costal. Si llevaba un hijo suyo en las entrañas, me tendría prisionera por lo menos otros nueve meses.

—¿Y bien? —dijo al irrumpir en el cuarto de baño. Yo no había echado el pestillo, era absurdo.

Le enseñé la tira y no dije nada.

—¿Dos rayas azules? —Arrugó el entrecejo—. ¿Qué significa eso?

—Que estoy embarazada.

Me esforcé en prepararme para escapar la siguiente vez que él saliera de la casa. Lo primero que hice fue arrancar de las Páginas Amarillas el número de una clínica abortista y esconderlo en lo único que no había destrozado en mi cuarto de costura: el cajón secreto de la mesa. Lo metí allí con mi diario y mis ahorros e inspeccioné la casa en busca de un medio para salir: revolví todos los cajones, todas las latas, todos los armarios de cocina y de la ropa para ver qué encontraba. Tardé cinco días en dar

con el abrigo de visón oculto en el fondo del armario de Margaret. Apenas me atreví a respirar cuando mis dedos rozaron algo pequeño, frío y metálico en uno de los bolsillos. Una llave. Una llave de la puerta. Margaret no había salido sola de la casa durante años, pero era posible que alguien, en algún lugar, me sonriera desde las alturas y la llave fuera de la puerta de la calle. No tuve ocasión de averiguarlo porque cuando cerraba la mano con la llave en ella oí abrir la puerta. Presa del pánico, me encerré en el armario y me escondí como pude detrás del abrigo. Los pasos de James retumbaron en toda la casa cuando subió la escalera.

—¿Suzy? —gritó—. Suzy, ¿dónde estás? No huelo la cena. ¿Te has pasado el día viendo la tele, puta holgazana? ¿Suzy? —Las tablas del descansillo crujieron cuando se dirigió al cuarto de costura y otra vez cuando deshizo lo andado—. ¿Suzy?

Los pasos se oyeron con más fuerza. Estaba en la misma habitación que yo. Contuve el aliento, convencida de que iban a delatarme los latidos del corazón.

—¿Suzy? —La voz de James sonó más lejana: había vuelto a la escalera.

Salí del armario sigilosamente, no sin antes guardarme la llave en el calcetín, y corrí escaleras abajo.

James me miró sorprendido cuando irrumpí en la sala de estar.

—¿Dónde coño estabas? Te he buscado arriba. Y no estabas allí.

—En el desván. —Me señalé el polvo que me cubría las mejillas (y que había cogido de encima de una caja de zapatos del armario de Margaret)—. Recordé que tu madre había dicho que había guardado allí tu ropa infantil y fui a echar un vistazo.

—¿Que hiciste qué?

—Disculpa —dije; me puse la mano en el vientre—. Solo quería hacer las cosas bien, pensando en el niño. Se me ocurrió que podríamos poner su habitación en mi cuarto de costura, quiero decir, en el cuarto de invitados. Pensé que estaría bien.

—Pero... —La cara de James recuperó el color normal y su mandíbula se relajó, aunque solamente un poco—. No he visto la escalera. La trampilla estaba cerrada.

—La cerré yo —dije, con la mano todavía en el vientre—. No quise arriesgarme a tropezar y caerme por el agujero. No quería que le ocurriera nada al pequeñín.

Hablar de aquel modo, como si fuéramos una familia feliz y planeáramos sin dificultades un perfecto futuro de color de rosa, me daba ganas de vomitar, pero el «niño» era el único talón de Aquiles que tenía James.

Me miró, sus ojos corrieron de mi cara a mi vientre y volvieron a mi cara. Sabía que le estaba mintiendo, pero estaba deseoso de creerme.

—No vuelvas a hacerlo. —Me hizo una seña para que saliera de la habitación—. Lo que hay en el desván no es asunto tuyo. Si el niño necesita algo, se lo proporcionaré yo y nadie más que yo.

—Está bien. —Cuando me volví para irme, sentí la llave en el tobillo, dura y tranquilizadora—. ¿Te preparo un té? Esta noche hay pavo frito.

Me marché al día siguiente. Observé desde la ventana del cuarto de invitados, con las

cortinas abiertas un milímetro, el momento en que James se iba al trabajo, cruzaba la calle y esperaba en la parada del autobús. El terror se apoderó de mí cuando miró hacia la casa, pero desvió la mirada en seguida, hacia la calle. Treinta segundos más tarde subía al autobús número 13 y desaparecía.

Corrí por la casa, metiendo en una bolsa ropa, artículos de aseo, un camisón, una toalla y comida. No sabía cuánto duraba un aborto privado ni cuánto tiempo tendría que permanecer en la clínica. No conocía a nadie que hubiera tenido un aborto, así que ignoraba también cuánto me costaría, por no hablar de los gastos secundarios que supondría, pero prefería no pensar en esto último. Ya me odiaba por lo que pensaba hacer. En cuanto a los costes, esperaba que seiscientas libras bastaran para cubrirlos y permitirme huir al extranjero en un vuelo barato, porque si James descubría lo que había hecho, tenía que alejarme de él todo lo posible.

Me encontraba en el cuarto de costura, con el diario y el anuncio de la clínica en una mano y el dinero en la otra, cuando oí el ruido que producía un puño golpeando el cristal. Guardé mis trofeos secretos en la bolsa, la cubrí con una sábana manchada de pintura, salí al descansillo y me asomé a la barandilla. El ruido procedía de la puerta de la calle. ¿Había vuelto James antes de tiempo? Me eché al suelo boca abajo y avancé lentamente por el descansillo. Si conseguía llegar hasta el último peldaño vería de quién se trataba.

Seguí avanzando, deteniéndome cada vez que oía otro golpe. Casi había llegado a mi destino cuando oí el chasquido metálico del buzón y di un respingo. Miré desde lo alto de la escalera. En el felpudo había una tarjeta blanca. Era del hombre del gas y la tarjeta era el típico aviso de «usuario ausente».

Treinta segundos más tarde me encontraba nuevamente en pie, ahora con la bolsa en una mano y la llave en la otra. Bajé corriendo la escalera.

—Por favor —rogué mientras probaba a introducir la llave en la cerradura—. Por favor, que encaje, por favor...

La puerta se abrió.

Corrí por el sendero de entrada y luego por la calle, sin mirar atrás. Porque los malvados ojos blancos del batik que colgaba de la pared me quemaban la nuca. Porque en el piso de arriba había oído cerrarse de golpe una ventana que protestaba por mi fuga. Y porque recordaba por encima un papel amarillo que había revoloteado hasta el suelo del cuarto de costura cuando metí el diario en la bolsa; pero no tardó en desaparecer de mi mente.

Capítulo 24

—¿Estuvo bien la noche? —Brian me mira con ojos adormilados cuando el despertador suena a las seis de la mañana en su mesilla de noche.

—Encantadora, gracias.

Bosteza y estira los brazos.

—¿A qué hora volviste?

La idea de mentir me pasa por la cabeza, pero como no sé a qué hora se durmió él, no puedo fingir que llegué inmediatamente después.

—Después de las dos.

Enarca una ceja.

—No os iríais de copas, ¿verdad? No creo que puedas tomar alcohol si tomas las pastillas.

—Claro que no. Cerca del teatro había una cafetería preciosa y entramos a tomar algo. Perdimos la noción del tiempo, eso es todo.

Brian se vuelve en la cama para verme mejor. Mi estómago se queja y desvío la mirada, rogando que no me haga más preguntas.

—Bueno, si te lo pasaste bien... —Sus labios se pegan a mi mejilla y siento una ráfaga de aire frío cuando aparta el edredón y se sienta. El colchón cruje cuando se levanta, cruza el dormitorio y se produce un silencio.

Me pongo la almohada en el pecho y la aprieto con fuerza. Estoy muy cerca de descubrir qué le ocurrió a Charlotte, pero siento mucho cansancio. Quiero darme la vuelta, dormir un millón de años y despertar cuando haya pasado todo, pero no puedo. No puedo mientras el coma le robe la salud a Charlotte, las facultades mentales y posiblemente la vida.

Pero ¿qué puedo hacer, aparte de esperar? Mi andadura ha llegado hasta Steve Torrance, pero no puedo hacer nada hasta que llame.

Aparto el edredón y me siento en la cama.

Sí, hay algo que sí puedo hacer.

—¿Sue? —Danny me mira desde el otro lado de la puerta de la calle. Tiene la cara arrugada, los ojos soñolientos y desenfocados—. Es domingo y son las ocho de la mañana.

—Lo sé.

Tampoco yo quiero estar aquí. Quiero estar en el hospital con mi hija, y allí estaré en cuanto hayamos hablado, pero tengo que averiguar antes qué me oculta este joven.

—¿Cómo ha conseguido mi dirección? —Se pasa la mano por el alborotado pelo rubio y se le abre el albornoz blanco.

—Llamé a Oli. —Tampoco a él le gustó que lo despertaran tan temprano.

—Bueno. —Danny bosteza y mira hacia el interior de la casa—. En fin, Sue, ¿qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría entrar, si no tienes inconveniente.

—Mmmm —se cierra el albornoz—. No es un momento muy oportuno.

—Keisha está contigo, ¿no? Es igual, puedo decir delante de ella lo que tengo que decir.

Se apoya en la otra pierna.

—Keisha no está.

—Ah. —En el vestíbulo veo tirados unos zapatos de tacón vertiginosamente alto. Danny se vuelve y ve lo que estoy mirando.

—No es lo que... —Cabecea—. Bueno, ¿qué es eso tan importante?

—Que me mentiste —digo— sobre lo de no estar en el Greys con Charlotte y Ella. Sé que estuviste allí.

—Sue, se lo juro. —Extiende las palmas como un inocente que se rinde—. No estuve. Hay mucho difamador en Brighton y si alguien está propalando el rumor de que...

—Danny.

—¿Sí?

Sonríe, sus cejas se arquean con simpatía, cuelga los pulgares de los bolsillos del albornoz. Al igual que James, es un profesional consumado cuando se trata de mentir. Me pregunto qué le habrá contado a la mujer que está en su cama, ¿que su relación con Keisha ha terminado?, ¿que tienen una relación informal o abierta? ¿Y a Keisha? ¿Qué mentira le habrá contado para que no sospeche que se acuesta con cualquiera?

—Nadie me ha contado nada, Danny. La policía confiscó las grabaciones de seguridad del Greys. Y vi cómo entrabas en el club.

—La policía... —Inspecciona mi cara, pero no muevo un músculo. A este juego pueden jugar dos.

—Dime qué pasó, Danny.

Retrocede por el pasillo.

—Será mejor que entre.

Quince minutos después estoy nuevamente en el umbral, esta vez para despedirme.

—No fue culpa mía —repite Danny—. Ella nos oyó hablar a Keisha y a mí sobre ir a Greys y el sábado por la noche ella y Charlotte aparecieron en el mismo tren que nosotros. Quise convencerlas de que volvieran a Brighton, pero Ella dijo...

—Que te denunciaría por permitir que unas menores de edad tomaran alcohol en Breeze. —Me lo ha contado antes. Varias veces.

—Exacto. —Cruza los brazos y esconde las manos en las axilas.

—Pero ¿por qué Greys? ¿Por qué seguimos hasta allí?

—Porque tiene prestigio. —Se encoge de hombros—. Porque en todos los periódicos se ven fotos de famosos saliendo de ese local. Porque Ella está loca por mí.

—¿Loca?

—Sí, Charlotte se lo dijo a Keisha. Creo que en parte fue por eso por lo que riñeron, porque Ella me oyó decir a un colega que iba a ir a Greys y tuvo la impresión de que Keisha se iba a quedar, y pensó que si se presentaba con un minivestido y un kilo de maquillaje —sonríe con complicidad—, ligaría conmigo.

Vuelvo a fijarme en los zapatos de tacón del vestíbulo. ¿Cuántos años tendrá la propietaria?

—¿Y ligó?

—¿Que si me acosté con ella? ¿Se burla usted de mí?

—La dejaste entrar en tu club.

—Mire, Sue —abre los brazos—, las dejé entrar en Breeze por Charlotte. Es la hermana menor de mi mejor colega y para mí es tan sagrada como la familia.

—¿Y animarías a tu hermana a beber alcohol si fuera menor de edad?

—No, claro que no. —Se pone muy serio, muy formal. Es como si sobre su cara cayese una persiana—. Puede culparme de todo lo que quiera por lo que le ocurrió a Charlotte, pero no es mi hermana. ¿Dónde cree que estaba cuando salía hasta las dos o las tres de la madrugada? ¿Jugando al tejo? ¿Qué clase de madre es la que no se entera de lo que hace su hija a esas horas? —Me tambaleé como si me hubieran abofeteado—. Lo siento, pero no voy a permitir que me encasille como a una especie de pedófilo porque dejé que la hermana menor de mi colega y su mejor amiga entraran en mi club.

No puedo hablar. Su observación anterior me ha dejado demasiado atónita para replicar.

Y tiene razón. Detesto admitirlo, pero la tiene. ¿Dónde creía yo que estaba Charlotte un sábado por la noche?

Sé exactamente lo que creía: que estaba en Londres en un caro albergue de los Jóvenes Cristianos con sus compañeras de clase y varios profesores del instituto.

—¿Lo conociste? —pregunto—. ¿Conociste a Alex Henri?

Niega con la cabeza.

—No entré en el recinto vip. No me quedé tanto tiempo. Charlotte, Keisha y Ella se enfadaron y discutieron. Keisha anduvo tambaleándose por todo el local y farfullando que en el fondo Ella me gustaba en secreto, y que la había invitado para hacer un trío. Fantasías suyas, debería añadir. —Se encoge de hombros—. Así que me marché.

—¿Dejaste a las tres en el club?

—Sí. Keisha no es una niña y supuse que si las otras dos eran lo bastante adultas para ir en tren a Londres, también lo serían para volver. Como ya le he dicho, yo no las invité.

—Pero tenían solo quince años y estaban en un club con hombres que les doblaban la edad.

—¿Tengo aspecto de cuidador de niños?

—Danny, no me entra en la cabeza... —La alarma del teléfono me interrumpe—.

Un segundo. —Saco el móvil del bolso. No reconozco el número.

—Diga, Sue Jackson al habla.

—Hola, Sue, soy Steve Torrance. —Durante una décima de segundo no sé quién es mi interlocutor, pero entonces lo recuerdo.

—¿Qué tal?

—He hablado con Al... —Me armo de valor, esperando la inevitable negativa—. Dice que entró en los lavabos con tu hija, pero que no pasó nada. La idea era que ella le hiciera una mamada, pero se rajó. Rompió a llorar y dijo que no podía. Le dijo a Alex que un tío la estaba chantajeando. Alex dijo que estaba hecha un manojo de nervios. No sabía qué hacer cuando la dejó allí, en los lavabos de señoras, y volvió con sus colegas. Después de eso no volvió a verla.

—¿La estaban...? —Doy un paso atrás para apoyarme en algo, pero no hay nada, nada que me permita mantener el equilibrio—. ¿La estaban chantajeando?

—Eso es lo que ha dicho él. —Torrance da un suspiro—. Mira, cariño, no sé cómo os lleváis tú y tu hija, pero si fuera hija mía, no la dejaría ir por ahí con putas y macarras, a no ser que quiera que la confundan con una fulana.

—¿Una puta? —Me esfuerzo para que no me tiemble la voz. Danny me mira con los ojos dilatados por la curiosidad, pero no me importa. Me siento como si estuviera en una obra de teatro, diciendo frases de otra persona—. ¿Mi hija confundida con una fulana por Alex Henri?

—Nadie dice que Alex vaya con fulanas, ¿entendido? Entre Charlotte y Al no hubo intercambio de dinero, y si vas a los periódicos con el cuento de que quiso tirarse a una puta en el cagadero de Greys, te pondré una denuncia más aprisa de lo que tardó Red Rum en llegar a una fábrica de comida para perros.

Danny arruga el entrecejo y cruza los brazos.

—¿Que parecían qué? —pregunto—. ¿Las personas con las que estaba?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo? —Steve bosteza ruidosamente—. ¿Qué quieres? ¿Un jodido retrato robot? Al solo habló de un tío y una tía negra que estaba muy bien.

—¿Mencionó sus nombres?

—Pinky y Perky. No tengo ni pajolera idea, joder. No lo dijo y yo no se lo pregunté. Bueno, cariño —su voz vuelve a ponerse fría—, hablar contigo es la mar de entretenido, pero soy un hombre ocupado. Hicimos un trato y yo he cumplido mi parte. ¿Cumplirás tú la tuya?

—¿Qué?

—Digo lo de ir a la policía. No es que tengas mucho que contar, porque, como dice mi cliente, no le puso ni un dedo encima a tu hija.

—No —digo—. No lo haré.

Cuelgan en el otro extremo.

—¿Está bien, Sue? —pregunta Danny.

—¿Con quién hablas, Dan? —Por una puerta en mitad del pasillo asoma una cara

con forma de corazón emparedada entre dos masas de rizos rubios—. Vuelve a la cama, me estoy enfriando. —Nuestras miradas se cruzan—. Ay, joder, ¿es tu madre?

—No es lo que usted piensa... —empieza a decir Danny mientras la chica desaparece en el dormitorio, pero se interrumpe cuando ve que alzo una mano de advertencia.

—No me importa con quién te acuestes, Danny.

—Genial.

—Solo una cosa antes de irme.

—Sí.

Podría presionarlo. Podría decirle que si no me cuenta la verdad de lo ocurrido en Greys aquella noche iré a decirle a la policía que es un macarra, pero hay un medio más rápido de averiguar lo que quiero saber.

—Me gustaría que me dieras la dirección de tu novia, por favor.

Capítulo 25

—¿Keisha? —Golpeo con los dedos la visera del buzón para que se abra—. Keisha, ¿estás ahí? —Una sombra recorre la pared del fondo del sótano costero y oigo encima de mí el graznido de una gaviota—. Keisha, soy Sue Jackson, la madre de Charlotte. Tengo que hablar contigo. —La sombra se alarga—. ¿Keisha?

Oigo crujir una tabla del suelo y a continuación:

—¿Está sola?

—Sí.

Sale un pie de la oscuridad, los dedos pintados de rosa, en el tobillo brilla una cadenita de plata, luego aparece el resto de Keisha. Viste un corto camisón rosa con un dibujo de Disney en la pechera y una bata de algodón gris que le cuelga de los hombros. Tiene el pelo revuelto y rizado y sin maquillaje parece inverosímilmente joven. Cuando se acerca, saco los dedos del buzón y me pongo derecha. Un segundo después se abre la puerta.

—¡Sue! ¿Qué hace aquí?

—Danny me dio tu dirección. Solo quería ver cómo te iba.

—Ah. —Parece complacida y preocupada al mismo tiempo—. Es usted muy amable. Pase.

La sigo hasta la sala de estar, me dice que me siente y me dejo caer en un sillón de cuero negro. Cruza la habitación, se dirige a la ventana y alarga la mano hacia la persiana. Durante un segundo pienso que va a subirla, ya que hace un día precioso, pero se limita a separar dos listones con los dedos y a mirar fuera.

—¿La ha visto alguien venir aquí?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—No importa.

Deja la persiana, retrocede cuando los listones se juntan con un chasquido y se frota las manos contra los brazos. Parece resfriada, aunque el piso del sótano es una caldera. Yo ya he tenido que quitarme el abrigo y la chaqueta de punto.

—¿Le apetece un té?

—No, gracias, yo solo... —pero ya se ha puesto en movimiento y avanza por la alfombra sin hacer ruido hacia la pequeña cocina del otro extremo del piso—. Keisha. —Voy tras ella—. ¿Pasa algo?

Mira hacia la puerta de la calle, me indica entonces que entre en la cocina y cierra detrás de mí. Cuando me vuelvo para cerrarla del todo, oigo el frufrú de las cortinas que se corren y la habitación se oscurece.

—Pero Keisha, ¿qué pasa? —Va de las cortinas a la encimera y busca el cazo. Lo llena, enciende el fuego, rebusca en un armario y se pone a rezongar.

—¿Dónde estará el dichoso té? Esperemos que Ester no haya agotado el que quedaba.

Me quedo en silencio junto a la puerta mientras mueve frascos, latas y paquetes

de un lado a otro del armario y luego se pone a colocarlos en línea en la encimera.

—Es igual —digo mientras aumenta el frenesí de sus movimientos—. No necesito té. Un café estará bien.

—¡Joder! —Del armario cae un frasco de mermelada, golpea un vaso y este cae rodando de la encimera y se estrella en el suelo de baldosas, cubriendo los pies desnudos de Keisha con miles de fragmentos—. ¡Joder! —Da un salto hacia atrás, pero no hay espacio hacia el que retroceder en la diminuta cocina y se clava un trozo de vidrio en el talón.

—¿Tienes botiquín? —pregunto mientras Keisha mira horrorizada el charco de sangre que se forma a sus pies. Niega con la cabeza—. ¿Algún paño limpio? —Señala un cajón de la derecha del fregadero—. ¿Antiséptico?

—Tiene que haber en el armario del cuarto de baño.

Quince minutos después estamos otra vez en la salita, Keisha en el sillón, con el pie vendado con un paño de cocina Coronation Street y apoyado en un par de cajas de Amazon que encontré en el patio de atrás.

—Se lo agradezco mucho, Sue —dice cuando me siento junto a ella—, pero no pienso ir a urgencias.

—Pero es un corte profundo. —Pienso en el charco de sangre que he limpiado en la cocina y en la herida que le he visto en la planta del pie izquierdo—. Puede que necesites puntos. Ha dejado de sangrar, pero en cuanto bajes el pie y se te restaure la circulación, podrías tener problemas.

—Ya los tengo.

—¿Perdón?

Desvía la mirada.

—Nada.

—He venido en coche —digo; señalo hacia la ventana y hacia la calle—. No me costaría nada. Tardaríamos solo...

—Le digo que estoy bien.

—Keisha, si te dejo así y luego... en fin, no me lo perdonaría.

—¡Que no pienso ir al puto hospital!

No decimos nada más durante un par de minutos. Me retuerzo las manos en el regazo y miro a mi alrededor: la fea chimenea de gas, el jarrón con rosas marchitas que hay en la repisa, la montaña de DVD que se alza junto al televisor que hay al lado de una foto enmarcada en la que se ve a una desconocida delante del Palacio de Buckingham. ¿Será su compañera de piso?

—Perdone, Sue. —Levanta la cara para mirarme—. No se merece que le hable como le he hablado. —Mira hacia la persiana y se hunde en el asiento.

—¿Va todo bien? —También yo miro hacia la ventana, pero no veo nada—. Me parece que estás hoy un poco nerviosa.

—¿Sí? —Se echa a reír—. Me siento un poco torpe, eso es todo. Pregúntele a Danny. Se me cae todo y siempre estoy rompiendo cosas. Es un milagro que no me

haya roto ya la crisma. En fin —se aparta el negro pelo de la cara—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Perfectamente. —Cojo la chaqueta de punto y me la dejo en el regazo. Sin una taza de té que manosear, necesito entretenerme con algo—. Keisha, ¿por qué querría nadie acusarte de ser prostituta?

Espero que se quede boquiabierta y se queje, pero se limita a coger un cigarrillo y a encenderlo. Aspira profundamente, pero sus manos no dejan de temblar.

—¿Lo sabe él? —Habla con voz tan baja que apenas la oigo.

—¿Quién?

—Danny. —Me mira con sus hermosos ojos dilatados y al borde del llanto—. ¿Se lo dijo usted?

—¿Danny? —Niego con la cabeza—. No... no entiendo. Pensé que era tu chulo.

—Mi chulo. Me está tomando el pelo, ¿verdad? —Ríe brevemente—. Danny cree que soy un ángel. Así es como me llama, su ángel perfecto y precioso. ¿Se imagina cómo me llamaría si supiera lo que hago? —se cubre la cara con las manos—, ¿lo que hacía?

—¿Lo que hacías?

—Lo dejé todo cuando lo conocí. No quiero trabajar detrás de la barra en el club, pero es mi único medio para pagar el alquiler desde que...

—¿Desde qué?

—Nada.

—Nada no. —Miro el cigarrillo que le tiembla entre los dedos—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué hace un rato te asustaba tanto abrir la puerta? ¿Y por qué estabas tan inquieta la otra tarde, en la puerta del club?

Se observa las manos. Tiene magulladuras en las muñecas. Se da cuenta de que las miro.

Me levanto del sofá y me arrodillo a su lado. Las magulladuras de las muñecas son ya de color morado y se nota que proceden de unos dedos. Quien la atacó, le apretó con fuerza.

—¿Quién te lo ha hecho? ¿Un cliente? ¿Tu proxeneta?

—Ya se lo he dicho. —Levanta los ojos con irritación—. Ya no estoy en el oficio. Quiero a Danny y me moriría si lo descubriera. No sé lo que haría si me dejara. No soy nada sin él.

Me recuerda a mí con veinte años menos.

—Lo siento, Keisha. —Da un respingo cuando le roza el brazo—. No es mi intención molestarte, pero te han hecho daño y, sea quien sea, hay que pararle los pies antes de que lo repita. ¿Has ido a la policía? —Niega con la cabeza—. ¿Irías conmigo? —Pensar que entro en una comisaría ya me revuelve el estómago, pero la muchacha necesita mi apoyo, aunque solo sea para llegar a la puerta.

—No.

—Pero ¿irás? ¿Aunque sea sola, si no tienes más remedio?

—No. No puedo ir a la policía.

—¿Por qué?

—No viene al caso. —Quiere levantarse y gime cuando el pie herido toca la alfombra. Voy a ayudarla, pero me aparta y la sigo mientras entra cojeando en la cocina y abre el frigorífico.

—¿Vino?

Niego con la cabeza, saca una botella, desenrosca el tapón, se zampa un par de tragos abundantes y luego coge un vaso grande del escurridor que hay junto al fregadero.

—No quiero que se involucre, Sue —dice mientras vacía la botella en el vaso—. Ya le he contado demasiadas cosas.

—No me has contado nada.

—Pues será mejor dejarlo así.

—Keisha —digo cuando volvemos a la sala de estar, se sienta en el sillón y apoya la pierna en el brazo—, si ya no haces la calle, ¿por qué me dijeron que estuviste en el Greys con tu proxeneta?

Me mira un par de segundos como si no supiera qué decir.

—¿Quién le dijo que yo era prostituta? —pregunta finalmente.

—Steve Torrance. El agente de Alex Henri.

Arquea una ceja.

—Es lógico.

—¿Qué quieres decir?

—He conocido a varios futbolistas.

—¿Conocido?

—He jodido con ellos. —Me mira directamente a los ojos—. Por dinero. Cuando era puta y vivía en Londres.

No sé qué responder. A pesar de su tono belicoso parece incómoda y todavía no estoy cerca de saber lo que le ocurrió a Charlotte. No quiero herir a Keisha para que sufra más de lo que ya sufre, pero no puedo irme sin averiguar la verdad.

—No lo entiendo —digo negando con la cabeza—. Danny me dijo que se fue del club antes de que tú y Charlotte conocierais a Alex Henri, lo cual me da a entender que no entró en el sector vip.

—Exacto.

—Entonces ¿quién pensaba Steve Torrance que era tu proxeneta? —Keisha vuelve a mirar hacia la ventana—. ¿Qué pasa? ¿No lo sabes o no puedes decírmelo?

No responde.

La miro y aprecio la hermosa forma almendrada de sus ojos, su boca llena y sensual, la delgadez estilizada de su cuerpo y me pregunto qué terrible trauma la obligaría a venderse para ganarse la vida. Es tan fascinante que podría ser modelo o presentadora de televisión, y sin embargo se valora tan poco que deja que cualquiera

con dinero posea su cuerpo y que un hombre que en el fondo no la ama le robe el corazón. Podría repetirle cien veces que vale más que eso, pero sé que no me creería.

—¿Alguna vez la han chantajeado, Sue? —Lo dice en voz muy baja, casi susurrando.

Niego con la cabeza.

—¿Es eso lo que te pasa? ¿Alguien que sabe que fuiste prostituta te amenaza con decirlo públicamente? ¿Te amenaza con decírselo a Danny?

Asiente con la cabeza y por su mejilla rueda una lágrima solitaria.

—¿Qué te obligaron a hacer? —Keisha niega con la cabeza—. ¿Era algo sexual? —Dice que sí con un gesto muy leve. Me adelanto un centímetro. Ya estoy en el borde mismo del sofá—. ¿Fue un cliente? —Vuelve a afirmar con la cabeza—. ¿Cómo se llamaba? —Miro sus labios cuando forma con ellos una palabra.

—Mike.

—¿Mike qué? ¿No conoces su apellido?

—No.

—¿Qué quería a cambio de guardar tu secreto?

—No puedo decírselo. —Se lleva las manos a la cara y se echa a llorar.

—Charlotte —digo, y es como si me hubieran inyectado hielo en las venas—. ¿Tuvo algo que ver con Charlotte? —Keisha gime con angustia—. Dímelo. —Le cojo las manos y se las aparto suavemente de la cara—. Dime lo que hiciste. Dime qué te hizo aquel hombre.

—No. —Me aparta con un manotazo y vuelve a cubrirse la cara—. No, no, no, no, no. No puedo. No puedo.

—Keisha, por favor. —La muchacha lo sabe. Sabe qué le pasó a Charlotte.

—No puedo. —Apenas distingo sus palabras entre los sollozos—. Me matará. Dijo que si decía una sola palabra a alguien, me buscaría y...

La alarma de mi teléfono la interrumpe. Lo saco del bolso dispuesta a colgar sin responder, pero es de la residencia de mamá.

—Diga. —Pongo una mano en el hombro de Keisha, por un lado para tranquilizarla, por otro para que sepa que no me olvido del tema que tenemos pendiente—. Soy Sue Jackson.

—Hola, Sue —dice la voz del otro extremo—. Soy Mary. Es por su madre. Me temo que he de darle una mala noticia.

Capítulo 26

—Tendría que haber estado allí. —Estoy deshecha en lágrimas y con la cara enterrada en el cuello de Brian. Es la tercera vez que me desmorono esta mañana y solamente son las nueve—. Yo debería haberle cogido la mano, no una extraña.

Brian me pasa el brazo por los hombros y me estrecha contra sí.

—No era una extraña —dice con dulzura—. Era Mary. La cuidaba desde hacía mucho tiempo.

—Pero yo soy su hija. —Apenas reconozco el sonido de mi voz débil y dolida—. Y no estaba allí con ella cuando más me necesitaba.

—Vamos, vamos. —Me acaricia el pelo y deja que lllore sobre su hombro—. Vamos, vamos, vamos.

Los sollozos me sacuden dolorosamente, pero me tranquiliza la presión de su mano en mi cabeza y el suave sonido de su voz en mi oído.

Me recuerda a cuando yo cogía en brazos a Charlotte, cuando era muy pequeña y se daba un golpe o se caía. La abrazaba y le acariciaba el pelo hasta que se le secaban las lágrimas.

—Ya está —dice Brian cuando me muevo en sus brazos para sonarme la nariz con un pañuelo de papel—. No queremos entristecer a Charlotte, ¿verdad?

Estamos en el hospital. Le dije a Brian que me trajera directamente aquí después de haber ido a la residencia de ancianos. Me aterrorizaba la idea de dejar sola a Charlotte por si también ella se moría.

—No pudiste hacer nada —dice Brian mientras me ayuda a sentarme en la silla próxima a la cama de Charlotte y me pone una caja de pañuelos en el regazo—. Según Mary, fue demasiado repentino.

Lo mismo me dijo ella. Estaba más contenta que unas pascuas mientras iba del comedor al dormitorio, con Mary a su lado cogiéndola del brazo, cuando de repente cayó al suelo y se quedó completamente inmóvil. «Se desplomó sin más», dijo Mary. «No hubo indicios ni avisos de ninguna clase, simplemente se murió.» Llamaron a un médico, pero aunque llegó en menos de diez minutos, ya era demasiado tarde. Ya había fallecido.

Yo no podía, no quería creérmelo. Yacía sobre su edredón con su falda gris de mezclilla, la blusa blanca y la chaqueta de punto beis. Cuando le acaricié la mejilla, me sobresalté al comprobar que aún estaba caliente.

—¡Rápido! —exclamé mirando a Mary—. Que vuelva el médico. Ha habido un error. Aún está caliente. —Me incorporé y le puse una mano en el corazón—. ¿Sabe practicar la resucitación cardiopulmonar? Puede que no sea demasiado tarde.

—Sue. —Mary me puso una mano en el hombro—. Está muerta. Lo siento.

—Pero... —Observé la mejilla de mamá esperando que temblara en sueños, esperando ver un fino hilo de saliva corriéndole de la boca abierta a la mandíbula, pero no vi nada. Estaba completamente inmóvil. Entonces acepté que estaba muerta.

No porque su boca estuviera cerrada y sus manos cruzadas sobre el pecho, sino porque la habitación estaba demasiado inmóvil, demasiado silenciosa, incluso mientras Mary y yo hablábamos. Nunca había visto a mamá tan en paz.

—Seguirá caliente un rato —dijo Mary suavemente—. No se enfrían hasta ocho horas después del fallecimiento.

—¿Puedo cogerle la mano?

Afirmó con la cabeza y levanté la mano del edredón: pesaba como un pajarillo.

—La dejaré sola —dijo Mary—. Estaré en el despacho, por si necesita alguna cosa. —Y se fue.

No sé cuánto tiempo estuve en aquella habitación, si diez minutos o diez horas, pero fue poco. Incluso después de haberme despedido, incluso después de haberle dicho todo lo que deseaba haberle dicho cuando vivía, incluso después de quedarme sin nada que decir y permanecer allí con la cabeza apoyada en su costado, con su mano en la mía, no fue suficiente. Quería quedarme allí para siempre, porque en el instante mismo en que abandoné la pequeña habitación de dos metros por dos y medio, comprendí que no volvería a verla nunca más.

En cierto momento apareció Mary con una taza de té. Me la puso entre las manos sin decir nada e hizo ademán de marcharse, pero la llamé.

—¿Sí? —dijo, dando media vuelta.

—No ha tenido visitas, ¿verdad? Su... sobrino no volvió después de la última vez, ¿me equivoco?

Negó con la cabeza.

—Nadie ha venido a visitar a su madre desde la otra vez que vino usted. ¿Esperaba a alguien?

Me sentí profundamente aliviada.

—No. A nadie.

—¿Se lo has dicho? —Brian me pone una taza de plástico en las manos y mira a Charlotte—. ¿Lo de Nan?

—No. —Tomo un sorbo de té hirviendo con los ojos fijos en el rostro dormido de mi hija—. Quiero que despierte pensando que el mundo es un lugar hermoso y seguro, no un agujero sombrío y triste.

—No todo es oscuridad y tristeza —dice Brian—, aunque entiendo por qué dirías eso, teniendo en cuenta lo ocurrido, pero el mundo no tiene que ser...

Dejo de escuchar. Charlotte tiene miedo de despertar. Sé que es así. Estoy convencida desde que me contaron lo del accidente y ahora sé por qué. Ayer estuve muy cerca de saber más sobre el chantajista, pero Mary llamó y tuve que irme con el coche, dejando a Keisha espiando por la persiana de la habitación principal. No supe si se sintió aliviada o asustada cuando me fui.

Desde entonces le he mandado cuatro mensajes de texto y la he llamado dos veces, pero aún no ha respondido. Hace cinco minutos he vuelto a intentarlo, pero su

teléfono me conectó inmediatamente con el buzón de voz. Estoy segura de que hay una explicación racional —el talón, una estancia larga en urgencias, un cambio de opinión sobre acudir a la policía—, aunque es igual; imagine la excusa que imagine, no consigo deshacer el nudo que se me ha formado en el estómago. Ha ocurrido algo, algo terrible.

—¿Qué pasa? —Doy un respingo al oír la voz de Brian—. No estarás culpándote por la muerte de tu madre, ¿verdad?

Niego con la cabeza, pero me asombra lo perspicaz que llega a ser Brian. Acertó en el sentimiento, pero no en la persona.

—Tengo que irme —digo—. Necesito hacer algo de la máxima importancia.

Brian afirma con la cabeza y coge el periódico.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, Sue.

—¿Estás completamente seguro? —digo por el teléfono mientras detengo el coche delante del domicilio de Keisha y apago el motor—. ¿Completamente seguro de que se ha ido a Irlanda?

—A mí me lo va a decir —Danny parece irritado—. Usted fue la última persona que la vio. ¿Qué coño le dijo?

No sé si está sinceramente preocupado o teme que le contara lo de su infidelidad con la rubia.

—Nada.

—Usted me lo prometió, Sue. Cuando le di la dirección de Keisha, me prometió que no le diría nada.

—Ya lo sé. Y no le dije nada. —Aunque no por ningún aberrante motivo de lealtad hacia él—. ¿Cómo estaba la última vez que hablaste con ella?

—No hablamos. Anoche, alrededor de las doce, me mandó un mensaje de texto diciendo que se volvía a Irlanda durante un tiempo porque sentía nostalgia. Yo estaba durmiendo y no vi el mensaje hasta esta mañana. La llamé, pero no respondió. La he llamado otras tres veces desde... —deja la frase sin terminar—. He hablado con el gerente del bar, con sus compañeras del trabajo y con su compañera de piso, pero nadie sabe nada. Ninguno la ha visto después que usted. ¿Está segura de que no se le escapó algo por casualidad?

—Segurísima —respondo, con más sequedad de la que me proponía—. Ni siquiera hablamos de ti.

Es mentira, pero no voy a decirle por qué mencionó Keisha su nombre ni en relación con qué.

No veo luz en el piso y la persiana de la sala de estar sigue echada. Me acucillo, apoyándome en la maceta que hay junto a la puerta, y miro por la ranura del buzón. Las rodillas me duelen en contacto con el cemento.

—Pero... —dice Danny.

—Seguro que te llama —replico cuando una sombra cruza el vestíbulo, y suspiro

aliviada—. Y si ella se pone en contacto conmigo, te lo diré.

—¿Lo hará? —Parece sinceramente nervioso—. Se lo agradecería.

Guardo el móvil en el bolso y miro por los vidrios coloreados de la puerta.

—¿Keisha? —Llamo con fuerza—. Keisha, soy Sue otra vez.

Nadie responde.

Espero unos segundos y vuelvo a llamar. Estoy a punto de gritar por el buzón cuando se abre la puerta un par de centímetros y me mira una cara que no reconozco.

—¿Sí? —dice una mujer con el pelo corto e intensamente rojo y con el flequillo desigual. La reconozco en seguida por la foto de la sala de estar. Me mira con ojos críticos, grandes y verdes. Largas uñas de color mandarina rematan los dedos que sujetan la puerta—. ¿Desea algo?

—Tú debes de ser la compañera de piso de Keisha —miro hacia el vestíbulo—. ¿Está en casa?

Niega con la cabeza.

—Se ha ido.

Detecto algo inusual en su acento, una entonación que no es inglesa. Polaca quizá.

—¿Sabes adónde?

—A Irlanda.

Puede que Danny tenga razón. Puede que haya optado por poner pies en polvorosa.

—¿Sabes cuándo se fue?

Vuelve a negar con la cabeza.

—No. Dejó una nota. En el frigorífico. Dice solamente: «Me voy a Dublín», nada más.

—¿Te importa si echo un vistazo a su habitación antes de irme? —Mientras hablo, se me ocurre un pretexto—. Es que le presté un libro que tengo que recuperar con urgencia.

Me mira largamente.

—Dígame el título y lo buscaré.

—Bueno, la cuestión es que también necesito... —No sé qué decir, pero tengo que ver la habitación de Keisha. Ignoro qué espero ver; por más que la gente me diga que ha vuelto a Irlanda, no me quito de encima la impresión de que le ha ocurrido algo—. Necesito otro libro —concluyo con voz titubeante—. Había uno que me recomendó, pero no recuerdo el título. Me lo describió, así que estoy segura de que lo reconoceré si lo veo. Entraré y saldré en menos de un minuto, te lo juro.

La compañera de piso me mira de arriba abajo.

—¿Quién es usted?

—Sue, Sue Jackson.

Niega con la cabeza y cierra la puerta poco a poco.

—Keisha nunca me habló de usted.

—Eso es porque nos hemos hecho amigos hace poco. Tiene más trato con mi hija. Charlotte, puede que la conozcas.

—¿Charlotte? —Su cara se ilumina—. ¿La guapa Charlotte que fue arrollada por un autobús?

—Sí —digo—. Es mi hija.

—Jolín. —Veo compasión en su cara y vuelve a abrir la puerta—. Claro que puede pasar. Si puedo serle útil, no dude en decírmelo.

A primera vista, la habitación de Keisha difiere poco de la de Charlotte. En las paredes hay fotos de hombres medio desnudos, la cómoda está atestada de frascos de perfume, productos para el cabello y de maquillaje, y hay ropa por todas las superficies hábiles. A diferencia del cuarto de Charlotte, aquí veo un tendedero en un rincón con ropa interior colgada: sostenes, bragas, corpiños, ligueros, de todos los tejidos, colores y diseños imaginables. Al lado de esta colección, mi cajón de *bodys* de M&S y sostenes blancos y negros con puntilla está decididamente listo para la jubilación.

—Es muy desordenada —comenta a mis espaldas la compañera de piso, que hace cinco minutos ha dicho que se llama Ester—. Nunca friega, siempre se deja los vasos y los platos en la sala de estar, pero me gusta vivir con ella.

La habitación de Keisha parece el resultado de una explosión en una fábrica de ropa, aunque hay una maleta y varias bolsas tamaño fin de semana en la parte superior del armario; y el cepillo del pelo, el desodorante, varios frascos de perfume y un estuche de raso negro para maquillaje, con lápices, pintalabios y correctores que sobresalen, se pelean por el espacio en el tablero de la cómoda.

Miro a Ester.

—¿Está el cepillo de dientes en el cuarto de baño?

Arquea las cejas.

—¿También quiere llevárselo?

—No, pero si Keisha ha vuelto a su país, parece que no se ha llevado nada, y me preguntaba si también se habría dejado el cepillo de dientes.

La expresión de Ester, divertida al principio, pasa a ser de preocupación.

—Voy a mirar.

Mientras se ausenta, avanzo entre las revistas, los recibos, los informes bancarios y la ropa que hay en el suelo y me acerco a la cómoda. Miro hacia el vestíbulo y abro el cajón de arriba. Más papeles y recibos. Los aparto y descubro un vibrador con forma de conejo, collares enredados, un reloj roto y unas tenacillas para alisarse el pelo. Me siento como una ladrona que revuelve pertenencias ajenas, pero necesito... ¡aah! Me lanzo sobre algo de piel granate que asoma de debajo de una vieja postal navideña.

—¿Qué hace? —Ester me mira desde la puerta con un cepillo de dientes azul y cara de horror.

—Es el pasaporte de Keisha. —Saco el cuadernillo del cajón y lo hojeo, buscando el sello con la fecha y la foto. Se lo tiendo a Ester—. Mira, no caduca hasta dentro de tres años. ¿Ha vuelto a Irlanda sin él? Actualmente no se puede entrar en el país enseñando solo el permiso de conducir.

—Pero... —Cabecea—. ¿Por qué dice en la nota que ha vuelto a su país?

—No lo sé. —Miro el cepillo de dientes que tiene en la mano—. Adondequiera que haya ido, tenía mucha prisa.

Capítulo 27

—De acuerdo, señora Jackson. —Ella no parece sorprendida al verme cuando abre la puerta de la calle—. Mi madre está al fondo. ¿Quiere que vaya a buscarla?

Niego con la cabeza.

—En realidad, he venido para hablar contigo. ¿Podemos ir a algún sitio?

—Vamos al parque. —Mira hacia el pasillo—. Voy por el abrigo.

Se cierra la puerta, oigo a la muchacha gritar algo sobre ir a la tienda de la esquina y reaparece ante mí con un billete de diez libras en la mano. Sonríe.

—Ya que he de salir, mi madre quiere que le traiga tabaco.

—Si es por lo del teléfono —dice Ella cuando nos sentamos en un banco gastado del extremo de Queen's Park—, no piense que se lo robé a Charlotte. Lo tenía porque nos peleamos en el instituto, cuando cambiamos de aula después de la hora de deportes. Fue un par de días antes de... ya sabe.

—¿El accidente?

—Eso. Me llamó vaca envidiosa, se fue a toda velocidad y se lo dejó en el pupitre. Pensé quedármelo un tiempo, para que sufriera pensando que lo había perdido, pero entonces la atropelló el autobús. —Arranca la cinta de celofán del paquete de Marlboro Lights de su madre, le quita el papel de plata y saca un cigarrillo con las uñas—. No quise devolvérselo a usted porque todos pensarían que se lo había chorizado, así que me callé. Pero lo que me contó usted días después hizo que me sintiera culpable, y bueno... ya sabe.

—¿Lo colaste por nuestro buzón?

—Sí.

—Gracias, Ella —digo sonriendo—. De veras, te doy las gracias por decir la verdad y devolver el teléfono. Pero no estoy aquí por eso.

Arquea las cejas.

—¿No?

—No. Tengo que saber quién es Mike.

—¿Mike? —Parpadea cuando el viento cambia de dirección y el humo que exhala le da en los ojos—. ¿De qué lo conoce?

—Me lo dijo Keisha.

—Vaya. —Pone los ojos en blanco—. Lo que faltaba.

—¿Qué significa eso?

—Nada. —Vuelve a llevarse el cigarrillo a los labios y aspira. Fuma como una abuela de cincuenta años que consume cuarenta al día.

—Vamos, Ella. Nada, no.

Echa atrás la cabeza y exhala el humo.

—Son unos capullos, eso es todo. Los dos. No me extraña que salgan juntos.

Arrugo la frente.

—¿Es su novio?

—O eso o su protector. —Se echa a reír—. Las únicas veces que no están juntos es cuando Keisha está con Danny, y eso porque Danny se niega a estar cerca de su rival. Cree que Mike es un maricón de mierda, y lo es.

—¿Maricón? —Doy por sentado que lo ha dicho como un insulto.

—Sí —dice mirándome a los ojos—, le van los tíos.

Pero ¿cómo? Eso desdice lo que Keisha me dijo ayer. ¿Cómo puede Mike haber abusado de una prostituta si es gay? No tiene sentido. Miro la cajetilla de cigarrillos que Ella tiene en las manos. Nada me gustaría tanto como encender uno. Pero me cruzo de brazos de cara al viento y hundo las manos en las axilas.

—¿Lo conocía mucho Charlotte?

—¡Demasiado bien! —Me mira de reojo—. Lo entiende, ¿no? Se da cuenta de qué va este rollo. Usted finge que no sabe nada, pero en realidad trata de pillarme.

—Digamos que es algo así... —digo para tantearla, sabiendo que es ella quien puede pillarme mintiendo en cualquier momento.

—Uf, menos mal. —Tira la colilla al suelo y se retrepa en el banco—. Pensé contarle la verdad después de lo que hablamos la última vez que vino usted a casa, pero Charlotte me había hecho jurar que no se lo diría a nadie. Entiéndame, ya no somos amigas, pero no soy ninguna chivata.

—Creo que esta situación es excepcional, ¿no te parece? Chivarse de alguien a sus padres no es lo mismo cuando la persona en cuestión está conectada a una máquina que le mantiene las constantes vitales.

—Sí, es verdad. —Baja la cabeza y juguetea con los botones del abrigo.

—Cuéntame lo que sepas —le digo suavemente.

—A ninguna de las dos nos gustó Mike cuando Keisha nos lo presentó —dice—. Era mayor, se tomaba confianzas y había en su mirada algo furtivo. —Asiento con la cabeza, animándola a continuar—. Pero cuando Keisha se fue a buscar a Danny, Mike nos invitó a beber. Pensamos que quería ligar, el viejo verde, así que se nos ocurrió que podíamos pedir lo más caro y luego salir corriendo. Yo pedí un... —desechó la idea como quien espanta una mosca con la mano—, no importa lo que pedimos, el caso es que, mientras bebíamos, Mike nos contó que acababa de llegar a Brighton. Dijo que antes vivía en Londres y que quería empezar de nuevo porque había roto con su novio y su sobrina Martha había muerto de cáncer. Dijo que la quería de veras, que había sido como una hija para él y que Charlotte le recordaba a ella. A mí me pareció un poco macabro, pero Charlotte encontró encantador el detalle.

Así es mi hija, siempre pensando lo mejor de la gente.

—Bien —Ella se relame y se pone otro cigarrillo entre los labios—, cuando terminamos los cócteles, miré a Charlotte como diciéndole: «Vámonos de aquí», pero no me hizo caso y siguió hablando con Mike. Nos pagó más bebidas y seguimos charlando, sobre su sobrina, sobre su trabajo de fotógrafo... que a Charlotte le

pareció muy guay, y así estuvimos horas. Pensé que íbamos a pasarnos el resto de la noche de palique con su Alteza Maricon... —Me mira con segundas—. Perdone, pero es que a mí no me dirigía la palabra, solo a ella. El caso es que no conseguí despegarla del tipo hasta que pusieron «Love It When You Lie» y nos pusimos a bailar.

—¿Volvisteis a verlo?

Niega con la cabeza.

—Aquella noche no. Pero la siguiente vez que fuimos estaba allí. Keisha no estaba y el tipo se nos acercó para saludarnos.

—O sea, que Charlotte y Mike se hicieron amigos.

—Eso mismo. —Se encoge de hombros—. Nos peleamos un poco por eso, porque ella se llevaba a los nuevos amigos y charlaba con los futbolistas de primera división que iban a Greys, y yo me sentía como si estuviera un peldaño por debajo de ella, porque se comportaba como si fuera superior. La llamé para comentárselo, pero dijo que se limitaba a vivir su vida y que molaba mucho tener un amigo gay, que Mike era divertido y le daba buenos consejos sobre ropa y cosas así.

—¿Ropa? —El estómago se me revuelve cuando imagino a mi hija en un probador y paseándose medio desnuda delante de un hombre al que apenas conoce—. ¿Qué quieres decir con eso de que le daba consejos sobre ropa?

—La llevaba de compras. —Hace una mueca—. Sí, lo sé, me moría de envidia, no voy a decirle que no. Debió de gastarse cientos de libras con ella y todo era de diseño, de marca buena y todo eso, no artículos defectuosos de TK Maxx. Y no solo ropa, también le compraba gafas de sol, CD, DVD, mogollón de todo. Decía que eso lo hacía feliz, que se sentía como si aún le comprara cosas a Martha.

La cara de Ella se anima mientras sigue describiendo con todo detalle las cosas que «Mike» le compraba a mi hija. Reconozco algunos objetos: algunos los he visto en la habitación de Charlotte, y yo me tragaba las explicaciones que me daba en su momento, diciendo que eran imitaciones de mercadillo o de tenderetes de particulares, o prendas de amor de Liam; otros no los he visto nunca. La historia es convincente: un homosexual soltero que ha perdido a una persona querida se traslada a una ciudad donde conoce a una muchacha que es el doble de su difunta sobrina y la cubre de regalos a cambio de gozar de su compañía; pero ¿por qué me siento como si la temperatura hubiera bajado veinte grados?

—¿Cómo es Mike, Ella?

Se encoge de hombros.

—Mayor.

—¿Cuánto? ¿Como yo?

Entorna los ojos y me observa.

—Sí, más o menos.

—¿Qué más?

—Era solo un tío, un tío mayor con el pelo gris, como cualquier tío mayor que se

ve en la calle.

—Recuérdalo, por favor, es importante. ¿Qué estatura tenía? ¿Era gordo o delgado? ¿Qué clase de ropa llevaba? ¿Llevaba joyas? ¿Cómo eran sus zapatos? ¿Tenía bigote, barba, gafas?

—Como ya le he dicho —se remueve en el banco, mira al otro lado del parque y se queda observando a unos adolescentes que juegan en el columpio de los niños—, tenía un aspecto normal, aparte de que era realmente alto. —Me mira—. Tenía seguramente la misma estatura que mi padre.

O sea que medía alrededor de uno noventa.

—¿Qué más?

—Siempre iba vestido con elegancia, pantalón oscuro, camisa y esas cosas. Nunca lo vi con tejanos. No recuerdo cómo eran sus zapatos. —Vuelve a fijarse en los adolescentes—. Creo que llevaba reloj.

—¿Y su complexión?

Da un suspiro.

—Mediana. No era ni gordo ni delgado. No llevaba gafas ni tenía bigote ni barba. —Antes de que le pregunte, añade—: Ah, sí... —encoge las piernas, apoya los pies en el asiento y se abraza las rodillas—. Tenía los ojos de un color curioso, tirando a grises, también tenía la nariz grande y un acento extraño. De Birmingham o de Liverpool, no sé. Soy fatal con los acentos, pero decididamente no era de por aquí. ¿Le basta eso? —Me mira pero no le devuelvo la mirada. No puedo apartar los ojos de los adolescentes del otro lado del parque. El hombre que me ha descrito es idéntico a James, tal como sería veinte años después de haberlo visto por última vez.

—¿Sue? —Veo por el rabillo del ojo que baja las piernas—. ¿Se encuentra bien? Parece preocupada.

Me equivoqué con el profesor Jamie Evans, pero ahora no estoy equivocada. Lo siento en los huesos, tengo la certeza medular de que en algún lugar de Brighton y Hove mi exnovio nos vigila y ríe, complacido por haberse introducido en la vida de mi hija sin que yo me entere.

—¿La tocó alguna vez? —Me vuelvo rápidamente para mirar a Ella—. ¿Le hizo daño de algún modo?

—¿Por qué iba a hacerle daño? Ya se lo he dicho, le compraba mogollón de cosas. La trataba como a una princesa.

—¿A propósito de qué la chantajeaba?

—¿Chantajearla? —Niega con la cabeza—. Charlotte nunca me dijo nada en ese sentido. Mike besaba el suelo que ella pisaba, era la pequeña señorita «Mi difunta sobrina».

—¿Tienes su teléfono o su dirección?

—No. Liam seguro que sí.

—¿Liam?

—Claro. —Se queda sorprendida al ver la cara que pongo y se echa a reír—.

Charlotte no follaba sola en el piso de Mike.

Capítulo 28

—¿Sue? —Percibo la preocupación en la voz de Brian—. ¿Dónde narices estás? Llevas horas fuera de casa.

—Lo siento. —Apago el motor. Las cortinas de la casa de Liam están descorridas, pero no veo movimiento al otro lado de las ventanas—. Lo de la funeraria me ha retrasado.

—¿En serio? —Ha habido un cambio inmediato en su voz—. ¿Por eso llamaron para darnos el pésame y preguntarnos cuándo íbamos a ir?

—Es que... —rebusco una excusa en el cerebro— aún no he llegado.

—Eso es evidente.

—Me fui a dar un paseo por la playa. Para despejarme.

—¿Durante tres horas?

—Sí, tres horas. —En su tono hay algo que me irrita—. Vale ya, Brian, mi madre acaba de morir. ¿Es que hay un límite de tiempo para el dolor? ¿Se ha aceptado en el Parlamento alguna propuesta de la que no me hayas hablado?

Es injusto, pero atacar es más fácil que mentir, aunque no se merezca. Y estoy muy cerca de averiguar lo que le ocurrió a Charlotte.

Brian guarda silencio durante un rato. Estoy a punto de apartarme el teléfono del oído para comprobar si ha colgado cuando...

—Dime dónde estás y pasaré a recogerte.

Para el caso, habría sido igual que me ofreciera la otra mejilla.

—No hace falta. Tengo el coche.

—Entonces me reuniré contigo. Tomaremos un café y hablaremos.

Oigo toser a mi izquierda y recuerdo que no estoy sola. Ella tamborilea en su teléfono como si su vida dependiera del aparato, pero por la curva de sus hombros y por el hecho de estar ladeada para no oír adivino que encuentra la situación muy incómoda. ¿Y quién podría reprochárselo? Le pedí que viniera conmigo para convencer a Liam de que me contara la verdad, no para que fuera testigo de mis problemas conyugales.

—No quiero compañía, Brian —digo, y entonces comprendo que ese es exactamente el motivo por el que me vigila. No quiere controlarme, es que está preocupado. Mi madre acaba de morir, cree que sufro de ansiedad depresiva y por el trastorno de estrés postraumático y yo insisto en que me deje en paz. Seguramente piensa que voy a imitar a Sylvia Plath y a meterme en el mar.

—Perdona —digo con voz más amable—. Sé que quieres cuidar de mí, pero esto es algo que tengo que pasar sola y...

—Pero...

—No durará eternamente, solamente hoy. Hoy necesito estar sola. Volveré esta noche. Por favor, Brian. Por favor, confía en mí.

—Claro que confío en ti, Sue. Es que no quiero que...

—No voy a cometer ninguna tontería —digo, aunque sé perfectamente que hay muchas probabilidades de que las cometa. Todo dependerá de lo que Liam tenga que decir. Pero no me siento tonta. Me siento más bien como si estuviese recuperando el dominio de mi vida, con veinte años de retraso—. Por favor, Brian, necesito hacer esto.

—Está bien —dice—. Lo entiendo. Solo que... por favor, no estés por ahí hasta muy tarde. No dejes que me preocupe innecesariamente.

El corazón se me comprime. Es un buen hombre. A pesar de todo es un buen hombre y soy afortunada por tenerlo en mi vida.

—Te quiero, Brian.

Ella se retuerce en el asiento, pero me importa un comino.

—Yo también te quiero, Sue. Cuídate, ¿de acuerdo? Hasta luego.

Pongo fin a la llamada, pero no me vuelvo hacia Ella inmediatamente. Me quedo mirando por el parabrisas la delgada línea azul que traza el mar en el horizonte y pronuncio una breve plegaria. No a Dios, ni al Universo ni a nadie en particular, pero pido fortaleza, valor y protección para mi familia. Pido que se acabe una pesadilla que dura ya veinte años.

—Si va a quedarse aquí en plan friki, puedo poner la radio —dice Ella alargando la mano hacia el reproductor de CD—. No soporto el silencio.

Sonrío.

—No hace falta. Ahora vamos a ver a Liam. Espero que hables.

Si la hermana mayor de Liam se llevó una sorpresa al ver en la puerta a la mami de su novia y a la ex mejor amiga de esta, no lo dio a entender. Lo único que hizo fue señalar hacia Lewes Road y decirnos que estaba ensayando con su banda, Última Batalla. No sabía cuándo terminarían, pero sugirió que esperásemos en el Gladstone, el pub que estaba al doblar la esquina y que era el lugar adonde iban después.

—No ha tenido por qué invitarme a Coca Light —se queja Ella cuando nos sentamos a una mesa de madera del fondo del pub—. Por si no lo sabe, ya tengo carné de identidad.

Arqueo una ceja.

—¿Necesitabas decírmelo?

Sonríe y me llama la atención lo diferente que parece en comparación con la primera vez que hablamos después del accidente de Charlotte. La crispación, la ira, el sufrimiento, todo eso ha desaparecido. Ahora es una muchacha otra vez, la agradable compañera de clase que venía a casa con Charlotte para preparar pasteles y decorarlos con alas de hada y azúcar en polvo.

—¡Ahí está! —señala al otro lado de la sala.

Liam, rodeado de jóvenes de pelo negro y vestidos como él, entra en pub con una funda de guitarra colgada del hombro. Reacciona con un segundo de retraso cuando nos ve.

—¡Liam! —Levanto una mano y le indico por señas que se acerque.

Asiente con la cabeza, se dirige a sus colegas, les dice algo que no entiendo y se separa del grupo.

—Señora Jackson. —Mira a Ella y frunce la frente con actitud interrogativa—. Ella.

—Lo sabe. —Ella se retrepa en la silla y dilata los ojos—. Sabe que tú y Charlotte follabais en casa de Mike.

—¿Qué? —El chico palidece.

—Pero no está cabreada —añade la joven rápidamente, ofreciéndole la silla que tiene a su lado—. Quiere saber más sobre Mike. Cree que tal vez sepas algo que podría ayudar a Charlotte a despertar.

Liam mira hacia sus compañeros de banda, que ríen y beben alrededor de una mesa del otro lado de la sala.

—Por favor. —Sonríe a mi pesar—. No estoy cabreada. Te lo juro. Solo necesito hacerte unas cuantas preguntas.

—Está bien. —Alarga una mano vacilante hacia la silla que hay a mi lado—. No puedo quedarme mucho, tenemos que hablar de cosas de la banda. —Sin darme tiempo a respirar añade—: Fue idea de Charlotte. Era ella quien más insistía en tener sexo. Yo quería esperar a que tuviera dieciséis años y nuestra relación fuera legal.

No me creo lo que dice ni por un segundo, pero lo que Oli nos contó sobre la habitación del hotel sugiere que Charlotte tenía tantas ganas como Liam, si no más.

—¿Fue ella quien sugirió tener relaciones en casa de Mike?

—No. —Tiene los ojos en nuestras bebidas—. Bueno, no directamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Me contó que había conocido en Breeze a un marica viejo con dinero que pensaba que ella se parecía a su difunta sobrina y que quería comprarle cosas. Yo pensé que era algo asqueroso. —Se pasa la mano por la pelusa de la cara—. Pero Charlotte dijo que Mike también podría comprarme cosas a mí, y como yo tenía ya la guitarra medio rota... —Deja la frase en el aire.

—¿Te compró otra nueva?

—Sí. —Mira el estuche de la guitarra que está apoyado en la pared, a su lado. No sé mucho de música, pero hasta yo sé que las guitarras Les Paul no son baratas—. Le dije que no se lo pidiera, pero ella pensaba que sería divertido. Y si tenía dinero, añadió, podía gastarlo como quisiera, y además... —Coge un posavasos, le arranca el anuncio de papel y hace una bola—, que nos comprara cosas, que se las comprara a ella parecía hacerle feliz, entonces ¿por qué no?

Siento un escalofrío cuando pienso que mi hija ha sido tan calculadora. Creía haberla educado mejor. No estoy segura de querer oír mucho más.

—Pero ¿cómo acabasteis teniendo relaciones sexuales en su casa?

—Mike lo sugirió una noche que Charlotte se emborrachó. Había estado despotricando, contándole que ser adolescente en la actualidad era una mierda,

porque si querías perder la virginidad, o la perdías en algún rincón del instituto o en el coche de otro. Y entonces nos sugirió utilizar su piso. —Baja los ojos—. Dijo que se iba fuera los fines de semana, a ver a unos colegas de Londres, que cambiaría las sábanas, dejaría comida en el frigorífico y que durante un par de días nos sintiéramos allí como en nuestra propia casa.

Entiendo por qué dos adolescentes saltarían de alegría ante un ofrecimiento así.

—Y aceptasteis la proposición.

No levanta los ojos.

—Claro.

—¿Y?

—Y nada. —Echa atrás la silla, apoya la mano en la funda de la guitarra—. ¿Puedo irme ya?

—¿No apareció Mike mientras estuvisteis allí? ¿No ocurrió nada malo? ¿Nada fuera de lo común?

—No. —Niega con la cabeza, sus mejillas enrojecen ligeramente—. Fue todo muy guay.

Ya está medio levantado y me doy cuenta de que voy a perderlo. ¿Cuánto tiempo esperaba yo que el exnovio de mi hija me hablara de sus relaciones sexuales? Incluso Ella, que está sentada enfrente de mí, mira la carta de cócteles como si fuera lo más fascinante que ha leído en su vida.

—Entonces, ¿por qué chantajeaba Mike a Charlotte?

—¿Qué? —Me mira con la frente arrugada.

—Keisha me dijo que Mike chantajeaba a Charlotte por algo. ¿Sabes por qué?

—No. —Niega con la cabeza y me mira con incredulidad—. Nunca me dijo nada de... —Mira a Ella—. ¿Tú sabías algo de eso?

Ella levanta los ojos de la carta.

—No.

—¿No os dio ninguna pista? —Mi mirada salta del uno al otro—. ¿Nada en absoluto?

Me responden poniendo cara de pánfilos.

—O sea que si os dijera que en su diario escribió «esconder este secreto me está matando», ¿no sabríais a qué se refería?

Parecen impresionados, pero dicen que no con la cabeza.

—Liam —también yo me pongo en pie ahora—, una cosa más y te vuelves con tu banda.

Se encoge de hombros.

—Claro. ¿Qué es?

—Enséñame dónde vive Mike.

Capítulo 29

Liam y yo estamos solos en el coche. Cuando salíamos del pub, Ella recibió una llamada de su madre preguntándole dónde coño estaba su tabaco, así que la llevé a su casa. No la llevé únicamente porque su madre se hubiera mosqueado, sino también porque quería velar por su seguridad. Y ahora que nos encontramos delante del número 117 de Highgate Road, necesito que también Liam esté seguro.

—¿Esta es la casa, sin ningún género de dudas? —pregunto.

—Sí. —Asiente con la cabeza. Está a mi lado, en el asiento del copiloto—. La reconocería en cualquier parte.

—Gracias, Liam. —Miro por el retrovisor y enciendo el intermitente—. Voy a llevarte otra vez al Gladstone.

—De eso nada. —Niega con la cabeza—. Me quedo aquí. Si va usted a enfrentarse con ese cabrón amanerado, yo también voy. Pienso romperle la cara.

Mucha fanfarronería para tener diecisiete años, pero no me hace sonreír. Liam no sabe cuánto peligro correría con solo mirar a James de mala manera.

—No, no vas a venir. —Arranco sin hacer caso de sus protestas—. Con una sola persona en el hospital es suficiente.

Liam se echa a reír, halagado porque lo creo capaz de enviar a un adulto a la sala de urgencias. No me molesto en sacarlo de su error.

Quince minutos después estoy otra vez delante de la casa. Parece totalmente inofensiva: puerta delantera azul oscuro, aldaba de bronce, miradores con cortinas ligeramente entreabiertas; pero tardo en bajar del coche. El cerebro me impulsa a proseguir, me dice que baje, llame a la casa y me enfrente al hombre que me ha estado produciendo pesadillas durante los últimos veinte años, pero el cuerpo está paralizado, se niega a moverse. Me miro la mano derecha, miro el anillo de diamantes que Brian me compró en Rodas, durante unas vacaciones «de compensación», después de su aventura. Me negué a llevarlo —era su regalo de la culpa— durante muchísimo tiempo, pero de súbito fue nuestro decimoquinto aniversario, la aventura era un recuerdo lejano y el anillo fue como un símbolo de optimismo, de un nuevo comienzo, así que me lo puse. Hago un esfuerzo para apartar la mano del volante y ponerla en la manija de la puerta.

Pero la mano se niega a moverse.

Vuelvo a mirar la casa.

Puede que enfrentarme con James sea algo más que una imprudencia o una idiotez; puede que sea muy peligroso. ¿Y si vuelvo a cometer el mismo error? ¿Y si «Mike, el marica rico» es realmente un marica rico? ¿Y si llamo a Brian, o a la policía o a quien sea, y digo que el psicópata de mi exnovio me ha seguido a Brighton, se ha hecho amigo de mi hija con malas artes y luego la ha chantajeado, y resulta que me he confundido? ¿Cuántas veces se puede gritar que viene el lobo antes

de que los hombres de bata blanca lleguen con una camisa de fuerza? Ella describió a un hombre que podía ser James veinte años más viejo, pero también me pareció que la descripción del profesor Jamie Evans coincidía con el retrato que yo me había hecho. Si me he equivocado una vez, puedo equivocarme más veces. Necesito pruebas. Pruebas decisivas.

Los dedos de mi mano derecha resbalan por el volante y cuando me doy cuenta ya he abierto la portezuela.

Sin saber cómo, paso de la calzada a la acera y de la acera a la verja. No hago más que mirar la puerta principal y las ventanas, en busca de señales de vida, en busca de una señal de peligro, en busca de un cartel que diga corre, pero cuando piso el sendero de entrada y quiero avanzar hacia la casa, me parece estar en un campo magnético. Mi cuerpo tira hacia delante, pero algo me retiene. Vuelve. Vuelve. El aire es espeso, está cargado, protege la casa, me incita a desviarme. Vuelve. Vuelve. Doy otro paso al frente con las llaves del coche apretadas fuertemente en la mano. Solo quiero espiar por la abertura de las cortinas. Solo echar un rápido vistazo. Doy otro paso y me sobresalto cuando una gaviota grazna en el cielo. No veo luz en la sala de estar, ni siquiera el cálido resplandor intermitente de un televisor. Hago un trato con Dios. Cuando mire por el intersticio de las cortinas, que James no vuelva la cabeza para mirarme.

Doy otro paso al frente, luego otro. Estoy ya tan cerca que solamente necesito avanzar un par de centímetros a la izquierda para ver por la abertura. Expulso el aire todo lo sigilosamente que puedo. La calle está en silencio ahora. No hay gaviotas, ni coches, ni niños que chillan o juegan, solo yo, esta casa y el bum, bum, bum de mi corazón.

Me quedo completamente inmóvil y lenta, muy lentamente, inclino la cabeza hacia la izquierda, hacia la abertura de las cortinas, hacia la ventana que da a la vida de James.

No sé qué espero ver —quizá una reproducción exacta de su habitación tal como era hace veinte años—, pero no la sala impersonal que hay al otro lado del vidrio. Un sillón solitario —cuero negro con escabel a tono—, un sofá tapizado en cuero, el mismo diseño, una mesa lateral de pino, una alfombra beis junto a la chimenea, con manchas de algo que parece café, un mueble para los aparatos de entretenimiento en el que no hay más que un ancho televisor de pantalla plana y un reproductor de DVD. Y eso es todo. No hay libros, ni libretos teatrales, ni tazas de café, ni zapatos, ni adornos ni fotografías. Podría ser una casa muestra, un piso diseñado para atraer al soltero moderno, sin carácter, color ni calor, y sin embargo... me llevo la mano al corazón, que no deja de dar saltos... hay algo que impide que esta sala sea totalmente anodina.

Un batik que cuelga encima de la chimenea.

Capítulo 30

Las manos me tiemblan cuando cojo el bolso del asiento del copiloto y me lo pongo en el regazo. He estado en lo cierto desde el principio. Las tarjetas y paquetes que aparecieron en nuestra casa no eran imaginaciones mías, y quien me siguió por aquella calleja de Londres no fue un fantasma. James Evans fue responsable del accidente de Charlotte. He estado en lo cierto desde el principio.

Compruebo que las portezuelas estén bien cerradas y que la calle siga vacía, y entonces hurgo en el bolso. Encuentro el monedero, el cuaderno de direcciones, el estuche de maquillaje y un puñado de tickets de caja, pero no el teléfono móvil. Pongo el bolso boca abajo. El contenido me cae en el regazo, el cepillo del pelo golpea las llaves que cuelgan en el contacto. Las miro mientras oscilan. Puede que sea una señal. Debería irme. Llamaré a Brian cuando me sienta segura en alguna parte. Sí, eso es lo que haré. Cuando aparto lo que tengo en el regazo, mis dedos palpan algo liso y con botones.

Es el teléfono.

Lo cojo y pulso el botón de encendido.

No sucede nada.

Paso el dedo por la pantalla. Pulso botones. Vuelvo a pulsar el de encendido.

Nada. Nada. Nada.

Lo agito, lo golpeo contra el volante y aprieto otra vez el botón de encendido, pero no funciona. Se ha agotado la batería.

Mientras giro la llave del contacto, rezo: por favor, por favor, que Brian esté en casa.

Nunca me he sentido tan aliviada al ver el coche de mi marido en el sendero del garaje. Le doy al claxon cuando aparco a su lado y miro hacia la casa, en busca de señales de vida.

No hay luz en la cocina ni en el descansillo de arriba. Brian está seguramente en su estudio.

Milly se lanza sobre mí en cuanto cruzo la puerta del porche. Me lame la cara con entusiasmo y agita la gruesa cola en el aire.

—Hola, muchacha. —Le froto la cabeza y suavemente la hago descender al suelo—. Lo siento, tengo que encontrar a papá.

Hago caso omiso de sus gemebundas protestas y entro en la cocina, cerrando el porche a mis espaldas.

—¡Brian! —grito mientras asomo la cabeza por la puerta de la salita. Está vacía, tal como la dejé—. ¿Brian? —Subo corriendo la escalera, recorro el descansillo y abro la puerta del estudio—. Brian, tenemos que avisar a la policía.

El estudio está vacío, el portátil cerrado, la silla pegada a la mesa, los papeles amontonados limpiamente en tres columnas al lado del teléfono. Mi dirijo al dormitorio. Puede que esté dando una cabezada.

—Brian, ¿estás...?

Pero tampoco hay nadie en el dormitorio.

No tiene sentido. ¿Cómo es que el coche de Brian está en el sendero y él no se encuentra en la casa? Si el coche está fuera, ¿dónde está él?

Corro de habitación en habitación, inspecciono los suelos, las paredes y los techos en busca de señales de lucha, en busca —el estómago se me comprime con tanta fuerza que pienso que voy a vomitar— de pruebas de una agresión, pero todo está en orden. No hay objetos aplastados, ni muebles volcados, ni cristales rotos ni sangre.

Salgo de la sala de estar y entro en la cocina, con el terror reemplazado por la confusión. No hay ninguna nota en la mesa de pino, ningún aviso de «estoy en el pub» garabateado en la pizarra blanca que tenemos encima del microondas. Puede que Brian me haya mandado un mensaje de texto y que yo no lo haya recibido por tener la batería del teléfono descargada. Me acerco al cargador, que está enchufado junto al cazo del té, cuando oigo unos arañazos, doy un respingo y me derriban en tierra.

—¡Milly! —La perra me pone el hocico encima y me lame la cara. La aparto suavemente y miro la puerta del porche. Está abierta de par en par. Por lo visto no la cerré debidamente.

Me pongo de pie y cruzo la cocina. Estoy a punto de cerrar la puerta del porche cuando veo un sobre acolchado blanco en la cesta metálica que hay debajo de la ranura del buzón. Lo saco. Veo mi nombre y mi dirección escritos con una elegante caligrafía cursiva que no he visto desde hace más de veinte años.

—¡Milly, aquí! —Cojo la perra por el collar, abro la puerta exterior y correteo por el sendero del garaje.

Diez minutos después aparco junto al Club Náutico. Es tarde y el paseo marítimo está vacío y silencioso. Lo único que se oye es el rumor de las olas que se lanzan sobre los guijarros una y otra vez. Una farola introduce una luminosidad fantasmagórica en el coche, tiñendo el sobre que tengo en las manos de un color entre rojo y anaranjado. No debería abrirlo. Debería llevarlo directamente a la policía y contar lo que sé sobre James Evans, pero no puedo. No puedo arriesgarme a que esto sea una broma de mal gusto, un artículo de cocina, un muñeco de trapo o cualquier otra cosa igual de inofensiva que me obligue a abandonar la comisaría entre las carcajadas de los agentes.

Cojo un pañuelo de papel del paquete de la guantera, me lo pongo en las yemas de los dedos y toqueteo el cierre del sobre. Si las huellas dactilares de James están en él, no quiero borrarlas. No resulta fácil y tardo una eternidad en levantar la solapa, pero al final abro el sobre y miro dentro. Está demasiado oscuro para ver lo que hay y no quiero introducir la mano, así que pongo a *Milly* en el asiento de atrás y pongo el sobre boca abajo en el asiento contiguo.

Caen dos delicados peúcos infantiles. Tejidos con un hilo finísimo y con un punto exquisito, recubiertos con puntilla y atados con cinta a la altura del tobillo, son

exactamente el tipo de calzado costoso y poco práctico que yo deseaba para Charlotte cuando era muy pequeña. Cojo uno, vencida por los recuerdos, y me lo acerco a la cara. No sé bien lo que sucede a continuación —si el olor a hierro me llega al fondo de la garganta o el líquido espeso y pegajoso me corre por el canto de la mano y se me extiende por el antebrazo—, pero doy un grito y lo tiro. Golpea el parabrisas y cae en la alfombrilla, delante del asiento del copiloto.

Incluso a la luz ambarina de la farola sé lo que es, ya que se me ha pegado a los dedos, ha manchado el parabrisas y ha empapado la delicada lana marfilina de los peúcos. Es sangre.

Una calma fría se apodera de mí. James lo sabe. Sabe el secreto que me llevé hace veinte años. Ya puedo dejar de tener miedo. Él lo sabe. Ya puedo dejar de tenerlo.

Cojo la tarjeta que hay junto al otro peúco y limpio la sangre con el pañuelo de papel para poder leer lo que pone con la misma caligrafía clara del sobre.

*«Pagará vida por vida, ojo por ojo,
diente por diente.»*

DEUTERONOMIO 19, 21

Doy la vuelta a la tarjeta:

*¿Una vida por un coma? No parece justo.
Charlotte y yo tenemos
una historia que aún no ha terminado.*

La tarjeta se me cae de la mano a cámara lenta y traza una línea ondulada hasta que se detiene a mis pies.

Tengo que llegar al hospital antes que James.

Capítulo 31

Voy corriendo desde el aparcamiento hasta la entrada del hospital, pero no siento el viento en la cara. No oigo la voz mecánica que dice que se abre la puerta cuando entro en el ascensor, ni percibo el olor penetrante del antiséptico cuando me echo el desinfectante en las manos en el umbral de la sala. No veo, no oigo, no huelo, no palpo, no saboreo nada. Estoy en el limbo, corro en medio de una pesadilla detrás del espectro de mi niña dormida. Flota delante de mí, tan cerca que lo tengo a unos milímetros de los dedos, pero siempre se aleja antes de que llegue a tocarlo.

Mi pequeña morirá si no alcanzo el espectro. Lo sé con una certeza que me cala más hondo que los huesos, la carne o el pensamiento. Apostaría mi vida a que es así. Daría mi vida. James no se la llevará a ella. Puede llevarme a mí. Haré que me lleve a mí en su lugar. No le dejaré otra opción.

Veo la puerta de su habitación en el pasillo, más adelante. Está entornada y por el resquicio sale una franja de luz. Hay alguien con ella. Corro, pero ahora avanzo en el lodo, cada paso que doy es más lento que el anterior y me muevo cada vez más despacio.

Le quité el niño a James porque sabía que no habría sido capaz de huir si hubiera dado a luz. Y no habría sido un niño, habría sido una correa alrededor de mi cuello, un collar corredizo del que podía tirar cada vez que quisiera controlarme, cada vez que necesitara maltratarme, cada vez que tuviera que castigarme.

Cuando entré en la clínica estaba decidida y no había lágrimas en mis ojos. Me tomé la pastilla sin vacilar, me tendí en la cama sin pensármelo dos veces y me sujeté el estómago con estoicismo, sin decir nada cuando llegaron los dolores. Ni siquiera lloré cuando la sangre me chorreaba por la pierna y corrí al lavabo y sentí que la vida salía de mis entrañas y caía al fondo de la taza. Pero media hora después, cuando yacía encogida en la cama y una enfermera me puso la mano en la cabeza y dijo: «Es usted fuerte, ¿lo sabía? Ni siquiera se ha tomado un paracetamol para calmar el dolor», sollocé como si el mundo fuera a acabarse.

¿Fuerte? Era débil hasta la desesperación. Había pasado cuatro años de mi vida con un hombre monstruoso, torturada por un odio disfrazado de amor. Me había humillado y rebajado y hecho víctima de reproches e interrogatorios. Me había juzgado, despreciado, criticado y rechazado. Yo había roto toda relación con mis amistades y mi familia, había perdido el empleo y me había obligado a elegir entre el sueño de mi vida y mi amor por él. Y no me había ido. Lo había intentado varias veces, pero era débil. Él siempre había sabido convencerme para entrar otra vez en mi vida y en mi corazón. No fue fortaleza yacer en silencio en la cama de un hospital mientras abortaba el hijo de James para poder ser libre. Fortaleza habría sido haberme ido sin más del club World Headquarters de Camden tres años y doscientos setenta días antes, cuando riéndose me llamó puta. Fortaleza habría sido negarme a volver a verlo la noche que se negó a dormir en mi cama porque habían pasado por ella otros

hombres. Fortaleza habría sido denunciarlo a la policía la noche que me violó. Fortaleza habría sido impedirle que hiciera lo mismo a otras mujeres.

No lloré aquel día por la criatura abortada, pero sí después, cada año, durante el aniversario del suceso. Lloraba porque no había merecido perder la vida y lloraba por la indignación que sentía por haberme forzado James a aquella situación. Sobre todo me sentía culpable: si no hubiera sido tan débil cuando lo dejé... si me hubiera quedado una pizca de resolución... tal vez me lo (o la) hubiera llevado conmigo a Grecia y allí hubiera podido ser profesora de inglés para extranjeros y madre.

Pensaba que acabarían castigándome por lo que había hecho. Pensé que no volvería a quedarme embarazada, pero entonces llegó Charlotte, nuestro pequeño milagro, al año de casarme con Brian. Me sentí bendecida, perdonada, como si empezara un nuevo capítulo de mi vida, sentí que era realmente libre. Y entonces quisimos darle un hermano y en tres años tuve cuatro abortos.

Mi pequeño milagro.

Puse una mano en la puerta y la abrí.

Charlotte está tendida en la cama sin edredón, con la mascarilla de oxígeno en la boca, con el pecho acribillado por los electrodos de múltiples colores. El electrocardiógrafo del rincón emite pitidos regulares, marcando el paso del tiempo como un metrónomo médico y cierro los ojos.

—¿Sue? —Siento una fuerte mano en mi hombro—. ¿Te apetece un té?

—¿Brian? —Parpadeo.

—¿Sue? —Me mira con la frente fruncida, pero no sé lo que piensa—. Su, ¿estás bien?

—¿Todo bien, mamá? —Siento una punzada al oír la palabra «mamá», pero no es Charlotte quien habla. Es Oli, que está sentado junto a la cama. Tiene en las rodillas un montón de revistas de *National Geographic* y en la mano mis mejores tijeras del pelo. En la mesilla de noche hay un recorte—. ¿Mamá? —repite.

No recuerdo cuándo me llamó así por última vez.

—Yo...

Miro a uno y a otro alternativamente. ¿Qué hacen aquí? Es como si mi mundo hubiera pasado de una vívida pesadilla hiperreal y en technicolor a la monocromía de la vida cotidiana. ¿Por qué están tomando té? ¿No se dan cuenta del peligro que corre Charlotte? Miro a Brian con ojos interrogadores. Me sonríe con la mano todavía en mi hombro.

—Oli se presentó para llevarse sus revistas y dijo que quería hacer una visita a Charlotte antes de volver a la uni. Vinimos en su coche.

—¿Viniste en el coche de Oli...?

—Sí. El mío está todavía en casa. No arrancaba, creo que tiene algún problema con el tubo de la gasolina. Cuanto antes me compre un coche eléctrico, mejor. —Me aprieta el hombro—. Esperábamos que volvieras de la playa para que vinieras con nosotros, pero como dijiste que querías estar sola, pensé... —deja la frase a medias

—. Te habría dejado una nota, pero entre que cogía la chaqueta y salía de la casa, me olvidé.

Oli se echa a reír.

—No es propio de ti ser olvidadizo, papá.

Miro a los dos. Ríen y sonríen, pero en el asiento de mi coche hay dos peúcos manchados de sangre y una tarjeta con amenazas para la vida de nuestra hija.

—Estás un poco pálida. —Brian me conduce a la silla vacía que hay a la izquierda de Charlotte y se agacha a mi lado.

Nadie dice nada durante unos minutos, hasta que Brian aspira ruidosamente por la nariz. Se está calmando porque va a decir algo fuerte.

—He encontrado esto. —Hunde la mano en el bolsillo del pantalón y cuando abre los dedos enseña dos pequeñas píldoras blancas—. Me puse a hacer un poco de limpieza. Pensé que te gustaría, después de todo lo que ha ocurrido, pero —mira los tesoros que ha descubierto— puede que quieras decirme algo, Sue.

—Sí. —Enderezo la espalda de repente, tanto que se echa atrás con cara de sorpresa—. Charlotte está en peligro. James me ha encontrado. Esta vez no son imaginaciones mías, Brian. Tengo pruebas. Están en mi coche. Unos peúcos manchados de sangre. Sabe lo del aborto y trata de vengarse con Charlotte. La estuvo chantajeando, por eso está en coma, por eso se puso delante del autobús aquel sábado por la tarde. Pero hacerle daño no le basta. —Atenazo la muñeca de Brian—. Quiere que muera. Va a matarla.

Lo miro a la cara, esperando ver cólera, violencia o deseos asesinos, pero no veo nada, solo una rápida mirada hacia Oli.

—¿Brian? —Le aprieto la muñeca—. Me crees, ¿verdad? Mira mis manos, están... —Pero mis manos no están ensangrentadas, en absoluto—. Limpias. Pero es porque cuando entré me puse desinfectante. Si vamos a mi coche te enseñaré los peúcos y la... —Voy a levantarme, pero Brian me lo impide—. ¡Brian, por favor! ¿Por qué me miras de ese modo?

Brian mira a Oliver y asiente con la cabeza. Tres segundos después está también a mi lado, con un vaso de plástico en la mano.

—Sue —Brian me aparta los dedos de la muñeca—. Me gustaría que te tomaras dos píldoras.

—¡No! —Miro suplicante a Oli, que mira al suelo—. No me pasa nada. Fui a ver a la médico porque me equivoqué en lo del profesor del instituto, pero esta vez tengo pruebas. No ha sido una confusión más. ¡Por favor! Vamos a mi coche y te lo enseñaré.

—Sue. —Brian me aprieta las píldoras contra la boca. Las píldoras me raspan el labio inferior—. Tómame las pastillas y luego hablaremos.

—¡No! —Trato de ponerme de pie, pero me pone la mano en el hombro. Su presión es suave, pero insistente. No quiere que me levante.

—Por favor, mamá. —Oli da un paso hacia mí y me acerca el vaso de plástico

como si fuera un cáliz—. Toma un sorbo. Tragarás mejor las pastillas.

—Oliver, no.

—Solo es agua.

—Me da igual lo que sea. No voy a...

—¡Mamá, por favor! Estamos preocupados por ti. Hace tiempo que lo estamos. No... —desvía la mirada, incapaz de mirarme a los ojos— no has sido tú misma desde el accidente de Charlotte. Toda esa cháchara sobre Keisha y Charlotte y quién era la mejor amiga de quién, y pedir el teléfono y la dirección de Danny, y... en fin, pensé que era un poco raro. De todos modos, no habría dicho nada si papá no hubiera comentado que había encontrado las pastillas en un lado del sofá.

La neblina que me envolvió al entrar en la habitación se despeja por fin y me quedo mirando a mi marido y a mi hijastro como si los viera por primera vez. Creen que estoy mentalmente enferma. Lo veo en el ceño de los dos, en su forma de hundir los hombros, en su forma de hablar entre susurros. Han sumado dos y dos, han visto que el total da «loca» y nada de cuanto yo diga o haga los convencerá de lo contrario. ¿Qué puedo decir? ¿Que estos días he pasado más tiempo con los amigos de Charlotte que con mi propia hija? ¿Que fui a un club nocturno de Londres y subí a un coche de lunas ahumadas con el agente de un futbolista? ¿Que he estado espionando las salas de estar de casas ajenas? No creerían una palabra. Peor que eso, pensarían que todo ha sido parte del delirio. Y es lógico que delire: ¿no veis que no me he tomado las pastillas?

Debería enseñarles lo que hay en el asiento de mi coche, pero seguramente pensarán que lo he hecho yo misma, para llamar la atención o porque estoy perturbada. Brian echaría un vistazo a los peúcos ensangrentados y llamaría al médico antes de lo que se tarda en decir «departamento de psiquiatría». Solo me queda una opción. Una cosa que puedo hacer.

Miro las pastillas que tiene Brian en la mano.

—Si me las tomo —digo tranquilamente—, ¿me escucharás?

En su cara se dibuja una lenta sonrisa.

—Claro que sí, cariño.

Capítulo 32

—Entonces iremos a Millets.

—No tardaremos.

—Solo a comprar unas cosas que necesitará Oli para el viaje.

—Lo que necesito es un anorak. Hablamos de lluvias torrenciales propias del Distrito de los Lagos, no de lloviznas y calabobos.

—Una tienda de campaña para dos.

—Calcetines de excursionista.

—Colchoneta de *camping*.

Mi marido y mi hijastro hablan conmigo. Sus mandíbulas suben y bajan, sus cejas se arquean y se estiran, y sus ojos se entornan y se dilatan, pero nada tiene sentido. Oigo palabras, muchas palabras que ruedan juntas como ondas sonoras que chocan encima de mi cabeza, pero no puedo diferenciarlas, y cuando abro la boca para preguntar de qué hablan, no sale nada. Después de dos tentativas, desisto y dejo que el peso que siento en los huesos me apoltrone en la silla, me apoye la cabeza en la pared y me deje mirar el tubo fluorescente del techo. Este parpadea, titila y zumba, y me acuerdo de cuando Charlotte tenía tres meses y estaba recostada en el cochecito de paseo y miraba con los ojos dilatados por el asombro la pantalla Habitat, que era azul y gris y estaba en nuestra salita.

—Una hora.

—Máximo hora y media.

—Voy y te recojo después. Oli volverá a la uni y nosotros volveremos a casa en tu coche.

—Pareces un poco más relajada.

—¿Eso es una sonrisa? Ya ni me acuerdo de la última vez...

Mis ojos se vuelven hacia ellos y percibo vagamente que muevo la boca y salen palabras. Parecen absurdas en mi cabeza, pero Brian y Oli sonríen y asienten, y parece que he dicho algo que los convence de que no pasa nada si me dejan sola, porque cuando me doy cuenta hay labios sobre mi mejilla, un apretón en mi hombro, una palmadita en mi cabeza y ya se han ido.

Sin los ruidos y explosiones de sus voces la habitación zumba de tan silenciosa. Me hace daño en los oídos y entonces...

Pip-pip-pip.

Distingo el pitido del electrocardiógrafo del rincón. El metrónomo médico, el inseparable compañero de Charlotte y ahora también mío.

Tic-tic-tic. Pip-pip-pip. Tic-tic-tic.

Estamos en la salita. Estoy echada en el sofá, Charlotte está sentada en el suelo. Coge un ladrillo de plástico, lo arroja medio metro más allá, gatea en su busca, lo recoge, vuelve a tirarlo. Su cara es el vivo retrato de la felicidad y el orgullo, ya domina el lanzamiento y el gateo, ya puede enfrentarse al mundo. Quiero congelar la

escena. Quiero revivirla una y otra vez.

Miro a mi hija, dormida en la cama del hospital, y alargo la mano para acariciarle el pelo. Me sorprende no sentir la fina sedosidad de los rizos infantiles, pero sigo acariciándoselo de todos modos, y siento suaves y lisos bajo mis yemas sus folículos pilosos.

Estaba asustada. En mi cabeza titila un recuerdo, pero es pasajero y fugaz, y se me va cuando trato de retenerlo e inspeccionarlo. Aún siento la caliente presión de los labios de Brian en mi mejilla y la de la mano de Oli en mi cabeza. Mi vida es perfecta. He sido bendecida.

Hay un crujido, mi fantasía se interrumpe y soy consciente de que se abre la puerta. ¿Cerraron Brian y Oli cuando se fueron? No me di cuenta. Una figura —un hombre con traje oscuro— pasa junto a mí y cruza la habitación. Se queda junto a la ventana, mirando el exterior, de espaldas a mí.

El especialista.

La palabra aparece de la nada en mi cabeza y sonrío. Viene a darme buenas noticias, a decirme que Charlotte despertará pronto, que puedo sacarla de la incubadora, darle un abrazo y llevármela a casa.

—¿Señor Arnold? —Me levanto sin el menor esfuerzo, como en un sueño, y doy un paso hacia él—. ¿Se pondrá bien mi pequeña?

Hay algo en la nuca del médico que detiene mi avance. Hay una mancha negra en la gloriosa neblina en ténicolor de mi felicidad y, según miro la anchura de su espalda y el inestable equilibrio de su postura, se ensancha como la tinta negra en una acuarela todavía húmeda. Los dedos me hormiguean, como si se me hubieran dormido después de estar sentada durante horas encima de las manos. También los muslos me hormiguean, y los hombros, las pantorrillas y los pies. Mi cuerpo despierta mientras mi mente todavía dormita y de pronto siento el impulso irresistible de echar a correr, pero ¿por qué? Mi niña está aquí. Me necesita.

—¿Señor Arnold? —repito—. ¿Hay malas noticias? ¿Por eso no me dice nada?

Sí, he intuido que va a comunicarme malas noticias y mi cuerpo se prepara para lo peor y quiere que la mente se quite de encima la modorra.

El especialista no hace nada durante un par de segundos y me pregunto si me habrá oído. Entonces sus hombros se elevan mientras aspira una profunda bocanada de aire y se vuelve para darme la cara. No reconozco en seguida los ojos grises con pintas azules, la nariz grande y la boca ancha de labios delgados, porque me siento desconcertada por la mata de pelo canoso, las profundas arrugas de la boca y el denso rastrojo que le cubre el labio superior, la mandíbula y el cuello.

—Hola, Suzy-Sue.

El escalofrío que me traspasa me sacude de la cabeza a los pies, retrocede y sufro una violenta convulsión, como si la temperatura hubiese descendido cuarenta grados.

Creía estar preparada para este momento. Creía ser vieja, fuerte y con resistencia suficiente para que no me afectara el sonoro timbre de su voz, pero es como si me

hubiera metido en una máquina del tiempo y tengo otra vez veintitrés años, y estoy escondida en el armario, tiritando mientras él va de habitación en habitación, gritando mi nombre. Doy un paso atrás, instintivamente me aprieto el estómago con la mano, para ocultar mi secreto, para cubrir lo que ya no está en mi útero. James se da cuenta y la cara inexpresiva que ha tenido hasta entonces se transforma en otra cosa. El labio superior se le curva, esboza una sonrisa de desprecio, entorna los ojos, las aletas de su nariz tiemblan y la expresión de repugnancia desaparece y un segundo después veo una amplia y espontánea sonrisa. Parpadeo.

—Hola, Sue —dice dando un paso adelante—. ¿Cómo está Charlotte?

La mención del nombre de mi hija es lo único que necesito para salir de mi trémulo estupor, correr a su lado y ponerle la mano en el hombro, sin dejar de mirar a James, que se coloca a los pies de la cama, descuelga el historial y hojea las páginas emitiendo murmullos inarticulados. Al llegar a la última, frunce los labios y cabecea.

—No soy médico, pero incluso yo entiendo que el pronóstico es reservado. O mucho me equivoco o a tu hija le quedan unos minutos de vida.

—Vete —digo con toda la calma y serenidad de que soy capaz y señalo la puerta—. Vete o yo...

—¿Apretarás esto? —Se acerca al otro lado de la cama y asesta un puñetazo al timbre de emergencia, todavía cubierto por cinta adhesiva—. Vaya por Dios, parece que está roto. La Seguridad Social se esfuerza, pero, sinceramente, sus aparatos no son...

—Pues gritaré.

—Podrías —pone una mano en el cuello de Charlotte y tamborilea suave e intencionadamente con los dedos en la pálida piel—, pero cuando te detengas a respirar, ya estará muerta.

En la mesilla de noche que tiene al lado está el montón de *National Geographics* de Oliver, con mis tijeras del pelo encima. Si diera un salto por encima de Charlotte las alcanzaría, pero James llegaría antes a ellas.

—Ya lo ves —dice, malinterpretando mi silencio—. No hay ninguna necesidad de histrionismos. Ni de gritos tontos ni de actos heroicos. Aunque dudo que tengas agilidad suficiente para acometer heroicidades. —Aparta la mano del cuello de mi hija y dibuja un balón de playa en el aire—. Siempre estuviste como un tonel, pero ahora estás hecha una auténtica matrona. Fue el dar a luz, ¿verdad? —Mira a mi hija y reprimo el deseo de saltar por encima de la cama para sacarle los ojos—. ¿Fue pasear tu repugnante descendencia durante nueve meses lo que hizo de ti una puta gorda o fue hartarte de helados y mantequilla?

Se echa a reír y siento alivio por que haya desviado la agresividad hacia el frente verbal. Había temido que me pillara desprevenida con halagos y disculpas. Pero sigo con la boca cerrada. Espero el momento de oír voces o pasos en el pasillo para ponerme a pedir socorro, pero la sala está inusualmente silenciosa, no se oye ni el chirrido de un carrito, ni siquiera un portazo.

—No está hecha una vaca como tú, pero solo es cuestión de tiempo. —Sigue mirando a Charlotte—. Aún me estremezco cuando recuerdo los rollos de sebo de tu espalda, de tu estómago, de tus muslos... Me asombra que hayas encontrado a otro capaz de hacer el amor contigo.

—¿Es así como llamas ahora a la violación?

—¿Violación? —Sus ojos apagados se vuelven hacia mí—. Una violación supone quitarle algo valioso a alguien inocente, pero tú nunca fuiste inocente, Suzy-Sue. Eras una sucia puta que había estado con unos y con otros durante años.

—No. Yo era una veinteañera normal que había tenido algunos novios y unas cuantas aventuras de una sola noche. No era promiscua, ni desenfrenada, ni anormal, ni sucia, ni mercancía usada, ni ninguna de las porquerías que tú me llamabas.

—La verdad duele, Suzy-Sue.

—Pero es que no es verdad. —Las palabras me salen a borbotones y no puedo hacer nada por refrenarlas. Estos pensamientos me han venido quemando por dentro durante veinte años y estaban deseosos de salir a la superficie. Procuraba bloquearlos, pero cuanto menos caso les hacía, con más fuerza crecían. No me extraña que se me colaran en los sueños—. Nada era verdad. Tú querías que me avergonzara de mí misma, James. Querías que lamentara la vida que había llevado porque no podías aceptar que hubiera tenido vida antes de conocerte. Pero las veinteañeras no llegan como una tábula rasa, por más que lo desees, y si son como son, lo son a causa de su pasado.

Niega con la cabeza.

—Ya veo que aún te sientes orgullosa de ser una fulana. Veinte años después aún no has aprendido nada.

—¿De verdad me querías, James?

Da un respingo, como si la pregunta lo hubiera desarmado mentalmente, pero se estabiliza parpadeando.

—Claro que sí. Eras el amor de mi vida.

—No, James. —Abro al cajón superior de la mesilla de noche e introduzco los dedos en busca de un bolígrafo, un abrecartas, una jeringuilla, cualquier cosa cortante o punzante que pueda utilizar como arma, pero lo único con que tropiezo es una caja de pañuelos de papel, aún sin abrir, y otra cosa lisa, cuadrada y de cuero—. No lo era. Si realmente me hubieras amado, habrías aceptado mi vida anterior. En cambio, me hiciste sufrir porque no estaba a la altura de la mujer idealizada que querías que fuera.

La boca se le encoge con asco.

—Me engañaste, Suzy. Me hiciste creer que eras distinta, que eras especial, un hermoso ángel; pero eras como todas. Eras como todas las demás guarras de Londres. No eras suficientemente especial para mí.

Se acerca otro centímetro a Charlotte, le pasa el dorso del dedo índice por los pómulos, luego le pone la mano en lo alto de la cabeza y le acaricia el pelo desde las raíces hasta las puntas, y repite el gesto. Su mirada se ha vuelto fija y penetrante,

respira profundamente por la nariz.

—¿Es eso lo que te contó tu madre? —digo cuando apoya la yema del índice en un ojo de Charlotte—. ¿Que su niño especial merecía una chica buena? ¿Que Dios enviaría a Jamie un ángel que se habría reservado especialmente para él?

—Yo me reservé para ti. —Sus manos abandonan la cara de Charlotte y corren hacia mí por encima de la cama. Retrocedo cuando sus dedos me rozan el cuello, pero cambio de opinión y voy hacia él. Si no consigo la ayuda que necesito para apartarlo de mi hija, yo misma me pondré como cebo.

—No es verdad, James. Perdiste la virginidad con una prostituta.

—¿Y crees que me enorgullezco de eso? Lo que habría debido ser una hermosa fusión de almas no fue más que una asquerosa chapuza con una ramera.

—Yo no tuve la culpa de eso.

—No. —Sus ojos se llenan de lágrimas, busca la mano de Charlotte y se la lleva a los labios, inclinando la cabeza—. No, no la tuviste. —Por su mejilla corre una lágrima—. Perdóname, Suzy. Siento muchísimo lo que te hice pasar. No eres una fulana ni una puta. Eres una mujer hermosa, tierna y con un corazón bondadoso. Nunca creí merecerte. Por eso fui cruel contigo. Quería ahuyentarte.

Lo miro estupefacta mientras otra lágrima sigue a la primera, y luego otra y otra más. Nos miramos sin decir una palabra hasta que rompen el silencio dos voces femeninas que parlotean animadamente en el pasillo. Miro la puerta. ¿Me pongo a gritar? ¿Corro? Pero correr significaría dejar a Charlotte con James. Sería demasiado arriesgado. La solución, pues, es gritar. Abro la boca y...

¡Crac! Oigo un crujido como el que produce un hueso de pollo mordido por un perro y me vuelvo en redondo. James sujeta la muñeca derecha de Charlotte. El dedo meñique de mi hija está doblado hacia atrás, de tal modo que la uña roza el dorso de la mano.

—Hola, mami —dice James con voz de niña mientras agita la mano de mi hija hacia mí, imitando un saludo, con el dedo roto bailando como si estuviera suelto—. La nena tiene un dedito flojito.

—¡Déjala en paz! —Salto hacia ambos, apoyando una rodilla en la cama para darme impulso y extendiendo los brazos para golpear a James y apartarlo de mi hija, pero es más rápido que yo, me asesta un golpe de costado y acabo cayendo encima de mi hija. Voy a levantarme, pero James me sujeta por el antebrazo derecho, y como me lo retuerce y está sobre el cuello de Charlotte, el forcejeo da un empujón a la mascarilla de oxígeno. Oigo un gorgoteo gutural en el pecho de mi hija, que hace esfuerzos por respirar.

—¿Que la deje en paz? —dice James mientras me hunde los dedos en el brazo, con la cara a unos milímetros de la mía, mi mejilla apretada contra la caja torácica de Charlotte—. ¿Como dejaste tú a mi madre? Murió, Sue. No, tú no sabías eso, ¿verdad? No lo sabías porque huiste y dejaste que se pudriera en un hospital. No solo me abandonaste a mí, Sue. La abandonaste también a ella.

—No lo sabía —murmuro—, no tenía la menor...

—Calla. Estoy harto de oír tu voz lloriqueante. Un sonido más y le rompo los demás dedos a Charlotte, uno por uno, mientras tú miras, y luego le retorceré el pescuezo. ¿Has entendido?

Asiento con la cabeza sin decir nada.

—Ahora levántate.

Voy a incorporarme, pero James me coge por el pelo. Me arrastra doblada por la cintura hacia los pies de Charlotte, tira de mí alrededor del extremo de la cama hasta que quedo inclinada delante de él. El miedo se apodera de mí cuando aumenta la fuerza del tirón y me obliga a ponerme de rodillas.

Durante unos segundos no ocurre nada. Lo único que se oye en la habitación es el electrocardiógrafo del rincón y el ronco jadeo de Charlotte, que se esfuerza por respirar sin aparatos. Cierro los ojos y me preparo para recibir un puñetazo, una patada o algo peor, pero no sucede nada. Hasta que oigo crujir las patas de la silla en el linóleo y luego la voz de James.

—Se me rompió el corazón cuando comprendí adónde habías ido —habla con suavidad, entre susurros, y me arriesgo a levantar los ojos, para verlo entre el cabello que me cuelga. Está sentado en la silla, junto a la cama de Charlotte, con la cabeza apoyada en las manos—. Había ido a la floristería durante el almuerzo, te compré flores, y al volver del trabajo vi en High Street una tienda de ropa infantil en la que no me había fijado hasta entonces. El escaparate me llamó la atención, no pude resistirme y entré. ¿Sabes lo que compré?

No muevo ni un músculo.

—¿Sabes lo que compré, Suzy-Sue?

Niego con la cabeza.

—Un vestido. Un hermoso vestido rojo con pequeñas margaritas blancas bordadas en la falda. Era muy pequeño, Suzy. Para niñas de hasta tres meses de edad. Nunca en mi vida había visto nada tan exquisito y me moría de ganas de enseñártelo. Sabía que te emocionarías tanto como yo. —Carraspea para aclararse la garganta—. Te dije que siempre había querido tener una hija, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza.

—Me puse contentísimo cuando me dijiste que estabas embarazada.

Me muerdo la lengua. No es verdad que se alegrara cuando le conté lo del embarazo. Me acusó de ponerle los cuernos y estuvo tres horas gritándome en la cocina, exigiendo saber de quién era la criatura, mientras yo estaba hecha un ovillo en el suelo y sollozaba con la cara pegada a las rodillas.

—Fue lo más maravilloso que podía suceder en este mundo, quiero decir el que llevaras en tu seno a mi preciosa e inocente niña... pensé que iba a reventar de orgullo. Por fin iba a tener a alguien a quien amar sin impedimentos, sin sufrir, sin miedo. Amaría y a cambio sería amado. Para siempre.

La respiración de Charlotte se ha vuelto irregular y el jadeo ha sido sustituido por

un resuello agudo. Tengo que ponerle otra vez la mascarilla, lo antes posible. Sin oxígeno que le llegue al cerebro... Cierro los ojos y rezo por segunda vez desde el accidente. No sé si alguien me escuchó la primera.

—Así que volví a casa, desbordante de amor, desbordante de felicidad, desbordante de esperanza, con el ramo de flores y el bonito vestido, y tú no estabas. —En la voz de James se introduce un timbre de crispación y tenso los músculos—. Era incapaz de imaginar adónde podías haber ido, sobre todo porque había tomado la precaución de cerrar la puerta con llave cuando me fui. Me sentí perdido, Suzy, muy perdido sin ti allí en casa, para recibirme. Y luego muy irritado, porque ¿cómo osaste estropear mi sorpresa y ser tan egoísta para escapar como escapaste?

Debajo de la cama de Charlotte hay un espacio en el que tal vez pueda meterme. Si me tiendo sobre el estómago, podría reptar por debajo en dirección a la puerta. James se apartará de la cama y me perseguirá, y si grito entonces, tal vez acuda alguien antes de que James pueda hacer nada.

—Te creías muy lista, ¿verdad?, por escabullirte y dejarme solo, sin darme ni siquiera un beso de despedida después de todo lo que habíamos pasado juntos. Pero yo fui más listo, Suzy.

Apoyo una mano en el linóleo y me inclino hacia la derecha. Tengo que obrar aprisa o James me sujetará por el tobillo y tirará de mí.

—Entré en tu cuarto de costura y encontré un papel en el suelo. Un papel arrancado de las Páginas Amarillas. —Cabecea—. Sabía que eres muchas cosas, Susan, pero nunca sospeché, nunca... —le tiembla la voz— imaginé que fueras capaz de matar a una criatura.

Grito cuando James salta sobre mí, su mano en mi boca, el antebrazo apretándome el cuello.

—Levanta, puta infanticida.

Me pone de pie y me empuja contra la cama de Charlotte. Me golpeo la cadera contra el armazón de metal y cuando alargo la mano derecha para mantener el equilibrio, James me la coge y me la pone sobre la nariz y la boca de Charlotte.

—La quieres, ¿verdad? —me susurra al oído—. Piensas que es guapa, pura e inocente, ¿verdad?

—Por favor —murmuro atragantándome—, no lo hagas. No ha hecho nada malo.

—Porque no es inocente, Suzy-Sue, eso lo sabes, ¿verdad? La he oído gemir como una cerda empalada mientras su novio se la tiraba en mi habitación de invitados. He visto cómo él se la metía por detrás como a una guarra profesional, y cuando esté muerta, haré que tú también lo veas.

—No. —Quiero desasirme de él, apartar la mano de la cara de mi hija, pero James me sujeta con firmeza. Noto que me succionan la carne. Es Charlotte, que se esfuerza inútilmente por respirar por la boca y produce un extraño ruido gorgoteante con las vías nasales.

—Me quitaste algo hermoso y valioso. Mataste a mi pequeña y ahora vas a matar

a la tuya.

Se deja caer con tanta fuerza sobre mi mano que oigo un crujido espantoso en la nariz de Charlotte y me doy cuenta al instante de que se la he roto. El electrocardiógrafo del rincón aumenta el ritmo de los pitidos y la línea roja que ondula con regularidad oscila aleatoriamente mientras desaparece el color de la cara de mi hija y sus globos oculares se agitan bajo los párpados cerrados.

—Ya falta poco —susurra James en mi oído. Charlotte se convulsiona, sus manos se aferran a los costados. James mira el electrocardiógrafo y alarga la mano para apagarlo—. No queremos alertar a la caballería cuando el electro sea plano, ¿verdad?

—¡No! —Forcejeo frenéticamente mientras me arrastra hacia el otro lado de la habitación y trato de golpearle en la cabeza, en la mano, en la cadera, con la izquierda. Mis golpes rebotan en él, pero en aquel momento, cuando alcanzo con la mano la mesilla de noche, suceden dos cosas al mismo tiempo: los recortes del *National Geographic* caen sobre la cama y mis dedos tocan las tijeras. Las levanto en el aire y con toda la fuerza que puedo reunir me doblo hacia la izquierda y las clavo en el muslo de James. Aúlla de dolor y se deja caer en el suelo apretándose la pierna.

—¡Socorro! —grito mientras me inclino sobre Charlotte. Sus labios se han puesto azules y apenas respira—. ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor!

Quiero empujar la cama, sacarla de la habitación, pero tiene los frenos echados y por más patadas que les doy no consigo levantarlos.

—Por favor, que alguien... —me quedo sin palabras al recibir el golpe y caigo encima de Charlotte, con la cabeza doblada a la derecha y las manos en el pelo. Veo a James encima de mí, las tijeras ensangrentadas en su diestra, sus ojos negros de cólera. Cierro los ojos cuando levanta las tijeras y murmuro una plegaria: aunque sea tarde para mí, que alguien haya oído el alboroto y salve a Charlotte antes de que James la mate a ella también.

—¡No!

La cama se sacude violentamente, siento un peso en mis hombros y en mi espalda y a continuación oigo un golpe sordo, como de cuerpos que caen al suelo, gruñidos de hombres, un objeto de metal que araña la pintura. Quiero levantarme, liberar a Charlotte del peso de mi cuerpo, pero siento un dolor agudo en el brazo derecho y todo se oscurece.

Capítulo 33

—¿Reconoce a esta mujer? —La abogada Gillian Matthews me tiende la foto de una mujer algo entrada en carnes, de pelo negro, ojos avellana y una sonrisa preciosa.

Niego con la cabeza y la empujo hacia Brian por encima de la mesa.

—No. ¿Debería?

—No, a menos que esté viendo las noticias de hace veinte...

Brian ahoga una exclamación y las dos nos volvemos a mirarlo.

—¿Qué es? —digo.

—¿No te das cuenta?

Niego con la cabeza.

—¿De qué?

—Del parecido. Es clavada a ti cuando nos conocimos.

Hay una vaga semejanza; el pelo, desde luego, es muy parecido, su boca tiene el mismo trazo, pero sus ojos son más bonitos que los míos y sus pómulos están más altos.

—Es curioso que diga usted eso, señor Jackson. —La señora Matthews recoge la foto y la guarda en la carpeta de cartulina que tiene delante.

—¿Por qué? ¿Quién es?

La mujer apoya los antebrazos en la mesa y me mira a los ojos.

—La prostituta a la que James Evans asesinó hace veinte años.

La miro con incredulidad.

—¿Qué?

—Dios Santo. —Brian me pasa un brazo tranquilizador por la espalda y amago un gesto de dolor cuando su mano toca mi hombro. Lo llevo escayolado desde hace setenta y dos horas, pero ya he tomado analgésicos para toda una semana—. Dijiste que era un tipo peligroso y no te creí...

—¿James un asesino? —No puedo dejar de mirar la carpeta de cartulina. ¿Qué otras cosas contendrá? ¿Una fotocopia de la tarjeta que envió con los peúcos? ¿Fotos de la habitación de Charlotte con salpicaduras de sangre? ¿Una foto de la pierna de James con la arteria cortada?—. ¿Cuándo? ¿Quién era la mujer?

La abogada abre el cuaderno de notas que hay junto a la carpeta.

—Sarah Jane Thompson. Según la autopsia, falleció el 2 de octubre de 1992.

—Tres semanas después de que lo dejara.

—Sí —dice la abogada, que repasa sus notas—. La policía dice que trataron de localizarla a usted, pero nadie sabía dónde estaba y había muchas Susan Maslin en el censo. La búsqueda se detuvo al cabo de unas semanas, pero fueron a juicio de todos modos. Evans se declaró inocente, pero la policía tenía pruebas suficientes para que se le condenara. Al parecer había buscado durante algún tiempo una prostituta que coincidiera con sus apetencias concretas. —La abogada me mira—. Alguien que se pareciese a usted, por lo visto.

—Pero salió. —Cabeceo—. ¿Cómo pueden ocurrir estas cosas? ¿Cómo pudo matar a una persona, salir de la cárcel al cabo de veinte años y venir tras de mí? ¿Cómo se concibe una cosa así?

La abogada sacude la cabeza.

—Cumplió condena y satisfizo las condiciones de la libertad condicional presentándose ante el funcionario correspondiente una vez a la semana. Incluso encontró trabajo —vuelve a comprobar las notas— en un club nocturno de Chelsea. El Greys. Al parecer era muy conocido allí, sobre todo entre los VIP.

—¡Keisha! —exclamo—. ¿Cómo está?

Un ciudadano que paseaba a su perro la encontró desnuda, ensangrentada, apaleada y casi irreconocible en una zona boscosa, cercana a Devil's Dyke. No fue capaz de decir mucho a la policía, pero lo que pudo decir contribuyó a completar la información de lo que había sucedido.

James averiguó que yo estaba casada con Brian y que vivía en Brighton, y todo esto lo supo buscando en Google, así de fácil. Cuando se enteró de mi nuevo apellido y de la ciudad en que vivía, no tuvo problemas para localizar el perfil que Charlotte me obligó a poner en Facebook para demostrarle que «no vivía en la Edad Media». Yo no miraba aquella página durante meses, así que no me sorprendió que la policía me dijera que mis medidas de seguridad eran tan malas que James había accedido a todas mis actualizaciones, mis fotos y, lo peor de todo, a un enlace con la página de mi hija. Su página era tan pública como la mía, y cuando James se enteró de que el club favorito de Charlotte era el Breeze, decidió entrar en su vida por esa vía. Ya conocía a Keisha, había sido cliente suyo cuando la muchacha se acostaba con los futbolistas y estrellas del rock que frecuentaban Greys, y había simpatizado con él lo suficiente para decirle que se iba de Londres porque había conocido a un gran tipo de Brighton que dirigía un club llamado Breeze. Visitaba el club en calidad de amigo de Keisha, pero cuando localizó a Charlotte y a Ella y Keisha le dijo que Ella estaba pirrada por su novio, movió sus fichas: le dijo a Keisha que si no se las presentaba y mantenía la boca cerrada, le contaría a Danny a qué se había dedicado. Keisha pensó que la cosa no iría a más y así fue durante un tiempo. James conoció mejor a Charlotte y le cedió su habitación de invitados para que ella y Liam perdieran la virginidad juntos. Charlotte ignoraba que James utilizaría aquellos momentos de máxima intimidad para chantajearla.

—Keisha no está bien —dice la señora Matthews, que cierra el cuaderno de notas—, pero está estable. Veinticuatro horas más y no lo habría contado.

—Dios mío —digo. Me aprieto los antebrazos, pero mis manos, aunque calientes, no hacen desaparecer la carne de gallina—. Tenemos que ir a verla. —Miro a Brian—. Si no me hubiera contado lo que hacía. Si no me hubiera contado...

—Tranquila. —Me atrae hacia sí de nuevo, y esta vez no me quejo del dolor que siento en el hombro.

—¿Cuándo destruirán la grabación? —pregunta a la abogada en voz baja—. Si

Charlotte despierta, nos gustaría poder decirle que ya no existe.

—Querrás decir «cuando» —digo. Ayer se movieron sus párpados cuando le dije que ya no debía tener miedo de «Mike». Los médicos dicen que no debería hacer conjeturas y menos cuando acababan de someterla a una operación para arreglarle la nariz y el dedo meñique, pero yo sé que es una señal. Trata de volver con nosotros. Lo intenta con más fuerzas ahora que sabe que está a salvo.

—¿La grabación? —La abogada arruga la frente mirando a Brian—. ¿Se refiere a la cinta con actos sexuales?

A Brian no le gusta la descripción.

—Sí.

—Me temo que la policía tendrá que quedársela como prueba. Evans amenazaba con mandarla a la prensa y colgarla en Internet. Si lo hubiera hecho, habría conseguido algo más que manchar la reputación de Charlotte. —Mira a Brian—. También habría destruido su carrera política.

—Pero ¿por qué querría hacerla pasar por prostituta? —dice—. Eso es lo que no entiendo.

La abogada cabecea.

—Me temo que todo formaba parte de su plan para vengarse de la señora Jackson. Cuando hablé con el inspector jefe Carter, dijo que la idea inicial de Evans era seducir a Charlotte y convencerla de que se fugara con él, pero cuando comprendió que las quinceañeras no suelen mirar dos veces a los hombres de cuarenta y tres años, decidió representar el papel de homosexual solitario para hacerse su amigo. Cuando la muchacha confió en él lo suficiente para ir a su piso, él la chantajeó con la cinta de los actos sexuales y obligó a Keisha a fingirse prostituta en Greys. No sabemos qué perseguía exactamente, pero imagino que habría sido muy... —La mujer frunce los labios para subrayar lo que sobrentendemos.

—Dios mío —murmuro cuando comprendo lo que quiere decir—. No me extraña que Charlotte hiciera lo que hizo. Rompió con Liam, rompió con Ella y ya no podía confiar en Keisha, y como ya no tenía a nadie con quien sincerarse... —No puedo seguir hablando. Miro a mi marido—. Brian. Charlotte quiso matarse porque no podía confiar en nosotros.

—No. —Me aprieta la mano—. Lo hizo porque quería protegernos. Sabía lo que sucedería si se hacía pública la grabación de Evans. Habría aparecido en todos los periódicos. «Hija de político metida en escándalo sexual de menores.» Charlotte era muy sensible, nunca habría aceptado ponerme en una situación así.

—Pero nada de esto habría ocurrido si no hubiera sido por mí, por la relación que había tenido con él. Nunca nos habría encontrado si yo no hubiera, si yo no hubiera...

—Se lo impediste, Sue.

—No. —Niego con la cabeza—. Tú se lo impediste.

Brian había dejado a Oli en el mostrador de Millets con un paquete de artículos y la promesa de que tardaría poco en volver al hospital para recoger la billetera, que se

había dejado en el cajón de la mesilla de noche de Charlotte. Diez minutos, había dicho, pero en vez de entrar, coger la billetera e irse, había irrumpido en la habitación y encontrado a su hija forcejeando para conservar la vida y a su mujer a punto de perder la suya. Se había lanzado sobre James y lo había tirado al suelo. Segundos después, alertadas por el ruido, llegaron varias enfermeras, que lo vieron sentado a horcajadas sobre el pecho del agresor y descargándole un puñetazo tras otro en la cara.

—No, Sue. —Su cara se hunde en mi pelo—. Tú sabías que lo de Charlotte no había sido un simple accidente y te negaste a permanecer impasible, a pesar de que te llevé al médico, a pesar de que falleció tu madre, a pesar de que nadie te creía. A pesar de que —se aparta y me mira fijamente— tampoco yo te creía. Os puse a todos en peligro. A ti, a Charlotte y a Oliver, a toda mi familia. Y tú nos protegiste. Tú sola.

Le acaricio la mejilla con la mano izquierda y le limpio una lágrima con el pulgar.

—Si me disculpan... —la señora Matthews carraspea discretamente y nos volvemos a mirarla—. Bien, no va a presentarse ninguna acusación. Son ustedes libres —dice cerrando el cuaderno y poniendo el bolígrafo encima.

—¿Libres? —Cabeceo sin comprender.

—Eso he dicho. El informe de toxicología indica que Evans no murió a consecuencia de las heridas infligidas por la señora Jackson —mira a Brian— ni a consecuencia del traumatismo craneal ocasionado por el señor Jackson, sino más bien por una infección nosocomial por estafilococo áureo resistente a la meticilina. Y dado que es innegable que ustedes obraron en legítima defensa, el juez ha sobreseído la causa por homicidio que se había incoado contra los dos.

Cojo la mano de Brian y se la aprieto con fuerza.

—Eso significa...

La abogada sonríe por primera vez desde que pusimos los pies en la comisaría. Su boca se abre y se cierra mientras habla y su mirada salta del uno al otro. Pero yo solo oigo una palabra.

Libres.

Agradecimientos

Un millón de gracias a mi editora Lydia Vassar-Smith y al equipo de Avon/HarperCollins, por su apoyo, estímulo y entusiasmo. Este libro solo era un fragmento de mi imaginación y lo habéis transformado en algo tangible. No podría sentirme más complacida.

Muchísimas gracias a Madeleine Milburn por apoyarme en cada etapa del camino. Creíste incluso cuando mi propia fe titubeaba y eso te señala como una agente muy especial.

Muchas gracias también a mis amigos y familia, en particular a mis padres, Reg y Jenny Taylor, a mi hermano David y a mi hermana Rebecca, por no dejar de preguntarme «¿cómo va la novela?» cuando la respuesta era poco más que un suspiro. Y muchas gracias a Suz, Leah, Sophie, LouBag, Steve, Guinevere, Angela, Ana, Nan y el abuelo.

Gracias a todos los amigos de Twitter y Facebook que me ayudaron en mis investigaciones, en particular a Andrew Parsons por sus conocimientos clínicos sobre administración de medicamentos y a Kimberly Mills por contarme lo que sabía sobre cuidar a pacientes en coma. Gracias a Emily Harborow, y lo siento mucho. El vídeo que me filmaste subrepticamente terminó en el suelo de la sala de edición, pero estoy segura de que podré utilizarlo en otro libro.

Muchas gracias a Jim Ross por hacerme las fotos publicitarias y a Rebecca Butterworth por maquillarme.

Muchas gracias también a mis amigos de vocación. Escribir puede ser un oficio muy solitario y vosotros habéis conservado mi cordura (regándome con alcohol). Un agradecimiento muy especial a Carolyn Jess-Cooke, Sally Quilford, Leigh Forbes, Helen Hunt, Helen Kara, Karen Clarke, Rowan Coleman, Miranda Dickinson, Kate Harrison, Julie Cohen y Tamsyn Murray por dedicarme su afecto.

Finalmente, pero no por ello menos importante, todo mi cariño y agradecimiento a Chris y Seth. Escribí este libro mientras estaba de baja por maternidad, no porque tuviera una criatura muy dormilona y mucho tiempo libre, sino porque pensaba que iba a volverme loca de no dormir y que escribir era lo único que me mantenía cuerda. No habría podido sin ti, Chris. Gracias por sacar a pasear al pequeñín a las cinco de la madrugada para que yo pudiera echar una cabezada, gracias por llevarlo a visitar a tu familia para que yo pudiese escribir y gracias por decirme y repetirme que *podía* hacerlo. Parece que tenías razón.

<http://cltaylorauthor.wordpress.com>

www.twitter.com/callytaylor